

# REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

OCTUBRE, 1969

LIBRO DEL MES:

ANTOLOGIA DEL CUENTO NICARAGUENSE

SERGIO RAMIREZ

ALEJANDRO ARGUELLO MONTIEL

EL LOBO DE GUBBIO

RUBEN DARIO

LOS MOTIVOS DEL LOBO

CESAREO GIL ATRIO

EL LOBO CURANDERO

EDUARDO ZEPEDA HENRIQUEZ

LA FUENTE LITERARIA  
DE LOS MOTIVOS DEL LOBO

ANTONIO RESTREPO

LA NUEVA LITERATURA  
GUATEMALTECA

AGUSTIN TIJERINO ROJAS

REPERCUSION INTERNACIONAL  
DE LA INVASION  
FILIBUSTERA

SEPARATA:

DOCUMENTOS

PARA

LA HISTORIA

DE LA

LITERATURA

NICARAGUENSE

FRANCO CERUTTI



109

NICARAGUA: 5 CORDOBAS  
EXTRANJERO: 1.50 DOLAR

Revista

Conservadora  
Del Pensamiento Centroamericano

VOL. XXII — Nº 109

MANAGUA, D. N., NIC.

OCTUBRE, 1969

SEGUNDA EPOCA

SUMARIO

Página

- 1 A propósito de cuentos  
3 El Lobo de Gubbio  
6 Los Motivos  
10 Los Motivos del Lobo  
12 El Lobo Curandero  
13 La Nueva Literatura Guatemalteca  
14 Repercusión Internacional de la Invasión Filibustera

●  
SEPARATA

Documentos para la Historia  
de la  
Literatura Nicaragüense

●  
*Franco Cerutti*

●  
EL LIBRO DEL MFS

ANTOLOGIA DEL CUENTO NICARAGUENSE  
Prólogo, Selección y Notas

de  
*Sergio Ramírez*

●

DIRECTOR

**JOAQUIN ZAVALA URTECHO**

ASESORES

**ARTURO CRUZ**  
ECONOMICO

**JORGE EDUARDO ARELLANO**  
LITERARIO

**CARLOS MOLINA ARGUELLO**  
HISTORICO

**FRANCISCO PEREZ ESTRADA**  
FOLKLORICO

COLABORADORES  
DE ESTE NUMERO

Alejandro Argüello Montiel  
Eduardo Zepeda Henríquez  
Rubén Darío  
Cesáreo Gil Atrio  
Antonio Restrepo  
Agustín Tigerino Rojas  
Franco Cerutti  
Sergio Ramírez

CREDITOS FOTOGRAFICOS

ARCHIVO DE

REVISTA CONSERVADORA

PROHIBIDA LA REPRODUCCION  
TOTAL O PARCIAL SIN AUTORIZACION  
DEL DIRECTOR

EDITADA

POR

PUBLICIDAD DE NICARAGUA

APTDO. 2108 — TEL. 2-5049

EN

LITO IMP. NOVEDADES

# El mejor enlace a Europa es Iberia



## Conexiones directas de Iberia con Lanica y Taca en México

		MARTES	JUEVES	SABADO	DOMINGO
MANAGUA	Sale	NI 416 07:55	NI 416 07:55	NI 416 07:55	TA 908/210 08:20
MEXICO	Llega	10:50 IB-976	10:50 IB-972	10:50 IB-976	13:05 IB-974
	Sale	12:45	12:45	12:45	23:00
MADRID	Llega	08:00 am. (Miérc.)	08:00 am (Vier.)	08:00 am (Domg.)	18:15 am. (Lun)



# IBERIA

LINEAS AEREAS INTERNACIONALES DE ESPAÑA  
Donde solo el avión recibe más atenciones que Ud.



Alegre su Mesa y deleite su Paladar

Santa  
Cecilia



DE CALIDAD INALTERABLE!

IMPRESA  
**NOVEDADES** *Única Para sus Impresos Argentos*

*Pone a sus Ordenes  
Su Moderno Taller  
Para sus Impresos de Calidad*

*Tel. 27331  
25735 Ext. 09*

*Banco Central 10 ms. arriba*

# Hotpoint

aire  
acondicionado

DUERMA FELIZ!



TODO ELECTRICO  
PARA EL HOGAR EN:

sovipe

**SOVIPE COMERCIAL, S. A.**

AVENIDA ROOSEVELT. Fte Banco América — Tel. 2-35-01

VISTASE ELEGANTE

Mejores Trajes

*Gómez*

Managua, Nic.

bajo  
la dirección de un técnico  
graduado

en Habana, Cuba.

ACABADO GOMEZ

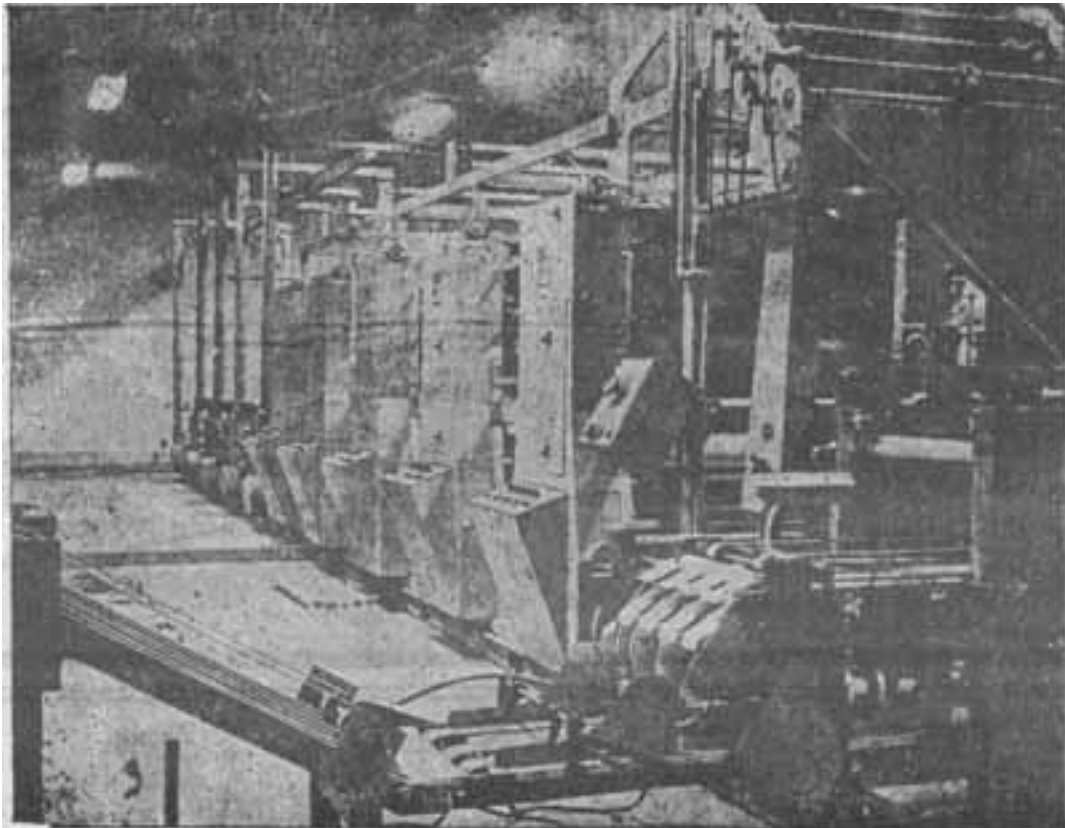
ACABADO PERFECTO

¡Compárelo!

Ave. Bolívar

Tels. 23050 — 25585

*¿Es Usted  
un moderno  
anunciante?*



ENTONCES NECESITA DEL MODERNO  
EQUIPO ROTATIVO

**OFF-SET FAIR-CHILD**

COLOR KING

**NITIDEZ Y ECONOMIA**

CONSULTE A SU AGENTE PUBLICITARIO

O LLAME A

**NOVEDADES**

TEL. 2-57-37 APDO. 576



**AIR FRANCE**  
le ofrece **4** vuelos  
al día  
**NUEVA YORK - EUROPA**  
y **5** vuelos a  
la semana  
**MEXICO - EUROPA**  
cómodas  
conexiones  
desde  
**MANAGUA**

y en Europa sólo Air France le ofrece más de 300 conexiones, por semana.

Todos los martes, jueves, viernes sábados y domingos, para su mayor comodidad, usted puede abordar un majestuoso Jet de Air France desde México.

Esta cómoda frecuencia hace más fácil la planeación de su viaje a Europa.

Pero viajar por Air France, tiene aún muchos más atractivos. Su servicio a bordo y en aeropuertos; sus tarifas especiales, sus planes de crédito, el entretenimiento constante a bordo con el cine y la música de "Festival en el Cielo", su cocina y bar internacionales y la atención de personal de habla española, son factores que determinan la preferencia del público por Air France.



Consulte a su agente de viajes o a nuestro Agente General.

**Managua, Nicaragua, J. Dreyfus y Cía. Ltda.**

**Apdo. Postal 98. 2ª Calle Central 703 2-61-01**

*à Votre Service*  
**AIR FRANCE**  
La Red aérea más extensa del mundo



**"NESTLE calidad y seguridad al servicio del consumidor centroamericano. Productos Nestlé S. A. (Guatemala). Productos Nestlé S. A. (El Salvador). Productos Nestlé S. A. (Costa Rica). Nestlé Hondureña S. A. D. R. Ballantyne y Cía. Managua, Nicaragua.**

# GEMINA

**UNA MODERNA EMPRESA HARINERA QUE REUNIENDO LA TECNICA Y EXPERIENCIA DE GENERAL MILLS INC., Y EL DINAMISMO DE INDUSTRIAS NACIONALES AGRICOLAS (INA) PRODUCEN PARA EL PUEBLO NICARAGUENSE UNA MEJOR HARINA ENRIQUECIDA CON MINERALES Y VITAMINAS.**



# ¿Que tiene que ver el BANCO DE AMERICA con el 12 de Octubre ?

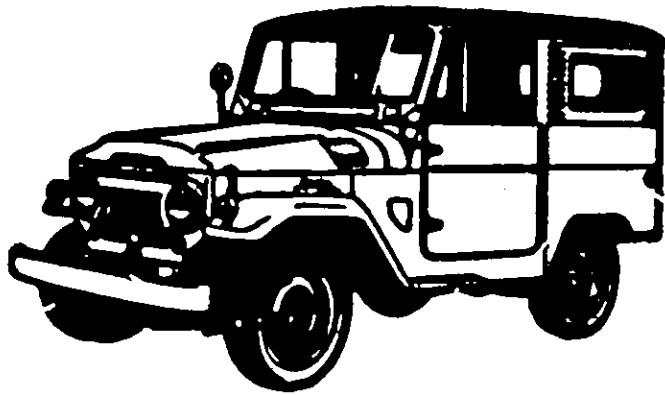


Si Colón no hubiera podido Armstrong llegar al primero a la Luna. Por eso es que el Banco de América considera aquel acontecimiento como una prometedora vortiente hacia el futuro con la fe y la esperanza de que el progreso y la dignidad del hombre sean siempre patrimonio de la América nuestra por el esfuerzo y el empeño mancomunado de todos por el engrandecimiento de la Patria.

En el Aniversario del día en que los carabelos de Pálos de Moguer arribaron a las costas de Guanahani, con el pendón de Castilla en la proa y la Cruz en la vela del trinquete, el Banco de América, fiel a su emblema, conmemora la grandeza de la hazaña de mayor trascendencia en la historia del mundo: El Descubrimiento de América.

## BANCO DE AMERICA

TRABAJA CON LOS NICARAGUENSES PARA UN COMUN PROGRESO.



**CAPOTA METALICA**

**MODELO ESPACIOSO**

**CAMBIO DE MARCHA**

**135 HP**

**COMODIDAD Y ECONOMIA**

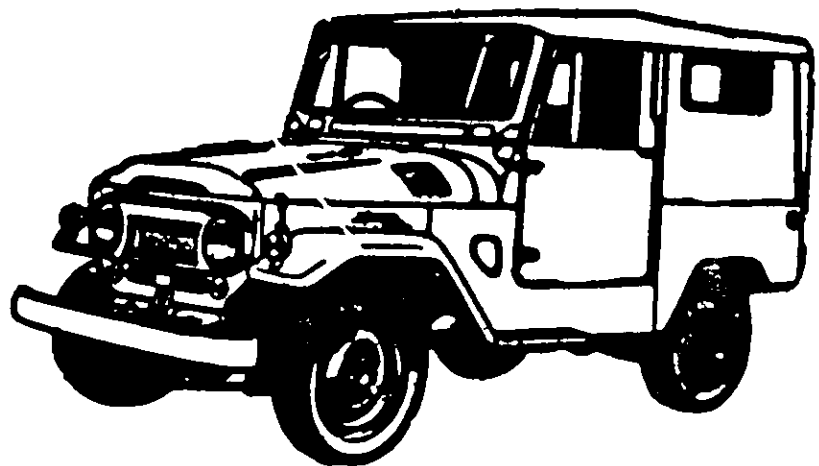
# **TOYOTA LAND CRUISER**

**CHASIS ROBUSTO**

**FACILIDAD DE CAMBIOS**

**135 HP**

**PARA CARGA Y PASAJEROS**



**CAPOTA DE LONA**

# **CASA PELLAS**

SE LLAMA CONSERVADORA UNICAMENTE EN EL SENTIDO DE QUE NO ES ANTIRRELIGIOSA, NI ANTICAPITALISTA. VA EN MARCHA HACIA LA INTEGRACION DE CENTROAMERICA Y PANAMA, POR ENCIMA DE LAS DIVISIONES PARTIDISTAS.



Dr. EMILIO  
ALVAREZ  
LEJARZA

Con el Dr. Emilio Alvarez Lejarza muere una de las últimas fuentes vivas de la tradición oral nicaragüense. Granadino, conservador de los más importantes del siglo y autor de muchos libros de historia y derecho, participó activamente en algunos acontecimientos políticos contemporáneos.

A lo largo de su vida tuvo una destacada trayectoria como hombre público. Fue Magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Ministro de Educación Pública, Senador, Cónsul de España, Secretario Perpetuo de la Academia Nicaragüense de la Lengua, Miembro Correspondiente de Varias Academias de Historia de América y se le distinguió con diplomas y condecoraciones.

En Nicaragua fué el primero en historiar las constituciones del país, en configurar la primera genealogía, en preocuparse por el problema del indio y en estudiar seriamente la obra de teatro El Güegüense o Macho Raton.

Por todo ello lamentamos su desaparición y sobre todo por ser uno de los más ilustres alentadores y colaboradores de esta Revista.

## A PROPOSITO DE CUENTOS

*A propósito de la presente edición que en la mayoría de sus páginas abarca la más completa antología nicaragüense publicada hasta hoy, obra de nuestro compatriota Sergio Ramírez, es curioso observar cómo el azar la ha ligado, en cierto modo, con los primeros artículos que aparecen en este mismo número.*

*Estos diversos trabajos tienen, por aparte, como figura central a San Francisco de Asís, de quien emana el más inmenso conjunto de leyendas y anécdotas, algunas de las cuales tienen el carácter de cuentos de hadas. Cuentos referidos junto al hogar a los labriegos, o a hijos de labriegos, sin pensar nadie en sentar una doctrina religiosa.*

*Se trataba de un hombre cantando el lenguaje de los trovadores, con quien la gente tropezaba en los caminos italianos a lo largo de las colinas de Umbria, entre olivares y viñedos, con el hábito pardo de su camisa de crin y ceñido con un cordón, el del "cordónazo de San Francisco" que no sabemos por qué la tradición colonial nicaragüense desata con rayerías, en los primeros días de los grandes aguaceros de este mes de octubre.*

*En nuestro recorrido por Europa, cuando pasamos por*



OCTAVIO  
RIVAS  
ORTIZ

Otro intelectual, cuya muerte enluta nuestras páginas, es Octavio Rivas Ortiz, último representante de la generación poética modernista de Nicaragua.

Hijo del notable escritor y periodista Pedro Ortiz, soldado victorioso en la batalla de Namasigüe y secretario de Rubén Darío en 1918, Rivas Ortiz fue un sonetista galante y un prosista que se distinguía por su elegancia y finura.

De temperamento alegre e inquieto, vivía retirado a una digna ancianidad. Los escritores y poetas veían en él lo que en realidad era: una reliquia literaria. Su conversación, animada y pintoresca, era muy apreciada por sus amigos que llegaban a visitarlo.

Durante más de cincuenta años hizo "vida ascética de poesía" y su obra se encuentra en revistas y periódicos, en el Parnaso Nicaragüense y en su Antología de Oro. Él confesó que en el camino recibió pedradas y flores. Que esta columna sea una flor que adorne su tumba.

**Italia, nuestro excelente Embajador ante la Santa Sede, Dr. Alejandro Argüello Montiel, nos hizo peregrinar por aquellas tierras de Asís donde Francisco, o el Francesillo, solía yacer desnudo sobre la desnuda tierra para que fuese verdad el cuento que nada poseía y nada era. De lejos, el lugar aparecía rodeado de altos muros donde sus antiguos ciudadanos debían ser soldados para defenderse de las guerras feudales.**

**Asís, una de estas ciudades, se erguía en lugar escarpado y sorprendente.**

**Contra un horizonte gris se iba esparciendo una belleza fresca y delicada, mientras de los collados y boscosas colinas soplaban aquel viento vigorizante y austero que impuso el espíritu de un mundo purificado, a comienzos del siglo XIII, con la civilización de la Edad Media.**

**Sobre una pequeña colina que dominaba la ciudad, aparecía silenciosa y súbita la pequeña Iglesia de la Porciúncula, donde las flores y las estrellas habían recobrado su inocencia primitiva para convertirse en ornamento del hogar de muchos hombres sin hogar; donde había un bullicio de pájaros cantando y el fuego y el agua se reconocían dignos de ser el hermano y la hermana de San Francisco de Asís, el hermano del gorrión o del jumento, el hermano del Lobo de Gubbio que inspiró a Darío. A ello se refiere en el siguiente artículo nuestro Embajador ante la Santa Sede y el subsiguiente, del jefe de la Extensión Cultural de Nuestro Ministerio de Educación Pública.**



# El Lobo de Gubbio

ALEJANDRO ARGUELLO MONTIEL,  
Embajador ante la Santa Sede

Para mí, "LOS MOTIVOS DEL LOBO" es una de las más bellas poesías de Rubén Darío, tanto por sus bien hilvanados versos, como por el profundo contenido humano del tema abordado. Por ello era natural que me interesara conocer hasta dónde llegaba de cierto el relato dariano, y encaminé mis pasos a la ciudad de Gubbio, con una fija interrogativa en la mente: existió el lobo de Gubbio?

Gubbio es una pequeña ciudad de la Provincia de Perugia, Región de la Umbria; está considerada como la máxima expresión de la arquitectura del medioevo en la Italia central, y es sin duda, junto con San Gimignano en la Toscana, la que tiene la totalidad de sus edificios, plazas, calles y monumentos, mejor conservados, sin que exista dentro del límite urbano, una edificación moderna que desentone con el clásico estilo de la época. Por su relativa vecindad con Assisi, fue uno de los primeros lugares donde San Francisco desarrolló su misión evangélica.

San Francisco, antes de su conversión, viajó a Gubbio en varias oportunidades para vender las telas del negocio de comercio que en Assisi tenía establecido su padre. Por esa razón logró rela-



cionarse con las familias de Gubbio, en especial con los Spadalunga, quienes lo acogieron cuando en el invierno de 1206 abandonó Assisi, después de renunciar a los bienes terrenales, inclusive a su propio vestido.

Fue en la vecindad de Gubbio donde el futuro Santo sirvió por primera vez a sus hermanos desválidos; vestido con su peculiar rústica túnica, semejante a la que usan algunos campesinos de la Umbria, y que todavía sirve de modelo de hábito a los de su Orden, San Francisco entró a servir en el Hospital de Leprosos; esa fue su primera dura prueba; él mismo lo dice con satisfacción en su Testamento: "Mientras permanecí en el pecado me repugnaban los leprosos, pero la misericordia del Señor me condujo a vivir con ellos". Recordemos que en aquella época la lepra era una enfermedad ampliamente difundida en Europa, donde habían 19 mil centros para acoger a los atacados del terrible mal de San Lázaro, el mismo Santo que dio su nombre a la Caballeresca Orden de San Lázaro.

Todo lo relatado anteriormente nos pone de manifiesto lo vinculado que estaba San Francisco

con la ciudad de Gubbio, y el especial afecto que dispensaba a sus habitantes.

Volviendo a la historia del Lobo de Gubbio, diré que dudé de su veracidad, cuando leyendo a San Buenaventura, el más autorizado biógrafo del Santo de Assisi, me encontré que no hace mención de ella; así mismo, Celano, reconocido escritor sobre temas de Gubbio y San Francisco, ignora el milagro, y solo nos cuenta en sus escritos, que en aquel entonces "Gubbio se veía amenazada de pandillas de lobos feroces". Sin embargo, hay otros escritos, pinturas, reliquias arqueológicas y sobre todo la tradición del pueblo entero de Gubbio, que demuestran sin lugar a dudas la veracidad del milagro del Santo de Assisi. Cuando se recorre la ciudad se puede ver que una Trattoria (pequeño restaurante), se llama "El Lobo de Gubbio"; una venta de cerámica de la plaza de San Francisco, lleva igual nombre; otros pequeños negocios lo ostentan igualmente.

En el Palacio de Los Cónsules, en el frente de su salón principal, un gran fresco representa la escena del pacto de paz entre el Lobo y el pueblo de Gubbio en presencia de San Francisco. La Iglesia que lleva el nombre del Santo, tiene el agregado "della Pace", (de la Paz), en recuerdo de dicho pacto. Su Custodia tiene grabada la imagen de San Francisco conduciendo un lobo amarrado de una cuerda.

El descubrimiento de la tumba del Lobo es otra realidad. El año 1872, unos albañiles que realizaban trabajos en el palacio de la familia Biscaccianti de la Fonte, encontraron en una fosa recubierta con una piedra artísticamente labrada, el esqueleto de un animal, el cual, reconocido por el veterinario Doctor Spinaci, dictaminó que anatómicamente resultaba ser el cráneo de un lobo, con sus grandes colmillos intactos. Si no fuera el Lobo del milagro de San Francisco, no lo hubieran enterrado en el muro de un palacio tan central del barrio de San Andrés, vecino a la Iglesia de San Francisco de la Paz.

Todo lo anterior es una demostración incontrovertible de la autenticidad del milagro, pero si ello fuere poco, existe el unánime sentimiento de todo el pueblo de Gubbio, que recuerda a San Francisco con especial devoción, por haber librado a sus antepasados de la ferocidad del Lobo que Darío inmortalizó en la poesía.

Para mayor abundamiento de pruebas, me permitiré transcribir lo que el Padre Bughetti, o.f.m., escribe en sus "Floresillas de San Francisco", sobre el milagroso episodio:

"En aquel tiempo en que San Francisco vivió en la ciudad de Agobbio, (hoy Gubbio), del Condado de Agobbio, apareció un lobo grandísimo, te-

rrible y feroz, que no solamente devoraba a los animales, sino también a los hombres, al extremo que todos sus habitantes le tenían gran temor, porque con frecuencia se acercaba a la propia ciudad; todos andaban armados cuando salían a trabajar la tierra, como si fueran a librar un combate; a pesar de todo, ninguno se podía defender cuando se encontraba solo frente a él. Era tanto el miedo, que nadie se atrevía a salir al campo.

En vista de esa situación, San Francisco tuvo compasión de los habitantes de Gubbio, y resolvió salir a buscar al lobo, a pesar de que todos se lo desaconsejaban. Un buen día, haciéndose la señal de la Santa Cruz, se fué al campo con sus compañeros, poniendo su confianza en Dios. Temiendo el Santo que sus compañeros no lo quisieran seguir por la ruta que conducía al lugar donde habitualmente residía el lobo, tomó un camino contrario. Más he aquí que viendo a la mucha gente que había venido a presenciar el milagro, el lobo se lanzó al encuentro de San Francisco con las fauces abiertas; San Francisco se adelantó hacia él, y haciéndole la señal de la Cruz, lo llamó y le dijo así: "VEN AQUI HERMOSO LOBO; yo te ordeno en nombre de Cristo que no me hagas mal a mí ni a ninguna persona". Admirable decirlo. Inmediatamente que San Francisco le hizo la señal de la Cruz, el terrible lobo cerró la boca y se detuvo; después de lo ordenado, se dirigió mansamente como un cordero, y se echó a los pies del Santo donde se quedó tendido.

Entonces el Santo le habló así: "HERMANO LOBO, tu haces mucho daño en estos lados y has hecho muchísimos males, maltratando y matando criaturas de Dios sin su licencia, y no solamente has matado animales, sino que te has atrevido a matar y dañar a los hombres, que han sido hechos a semejanza de Dios; por ello tu eres digno de la horca como ladrón y maligno homicida; toda la gente grita y murmura de tí, y toda ésta tierra es tu enemiga. Más yo quiero HERMANO LOBO hacer la paz entre tí y esos hombres, de manera que tu no los ofendas más, y ellos te perdonarán todas tus ofensas pasadas, y ni los hombres ni los perros te perseguirán más".

Dichas estas palabras, el lobo, con movimientos de cuerpo, cola y orejas, e inclinación de la cabeza, demostró que aceptaba y cumpliría lo que San Francisco le había pedido. Entonces San Francisco le dijo, "HERMANO LOBO, después que he visto que te agrada hacer y mantener la paz, yo te prometo que haré que los hombres de esta tierra te mantengas mientras vivas, y que no sentirás nunca el hambre, porque yo sé que por el hambre has hecho todos los daños. Más después que yo te he concedido esta gracia, yo quiero, HERMANO LOBO, que tú me prometas que no dañarás a ningún hombre ni a ningún animal: ME PROMETES ESTO? El lobo, al inclinar la cabeza, hizo una evi-

dente señal que lo prometía. San Francisco le dijo entonces: "HERMANO LOBO, yo quiero que tú me dés fé de esta promesa, a fin de que yo pueda confiar en ella". Y extendiendo San Francisco la mano para recibirle la promesa, el lobo levantó la pata delantera derecha y docilmente la posó sobre la mano de San Francisco, dándosela en señal de té de lo que le había pedido.

Entonces le dijo San Francisco: "HERMANO LOBO, yo te ordeno en nombre de Jesucristo que te vengas conmigo sin dudar de nadie, y vayamos a firmar esta paz en nombre de Dios". El lobo obediente se fue con él como un manso cordero, y el pueblo viendo ésto, se maravilló enormemente. Inmediatamente la noticia se supo en toda la ciudad, y toda la gente, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se encaminaron a la plaza para ver al lobo con San Francisco.

Estando reunido todo el pueblo, se levantó San Francisco para predicarles, y entre otras cosas les dijo, cómo por los pecados Dios permite tales males; que son más temibles las llamas del infierno porque causan un daño eterno, que la rabia del lobo que sólo puede matar el cuerpo. Cuanto más es de temer la boca del infierno, cuando las multitudes tienen temor a la boca de un pequeño animal. Tornad a Dios carísimos Hermanos, y haced penitencia por vuestros pecados, y Dios os librárá del lobo en el presente, y en el futuro del fuego del infierno.

Después de la prédica les dijo San Francisco: "Oíd hermanos míos: el hermano lobo que está aquí delante de nosotros, me ha prometido, y hecho fé, de hacer la paz con vosotros y de no dañarnos más en cosa alguna si le prometéis darle las especies que necesite, y yo os garantizo que él cumplirá fielmente este pacto de paz". Entonces todo el pueblo prometió mantenerlo mientras durase su vida.

San Francisco delante de todos le dijo al lobo: "Y tú HERMANO LOBO, prometes observar a todos el pacto de paz, por el cual tu no ofenderás a los hombres ni a los animales, ni a ninguna criatura?". El lobo, hincándose, inclinó la cabeza, y con signos de mansedumbre del cuerpo, de la cola y de las orejas, demostró en la mejor forma posible, la voluntad de cumplir lo pactado. Le dijo San Francisco: "HERMANO LOBO, yo quiero que así como tú me distes promesa en el campo, así quiero que delante de todo el pueblo me dés fé de tu promesa, y que no traicionarás la confianza que he puesto en tí". Entonces el lobo, levantando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Así, después de aquel acto, y de los otros dichos atrás, que causaron la admiración y alegría de todo el pueblo, tanto por la devoción al Santo, como por la novedad del milagro y la paz con el lobo, todos comenzaron a clamar al cielo, laudando y bendi-

ciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, quien por sus méritos los había librado de la boca cruel de la bestia.

Después el lobo vivió DOS AÑOS en Aggobio, y entraba y salía domésticamente por las casas, sin hacer daño a las personas, y sin que nadie se lo hiciera a él; fué alimentado en forma solícita por la gente, y andaba por el campo y por el pueblo sin que ningún perro le ladrara. Finalmente, después de DOS AÑOS, el HERMANO LOBO se moría de viejo, de lo cual se dolieron los del pueblo, porque cuando lo veían andar por las calles, les traía a la memoria la santidad de San Francisco.

Hasta donde he investigado, el anterior relato del Padre Bugetti, se ajusta a la verdad de lo acontecido en Gubbio con el famoso Lobo, inclusive en lo relativo a su muerte en el Convento, por causa de su avanzada edad. Sin embargo, Darío en su poesía cambia el final de los hechos; nos cuenta que el Lobo se regresó a la montaña para volver a asolar a los habitantes de Gubbio, por lo cual San Francisco lo salió a buscar en su madriguera para reclamarle la falta de cumplimiento de lo pactado. Qué motivos tuvo Rubén para variar la realidad de lo acontecido? He aquí una interrogante que amerita una explicación.

Ante todo debemos recordar que Darío fué un poeta y no un historiador, y que como a tal, le estaba permitido apartarse un poco de la exactitud de los hechos en una parte que no es esencial en el milagro de Gubbio, como lo es lo de la muerte del lobo. Además, Darío aprovechó esa oportunidad para darnos una preciosa lección sobre la profunda filosofía de la vida, y expresar el dolor que produce la maldad del hombre.

Rubén, en la respuesta del lobo cuando lo increpa San Francisco, saca a relucir toda la miseria humana cuando dice que en las cosas de Gubbio, que simbolizan al mundo, se encontró que en los hombres reinaba la envidia, la saña y la ira; que los hermanos se hacían la guerra, y que en "todos los rostros ardían las brasas de odio, de lujuria, de infamia y mentira", "que perdían los débiles, ganaban los malos, hembra y macho eran como perro y perra", y un buen día todos le dieron de palos. Horrorizado el lobo por todo lo que vio, declaró al Santo que llegó a sentirse mejor que toda esa mala gente.

Se conmovió tanto el poeta con su propio relato, que no tuvo más salida para terminar su poesía, que la misma que tengo yo que recuento la Historia del Lobo de Gubbio: recitar la más bella y más grande de las oraciones:

PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS...

Roma, Italia, Diciembre de 1968.

# Los Motivos

Por **EDUARDO ZEPEDA-HENRIQUEZ**  
Director de Extensión Cultural

La palabra de Rubén Darío sólo alcanza plena autenticidad en la expresión lírica; y su obra más poética es la que tiene menos elementos objetivos. En el gran nicaragüense se cumple la tesis de Guillermo Díaz Plaja de que el valor de un poeta reside en el valor de su subjetividad. (2) Esto, dicho en absoluto, resulta inexacto; sin embargo, en el caso de Darío no admite dudas. Rubén es un escritor expositivo por excelencia, que, a fuerza de interioridad, se universaliza, al evadirse de las imposiciones y sugerencias sensoriales del medio natural americano. El no es el poeta de América en lo limitado, localista y folklórico; pero sí en el "futurismo" de su creación, en la amplitud de horizontes de su universo, en la virgen potencia espiritual de su lenguaje —formalmente culto y cultivado—, y en su unitaria multiplicidad.

Conviene investigar en el campo de los motivos poéticos rubenianos; aunque siempre sobre la expresión de los puros sentimientos e ideas del autor, como clave del valor de su producción literaria. Dentro de la poesía de Darío, los motivos por antonomasia son "Los Motivos del Lobo". Esta composición, recogida en el libro "Poema del Otoño", pertenece a la forma narrativa, ya que es, en su mayor parte, el Capítulo XX de las "Florecillas de San Francisco" puesto en verso. Aquí, pues, el motivo poético se torna en

asunto, en tema; es motivo por antonomasia, más no por excelencia. Darío escribió este poema, posiblemente, en 1913, año de la publicación del mismo, en París. No creemos que haya tenido a la vista la versión del "Fioretti", de Passerini, editada diez años antes, sino cualquiera de las traducciones castellanas que se sirvieron de aquélla. Acaso la de Manuel Pérez Villamil, bajo el seudónimo de "Un Hermano de la Orden Tercera". Lo que sí puede afirmarse es que el poeta nicaragüense conocía el San Francisco de Asís, de la Pardo Bazán, cuya segunda edición salió a luz pública en París, bajo el seño de Garnier Hermanos, en 1886; y en donde aparece traducida la florecilla de cómo San Francisco libró de un lobo a la ciudad de Gubbio. Es probable que nuestro poeta tuviera también presente el poema "El Lobo" ("Le Loup") del francés Haracourt, aparecido en 1899, y que es una paráfrasis menos feliz que la de Rubén. No fue sino hasta diez años después de impresos "Los Motivos del Lobo" —ya muerto Darío— que salió una edición española digna de "Las Florecillas", verdadera Edición Monumental, como la llamó su editor barcelonés, José Vilamala.

Se habla mucho de la referida fuente literaria del poema de Rubén Darío; pero nadie precisa el grado de parentesco que hay entre ambas obras. Heio aquí, por vez primera;



## FLORECILLAS:

Un lobo grandísimo, feroz y terrible, que no sólo devoraba a los animales, sino también a los hombres...

Y todos iban armados, cuando salían, como si fueran a la guerra,...

San Francisco, compadecido de aquellos hombres, determinó ir en busca de dicho lobo... tomó el resueitamente el camino que conducía a la guarida del lobo... se vino el lobo con la boca abierta hacia San Francisco. El Santo se le acercó, le hizo la señal de la cruz y lo llamó diciéndole: —Ven aquí, hermano lobo;...

cerró la boca y paró de correr;...

—Hermano lobo, tú has causado muchos daños en estas tierras y has hecho grandísimos males, devastando y matando las criaturas de Dios sin su licencia; y no sólo has matado y devorado a las bestias, sino que has tenido el atrevimiento de matar y despedazar a los hombres, hechos a imagen de Dios, por lo cual mereces la horca, como ladrón y homicida pésimo; y toda la gente se queja y murmura de ti, y toda esta tierra te es enemiga.

Yo quiero hacer la paz entre ti y ellos, de modo que tú no les hagas más daño, y ellos te perdonen todas las ofensas pasadas. . .

Y San Francisco le dijo:

—Hermano lobo, quiero que me hagas fe de esta promesa, para que yo pueda fiarme de ti. Y alargando San Francisco la mano para recibir el testimonio de la promesa, el lobo levantó un pie delantero y lo puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que podía.

—Hermano lobo, yo te mando, en nombre de Jesucristo,...

El lobo, obediente, se vino con él como un manso cordero, de lo cual se maravillaron muchísimo los ciudadanos.

y hombres y mujeres, grandes y pequeños, jóvenes y viejos acudieron todos a la plaza...

dijo San Francisco. —oíd, hermanos míos: el hermano lobo, que está aquí delante de vosotros, ha prometido y me ha dado fe de hacer paces con vosotros y no ofenderos nunca en cosa alguna, si vosotros prometéis darle el sustento necesario... Todo el pueblo a una voz prometió alimentarlo continuamente. El lobo, arrojándose, inclinando la cabeza y haciendo humildes demostraciones con el cuerpo, la cola y las orejas, mostraba, en cuanto le era posible, que quería guardarles el pacto.

y entraba familiarmente por las casas, de puerta en puerta, sin hacer mal a nadie, y sin que nadie se lo hiciese, y todos le daban de comer cortésmente; y andando de esta suerte por la ciudad, nunca le ladraban los perros.

## LOS MOTIVOS DEL LOBO:

“El lobo de Gubbia, el terrible lobo”,  
“devoró corderos, devoró pastores”,

Fuertes cazadores armados de hierros  
fueron destrozados.

Francisco salió;  
al lobo buscó  
en su madriguera,  
Cerca de la cueva encontró a la fiera  
enorme, que al verle se lanzó feroz  
contra él. Francisco, con su dulce voz,  
alzando la mano,  
al lobo furioso dijo:  
“¡Paz, hermano lobo!”

dejó su aire arisco,  
cerró las abiertas fauces agresivas.

“¡Cómo! —exclamó el Santo—.  
(¿Es ley que tú vivas  
de horror y de muerte?  
La sangre que vierte  
tu hocico diabólico, el duelo y espanto  
que esparces, el llanto  
de los campesinos, el grito, el dolor  
de tanta criatura de Nuestro Señor,  
¿no han de contener tu encono infernal?”

Tú vas a tener  
desde hoy qué comer.  
Dejarás en paz  
rebaños y gente en este país”.

“Ante el Señor, que todo ata y desata,  
en fe de promesa tiéndeme la pata”.  
El lobo tendió la pata al hermano  
de Asís, que a su vez le alargó la mano.

“En nombre del Padre del sacro universo,  
conjúrote...”

Fueron a la aldea. La gente veía  
y lo que miraba casi no creía.  
Tras el religioso iba el lobo fiero,  
y, baja la testa, quieto le seguía  
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza...

Y dijo: “He aquí una amable caza.  
El hermano lobo se viene conmigo;  
me juró no ser ya vuestro enemigo,  
y no repetir su ataque sangriento.  
Vosotros, en cambio, daréis su su alimento  
a la pobre bestia de Dios”. “Así sea!”  
contestó la gente toda de la aldea.  
Y luego, en señal  
de contentamiento,  
movió testa y cola el buen animal,  
y entró con Francisco de Asís al convento.

Salía a la calle,  
iba por el monte, descendía al valle,  
entraba en las casas y le daban algo  
de comer. Mirábanle como un manso gaigo.

“Los Motivos del Lobo”, de Rubén, no llegan a la altura poética del original franciscano, ni en la luminosa sobriedad de la lengua, ni en el clima emocional de la fe, ni en la recreación del hecho sobrenatural; acordes con la maravillosa sencillez del milagro narrado. Y eso que Darío sigue el texto medieval hasta en los detalles de mayor valor expresivo, como aquél de que “el lobo levantó un pie delantero y lo puso mansamente sobre la mano de San Francisco, dándole la señal de fe que podía”: o aquel otro de “Todo el pueblo a una voz prometió alimentarlo (al lobo) continuamente”. Para salvar su poema, el gran nicaragüense recurre, dentro de la narración, al uso de formas elocutivas combinadas, al dinamismo del diálogo, haciendo que el lobo de Gubbio converse con el Santo. Pero la verdadera salvación de esta obra de Darío, su genuina originalidad creadora, está en los versos en que nuestro poeta se decide a ser enteramente lírico, haciendo carne sus propias ideas y sentimientos. Entonces Rubén Darío es todo él, el hombre creyente y bueno —de fe y de buena fe—, como cuando escribe estos versos decantados y con temblor de altísima belleza; versos en los que alienta el gran Misterio cristiano de la culpa original:

“... En el hombre existe  
mala levadura.  
Cuando nave viene con pecado. Es triste.  
Mas el alma simple de la bestia es pura”.

Y hay todavía más. La única variante notable entre el capítulo de las “Floreccillas” y la versión darriana, reside en el desenlace. Según aquéllas, “el hermano lobo murió de viejo, de lo cual se dolían mucho los ciudadanos, porque viéndolo andar tan manso por la ciudad se acordaban más de la virtud y santidad de San Francisco”. En cambio, el genio de Rubén se revela contra lo objetivo de la piadosa y poética narración, para imprimir carácter absolutamente lírico a los acordes finales de su poema, haciendo que el lobo regrese a la montaña, a causa de la maldad de los hombres, y poniendo en boca del animal palabras de desengaño humano, que son, al mismo tiempo, un canto a la vida retirada, junto a la libertad de la Naturaleza:

“Y su risa fue como un agua hirviente,  
y entre mis entrañas revivió la fiera,  
.....

Y recomencé a luchar aquí,  
a me defender y a me alimentar.  
Como el oso hace, como el jabalí,  
que para vivir tiene que matar.  
Déjame en el monte, déjame en el risco,  
déjame existir en mi libertad...”

Rubén nos revela su propia intimidad, incluso cuando canta con voz de pueblo, con voz coral, celebrando —como él dice— “el heroísmo, las épocas bellas de la historia” y “las conquistas humanas”, por haber comprendido “la fuerza de las tradiciones en el pasado, y de las previsiones en lo futuro”. (3) Y es que esos

motivos poéticos le son consubstanciales a Darío; son alma de su alma y carne de su carne. Así sucede con sus poemas de afirmación hispánica, con la “Salutación del Optimista” o con la oda “A Roosevelt”, por ejemplo. Las dos son obras expositivas, antes que nada, porque los sentimientos del poeta son los sentimientos de su pueblo. El mismo confiesa que “si encontrás versos a un presidente, es porque son un clamor continental”. “...de todas maneras, mi protesta queda escrita sobre las alas de los immaculados cisnes, tan ilustres como Júpiter”. (4).

Hablando también de los motivos de inspiración histórica y de la poesía coral —por así decirlo— de Rubén, cabe referirse con detenimiento a su obra de intención más impura estéticamente, más circunstancial, como es su poesía civil, civilista, o su prosa social y periodística. La imaginación de nuestro Darío era tan poderosa, que, toda vez que no deja de ser lírico, da trascendencia aún a los motivos más utilitarios, abriéndolos en las tres dimensiones de longitud, anchura y profundidad.

A lo largo, su canto es de resurrección o de vaticinio. “He, así, cantado aires antiguos; y he querido ir hacia el porvenir”, declara el poeta. (5) Si en los años inmediatamente posteriores a 1898, la aguja de nuestros pueblos brujuleaba, quiero decir que se inquietaba, naturalmente hacia el Norte; en el tiempo en que vivimos, el imán de nuestra brújula se ha desplazado al Este. El preguntar en 1905, como lo hace Rubén: “¿Tantos millones de hombres hablaremos inglés?”, (6) quizá pueda explicarse solamente como una protesta nacionalista. Pero qué interpretación cabe de los siguientes versos, publicados en igual fecha y doce años antes de la Revolución Roja:

“La América Española como la España entera  
fija está en el Oriente de su fatal destino;  
yo interrogo a la Esfinge que el porvenir espera”.

(“Los Cisnes”)

“Un gran vuelo de cuervos mancha el azul celeste.  
Un soplo milenarío trae amagos de peste.  
Se asesinan los hombres en el extremo Este”.

(“Canto de Esperanza”)

“fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,  
y algo se inicia como vasto social cataclismo  
sobre la faz del orbe”.

(“Salutación del Optimista”)

“La insurrección de abajo  
tiende a los Excelentes.  
El canibal codicia su tasa  
con roja encía...”

(“¡Torres de Dios!”)

A lo ancho, en cambio, la lírica de Darío universaliza incluso los motivos de aspecto prosaico, los en-

sancha en su validez. El interés local estira su cauce para dar paso al íntegro caudal del sentimiento humano. El mismo poeta es consciente de ello, al declarar en las palabras Al Lector de "Cantos de Vida y Esperanza": "Si en estos cantos hay política, es porque aparece universal". Mientras que, finalmente, la dimensión de profundidad de la obra dariana hace esencial hasta el positivismo de aquellos motivos como el de 'El Fardo', (7) cuento o, mejor, poema en prosa que, en manos de un escritor nada poeta, hubiera podido ser un simple apunte periodístico. En "El Fardo", Rubén realiza lo que ahora llaman "poesía social"; pero de la más elevada calidad, y superando la intención y la anecdota, a fuerza de valores estéticos. Dicha composición evoca, incluso en los rasgos estilísticos, aquel cartón para tapiz de Goya, (8) cuyo motivo es un obrero accidentado en el trabajo; cartón que preiudica la formidable "época negra" del pintor, la última y más profunda de todas las suyas. He aquí uno de tantos detalles goyescos del poema en prosa del gran nicaragüense: "...¡pero los miserables no deben aprender a leer cuando se ilora de hambre en el cuarto!>". Si Darío hubiese tenido espíritu de cronista,

no habría escrito "haciendo filosofía —como él dice allí— con toda la cachaza de un poeta...".

Y no paran aquí los motivos darianos. Rubén es una rosa de los vientos de la poesía. Las sugerencias de su estro "vario y variable" —según sus palabras— son innumerables. El lo confiesa hermosamente: "he visto con desinterés lo que a mí yo parece extraño para convencerme de que nada es extraño a mí yo". (9) Con él se revela el carácter esencial y, a la vez, existencial de su obra, hija del equilibrio de su conciencia. "He meditado —dice— ante el problema de la existencia..." "He cantado, en mis diferentes modos, el espectáculo multiforme de la naturaleza y su inmenso misterio". Y en otro lugar: (10) "he aquí que veréis en mis versos princesas, reyes, cosas imperiales, visiones de países lejanos o imposibles..." Nuestro poeta no contempla existencia como fenómeno, sino como "prohema"; no sólo canta la naturaleza, sino su "misterio", hay en sus versos países lejanos, pero también "imposibles". Es que lo objetivo en Rubén está sellado por su irremediable subjetividad. Su mejor prosa es lírica; y, así como —a la manera de Berceo— llamó "Prosas Profanas" a un libro de versos, bien pudo titular "Poemas Profanos" otro de cuentos.

#### NOTAS

- (1) Entiéndase por "motivos" las "situaciones recurrentes que se conectan en forma directa o indirecta con el asunto y el tema de la obra, pero sin una relación necesaria de dependencia". Ahora bien, en estas páginas no procedo por análisis, sino por síntesis, porque lo primero daría materia para varios volúmenes sobre los numerosos motivos darianos. He considerado, pues, esos motivos genéricamente, en cuanto a que pueden agruparse por sus analogías; y por ello hablo de "motivos de inspiración histórica", aludiendo también a los motivos religiosos, naturales, fantásticos... Sin embargo, usando la ironía, en base al equívoco a que se presta la palabra "motivo" —sentido que le da la Estilística, ya señalada; sentido del Diccionario, como "razón", etc.—, escribo aquí que "dentro de la poesía de Darío, los motivos por antonomasia son "Los motivos del Lobo". Y el hecho mismo de que las "razones" del lobo coincidan con el sentido de algunos motivos del poema rubeniano, me dio pie para esa irónica figura de alteración o trastrueque de ideas. Pero en "Los Motivos del Lobo" apunto los motivos siguientes: la actitud de comprender el alma del animal; la inclinación piadosa y fraternal hacia la fiera; la exaltación de la libertad primitiva; la lamentación por la esclavitud del animal a manos del hombre; y el amargo desengaño de la realidad humana. Todos estos motivos resultan típicamente darianos, y se dan también en otros muchos poemas de Rubén, como "La Canción de los Osos" o "La Gesta del Coso". por ejemplo; y, en "Los Motivos del Lobo", están conectados directamente al motivo principal o "leitmotiv", que es el contraponer la bondad de la fiera a la maldad humana. Por eso advierto expresamente: "Aquí, pues, el motivo poético se torna en asunto,

en tema..." Por lo demás, yo no me refiero exclusivamente al poema "Los Motivos del Lobo", sino también a otras seis composiciones mencionadas por vía de ejemplo, entre los "poemas de afirmación hispánica" de Rubén y entre lo que hoy llamaríamos su "poesía social". Lo que sucede es que, aprovechando la referencia a "Los Motivos del Lobo", me permito hacer un extenso cotejo relativo a las fuentes literarias, justificado por su novedad.

- (2) "Historia de la Poesía Lírica Española (Barcelona, 1948; 2da. edic.)
- (3) "El Canto Errante", "Dilucidaciones, V."
- (4) "Cantos de Vida y Esperanza", Prefacio.
- (5) "El Canto Errante", "Dilucidaciones, IV".
- (6) "Los Cisnes", I.
- (7) Cuarto de los cuentos de "Azul".
- (8) Se conserva en el Museo del Prado, de Madrid. Rubén, en su poema "A Goya", se refiere a la última época del pintor diciendo:
- "Así es de ver y admirar  
tu misteriosa y sin par  
pintura crepuscular".
- (9) "El Canto Errante", "Dilucidaciones, V".
- (10) "Prosas Profanas", Palabras Liminares.

# LOS MOTIVOS

El varón que tiene corazón de Iis,  
alma de querube, lengua colestial,  
el mínimo y dulce Francisco de Asís,  
está con un rudo y torvo animal,  
bestia temerosa, de sangro y de robo  
las fauces de furia, los ojos de mal;  
el lobo de Gubbia, el terrible lobo,  
rabioso ha asolado los alrededores,  
cruel ha deshecho todos los rebaños;  
devoró corderos, devoró pastores,  
y son incontables sus muertes y daños.

Fuertes cazadores armados de hierros  
fueron destrozados. Los duros colmillos  
dieron cuenta de los más bravos perros,  
como de cabritos y de corderillos.  
Francisco salió;  
al lobo buscó  
en su madriguera.  
Cerca de la cueva encontró a la fiera  
enorme, que al verle se lanzó feroz  
contra él. Francisco, con su dulce voz,  
alzando la mano,  
al lobo furioso dijo: "Paz hermano  
lobol" El animal  
contempló al varón de tosco sayal;  
dejó su aire arisco,  
cerró las abiertas fauces agresivas,  
y dijo: "Está bien, hermano Francíscol"  
"Cómo! —exclamó el santo—. Es ley que tú vivas  
de horror y de muerte?"  
"La sangre que vierte  
tu hocico diabólico, el duelo y espanto  
que esparces, el llanto  
de los campesinos, el grito, el dolor  
de tanta criatura de Nuestro Señor,  
¿no han de contener tu encono infernal?  
¿Vienes del infierno?  
¿Te ha infundido, acaso, su rencor eterno  
Luzbel o Belial?"  
Y el gran lobo, humilde: "Es duro el invierno,

y es horrible el hambre! En el bosque helado  
no hallé qué comer; y busqué el ganado,  
y a veces comí ganado y pastor.  
¿La sangre? Yo ví más de un cazador  
sobre su caballo, llevando el azor  
al puño; o correr tras el jabalí,  
el oso o el ciervo; y a más de uno ví  
mancharse de sangre, herir, torturar,  
de las roncadas trompas al sordo clamor,  
a los animales de Nuestro Señor.  
Y no era por hambre, que iban a cazar".

Francisco responde: "En el hombre existe  
mala levadura.  
Cuando nace, viene con pecado. Es triste.  
Mas el alma simple de la bestia, es pura.  
Tú vas a tener  
desde hoy qué comer.  
Dejarás en paz  
rebaños y gente en este país.  
Que Dios melifique tu ser montaraz!"

—"Esté bien, hermano Francisco de Asís".  
—"Ante el Señor, que todo ata y desata,  
en fe de promesa tiéndeme la pata".  
El lobo tendió la pata al hermano  
de Asís, que a su vez le alargó la mano.  
Fueron a la aldea. La gente veía  
y lo que miraba casi no creía.  
Tras el religioso iba el lobo fiero,  
y, baja la testa, quieto le seguía  
como un can de casa, o como un cordero.

Francisco llamó la gente a la plaza  
y allí predicó.  
Y dijo: "He aquí una amable caza.  
El hermano lobo se viene conmigo;  
me juró no ser ya vuestro enemigo,  
y no repetir su ataque sangriento.  
Vosotros, en cambio, daréis su alimento  
a la pobre bestia de Dios". — "Así se al",  
contestó la gente toda de la aldea.

# DEL LOBO

Y luego, en señal  
de contentamiento,  
movió testa y cola el buen animal,  
y entró con Francisco de Asís al convento.  
Algún tiempo estuvo el lobo tranquilo  
en el santo asilo.  
Sus vastas orejas los salmos oían  
y los claros ojos se le humedecían.  
Aprendió mil gracias y hacía mil juegos  
cuando a la cocina iba con los legos.  
Y cuando Francisco su oración hacía,  
el lobo las pobres sandalias lamía.  
Salía a la calle,  
iba por el monte, descendía al valle,  
entraba en las casas y le daban algo  
de comer. Mirábanle como a un manso galgo.  
Un día, Francisco se ausentó. Y el lobo  
dulce, el lobo manso, y bueno, el lobo probo,  
desapareció, tornó a la montaña,  
y recomenzaron su aullido y su saña.

Otra vez sintióse el temor, la alarma,  
entre los vecinos y entre los pastores;  
colmaba el espanto los alrededores,  
de nada servían el valor y el arma  
pues la bestia fiera  
no dio treguas a su furor jamás  
como si tuviera  
fuegos de Moloch y de Satanás.

Cuando volvió al pueblo el divino santo,  
todos le buscaron con quejas y llanto,  
y con mil querellas dieron testimonio  
de lo que sufrían y perdían tanto  
por aquel infame lobo del demenio.

Francisco de Asís se puso severo.  
Se fué a la montaña  
a buscar al falso lobo carnicero.  
Y junto a su cueva hallé a la alimaña.  
"En nombre del Padre del sacro universo,  
conjúrete —dijo—, oh lobo perverso,

a que me respondas: Por qué has vuelto al mal?  
Contesta: Te escucho".

Como en sorda lucha, habló el animal,  
la boca espumosa y el ojo fatal:  
"Hermano Francisco, no te acerques mucho. . .

Yo estaba tranquilo, allá en el convento;  
al pueblo salía,  
y si algo me daban estaba contento  
y manso comía.  
Mas empecé a ver que en todas las casas  
estaban la Envidia, la Saña, la Ira,  
y en todos los rostros ardían las brasas  
de odio, de lujuria, de infamia y mentira.  
Hermanos a hermanos hacían la guerra,  
perdían los débiles, ganaban los malos,  
hembra y macho eran como perro y perra,  
y un buen día todos me dieron de palos.  
Me vieron humilde, lamía las manos  
y los pies. Seguía tus sagradas leyes:  
todas las criaturas eran mis hermanos,  
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,  
hermanas estrellas y hermanos gusanos.  
Y así, me apaloaron y me echaron fuera.  
Y su risa fué como un agua hirviente,  
y entre mis entrañas revivió la fiera,  
y me sentí lobo malo de repente;  
mas siempre mejor que esa mala gente.  
Y recomencé a luchar aquí,  
a me defender y a me alimontar,  
como el oso hace, como el jabali,  
que para vivir tiene que matar.

Déjame en el monte, déjame on el risco,  
déjame existir en mi libertad;  
véte a tu convento, hermano Francisco,  
sigue tu camino y tu santidad".  
El santo de Asís no le dijo nada.  
Le miró con una profunda mirada,  
y partió con lágrimas y con desconsuelos,  
y habló al Dios eterno con su corazón.  
El viento del bosque llevó su oración,  
que era: Padre nuestro, que estás on los cielos

# El Lobo Curandero

CESAREO GIL ATRIO

En un extremo de la provincia de Orense, mirando a Portugal y Sanabria, está La Gudiña. Allí nació, el 20 de enero de 1502, Sebastián de Aparicio y del Prado.

Su padre fue Juan de Aparicio. Un experto en labranza y en pastoreo. Y un leal consejero en los problemas de la vecindad: sementeras de cereales, podas de árboles, enfermedades de ganados, acarreos de mercancías, compras y ventas.

Su hogar, una casa sin número, en una "carrera" sin nombre de una aldea ni envidiada ni envidiosa, pero con valles generosos, montes austeros, temperaturas insobornables, aire puro y cielo azul.

En ese marco se crió Sebastián, el único hijo varón de la familia. En ese marco aprendió a remar, en el mar de la vida, con los dos remos que usaban sus padres: la laboriosidad y la honradez. En ese cristiano y agrícola marco descubrió la hermandad de las plantas y los animales y el sentido social de su vida futura. Cuidado por su madre y sus hermanas, superó Sebastián la niñez.

No aprendió a leer, porque no había escuela. Pero, fornido y dócil, aprendió a trabajar. A los diez años ayudaba a su padre como pastor y como Labrador. Como pastor se familiarizó con las ovejas, y con las cabras, y con los toros y caballos... y perdió el miedo a los lobos a las cabras monteses y a los reptiles.

Diríase que don Ramón del Valle Inclán hizo su retrato cuando escribió:

Bajo la bendición de aquel santo ermitaño  
El lobo paca humilde en medio del rebaño,  
Y la ubre de la loba da su leche al cordero,  
Y el gusano de luz alumbró el hormiguero,  
Y hay virtud en la baba que deja el caracol,  
Cuando va entre la yerba con sus cuernos al sol.

La alondra y el milano tienen la misma rama  
Para dormir. El buho siente que ama la llama  
Del sol. El alacrán tiene el candor que aroma,  
El símbolo de amor que porta la paloma.  
La salamandra cobra virtudes misteriosas,  
En el fuego, que hace puras todas las cosas,  
Es amor la ponzoña que lleva por estigma.  
Toda vida es amor. El mal es el Enigma.

El enigma se lo descifró Dios, mediante el lobo curandero.

La tradición nos transmitió la leyenda así:

Siendo Sebastián como de doce años, se encendió en los pueblos comarcanos a Gudiña una tremenda peste que los iba dejando casi desiertos, razón por la que las autoridades del lugar resolvieron instalar en sus proximidades una casa que sirviese de lazareto y hospital para los apesados, imponiendo penas a todos los sanos que se acercasen a ella, a fin de evitar la propagación del contagio. Esas prudentes disposiciones no bastaron para impedir que algunos se contagiasen de la enfermedad reinante, y entre ellos nuestro Sebastián. Afligida su madre por la desgracia, y temerosa de que, si lo llevaban al hospital destinado para la curación de los contagiados, no tendrían el consuelo de asistirle, lo trasladó ocultamente a una casa derruida fuera de la población, pero que tenía dentro de sus ruinas una pieza todavía útil. En este aposento le visitaba su madre cuantas veces podía, para suministrarle los cuidados y remedios que su pobreza le permitía, procurando no despertar la curiosidad de los paisanos. No obstante estas atenciones, la fiebre, acompañada de un tumor contagioso, se le encendió al tercer día de manera tal, que le puso a las puertas de la muerte, dejándolo como cadáver, por lo que su madre, creyéndole tal, salió del cuarto desconsolada, sin advertir en medio de su dolor que dejaba abierta la puerta que en otras visitas había cerrado perfectamente. Este natural descuido en persona de tanta aflicción fue precisamente disposición providencial para devolver la salud al enfermo, pues, aprovechando la ocasión un lobo de los bosques inmediatos, entró en el aposento de Sebastián, y rompiendo con sus dientes el infectado tumor, le extrajo todo el pus que envenenaba la sangre, y lamiendo después con su lengua la herida, la dejó completamente cicatrizada. Terminada esta operación, el lobo huyó veloz al bosque de donde había venido, y Sebastián, sintiéndose enteramente sano, dio gracias a Dios, y se acostó de nuevo en su lecho, esperando la vuelta de su madre, la cual recibió tremenda sorpresa al ver que, al abrir la puerta de la estancia, su hijo se levantó para recibirla, inundado de alegría su rostro por la total curación. Conducido el niño a su casa lo recibió su padre con igual admiración, dando gracias y alabando los tres al Altísimo por tan singular favor.

El mismo Sebastián refirió este suceso varias veces a sus amigos, cuando ya era fraile. Y comentaba: el lobo no es malo. Es como Dios quiere que sea.

Como Labrador domó bueyes, y mulos, y potros... Manejó el arado y el azadón... Sembró. Plantó. Injertó... Descubrió la honradez de los callos. Aprendió la lección de la hermana tierra, y de la hermana agua, y de la hermana vegetación... Hasta advirtió que las urces secas (gancios) servían para encender el fuego y para suflir el candil durante la noche...

# La Nueva Literatura Guatemalteca

ANTONIO RESTREPO  
Ensayista peruano

Guatemala es un país dueño de grandes poetas y narradores, humanistas e investigadores, cronistas e historiógrafos.

Guatemala no ha sido ajena al Modernismo. Entra a esta etapa de las letras con un nombre que se ha hecho universal y que sigue resistiendo la crítica: Enrique Gómez Carrillo. El príncipe de los cronistas, como le llamaron los franceses de su tiempo, marca la frontera entre la literatura clásica y la moderna en Guatemala. Ese período, hasta la aparición de la obra de Miguel Angel Asturias, presenta excelentes escritores. José Rodríguez Cerna es uno de ellos en el dominio de la prosa. En la novela, Flavio Herrera, Carlos Wyld Ospina; más cercanamente Marlo Monteforte Toledo y como en un retablo maravilloso, las figuras indestructibles y siempre presentes de Rafael Arévalo Martínez, en la poesía y Luis Cardoza y Aragón en la delectación del ensayo.

La etapa del Modernismo guatemalteco se cierra con Miguel Angel Asturias para abrirse inmediatamente, también con él. El autor de "El Señor Presidente" abre las puertas del vanguardismo en la novela, en la poesía, en la leyenda, en el teatro. Pero junto a él, paralelamente a él, se ha ido forjando con la vida guatemalteca, una nueva generación de escritores jóvenes que representan, más allá de Asturias, "la nueva literatura guatemalteca".

Se trata de una generación del exilio. La que estuvo presente con sus letras y actitudes en el desarrollo de la Revolución del 20 de Octubre de 1944, que no se ha podido rescatar todavía. Esa generación de poetas y escritores exilados en diversos países de América es la que representa en la actualidad la savia nueva de las letras de Guatemala. Jóvenes que salieron de su patria en la flor de su juventud y su talento para nutrirse con otros ambientes y adquirir una cultura más universal. El poeta Raúl Leiva vivió en Rusia, viajó a China, a Europa y se radicó definitivamente en México. Otto-Raúl González, otro gran poeta, estuvo en Rusia, en Cuba, en Europa, en Ecuador y actualmente, también reside en México. Chile, Uruguay, la Argentina, conocieron de la peregrinación del poeta Enrique Juárez Toledo. México, España, Buenos Aires y Bolivia son los países en que ha residido Alfonso Enrique Barrientos, el cuentista más original de este grupo, junto con Augusto Monterroso, que también vivió en Bolivia y reside en México definitivamente. José María López Valdizón vivió en Cuba, en México, en la América del Sur...

Generación de poetas trashumantes cuya obra ofrece los más variados matices, conservando la gran unidad del nacionalismo, que no hay que confundir con el patriotismo. La poesía de Raúl Leiva y la de Otto-Raúl González fusiona los temas del hombre de todas partes del mundo con la problemática de su

país. Los cuentos de José María López Valdizón y de Monterroso, definen los problemas de la angustia política que es otro género de la angustia descubierta por ellos. Barrientos, ahonda el sentido de la discriminación racial y lo universaliza. En un cuento publicado en La Paz, Bolivia, describe y descubre nuevas aristas al arte de narrar. En el cuento "Amor y de Mentiras", publicado en España, y prologado por Tomás Salvador, se adentra en el cuadro que ofrece la familia guatemalteca que es la misma "familia de toda la América".

Como diría Luis Alberto Sánchez, este grupo de escritores guatemaltecos, el más conocido en la América del Sur y en España: "Lograron machihembrar los esnobismos europeos con las tradiciones indígenas..." Pero también han llegado más allá fragmentando el mural literario de las novelas de Miguel Angel Asturias en cuentos y poemas. Marchamando los problemas del gran escritor del Premio Nóbel y exponiéndolos al mundo, no con afán de causar lástima, sino de expresar un estilo literario y una nueva forma de resolver los problemas que presenta modernamente la poesía y la narrativa.

Con una notable, pero trasfundida influencia de Jorge Luis Borges, Monterroso es quien mejor ha conseguido reunir en un haz de cuentos los problemas locales y los universales de sus personajes.

Pero no queda allí la "nueva literatura guatemalteca", han ido surgiendo poetas indispensables en ese panorama. Uno de ellos acaso el más formal entre los jóvenes, es Julio Fausto Aguilera. De él son estos versos tan señaladamente humanos, pero con una humanidad que se ha formado en los esbozos políticos. Aguilera es uno de los primeros poetas guatemaltecos que, como decíamos, han fragmentado el mural, junto a los narradores, para darnos por partes y más directamente, lo que Asturias nos ofrece en lo ancho de sus grandes novelas.

## Solo un Sueño, Soñamos

"Viéndolo bien, hermana,  
yo te digo  
que no tenemos patria.

Que este horizonte que abrazamos  
cada día con la mirada,  
que este suelo que besamos  
cada día con nuestras plantas,  
sólo son el florido colchón de nuestros sueños.

Soñamos, mi pequeña, al contemplar este ámbito  
donde qué hermosa quedaría  
nuestra casa, la casa para todos, la patria...

# La Repercusión Internacional de la Invasión Filibustera

AGUSTIN TIJERINO ROJAS  
Historiador Nicaragüense

Los historiales que vienen ocupándose de la Guerra Nacional encabezada por William Walker, tratan generalmente de sus diversos episodios, de la parte narrativa sin entrar a fondo en las causas que la originaron. Ahora que los archivos propios, y extranjeros principalmente, están siendo consultados, nos sorprende la cantidad enorme de documentos que se refieren al mismo asunto, para ilustrarnos, con amplitud inusitada, sobre los proyectos y hondas preocupaciones originadas en ciertos gobiernos por la forma y las supuestas o reales intenciones de aquella guerra devastadora y sin cuartel.

Al examinar tales informaciones, que las revistas especializadas en la materia siguen publicando, nos es fácil comprender la razón que daba impulso a la emi-

gración filibustera con el único propósito de establecer en Centro América uno de sus peores eslabones contra la libertad y la dignidad de su pueblo. Era también una forma disimulada, y a veces francamente abierta, de la expansión imperialista de los Estados Unidos, ansiosos de unir a sus conquistas de algunos territorios mejicanos las tierras inmediatas del istmo centroamericano.

Así lo vemos al leer los documentos que aparecen en el primer número de la Revista del Archivo General de la Nación, de Managua. Con el título de Documentos relativos a la invasión de Walker a Centro América, se llena casi la mitad de su volumen de 214 páginas.

La debilidad, y más que todo la deficiente organi-



zación de los gobiernos del Istmo a la hora de la tragedia, hizo pensar a varios estadistas en la necesidad de revivir el magnífico proyecto bolivariano de la unión hispanoamericana mediante una asamblea parecida a la celebrada en Panamá en 1826. Entonces el Libertador quería la unión para hacerle frente a las ambiciones-conquistadoras de la Santa Alianza y la unión que se pedía en 1856 llevaba en mira la protección de nuestra soberanía contra un enemigo seguramente más peligroso y esclavista. Con fecha 31 de mayo de 1856 el Ministro de Méjico en Guatemala, J. Nepum Pereda, informa al señor Encargado de Negocios de España en Nicaragua y Costa Rica en los términos siguientes:

“El infrascrito tiene la honra de pasar al Sr. de Goñi una copia de la nota que el Sr. don Nazario Toledo, Ministro de Costa Rica en Guatemala, le ha dirigido con fecha 27 del mes que terminó, como memorandum de la Conferencia confidencial tenida en la casa de esta legación el 25 del mismo sobre la importancia de formar una alianza ofensiva y defensiva entre todas las Repúblicas hispanoamericanas, reuniendo al intento una asamblea de Plenipotenciarios, semejante, aunque ya con otro motivo y otros fines, a la que se instaló en Panamá en 1826, trasladada después a Tacubaya”.

El diplomático Facundo Goñi desempeñaba en ese tiempo las funciones de Encargado de Negocios en las dos repúblicas citadas. Sus informes mensuales al Primer Secretario de Estado del gobierno español, son de inmenso valor para quienes desean profundizar en la trama urdida por los estadistas yanquis contra la supervivencia de los estados centroamericanos. Apreciaremos en seguida su clara comprensión de estos sucesos.

Pero antes conviene fijar la atención en los medios internacionales que buscaba nuestra diplomacia, a efecto de oponerse a la fuerza bruta de la invasión. El llamado sueño de Bolívar, que fracasó en Panamá a causa de las maniobras secretas de Washington, considerábase por el momento, la única posibilidad de unir y robustecer el organismo político de Iberoamérica para evitar la absorción que nos amenazaba. Cabe a la república costarricense el mérito de haber pensado en él cuando todo parecía naufragar en el mar de la anarquía y la carencia de orientaciones positivas. Desgraciadamente las circunstancias y la inane visión de aquellos estadistas del continente hispánico, echaron a perder una magnífica oportunidad, que habría las puertas a las ventajas y garantías de la unión. Esperaríamos un siglo para ver las cosas en la forma que ahora las contemplamos; no había llegado, mejor dicho, este panorama internacional que nos brinda la protección mutua y nos convierte en testigos de la derrota inevitable de todos los imperialismos.

Facundo Goñi, prueba en sus notas a la cancillería de Madrid, que se daba perfecta cuenta de la trascendencia y valor de la iniciativa costarricense. Como español nato y hombre de estudios completos en ciencias políticas, adivinaba las intenciones del adversario tradicional y quería, por consiguiente, la participación

de España en la magna empresa de la fusión hispanoamericana. En su informe del 30 de junio va al grano y expone lisa y llanamente a su gobierno la opinión que le merece el asunto:

“También parece incuestionable la conveniencia para la España de entrar en aquella liga, si fuese fácilmente hacendera, y si las condiciones de la política europea y general no opusieran obstáculos o embarazos. Y la conveniencia de España no sólo estribaría en las ventajas naturales para su comercio, intereses materiales y poderío, sino muy principalmente y con relación a un porvenir más lejano, en la conservación de su raza y de su lengua”.

El miraba más allá de la hora presente, como se palpa al final del párrafo transcrito. A su juicio, no son valores materiales, y precarios los que urge defender, sino algo más trascendental y firme en la vida de cada pueblo, la raza y la lengua— la sangre del espíritu, como diría el vasco Unamuno. Por otra parte, denuncia los obstáculos que al plan opone la vieja política europea, generalmente adversa a la de España cuando se trata de vitalizar la extensa geografía de su envidiable colonización, matriz de veinte naciones, hoy convertidas en la mejor esperanza de la civilización cristiana en el mundo. No debe extrañarnos, pues, la actitud remisa, y en ocasiones falaz, de las naciones que también soñaban, y lo intentaron a veces con trágicos resultados, apoderarse de la herencia ibérica en el hemisferio occidental.

El peligro, en realidad, era grande y no se le pasaba por alto a Goñi la posibilidad de que el estado de indefensión en que nos hallábamos, permitiera transformarnos en simples colonias de los Estados Unidos. Conocía, indudablemente, el plan de Jefferson, encaminado a ir tomando posesión de estas regiones hasta la Patagonia a medida que las necesidades de su país lo requirieran así. Ciertamente es que el eminente político yanqui tenía muchos años de fallecido, pero sus doctrinas continuaban siendo la biblia en la mente, igualmente imperialista, de sus compatriotas.

“En semejante situación, —dice Goñi en la misma nota,— las repúblicas hispanoamericanas, solas con su división y su anarquía, se han encontrado a vuelta de algunos años e inopinadamente con un pueblo de raza distinta que habita su mismo hemisferio, cuyas instituciones y leyes habían imitado, cuyas costumbres y prácticas habían pretendido remedar en su inexperiencia, y este pueblo se presenta hoy como su enemigo declarado, como el genio exterminador que se ha dado a sí mismo la misión y el destino manifiesto de aniquilarlos”.

Goñi subraya el destino manifiesto, frase histórica por el significado verdaderamente trágico que tiene en los anales turbulentos de las naciones colcadas al Sur del Río Bravo. Ya desde la época aludida se miraba el rumbo que nos imponía la geopolítica de que tanto hablarían después los teóricos de las nuevas escuelas. El hecho era visible, y el razonamiento, completo. El fe-

nómeno carecía únicamente de un nombre, que nos parece novedad de la ciencia y que en verdad no es otra cosa que el traje impuesto por la moda a las ideas viejas del criterio internacional.

A renglón seguido, el Encargado de Negocios pasa vista a las recientes adquisiciones territoriales yanquis a costa de Méjico y de las expediciones hacia el Occidente, para alcanzar las costas del Pacífico. Todo eso le impresiona gravemente y le pinta, con sombríos colores, el futuro de los pueblos hermanos de esta parcela americana. Sus palabras, de un realismo asombroso, deben llegar intactas al lector:

"Sus águilas, —manifiesta,— no detienen su vuelo, sino para tomar descanso. El intemperante apetito de absorción de que parece hallarse poseída esta raza no tiene ejemplo en la historia. Se han visto pueblos guerreros animados del espíritu de conquista, y hordas de bárbaros invasores; pero no se ha visto un pueblo que, ajeno a los sentimientos marciales e insensible a la gloria militar, dueño de los recursos de la civilización material más avanzada, aspire como éste a extenderse por extenderse, y a absorber por absorber, como si obedeciese a un secreto y misterioso impulso que le hace desear que sólo su sangre sea la sangre que circule por las venas del género humano, que sólo su lengua sea la que modulen los labios de los hombres. Y es tan poderoso este instinto, que parece comunicarle su propia sangre, y tan vehemente, egoísta y exclusivo el sentimiento de raza, que sintiéndose incompatible con las demás, aspiran a exterminarlas, especialmente a las que consideran y llaman inferiores. Los españoles durante su dominación en América no sólo consintieron a los indígenas, sino que los favorecieron por medio de leyes sabias y benéficas; la raza angloamericana, por un sentimiento de adversión que parece innato, propende a extinguir a los indios, y así lo verifica cuando se apodera de un territorio nuevo habitado por ellos".

Por lo visto, nada extraordinario descubren los hispanófilos actuales cuando nos hablan de cuestiones de razas protegidas; de conquistas empeñadas en la salvación de nuestros valores espirituales y de conquistas alentadas por los bajos instintos de la codicia y el desprecio a los intereses fundamentales de la cultura humana. El problema ya se venía planteando en América con harta claridad, y ello permitía formular soluciones y lanzar profecías allí donde la miopía de la mediocridad es incapaz de descubrir la luz y acertar con la ruta positiva de la verdad.

Y la verdad de tan críticos momentos la contemplaba Gofí en la lucha racial, que según la historia viene sosteniéndose, desde lejanos siglos, entre la raza hispana y la raza anglosajona. De acuerdo con su juicio, el distintivo fundamental de ambas radica en el idioma: "Pero sobre estas consideraciones de índole concreta, —explica,— está el interés de la conservación de la raza que habla el idioma de Cervantes, que dé testimonio vivo de nuestro inmenso poderío pasado, y cuya extinción en estos países influiría fatalmente y de rechazo sobre la suerte y porvenir de la antigua Iberia". ¿No es este el caso de Filipinas donde la primera acción

de sus segundos conquistadores se concretó a eliminar por cualquier medio la lengua castellana, sin lograrlo del todo porque afortunadamente la evolución de los acontecimientos desvió la política hacia distintos campos de operaciones? "Porque la lucha que aquí se sostiene, —recalca,— si se la mira en su generalidad y en más vasta esfera que la de este hemisferio, es la lucha entre el elemento latino y el anglosajón, lucha que cuenta muchos siglos de existencia y que no tiene sólo por teatro el nuevo mundo, sino que comprende todas las razones y se encuentra en todas las latitudes".

¿Al cabo de cien años no servirán estas palabras, de tajante significado, para hacernos comprender la rara actitud del general De Gaulle, el gran estadista francés, ante las maniobras de la política europea, que Washington y Londres se empeñan en dirigir desde sus cancillerías? Las nombradas complicaciones de la política, su difícil estructura, que los pueblos no alcanzan ni alcanzarán jamás, radican en las fuerzas poderosas y ancestrales de elementos simples como los citados por Gofí: la raza, la lengua, en una palabra, la parte sustantiva del hombre y de la nacionalidad. Lo demás es accesorio, y a veces desperdicio humano de que se alimentan las peores tradiciones nacionales. Sólo en la mente del estadista superior y del filósofo que intenta penetrar el sentido de la vida colectiva, alientan los principios de un nacionalismo tan vidente y patriótico como el basado en estas razones.

Por desgracia el cuadro que presentaba la guerra contra el filibusterismo era tan desconsolador que nadie vislumbraba la manera de sortear el peligro de la absorción. La fuerza de la joven república del Norte daba la impresión de algo incontrastable; ninguna de las potencias de allende el Atlántico se atrevería a la "alianza íntima" del proyectista costarricense; era exponerse a desagradables consecuencias.

Gofí lo reconoce así en una parte de su informe, y es entonces cuando escribe la profecía más elocuente de su vida, porque la realidad actual es el absoluto cumplimiento de la misma. Oigámoslo: "Ha adquirido la raza anglosajona una prepotencia desmesurada, prepotencia que la hace dueña del presente, y que sólo puede recelar del crecimiento con que la amenaza la raza eslava en los futuros destinos humanos".

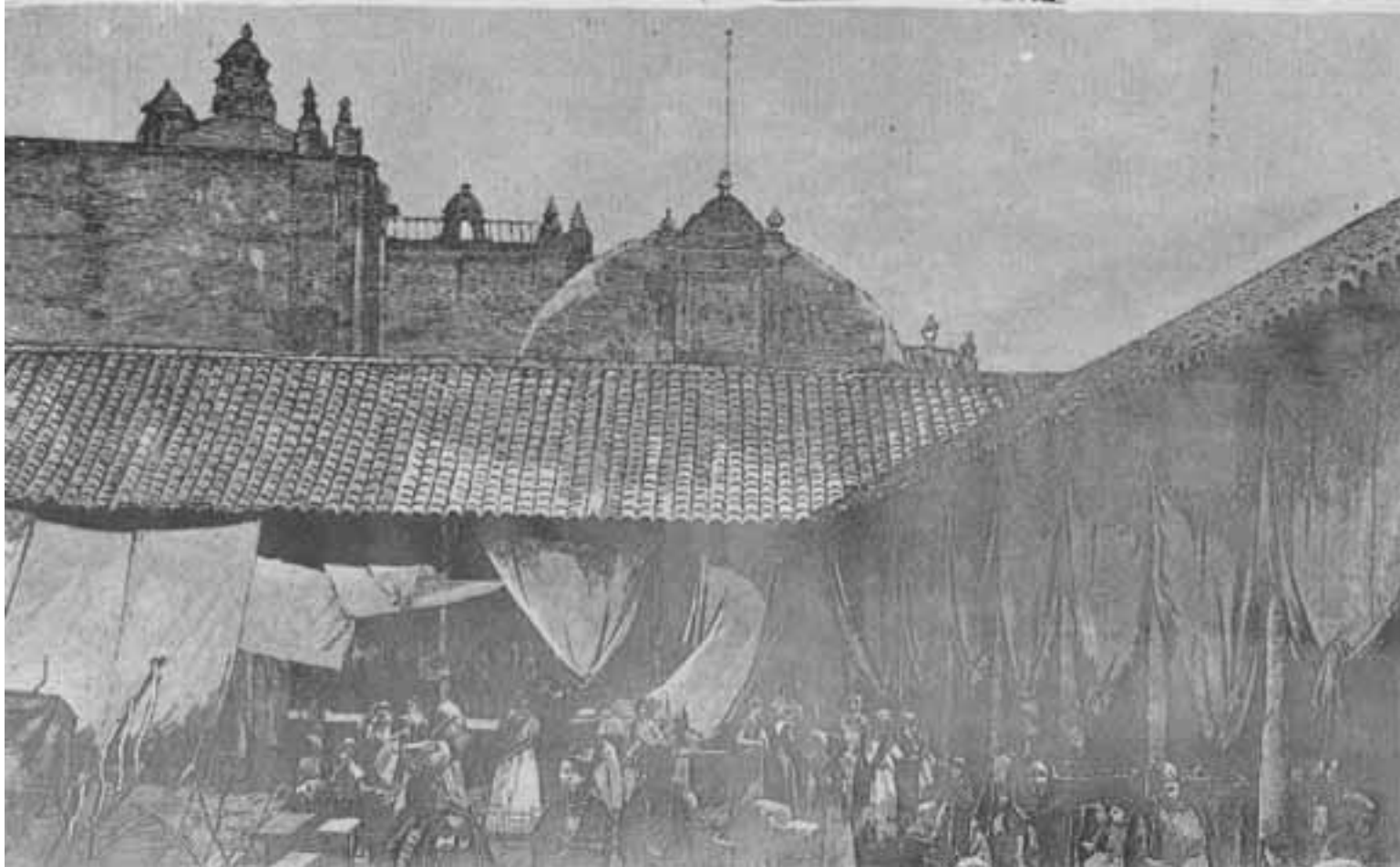
¿Acaso buscaremos argumentos para demostrarlo? La historia de la hora que vivimos pone de relieve el acierto con que el visionario Encargado de Negocios adivinó hace un siglo el rumbo trágico y revolucionario de la realidad presente. Sólo políticos de su alta jerarquía intelectual podrían vislumbrar en las heladas estepas edí Volga, el otro imperialismo materialista capaz de echar por tierra los sueños del filibusterismo.

Si damos aquí punto final no es porque el tema se agote: es demasiado extenso y profundo, y digno también de que los historiadores nuestros comiencen a examinarlo desde otros ángulos y perspectivas, a efecto de extraerle cuantas enseñanzas deben ilustrar el criterio del pueblo centroamericano.

*ICNOGRAFIA*  
*NICARAGÜENSE*  
*del*  
*SIGLO XIX*

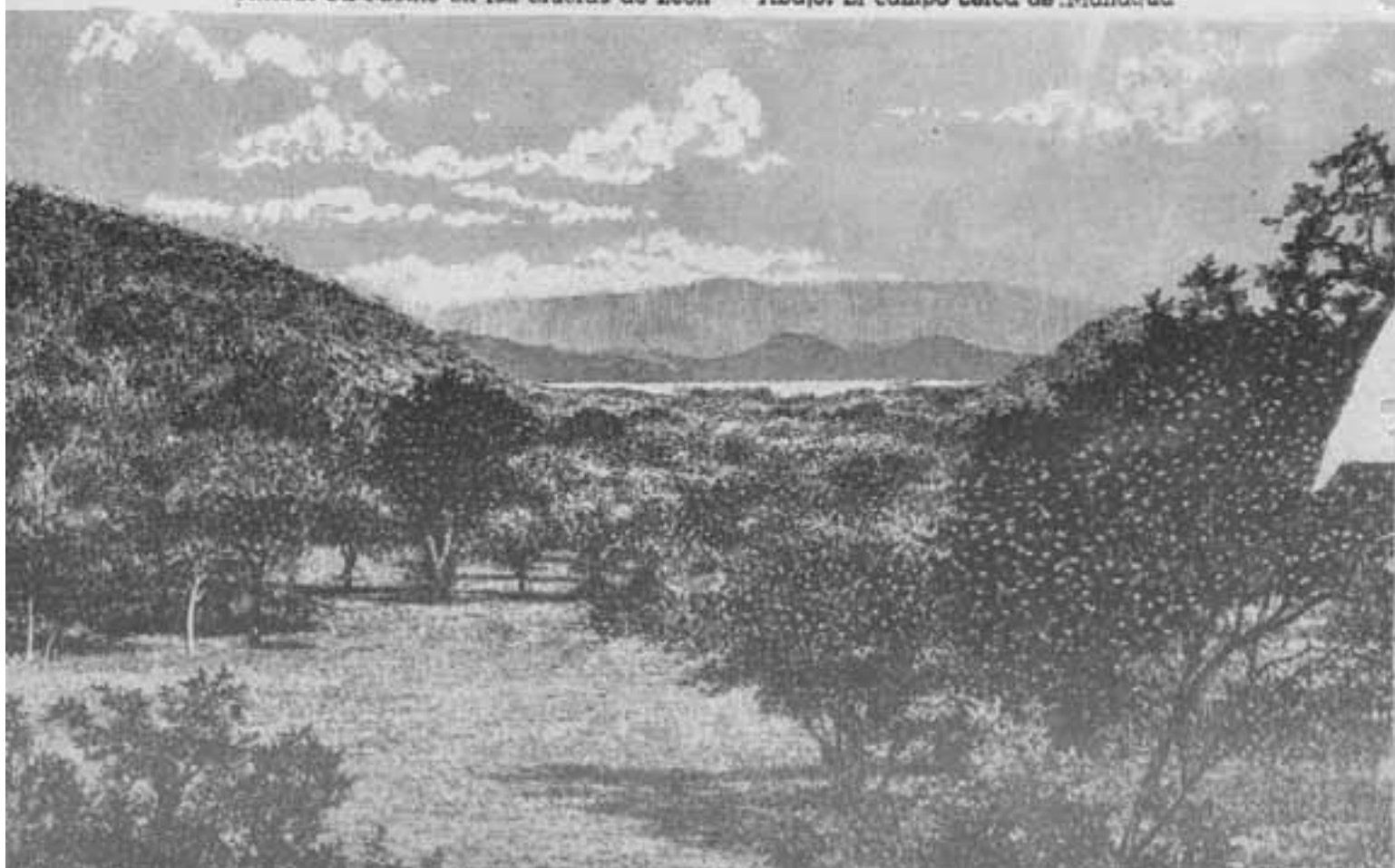


*Arriba: Una Calle en León*    *Abajo: Plaza del Mercado de León*





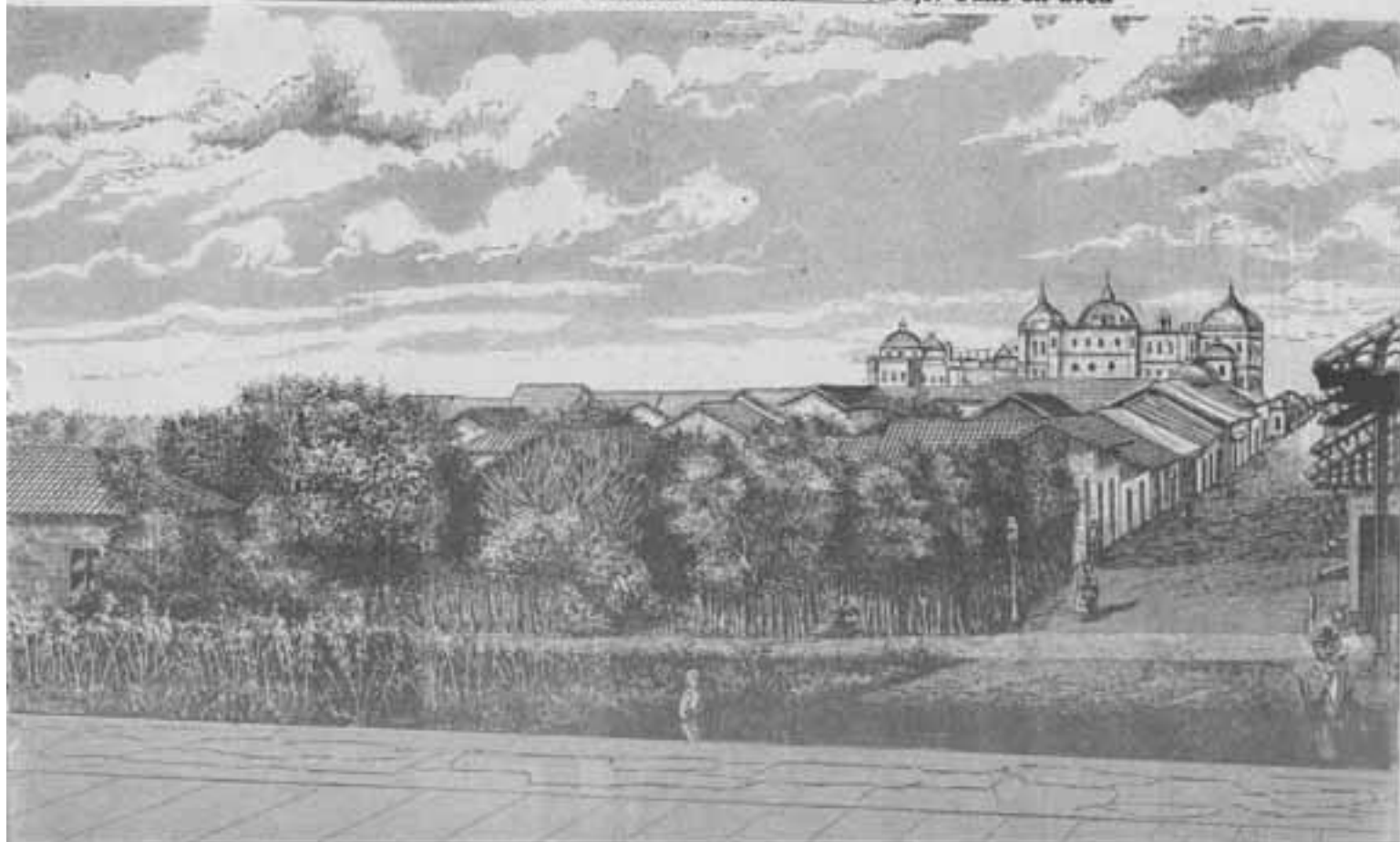
Arriba: Un Puente en las afueras de León      Abajo: El campo cerca de Managua





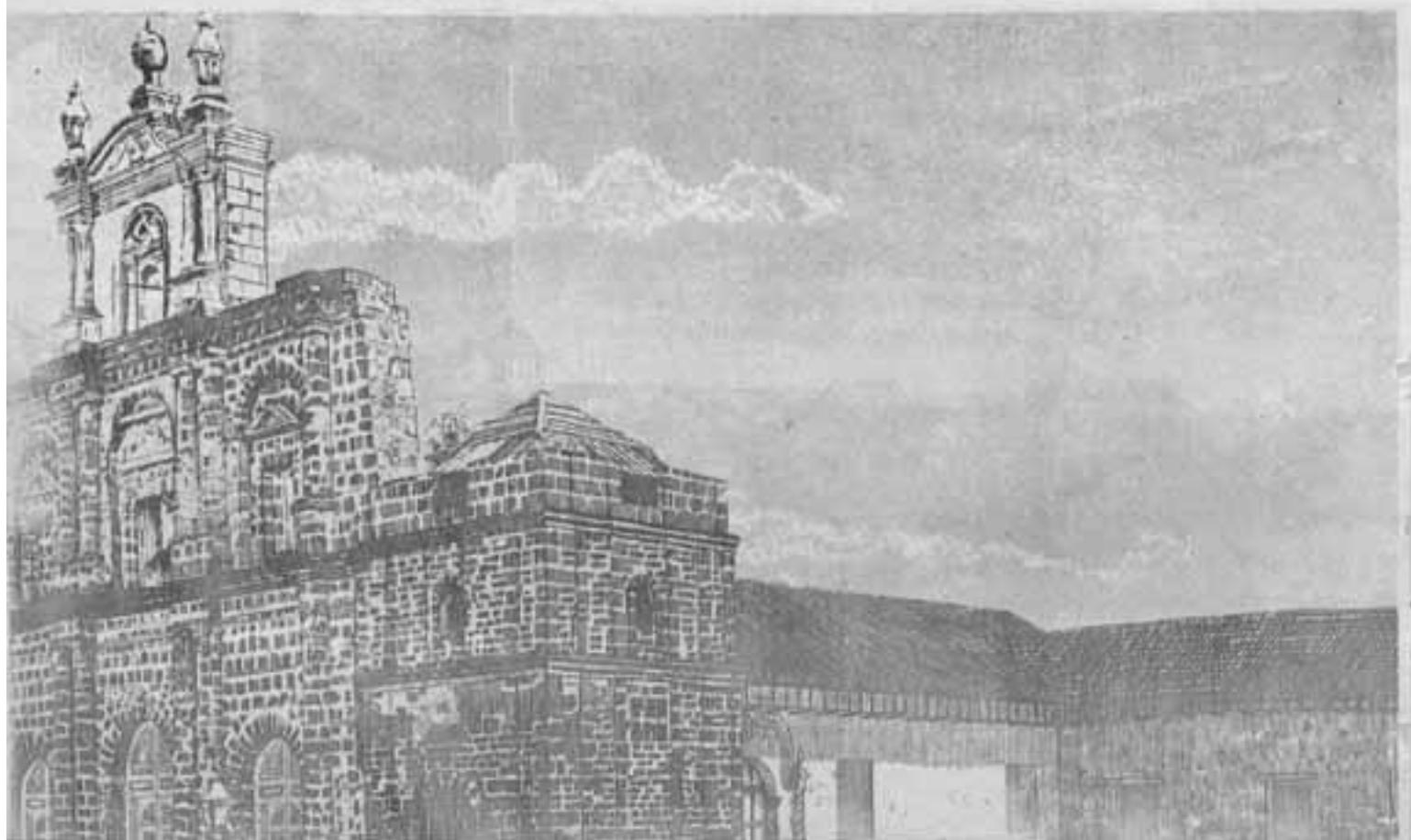
Arriba: La Gran Catedral de León

Abajo: Calle en León





Arriba: Iglesia en Masaya      Abajo: Iglesia en Managua



FRANCO CERUTTI

DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA  
DE LA  
LITERATURA NICARAGUENSE

II

PANFLETOS ANONIMOS SOBRE LA GUERRA CIVIL DE 1854

SEPARATA DE REVISTA CONSERVADORA DEL PENSAMIENTO CENTROAMERICANO

Vol. XXII, Núm. 109.

Octubre, 1969.

## I

En el ensayo preliminar de la antología NUEVA POESÍA NICARAGUENSE, aludiendo a los seguidores de Rubén Darío, Ernesto Cardenal advierte, desde las primeras páginas, que: "...Manuel Maldonado y otros tantos más —buitres de los desperdicios de Darío— aunque gozaron de fama inconcebible en Nicaragua (1), no merecen siquiera citarse". (2) No cabe duda de que esta afirmación, harta tajante y que nunca dejó de causarnos extrañeza en los labios de un hombre sensible y preparado como Ernesto, fuera tan solo por la ineludible influencia que Cardenal ejerce sobre los escritores nicaragüenses, perjudicara —sobre todo por haberse indebidamente generalizado— una más ecuaníme evaluación de ciertos valores literarios del país.

La postura crítica de Cardenal, a menudo compartida por otros escritores influyentes —todos, quien más, quien menos, egresados del movimiento de VANGUARDIA o que en aquel cenáculo acrisolaron sus talentos literarios— a pesar de haber motivado repetidas protestas y "mises en point" (3), ha sido paulatinamente aceptada en los círculos literarios nacionales, hasta ocasionar una auténtica deformación de la perspectiva histórica tocante al desarrollo de las letras nicaragüenses, cuya consecuencia más grave, se evidencia quizás, en el descrédito y en el escaso conocimiento de que toda una época literaria padece actualmente entre las nuevas generaciones.

En realidad si los que tienen hoy veinticinco años, muy poco conocen acerca de Santiago Argüello, Mariano Barreto, Juan de Dios Vanegas, Antonio Medrano, Remigio Cazco, Félix Quiñones, etc. y casi por completo ignoran los nombres de los Paniagua Prado, de Cesario Salinas, Cornelio Sosa, Félix Medina, Pedro Ortiz, Cimón Barreto y mil más, si esto ocurre decía, no hay por qué buscar muy lejos la explicación del fenómeno: sencillamente ocurre porque se supone no valga la pena conocerlos. (4)

Trátase, obviamente, de una actitud rotundamente negativa, falta de serias motivaciones históricas y que parece olvidar un axioma elemental, eso es, que cada poeta —exceptuando a los máximos que siempre rompen los moldes de las formas y de las épocas en medio de las que surgen— también es intérprete de las atmósferas, de los medios ambientes, de las situaciones culturales, sobre todo de las modas y de las orientaciones espirituales peculiares de las sociedades que los producen y que ellos, por ende, expresan. (5) Las literaturas son las que son y no dejan de merecer respeto y atención por no gustar a un señor tal o a un señor cual. Por otro lado, la cultura, la vida espiritual de un país no se resumen tan solo en sus grandes cumbres; y como la literatura inglesa no se iden-

tifica —o no se identifica solamente— con Shakespeare y la alemana con Goethe, la literatura italiana no se identifica únicamente con Dante Alighieri y la nicaragüense con Rubén Darío. Existe todo un "tejido conectivo", los así llamados "menores" que de cada país fraguan las semblanzas más peculiares, y a cada cultura otorgan sus rasgos más inconfundibles. Como ITALIANO no llegaría a concebir ni a entender la literatura de mi país, falta de los Fiorenzuola, Bembo, Aretino, Giraldo Cinthio o, si se prefiere, de los Monti, Balbo, Praga, Gozzano, Saba, etc.; como NICARAGUENSE, pues tal me conceptuo por derecho de poeta y de amistad, no puedo desoir las voces de muchos que parecen desterrados hoy en el recuerdo y en el aprecio de sus connacionales.

Por esto mismo, tras enterarnos de lo valedero que es la literatura nicaragüense del siglo pasado, nos hemos trazado un plan de trabajo y de investigaciones que esperamos contribuyan a rescatar a ciertos representantes de la vida cultural del país, harto olvidados y menospreciados. Cabe también en estos planes —que desde luego persiguen como objeto básico la tentativa de ubicar en una ecuaníme perspectiva histórico-crítica a escritores de cierto alcance, hasta lograr un cuadro satisfactorio de la literatura nacional en los últimos 150 años— la recopilación y el análisis de muchos documentos en los que a menudo se expresa, y con matices inconfundibles, aquella anónima VOX POPULI a la que otorgó categoría y dignidad estética la crítica romántica del siglo XIX.

Vamos a iniciar hoy esta tarea, publicando una serie de poemas y un PAMPHLET —anónimos— que se refieren, en su totalidad, a la guerra civil de 1854 y a la campaña contra los filibusteros. Pertenecen a una considerable colección de hojas sueltas del siglo pasado que obra en nuestro poder y que, según tenemos entendido, no se han vuelto a publicar desde más de cien años. Huelga detenerse en considerar su importancia e interés histórico con relación a la cultura y al HABITUS político nicaragüense: séanos tan solo permitido añadir, de paso, que estos sueltos de inspiración política y civil, se conceptúan como el antecedente histórico, el eslabón remoto, podríamos decir, de un rico filón literario cuyas más recientes expresiones hallanse en la ANTOLOGIA DE POESÍA REVOLUCIONARIA NICARAGUENSE, publicada, también anónima, en México, el año de 1962. Notas explicaciones acompañan los textos originales, con vista a su mejor interpretación. Ojalá puedan estas acontecimientos conceptuarse como un útil aporte al estudio de la literatura nacional en tan sufrido período, y por otro lado, junto con los trabajos del equipo de la revista EL PEZ Y LA SERPIENTE (6), constituir un primer paso hacia la organización y la publicación de un CORPUS ESCRIPTORUM NICARAGUENSE, cuya realización se hace cada día más urgente e impostergable.



## II

Las piezas que a continuación presentamos, han sido concebidas y publicadas en su abrumadora mayoría, entre el octubre de 1854 y el agosto de 1855, eso es en el corto lapso de diez meses. Tan solo de dos no hemos podido averiguar con exactitud la fecha de composición. Por varios indicios sin embargo, no parece desacertado situarlas dentro del mismo marco cronológico.

Diez meses hemos dicho, más llenos de acontecimientos, dramáticos, cargados de pasiones arrebatadoras. En Nicaragua, una vez más, triunfa la guerra civil: sordos a las voces aisladas de quien se ha percatado de la magnitud de los desastres que amenazan; incapaces de identificar los intereses del país y hasta los propios, legitimistas y democráticos se enfrentan con saña, desconocen alianzas, amistades, parentescos. Muy pronto, haciendo alarde de crueldad, soñando con restaurar la esclavitud, todo destruyéndolo a su paso, Walker les caerá en cima.

Como es natural, los poemas que nos interesan, reflejan la tensión de la época: no tienen, al ser redactados, finalidades estéticas ni pretensiones literarias, más bien se conceptúan como armas para la contienda y la lucha política. Adolecen de los mismos males de que sufren sus anónimos autores, y hasta en su ingenuidad, evidencian un ENGAGEMENT que no deja, y han transcurrido más de cien años, de asombrarnos. Casi siempre carecen de validez artística, más lo que falta desde ese enfoque, lo reponen, multiplicando por cien, por su carácter de testimonios vivos e inmediatos de los hechos, de la época, de la situación cultural. Son "malos poemas", no cabe duda: ni siquiera quizás sean poemas, sino prosas y prosas polémicas además. No importa: por ellos ha llegado hasta

nosotros una imagen fiel de aquellos días y de aquellos hombres. Cuando el historiador del porvenir relate los sucesos de Nicaragua entre 1937 y el momento en el que escribimos estas líneas, muchos poemas que se han publicado anónimos en el país y en el extranjero —merecedores algunos de la misma cautela crítica— resucitarán con déntica claridad, hazañas y pasiones paulatinamente olvidadas y de fijo entregadas ya al juicio imparcial de la historia. Más allá de las cóleras, de las esperanzas, de las ilusiones momentáneas, estas voces anónimas, que otra cosa no son sino la más contundente expresión de ellas, se proyectan desde un pasado bastante remoto, al presente y al porvenir. Y si tampoco han logrado conseguir, desde un punto de vista literario, derecho de ciudadanía en un mundo del más selecto y refinado PAMPHLETISMO político, no parece esta razón suficiente para alejarlas y desoír las. En lo personal —y SI PARVA LICET COMUARARE MAIORIS— no podemos ocultar que el supuesto diálogo entre don Fruto Chamorro y sus familiares no solamente nos ha proporcionado un rato de amena lectura, sino que, a pesar de su falta de verdad histórica y hasta de verosimilitud, ha contribuido a ofrecernos una imagen de aquellos días no menos viva, inmediata y real de la que en otros tiempos nos había brindado, con respeto a distintos acontecimientos, la lectura de Flavio José o de ciertos historiadores y hagiógrafos latinos de la decadencia o de la edad media.

Pero basta ya de divagaciones: ha llegado el momento de ceder la palabra a los personajes del drama. Oigámoslos y desde nuestra época también inquieta y alborotada, trasladémonos con ellos a León y a Granada, allá por el 1854.

FRANCO CERUTTI

## NOTAS

- (1) — Supongo que Cardenal haya querido decir que la fama alcanzada por dichos poetas hubiera sido inconcebible fuera de Nicaragua, puesto que en Nicaragua, como él seguramente sabe, por mucho menos queda uno consagrado poeta. Hubiera sido pues más claro escribir que los tales poetas "gozaron, en Nicaragua, de fama inconcebible".
- (2) — Nueva Poesía Nicaragüense, introducción de Ernesto Cardenal, selección y notas de Orlando Cuadra Downing. Seminario de problemas hispano-americanos, Madrid 1949. Pág. 14
- (3) — Véanse: Agenor Argüello en "Los precursores de la poesía nueva en Nicaragua, Managua 1962 (que sin embargo, no deja de ser, en muchas de sus páginas, un libelo necio y vulgar) y Juan Felipe Toruño, sobretodo en Sucinta reseña de las letras nicaragüenses en 50 años (1900-1950), publicado en PANORAMA DAS LITERATURAS DAS AMERICAS, Angola 1959, pág. 1137 y passim.
- (4) — Esto también podría aclarar los motivos por

los que Nicaragua carece aún de una orgánica historia de su literatura, siendo las únicas obras dignas de mención en ese aspecto, las siempre parciales reseñas de Mariano Barreto, Jerónimo Aguilar, Roberto Barrios, Ayala Duarte, Mario Sancho, Juan Felipe Toruño, Julio Linares y, últimamente, de Jorge Eduardo Arellano.

- (5) — No tiene sentido culpar, digamos a Román Mayorga Rivas o a Manuel Tijerino, por qué escriben según los dictámenes de las escuelas fin de siècle. El mismo Cardenal —y es muy lógico— está influido, a través de Ezra Pound o de T. S. Eliot, por las poéticas de su época, posiblemente tan transeuntes como aquellas. Wilde —si mal no recuerdo— dijo una vez, que hace falta mucho de buen gusto para eludir el gusto de su propia época, y eso vale para todas las épocas y todas las escuelas.
- (6) — En los últimos números de dicha revista, Pablo Antonio Cuadra y Ernesto Mejía Sánchez, han venido reuniendo en el Archivo de la literatura nicaragüense, mucho material valioso y difícil de encontrar.

## EL CANGREJO

Vergüenza me da, Señores,  
Confesar hoy mi pecado:  
Pero bastante he llorado  
El yerro que cometí.  
Chamorrista un tiempo fui  
Refinado y pertinaz;  
Pero desde el veintinueve... (1)

### PARA ATRAS Y PARA ATRAS.

Democrático me encuentro  
Habiendo sido un servil;  
Pero dando gracias mil  
De que gozo libertad.  
Los ojos abrí yo ya.  
¡Pobrecitos los demás!  
Pues cada día caminan

### PARA ATRAS Y PARA ATRAS.

Las esperanzas que tienen  
De derrotar al cantón,  
Me causan hoy compasión  
Porque no lo han de lograr.  
Mas que tontera es pensar  
En ese triunfo incapaz  
Pues nuestras glorias huyeron

### PARA ATRAS Y PARA ATRAS.

No hay duda que es liberal  
El Gobierno Provisorio (2)  
Pues ya se hace bien notorio  
Su modo de gobernar:  
En Granada no hay qué hablar  
Porque todo es morirás  
Y la opinión sale huyendo

### PARA ATRAS Y PARA ATRAS.

Contribuciones se quitan  
Por orden del Presidente (3)  
A todo vicho viviente  
Sin ninguno perdonar.  
Y el que no la quiere dar  
Se lo lleva Satanás  
Así es que todos reculan

### PARA ATRAS Y PARA ATRAS.

Vuestro compañero fui,  
Granadinos, es verdad.  
Pero la sinceridad  
No os la debo ocultar.  
Ven acá, ven a formar  
Porque sino morderás  
El polvo, como lo has hecho

### PARA ATRAS Y PARA ATRAS. (4)

Un Chamorrista convertido

León, Octubre 19 de 1854  
Imprenta del Gobierno Provisorio

## FABULA

de J. E. HARTZEMBUSCH  
aplicada

### El Niño y el Alto

Trepó sobre una silla, y arrogante  
Un chiquillo gritó: "Yo soy gigante".  
Mozuelo saltarán, dijo un anciano  
Baja y serás enano.

"Así muchos, gigantes se creyeron  
"Porque a los altos puestos se subieron:  
"Lo mismo que fué nuestro D. Fruto (1)  
"En menos de un minuto."

León, octubre 17 de 1854.

Imprenta del Gobierno Provisorio

(1) — Gral. don Fruto Chamorro (Guatemala 1806—Granada 1855) Director Supremo y Primer Presidente de la República de Nicaragua (10. de abril 1853-12 marzo 1855).

(1) — Veintinueve de noviembre de 1853 está fechado el decreto del Gobierno Supremo en virtud del cual se deja a Jerez (que el día anterior había sido condenado a confinamiento en el distrito de Acoyapa por su supuesta participación al complot de León), se deja a Jerez decia, la libertad de escoger entre la pena mencionada y el destierro. Como es sabido, Jerez optó por este y se reunió con Castellón, Díaz Zapata exilado en Honduras, recibiendo cordial acogida, como los demás exiliados, por el presidente Cabañas. (El decreto del veintinueve hallase en la GACETA OFICIAL DE NICARAGUA, No. 98 —diciembre 13 de 1853).

(2) — El Gobierno Provisorio del Estado, se instaló en León el 25 de mayo de 1854, desconociendo la administración de don Fruto Chamorro, y proclamando "por los pueblos y por el Ejército en uso del derecho de insurrección", al Lic. Francisco Castellón; al Dr. Máximo Jerez general en jefe y a don Pablo Carvajal, ministro general.

(3) — Comentando la administración de don Fruto, escribe Pedro Joaquín Chamorro Z.: "... Tampoco fué eximido nadie, ni sus mejores amigos y parientes, de la obligación de contribuir con dinero y otros medios a sostener los gastos de la guerra. Don José Dolores Lejarza, vinculado con la familia del Presidente, escribía desde su hacienda La Luz que no llegaba a Granada porque le tenía miedo a la leontina de don Fruto, es decir, a la cadena que les ponía a los que se negaban a contribuir." (Máximo Jerez y sus contemporáneos, Managua 1948 — pág. 152-153.) Sobre las condiciones económicas en general de la ciudad sitiada, y la necesidad en la que se vió don Fruto de impener contribuciones extraordinarias, véase a Jerónimo Pérez en: Memorias para la historia de la Revolución de Nicaragua en 1854, Tomo primero, pág. 90-91 Las Memorias están publicadas en: Obras históricas completas, Managua Imprenta Nacional 1928.

(4) — En este y en los demás poemas, hemos respetado la ortografía original.

## LA LOCA (1)

Tengo una loca en mi casa  
De libertad tan amante,  
Que repite cada instante  
En su tema esta canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo mi libertad pretendo  
Yo mis derechos no vendo  
Por nueva Constitución. (2)

Con este tema infernal  
No me deja ni dormir,  
Salgo a la calle por reír  
Y allí le oigo la canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo mi libertad pretendo  
Yo mis derechos no vendo  
Por nueva Constitución.

Si me siento a merendar  
O a jugar a la malía  
La loca con su porfía  
Me repite la canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo mi libertad pretendo  
Yo mis derechos no vendo  
Por nueva Constitución.

Si llega alguna visita  
Y me pongo a conversar  
Vuelve la loca a embrollar  
Con su molesta canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo mi libertad pretendo  
Yo mis derechos no vendo  
Por nueva Constitución.

Aborrece a los Serviles  
Ama mucho al liberal,  
Y en su tema original  
Suele variar su canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo la libertad pretendo  
Yo mis derechos defendiendo  
A la par de Castellón.

Es de carácter muy franco,  
Enemiga es de dobleces  
Y aunque se enfurece a veces  
Nunca olvida su canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo la libertad pretendo  
Yo mis derechos defendiendo  
A la par de Castellón.

En su trato es muy amable,  
Y en sus maneras graciosa,  
Es cortés, muy cariñosa,  
Mas no deja su canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo la libertad pretendo  
Yo mis derechos defendiendo  
A la par de Castellón

Es enemiga constante  
De la fiera Aristocracia  
Y por esto fiel repasa  
Cada instante su canción.

Yo no quiero la opresión  
Yo la libertad pretendo  
Yo mis derechos defendiendo  
A la par de Castellón.

Esta loca que yo digo  
Tiene por nombre Opinión,  
Que resiste a los dictados  
De Chamorro y Borbollón: (3)

Y como los Leoneses son  
De su libertad amantes,  
Con la loca son constantes  
En cantar esta canción.

No queremos la opresión  
La libertad pretendemos  
Y por ella moriremos  
A la par de Castellón.

León, Octubre 20 de 1854

Imprenta del Gobierno Provisorio

(1) — Como simple hecho, de curiosidad, apuntamos que "La Loca" también fué el apodo con el que los filibusteros aludían a Bartolo Sandoval. (Véase: Pedro Joaquín Chamorro Z. Recordaciones históricas y tradicionales, Granada 1925 — pág. 57). Nos parece oportuno relatar el detalle, por ser el mencionado apodo, uno de los pocos que se han escapado a la atención del acucioso investigador Orlando Cuadra Downing en su logrado y sumamente útil trabajo sobre Seudónimos y Apodos Nicaragüenses — Managua 1967.

(2) — Alusión a la Constitución promulgada el 30 de

abril de 1854 por la Asamblea Constituyente que se instaló en Managua el 22 de enero de 1854 y modificó la Magna Carta otorgada en 1838 que a su vez modificaba la de 1826.

(3) — Apodo con que se conocía a don Fulgencio Vega, prohombre conservador. (Véase: Fletes Bolaños A. Recuerdos de los treinta años, Managua 1914 — pág. 80).

Ver, sobre don Fulgencio Vega, el estudio reciente de Alejandro Barberena Pérez, en Revista Conservadora No. 103 — abril 1969.

## LA LOCA DEMOCRATA

En mi casa está una Loca  
Tan renegada y furiosa  
Que en su tema siempre glosa  
Esta juiciosa canción.

MUERA ESTRADA (1) Y BORBOLLON  
MUERA CHAMORRO ESE ZOTE;  
VIVA JEREZ QUE ES SU AZOTE  
LUSTRE Y HONOR DEL CANTON.

Esta Loca es tan tenaz  
Que no se puede sufrir  
Y en su constante decir  
Nunca afloja la canción.

MUERA ESTRADA Y BORBOLLON  
MUERA CHAMORRO ESE ZOTE  
VIVA JEREZ QUE ES SU AZOTE  
LUSTRE Y HONOR DEL CANTON.

Como la tengo encerrada  
Que nunca puede salir  
Me molesta en repetir  
Siempre la misma canción.

MUERA ESTRADA Y BORBOLLON  
MUERA CHAMORRO ESE ZOTE  
VIVA JEREZ QUE ES SU AZOTE  
LUSTRE Y HONOR DEL CANTON.

Le tiene a la Aristocracia  
Un odio tan aferrado  
Que su tema ha demudado  
En otra nueva canción.

MUERA MUERA LA OPRESION  
VIVA EL PUEBLO LIBERAL  
VIVA EL NOBLE GENERAL  
Y LOS JEFES DEL CANTON.

Si esta mi loca comprende  
Que la quieren amarrar  
Luego comienza a gritar  
La altanera, esta canción.

MUERA MUERA LA OPRESION  
VIVA EL PUEBLO LIBERAL  
VIVA EL NOBLE GENERAL  
LUSTRE Y HONOR DEL CANTON.

Si le enseñó la cadena  
Conque estuvo aprisionada  
Sus gritos son carronadas  
Y prosigue su canción.

MUERA MUERA LA OPRESION  
VIVA EL PUEBLO LIBERAL  
VIVA EL NOBLE GENERAL  
Y LOS JEFES DEL CANTON.

Esta Loca es muy honrada  
Y se llama Democracia  
De la vil Aristocracia  
Enemiga declarada.  
Y aunque se ve lacerada  
De su contraria en el día  
Toda su esperanza fía  
En los Mendez (2) y Jerez;  
Mas luego vuelve otra vez  
A repetir su canción.

MUERA MUERA LA OPRESION  
VIVA EL PUEBLO LIBERAL  
VIVA EL NOBLE GENERAL  
Y LOS JEFES DEL CANTON.

León, Octubre 23 de 1854

Imprenta del Gobierno Provisorio

(1) — En la persona del diputado don José María Estrada, el gran Fruto Chamorro había resignado el poder Ejecutivo, quedando él con el mando del ejército (marzo 1854). A la muerte de don Fruto, Estrada fué nombrado Presidente Interino de la República, por la Asamblea Constituyente (abril 8 de 1855) que se había transformado en Congreso Legislativo del Estado.

(Véase José D. Gamex, Historia de Nicaragua, Managua 1889 — pág. 598.

(2) — Trátase del coronel Mariano Méndez, uno de los lugartenientes de Jerez y, sucesivamente, de W. Walker, quien habla de él, en su libro sobre la guerra de Nicaragua. De Mariano Méndez dice Jerónimo Pérez que "...era un indio avezado a las revoluciones y acaso no hubo una en que no tomara parte activa". OP. cit. pág. 53, nota (1).

## INSURRECCION DE LOS MONOS (F á b u l a)

En la región del árbol  
Y su elevada copa  
Una nación existe  
La nación de las monas.

De su mónico origen  
No sabemos ni jota:  
Si incauta la primera  
Infringió, como la otra  
El precepto, comiendo  
La misteriosa poma:  
O si con dolor páre  
La fecundada mona  
Cual paren nuestras hembras  
Rodeades de matronas.

Mas lo que no dudamos  
Según buenas historias,  
Es que la raza simia  
La más feliz de todas  
Es hasta en su gobierno  
Más que el hombre dichosa.

No siembra ni cosecha  
Ni fruto atesora:  
Su desnudez no advierte  
Para cubrirse de hojas,  
Es sociable en extremo  
Y aman las buenas monas  
A los orangutanes (a)

Ques gente de noble y goda.  
Más como la monimia  
Es muy imitadora  
Y tienen a la vista  
Al hombre y sus maniobras,  
La orangutana turba  
Astuta y cautelosa  
Al dominio supremo  
De la nación se apropia.

Eligen Presidente:  
Le ponen la corona  
Y desde un alto cedro  
Sus códigos pregonan.

La nación arboraria  
e llena de zozobras  
Por más que les prometo  
Que va a ser muy dichosa ...  
Sus temores se cumplen  
Pues que una ley sanciona  
Que previene que todos  
Se han de cortar la cola.

Aquí fué la algazara  
Aquí sí que fué troya  
Y a subversión y alarma  
Aquella ley provoca.

¿Qué vale la monada  
Sin su flexible sogá?  
¿Con qué se agarraría  
si le falta su argolla?  
¿Cómo andar en dos pies  
si algo atrás no le sebra?  
¿Cómo hacer columpio  
en las distancias largas,  
cuando el brazo no alcanza,  
cuando la pierna es corta?

No: dijeron a un tiempo  
Estirando la cola.  
Perder antes la vida  
Que esta arma poderosa.

Con todo: hubo partidos  
Según dice la Historia  
De Orangutinatistas  
Entre las mismas monas.

Andaban paraditas  
Ocultando la cola:  
Algunas en las piernas  
Con primor se la enrollan:  
Otra en la cintura  
Muy bien se la acomodan  
Y hasta hubo quien dijera  
ser de raza rabona: (b)

Así de esta manera  
Haciendo alarde y moda  
De lo que es un defecto  
E infamia vergonzosa  
Para los que comprenden  
La dignidad de la mona,  
Preferiendo un capricho  
Tan solo por ser godas  
Sacrificando alevos  
La parte más preciosa.

A nosotros los hombres  
Nos sucede igual cosa,  
Que por enemistades  
Y personales bromas  
Ponemos en peligro  
Las libertades todas  
Necesarias al hombre  
Como al mono la cola.

(1) — Cabe observar que este poema se publicó el mismo día del asalto general dado a Granada por Jerez, asalto que fué rechazado en toda la línea y con graves bajas. Sin embargo su composición ha de fecharse, obviamente, con anterioridad y to mando en cuenta el tono algo amargo — el *fabula docet* de Fedro — de la última octava, pudiera pensarse que nuestro anónimo vate haya sido inspirado por el fracaso de las gestiones de paz sostenidas por el canónigo leonés Remigio Salazar (Septiembre 9 de 1854).

(a) — Orangután es una especie de mono grande que anda parado en dos pies y no tiene cola.

(b) — Rabón se dice, por antítesis, del animal que no tiene cola, o la tiene muy corta.

León, Octubre 25 de 1854 (1)

Imprenta del Gobierno Provisorio

## AL PÚBLICO

El siguiente verso está impreso tal como lo ha remitido a Jaltava su autor en manuscrito de la plaza de Granada, a uno de los jefes del Ejército Democrático, omitiendo algunos versos por no convenir ahora su publicidad. (1)

Es verdad que da risa, amigo,  
Describir lo que pasa en la plaza:  
Pón cuidado que voilo a decir  
Sin que entiendas que lo hago por chanza.

Los leoneses que existen aquí  
A Chamorro la bolsa le rascan.  
Es decir los Hernández (2), Artiles (3),  
Los Murillos (4) y demás comparsas.

El primero que es terco, ignorante  
Le protesta valor y constancia  
Y el segundo, protervo y servil,  
Le promete muy buena matanza.

Los terceros, Jesús que vergüenza!  
Don Andrés con los ojos le ensalza  
Le insta y ruega que a León se dirija  
Y que robe sin ley y sin tasa.

Don Mariano (5) amanece peinado  
Ostentando colochos a la alba  
Reuniendo los taures que encuentra  
Y pidiendo barato y pitanza.

Se divierten con él que da miedo,  
Y lo tienen de dama, de gala,  
Porque es cierto que se hace colochos  
Que es difícil de hallarle la guaca.

Y en fin, mi amigo,  
Sepa y entienda  
Que todos se hallan  
Con mala estrella;  
Pues aunque gritan  
Triunfos sin mengua  
¡Caramba triunfos!  
Para la perra.

Mueren y huyen...  
Peste y miseria  
Es la que abunda

Aquí de quiera:  
Por lo que creo  
Según se observa  
Debe concluirse  
Presto la guerra.

Sabes do vivo,  
Cuidado, atiende,  
Con garantías  
Tu amigo cuenta:  
A Jerez dile  
Que nada tema,  
Que el triunfo es nuestro  
Aunque no quieran.

Dentro de poco  
Te daré cuenta  
De un plan que forjan  
Aquí estos bestias:  
Reclutan no hallan:  
De miedo tiemblan,  
Y todos dicen  
Ya no más guerra.

Esta es amigo  
La suerte nuestra.  
Tomad la pluma  
Sacad la cuenta:  
En verso te hablo  
Aunque no sepa  
Para que nadie  
Mi estilo entienda:  
Y te suplico  
Que presto vuelva  
Tu respondido  
Que me interesa.

(Aquí la firma)

Granada, diciembre 30 de 1854

Imprenta del Gobierno Provisorio

(1) — Acerca las posibles "modalidades" de esta remisión es muy interesante lo que con relación al sitio de Granada, escribe Pedro Joaquín Chamorro Z.: "...doña Lorenza Selva, esposa del faccioso Gral. Trinidad Salazar, y la suegra de este, doña Sabina Estrada, estuvieron en la plaza de Granada sin que nadie las molestara en lo mínimo, a pesar de que se tenía fundadas sospechas de que enviaban informes por escritos al enemigo, sobre la situación de la plaza y los movimientos de sus defensores. El medio era sencillo: ataban a una piedra la esquila y lan-

zaban este involtorio al otro campo, lo cual era posible y fácil porque las trincheras estaban separadas apenas por el ancho de la calle". (Máximo Jerez y sus contemp., cit. pág. 141). Desde luego lo mismo hacían los de la otra facción"... Como las trincheras estaban muy cerca, tanto que se podía hablar de una a otra, los espías de la plaza lanzaban al campo democrático papelitos atados a una piedra. Estos papelitos decían: "Está viniendo uno de allí a dar aviso de los planes a los de la plaza"... "Pedro Joaquín Chamorro Z. El Tapado, en La Prensa, febrero

de 1936 y luego en: *El Licenciado Jerónimo Pérez, Managua 1939*, pág. 166. Ahora bien, tomando en cuenta la naturaleza y el carácter de nuestro poema, no parece atrevido suponer —aunque desde luego no se puedan de ello suministrar pruebas contundentes— que los versos pertenecan a ese tipo de “literatura” de información y que posiblemente hayan sido arrojados al campamento democrático atados a una piedra.

Acerca de la “atmósfera” moral que los versos relatan, cabe observar que están fechados diciembre 30 de 1854, y que pocos días antes, eso es, en vísperas de Navidad, la lucha había vuelto a intensificarse: “... los sitiadores, no pudiendo obtener un desquite contra las fuerzas enemigas, desde la mañana del 24 de diciembre abrieron un espantoso cañoneo sobre la torre de La Merced, cuyo cuerpo superior cayó con gran estrépito a las cinco de la tarde de ese mismo día. Este hecho fué saludado en Jalteva con gran gritería y con alegres toques de la música marcial”. (Anselmo H. Rivas. *Nicaragua, su pasado: Ojeada retrospectiva, Managua 1936* —pág. 51-52.

- (2) — “... El coronel don Agustín Hernández, gobernador militar de la ciudad de León... militar valiente y distinguido patriota, conocedor de los pueblos occidentales, como que era nativo de la ciudad de León, en donde abia pasado toda su vida...” (Anselmo H. Rivas, *op. cit.* pág. 35). El Gral. don Fruto Chamorro lo tuvo entre sus más fieles y valiosos colaboradores. También fué Segundo Jefe del Ejército Legitimista. Jerónimo Pérez al relatar el discurso de don Fruto del día 18 de mayo de 1854, recién llegado a Granada, escribe: “... luego, dirigiendo la mano derecha al coronel Hernández, prosiguió: Ved aquí el fiel y denodado coronel Hernández. Ese hombre, lejos de imitar a los traidores, dejó en León su familia y su fortuna entregada a los vándalos por cumplir su deber de defender al Gobierno. Por su valor, fidelidad y honradez,

hoy le nombro General de Brigada del Ejército de la República.”

*Op. cit.* pág. 35-36. Con el coronel y luego general Hernández, había venido a Granada con don Fruto el capitán Máximo Hernández, hijo de don Agustín. El capitán Hernández murió en la segunda acción de Masaya. Véase: Pedro Joaquín Chamorro Z. *Fruto Chamorro, Managua 1958*, pág. 336.

- (3) — El capitán Lorenzo Artilles, tras ser jefe de un destacamento de 50 hombres en Somotillo, se había venido a Granada con don Fruto.
- (4) — “... el capitán Andrés Murillo, leonés, justificaba su presencia en las filas de Chamorro diciendo que Castellón había enviado una escolta para exigirle una crecida contribución y obligarlo a prestar sus servicios a la causa democrática, sin perjuicio, de subastarle su hacienda: en cambio, decía Murillo, el Gobierno Legítimo durante su mando pacífico, dió orden a Nicaragua, inspirando confianza al propietario, cuyo bolsillo nunca menoscabó, seguridad al hombre de bien, y protección a la agricultura y al comercio”. Pedro Joaquín Chamorro Z. *Fruto Chamorro cit.* pág. 336.
- (5) — A pesar de muchas investigaciones, no hemos podido identificar a ese don Mariano. Los únicos Marianos de los que tenemos noticia son: el coronel Mariano Méndez del que ya hemos tratado; don Mariano Alvarez, nombrado general en jefe de las fuerzas expedicionarias hondureñas en reposición del general Gómez — el mismo que cupo en suerte capturar y fusilar, seis años más tarde, en Trujillo, a William Walker; don Mariano Salazar, hermano del general democrático Trinidad Salazar y del cual, por cierto, consérvanse cartas al hermano relutando la situación de los granadinos sitiados. Huelga decir que con ninguno de estos, puede identificarse el Mariano “que ostenta colochos” aludido en el poema.

## A LOS LIBRES

A la arma, camaradas,  
A la arma, que se llega  
El momento de la gloria  
De nuestra Independencia.

Los Estados resueltos  
Están en traer la guerra  
Sobre todo Demócrata  
Que Libertad pretenda.

Es auxilio servil, (1)  
El que traen, y piensan  
Que somos tan ilusos  
Que nadie les comprenda.

A Estrada y Borbollón  
Después del triunfo, sueñan  
Dejar que nos dominen,  
Pero será quimera.

Por que todos resueltos  
Estamos, aunque muera  
Todo aquel que es Demócrata  
Por nuestra Independencia.

Ellos dicen a Yonkes  
Que les traen la guerra;  
Pero el siglo es de luces,  
Ya nadie nos errede.

A la arma, Camaradas,  
A la arma que se llega  
Al momento de gloria  
De nuestra Independencia.

Muera, muera el Esclavo,  
Todo Tirano muera,  
La Libertad que viva  
El Demócrata venza.

De la Patria la frente  
Coronada se vea  
Con triunfos mil de gloria  
Que el Liberal le lega.

Viva el ilustre Walker  
Viva la Patria entera,  
Viva la Libertad  
La Aristocracia muera.

Corramos a las filas  
De William, el valiente  
Que serena su frente  
Nos conduce a triunfar.

Sobre tantos Serviles  
Que la América encierra  
Viva la Libertad  
El Servilismo muera.

!!!Tiemble todo Tirano  
Que el Liberal se aumenta,  
Y la América toda  
Dejará de ser presa!!!

El siblo diez y nueve  
Nuestra frente ilumina,  
Y ella nos inclina  
A nuestra Libertad.

Muera el triste Carrera (2)  
El miserable Mora (3)  
Y Campos (4) y Guardiola (5)  
Que se mueran también.

Pues a la Patira el bien  
Procuran de quitarle;  
Mueran presto, y no tarde  
la hora ya de vencer.

De un polo al otro polo  
Se escuchará el acento  
Del liberal contento  
De gloria y Libertad.

El reló de los siglos  
por fin sonó la hora  
E iluminó la aurora  
De día tan feliz.

Corramos a las armas  
Liberales valientes  
Y sean nuestras frentes  
Ceñidas de lealtad.

Guatemala y Honduras  
Salvador, Costa Rica  
Levantarán la Pica  
De muerte y destrucción.

Contra todo el que quiera  
Ser libre y nunca Esclavo;  
Do quiera siempre bravo  
El Liberal triunfó.

Los cuatro Reyesuelos (6)  
Vendrán a dar en tierra  
Y sus Estados libres  
Tendrán Independencia.

Nicaragua valiente  
romperá sus cadenas  
Y la América toda  
Dejará de ser presa.

Llevándose la gloria  
Que libertad les diera  
A todos sus hermanos  
Igualdad y paz cierta.

#### EL CENTINELA DEMOCRATA

- (1) — Tomando en cuenta la fecha posible del poema, la fase pudiera aludir a la participación del Gral. Guardiola quien ofreció sus servicios al Gobierno Legitimista (junio 13 de 1855) y que después de haber sido derrotado por Muñoz en El Sauce (agosto 18 del mismo año), también lo fué por Walker a La Virgen (septiembre 3 de 1855).
- (2) — Rafael Carrera, presidente de Guatemala (1844-1865).
- (3) — Juan Rafael Mora, presidente de Costa Rica (1849-1853 y 1853-1859)
- (4) — El Doctor Campos fué presidente de El Salvador entre 1854 y 1858.
- (5) — José Santos Guardiola, presidenta de honduras (1856-1860 y 1860-1862)
- (6) — Los "cuatro reyesuelos" son los presidentes mencionados arriba.

### CANTO POR EL GENERAL DON JOSE TRINIDAD MUÑOZ

Venid causas de llanto,  
Musas de la tristeza,  
Y tañed negra lira,  
Para cantar de mi dolor  
la cruz.

Aliviad el quebranto  
De mi alma pesadosa  
Y del pecho amargado,  
Con vuestra inspiración  
más afectuosa.

No de argumento vano  
Decir el mal procuro,  
Ni de caducos bienes  
Que arrebatara feroz destino duro.  
Del recto ciudadano  
Yo canto la virtud,  
Aquella virtud santa  
Que brilla más allá del ataúd.

Tú... Campeón denodado...  
MUÑOZ... Soldado invicto (1)  
De la verdad sublime,  
Me dictas ese acento tan aflicto.  
Al polvo se ha tornado  
La terrenal criatura  
Que de polvo tenías,  
Y fría cubre triste sepultura.

Has muerto ¡leal Patriota!  
Mas tan bella es la Historia  
De tu muerte funesta  
Que llenará tu Patria con  
tu gloria.

Adverso fuiste al vicio,  
Cuya raíz ensillaste  
Arrancar precabido  
Del suelo de tu país que  
tanto amaste.

No la negra venganza  
Te cegó con su benda.  
Para soplar la llama  
Y el humo funeral de  
guerra horrenda.

En la paz tu esperanza.  
Confiado en Dios pusiste;  
Mas en guerra sangrienta  
Sufrir tu corazón herido viste.

Ni de laurel la rama  
Buscabas ambicioso  
En salvajes matanzas,  
Que al hombre tornan en  
dragón furioso:

Pues erguida la fama  
De tu valor preclaro,  
Alza la noble frente  
Do quiera, que se oyó tu  
nombre caro.

Tampoco vil codicia  
Oculta y afanosa,  
Tuvo cabida un día  
En tu alma delicada y  
generosa.  
Abnegación, justicia  
Eran tus pensamientos,

Que no ví rebajados  
En tus crueles y amargos  
sufrimientos.

Ni simple pretendías  
El favor pasajero  
De ideas populares,  
Que el Sol absorbe cual  
vapor ligero.

Porque justo poseías  
De todos, el aprecio  
Y amor, a que obligaste  
Al virtuoso y al sabio,  
como al necio.

¿Quepués, oh dulce amigo  
Pudo en tu pecho tanto  
Que tu vida le dieras  
Sino de las virtudes el encanto?  
A la huesa contigo  
¿Habrán bajado acaso  
Tus hermosos designios  
Como la luz del sol en  
el ocaso?

No, virtuoso Patriota!  
Rogad que así no sea  
A nuestro Dios excelso  
Que del bien te inspiró la  
gran idea.

Hoy con alma devota  
Y llena de fé ardiente  
La Paz al Criador pide  
Para tu Patria misera y deliente.





Don Fruto. ¿Mi legitimidad querrás decir?

Doña Mercedes. Llámese h—. Ella ha sido mi ruina; desde que ocupas este maldito puesto, no han cesado de acompañarme desvelos y cuidados. Perdí a mi adorable Carmelita (5); y por último, va ser causa de mi muerte! allá lo verás, Fruto; si no tomas mis consejos, perecés; por que cuando quieras aprovechar el tiempo, éste ya ha huído entre la vergüenza y el cadaizol .. Yo siempre he oído decir que: "Vale más una mala composición que un buen pleito", y esto me parece muy apelo en las actuales circunstancias. Carlos X y Luís Felipe, dicen que no sabían menos que vos, y que ambos, aunque eran legítimos monarcas de Francia, no sostuvieron su legitimidad hasta el grado de exponer imprudentemente su vida y las de sus reales familias al furor del Pueblo, los dos procuraron salvar la gallina...

Don Fruto. No hija mía, tú de nada te amedrentes: es muy grato ocupar la primera silla de la República. Carlos X y Luís Felipe fueron unos majaderos; eran unos cobardes; ¿como compararme con ellos? ¿No has visto como aplauden las Gacetas mi tenaz resistencia? Ah! eso vale mucho; soy ya una celebridad; y si pierdo y muero mi nombre será inmortal y colocado entre los de todos aquellos heroes de que habrás oído hablar en las historias; y si triunfo y vivo, ¿quien me quitará la presidencia, cuyos goces tú misma has gustado? ¿No te has fijado, en que ésta nos proporciona dinero, visitas continuadas y obsequios considerables? En suma, la muerte misma de nuestros hijos es más dulce, y sublime si quieres: tú misma has visto cuántos consuelos se nos han prodigado cuando murió Carmelita: los pésames de los particulares y de casi todas las autoridades militares y civiles de la República. Lo mismo que de los Gobiernos vecinos: sus tumbas en los pueblos donde se han hecho funerales han sido los de una princesa: los discursos pronunciados, los epitafios publicados por la prensa; todo eso, todo hija mía, es una dicha, es una gloria.

Doña Mercedes. Aunque todo lo dicho es verdad; pero ¿de qué sirven hoy, tantos parangones y tantos obsequios, tantas adulaciones y tantos honores cuando toda la República se ha levantado contra vos, habiendo sido esas glorias una ilusión?

Don Fruto. Calla que estás disparatando. ¿Como te atreves a decir que toda la República se ha conspirado contra mí? ¿Acaso cuatro sucios componen la República? Tú no entiendes de política; déjame como me dictan mi honor y mi conciencia.

Doña Mercedes. Si me dijeras, Fruto, que no comprendo tu impolitica, callaría... Cuatro sucios!...

Don Fruto. Sí, cuatro sucios son, que llenos de aspirancia, quieren hoy arrebatarme el poder, echando a rodar la legitimidad.

Doña Mercedes. Mira Fruto: no te acalores:

entiendo que tú mismo te desacreditas con decir esto. Si son cuatro sucios? cómo los dejaron desembarcar en el Realejo? ¿Cómo te dejaste, con fuerza doble, derrotar de ellos en El Pozo? ¿Cómo te sacaron a escape de León? ¿Cómo te asustaron todavía en Amatitán? ¿Cómo nos han venido todavía a molestar a Granada? Si por estas reflexiones me dices que no entiendo de política, santo y bueno, no quiero saber nada de eso. En cuanto a la legitimidad que me ensartas a cada paso, ¿sabes lo que ha dicho un truhán del campamento? ¿Que ni de nacimiento eres legítimo (6); a eso te expones; y yo no quiero que me saquen dolores a la cara...

Don Fruto. Y si es toda la República la que está pronunciada contra mí, como dices, ¿por qué no se han metido a la plaza? Digan lo que quieren los truhanes: soy hombre de honor y he de morir defendiendo mi legitimidad; lo mismo que a tí y a todas mis cosas.. Te repito que no vuelvas a hablar por que me incomodas. Traé la botella...

Doña Mercedes. Y si son cuatro sucios, como afirmas ¿por qué no te has quitado de ellos, puesto que hace ya más de medio año que están acampados en Jalteva? No sé por qué no se han metido a la plaza; pero ¿puedes por ventura asegurar que no se meterán un día de tantos? Tú, no tienes más que cobardes: sí, cobardes; porque aún los pocos leoneses que se te han agregado, como Hernández, Artiles, los Munquías, Murillos, Venereos etc. (7) no sirven más que para tragar, y comernos media costilla; sus pleitos son de gañote: solo van a desahogarse como placeras por las trincheras, y a recomendar a sus amigos que les cuiden y traten bien a sus familias; ellos se entienden y es de temer una traición.. son traidores de por sí. Me acuerdo habértelo oído decir varias veces, antes que se convirtieran; y el adagio dice: moro viejo no puede ser buen cristiano.

Don Fruto. Si lo que has manifestado fuese así, no me quedaría titere con cabeza, porque estoy dispuesto a no pastelear con nadie; pero no, nada vale todo eso; yo he de morir sosteniendo mi legitimidad y aún en el inesperado caso de sucumbir, me quedará la gloria de haber visto humillarse ante mí, a todos aquellos hombres que se tienen en más; y para que sepas, lo que siento, te diré: que el único pesar que llevaré a la tumba, si muero, será el no haber podido reducir a pavesas León donde existe la aspirancia, en donde todo lo motejan, y en donde ha abortado esa funesta revolución que ha frustrado todas mis esperanzas: los más bellos ensueños de mi vida pública.. Ahí están los hombres que han hecho conocer al pueblo los derechos que yo les usurpaba con engaño; le han descubierto el engaño y me ha convertido en el objeto de su ira...

Doña Mercedes. Pero mira, Fruto, doy por triunfante tu legitimidad, aún que esto me parece difícil: pero démoslo por seguro ¡tu conciencia no te remordería al encontrar tu asiento presidencial

levantado sobre multitud de cadáveres, y teñido con la sangre de tantas víctimas, solo por esa gloria quimerica de mandar a un pueblo que no te quiere obedecer?

Don Fruto. Por lo que te he dicho antes, conocerás cuáles serían mis únicos remordimientos y en una palabra, triunfando yo, nada importa quedar gobernado sobre ruinas, que mi silla se asiente sobre huesos y esté salpicada de sangre. ¡Ah, es muy grato, Mercedes, humillar a sus enemigos, y que nuestros amigos hagan lo que uno manda sea tuerto o derecho.

Doña Mercedes. Calla! Sos muy grosero!...

Don Fruto. Por tal me reputo, Mercedes, y es extraño no lo hayas conocido antes.

Carlota. Dice bien, mamá, ni papá: y yo, señor, ¿qué vestido llevaré como hija de Ud. después que triunfe la legitimidad? No cabe duda que la victoria será nuestra y que la dominación sobre el insurrecto Nicaragua será absoluta y de hierro: tal lo merece.

Don Fruto. ¡Bravo, bravo! Tú llevarás, como hija del Padre concripto de la Patria, del César de Nicaragua, traje de tisú, guantes y medias carmesí, sobre todo celeste de pañoñ fino de seda, charreteras blancas, calzado amarillo, dos plumas en la cabeza color del pabellón de la República y pendiente del cuello en una cadena de oro una cruz que dará origen a una orden de caballería que denominaremos "de San Fruto" como la de Leopoldo en Bélgica o la de Guadalupe en México etc. Esta serán las insignias de mi real familia en el nuevo reinado granadino. Mercedes llevará igual traje y las dos serán admiradas en todo el continente.

Carlota. ¡Gracias, gracias! Los desvelos y afanes de mi papá formarán, mamá, la felicidad y la ostentación de nosotras. Lo que hallo may y que no me suena bien, papá, es eso que dice Ud. que yo debo llevar el traje como hija de César: por que al único César que yo conozco y de quien he oído hablar, es de D. Lino que vive en Masaya (8) y cuya hija no es de las más elegantes. Yo quisiera mejor un traje como el de la Reina Victoria, o de Isabel 2a. según las láminas que nos han enseñado los que vienen de por allá. Por lo demás: ya quisiera verme ataviada en los estrados de los bailes que se pondrán el día del triunfo: por que me parece que todos se brindaran para bailar conmigo, como que ya supongo que oigo decir: la hija de Fruto I es la que lleva las plumas del color del pabellón en la cabeza. Quiera el cielo, papá, que presto triunfe la legitimidad para ver colmados mis deseos.

Doña Mercedes. ¡Ah ilusiones de la juventud! Alistate y prepárate para la fuga, pues según he oído decir, aunque tu padre no se da por entendido, han venido ya algunos soldados derrotados de la fuerza que fué por agua con Corral a atacar a Rivas (9) y con una lancha menos de las

que llevaron por haber sido avanzada por el enemigo; y a vista de todo esto ¿en que fundas, hija mía, el triunfo de la legitimidad de tu padre, para que te formes ideas tan alagüeñas, cuando por todas partes yo las miro luctuosas?

Carlota. Son flatos los de Ud. mamá: la justa causa de la legitimidad debe de triunfar. Todo eso de que ha hecho Ud. mención no vale nada.

Doña Mercedes. Tú eres lo mismo que tu padre, para él todo vale nada, todas son frioleras, y todas esas frioleras hacen un todo que vale mucho. El tiempo los desengañará.

Don Fruto. Lo que has dicho, Mercedes, es una necedad.

Doña Mercedes. ¡Necedad!... y no parece Corral!... Necedad! y los he visto en dos mil apuros y carreras para que la poca tropa que les ha quedado no conociese el fracaso recibido. Eres muy tonto, Fruto.

Don Fruto. Por tal me reputo.

Carlota. Mi papá dice verdad: y nosotros debemos de triunfar aunque Judas se oponga en unión de esos perversos democráticos.

Don Fulgencio. ¡El diablo nos ha llevado, Fruto! acaba de venir un correo de Abarca: en Jinotega ha habido el trece del corriente una sublevación contra Toribio Jerez y Pedro Jatruch (10): los cuales han sido medio muertos a palos por las mismas tropas que ellos comandaban habiéndose incorporado esta, después del hecho, a las filas del maldito faccioso general Ruiz. ¡Ya eso se perdió!

Doña Mercedes. ¿Ya ves, Fruto, como debes adoptar el partido que te he propuesto?

Don Fruto. ¡Vamos Vega para el despacho! Un trago...

Doña Mercedes. Por Dios, Fruto, accedé a los deseos de tu esposa.

Don Fruto. Primero morir sosteniendo mi legitimidad antes que dar oído a los lamentos de una mujer; Ud. pierden a los hombres afeminándolos: valor Mercedes, si quieres ser digna de mí. Aprende de tu hija: cuando yo tenga facultad de nombrar sucesor para la Presidencia, nombraré a Carlota.

Carlota. ¡Ah qué bueno papá. Entonces sí que vestiré como la Reina Victoria, y pues que a mi me toca nombrar ministros, nombraré a Chepita, hija de don Fulgencio, que es bachillera en Artes y llevará bien el despacho.

Don Fulgencio. Já, já, já.. Qué talento Carlota piensa con tanta madurez como una sesentona. Es muy juiciosa; a su edad, la reina Isabel no pensaba mejor en los negocios de Estado: viva Carlota! viva Carlota! Já, já, já. Si eso se cuenta no lo van a creer.

Doña Mercedes. ¡Ah hombre, hombre! no

seas tan ingrato, mandáme sacar de aquí ya que pretendes ser inexorable a mi súplica y pertinaz en tu capricho. Quédate si quieres con Carlota, ya que ella no piensa como yo, en los peligros de que estamos rodeados: yo no haré falta para los cuidados de la casa: en la de Vega q' a venido aquí adular a la pobre niña para acabarte de perder a vos y a ella hallarán los dos cuanto necesitan...

Don Fruto. Puedes marcharte con la familia para donde quieras; por que yo, firme en mis ideas, o soy Presidente Perpetuo de Nicaragua o soy eternamente pasto de gusanos. Vamos, Vega, vamos al despacho a hablarnos con Estrada, Barbarena y Nicasito (11) para que vayan componiendo al número del DEFENSOR DEL ORDEN en que se ha de describir la acción de Palacagüina como las de-

más en que hemos sido derrotados. Matellito (12) se ocupará de las otras combinaciones secretas: que vaya el Ayudante a hablarles. es necesario que no se trasluzca en el Pueblo ni en Ejército esa derrota: con cuatro cuentos le haremos creer que Abarca ha derrotado a Ruiz. ¡Quién sabe con qué chanchada nos va a salir Corral con su expedición a la costa de Rivas! Hasta luego, Mercedes.

Doña Mercedes. Hasta luego, Fruto, ten presente lo que te he dicho.

Don Fulgencio. No hay cuidado Merceditas; Fruto no perecerá donde yo esté. Yo sabré cuando debemos salir de aquí.

Fuéronse.

UN ESPÍA

León, noviembre 22 de 1854

Imprenta del Gobierno Provisorio

- (1) — Fruto Chamorro casó con doña Mercedes Avilés Alfaro de la cual únicamente tuvo descendencia femenina Carlota Chamorro Avilés, casó con don Luis Costigliolo y no tuvo hijos. El coronel don Fulgencio Vega fué uno de los más distinguidos colaboradores de don Fruto. Cuando Walker se apoderó de Granada, era don Fulgencio jefe de la Plaza.
- (2) — Como es sabido, el departamento de Matagalpa se mantuvo fiel a los legitimistas, y capitaneado por el Gobernador don Liberato Abarca, se levantó en armas contra la Revolución. "Cachirulo" y también "Cachirulito" le decían al teniente coronel Clemente Rodríguez, natural de León, vecindado en Honduras y que en 1854 voluntariamente, había venido a enrolarse en las filas legitimistas Pérez, Op. cit. pag. 79. Para la mejor interpretación de lo que dice doña Mercedes en el primer párrafo de la Conversación, recuérdese que el Gral. Cabañas envió una columna al mando del Gral. Antonio Ruiz, —hijo natural de Morazán — con instrucciones de sacar de Matagalpa y de la Nueva Segovia a los legitimistas. Suponiendo que la columna marchase para Jalteva al fin de juntarse con las tropas Jerez, el partido de don Fruto le opuso otra al mando del coronel Pedro Xatruch y del teniente coronel Rodríguez (Cachirulito) quienes fueron derrotados en Palacagüina el 13 de octubre de 1854.  
En cuanto a Abarca, escribe de él Pedro Joaquín Chamorro Z.: "Liberato Abarca, matagalpino, perteneciente al Partido Liberal, fué nombrado por el gobierno de don Fruto Chamorro de Matagalpa. El aceptó y juró fidelidad". Fruto Chamorro oct. 337)
- (3) — El 16 de junio, don Fruto planeó una salida en contra de las tropas sitiadoras encomendada al Gral. Hernández y este tuvo que retirarse después del éxito inicial de la operación. El 5 de agosto, hubo el combate de la Otrabandita "funesto para la legitimidad, no tanto por la derrota sus fuerzas, como por la muerte de tres jefes de su ma importancia..." (Pérez, op. cit. pág. 57). El día 29 de Septiembre se dió, en el lugar llamado "El matadero" una de las más fuertes acciones en torno de Granada y por fin los legitimistas fueron batidos (Pérez, op. cit. pág. 77.)
- (4) — EL DEFENSOR DEL ORDEN se llamó el órgano de prensa de los legitimistas, dispuesto por acuerdo del 7 de junio de 1854. Su principal redactor fué el licenciado Mateo Mayorga, discutido ministro de Relaciones, desde el 10. gabinete de don Fruto y que más tarde Walker hará fusilar. Como es fácil de entender, EL DEFENSOR DEL ORDEN constituye una de las fuentes más importantes —aunque no siempre im-

- parcial— de los acontecimientos de la guerra de 1854.
- (5) — Carmen Chamorro Avilés, hija ultimogénita de don Fruto, murió impuber. Sus exequias constituyeron motivo de polémicas, pues los democráticos aseguraron que el presidente había mandado hacerle honores regios. Léase el párrafo siguiente cuando don Fruto relata los honores que fueron tributados a la niña Carmelita.
- (6) — "Don Pedro José Chamorro Sotomayor Argüello del Castillo y Guzmán, durante su permanencia en Guatemala donde hizo estudios superiores, tuvo un hijo llamado FRUTO, quien usó el apellido de Chamorro, después de haber usado el apellido de Pérez "(Emilio Alvarez Larza, Genealogía de la familia Chamorro, Managua 1951, pág. 31) —A don fruto Pérez iba en efecto dirigida la auto-defensa que Jerez escribió en la cárcel, cuando fué detenido con motivo del complot leonés.
- (7) — De los Hernández, Artilles y Murillos, ya hemos hablado anteriormente. Los hermanos Venerio "cuñados de Francisco Morazán (hijo del ex-presidente de C. A.) estaban del lado de Chamorro en Granada. Sin duda, como hijos del asesinado Bernardo Venerio por la facción de 1846, sabían donde debían hallarse los hombres de bien." (Pedro J. Chamorro Z. Fruto Chamorro cit. pág. 337).
- (8) — El coronel don Lino César se había quedado en Granada en calidad de Comandante La Plaza, cuando don Fruto pasó a León con todo su gobierno (9 de mayo de 1854)
- (9) — No consta —de verdad— que el Gral. Corral fuese enviado a atacar Rivas por agua. Lo que sí consta es que a principios de septiembre de 1854, salió Corral de Granada en busca de las goletas enemigas y que regresó sin ellas. Volvió a hacerse a la vela el 14 del mismo mes, y fué de vuelta a Granada el 17 con las goletas La Santa Cruz, La Perla y La Esperanza. Hubo a mediados de diciembre del mismo año otra expedición naval de Corral pero hacia San Carlos y para apoderarse del Castillo sobre el Río San Juan.
- (10) — De Abarca, Ruiz, y Xatruch ya hemos dicho. Toribio Jerez hermano de Máximo hallábase en el campo conservador. Sus "justificaciones" pueden leerse en: Pedro J. Chamorro Z. Fruto Chamorro cit. pág. 336
- (11) — José María Estrada, el Dr. Barberena y don Nicasio Castillo, hombres principales del partido granadino. Desempeñaban carreras ministeriales cuando Walker se apoderó de Granada y "se salvaron a pies por distintas direcciones". (Pérez, Op. cit. pág. 134).
- (12) — Lic. Mateo Mayorga

# Cuento nicaíra guense

*ANTOLOGÍA*

PROLOGO, SELECCION Y NOTAS DE  
**sergio ramirez**

**NOTAS SOBRE  
EL CUENTO  
NICARAGUENSE**  
(Introducción)

**ANONIMO**  
Cuentos de  
Tío Coyote y el  
Tío Conejo  
Pasadas

**RUBEN DARIO**  
El Fardo  
El Dios Bueno  
Morbo et Umbra

**MARIANO FIALLOS GIL**  
Bajo la Lluvia  
Horizonte Quebrado

**FERNANDO CENTENO ZAPATA**  
Cuando se llega la hora  
El Viaje

**FERNANDO SILVA**  
El Bote  
El Vuelto  
Saturno

**RAUL ELVIR RIVERA**  
Don Pastor y los Venados

**PABLO ANTONIO CUADRA**  
Nuevo Régimen

# mapa narrativo

**ADOLFO CALERO OROZCO**  
Claudio Robles, Padre de Sebastián Robles  
Martín Rayo



**JOSE CORONEL  
URTECHO**  
El Mundo es Malo

**JOAQUIN PASOS**  
El Angel Pobre

**MANOLO CUADRA**  
Torturados  
De Quilali a Illinois

**JUAN ABURTO**  
12 Cartas y un Amorcito  
Mi Novia de las  
Naciones Unidas

**LISANDRO CHAVEZ ALFARO**  
El Perro  
Jueves por la Tarde

**ERNESTO CARDENAL**  
El Sueco

**MARIO CAJINA VEGA**  
El Museo — Provincia de  
Don Jerónimo Vergara

**FERNANDO GORDILLO**  
Ordenes  
Fiestas Patrias

**SERGIO RAMIREZ**  
Bendito — Escondido  
El Asedio

**IVAN URIARTE**  
Una Historia y Dos Relatos

1. CHINANDEGA: Otto Schmidt, José Román.
2. LEON: Mariano Fiallos Gil, Rosario Aguilar, Sergio Ramírez
3. MANAGUA: Adolfo Calero Orozco (las sierras); Mario Cajina Vega, Juan Aburto, Fernando Gordillo
4. MASAYA: Sergio Ramírez, Mario Cajina Vega.
5. EL GRAN LAGO: Pablo Antonio Cuadra, Fernando Silva.
6. EL RIO SAN JUAN: Fernando Silva, José Coronel Urtecho.
7. BLUEFIELDS: Lisandro Chávez Alfaro.
8. CHONTALES: Pablo Antonio Cuadra, Sebastián Vega.
9. LAS SEGOVIAS: Manolo Cuadra, Lisandro Chávez Alfaro

# Notas sobre el Cuento Nicaragüense

*El cuento nicaragüense —como toda nuestra literatura— fue engendrado en un remoto proceso cultural que se dio en la época colonial por obra del mestizaje. A lo largo de más de tres siglos de un viaje anónimo por nuestra historia baldía, empeñada en montañas y cegada por el humo de los fusiles, este patrimonio fue sufriendo una lenta decantación de boca en boca y de memoria en memoria, andando por los caminos con las reatas, por los llanos con los hatos de ganado, diluyéndose en nuestro mundo rural de caseríos y haciendas, cuentos que nunca se escribieron y se perdieron casi a través de su única forma de transmisión, la oral, pues bien se sabe que un pueblo analfabeto, aunque rico de imaginación y de grandes facultades creadoras, no puede efectuar esa transmisión de bienes culturales, sin que en el camino se deterioren.*

*El teatro callejero, la poesía popular y los cuentos de camino, pertenecen a este torrente oral que es la expresión más viva del ser nicaragüense. Los cuentos de caminos son pues, la base de la narrativa nacional y se llamaron así quizá por su estilo andariego o por que casi todo lo relatado acaece en los caminos. En ellos podríamos diferenciar dos tipos: los cuentos de animales, en los cuales el hombre se encarna haciéndolos a su imagen y semejanza; y los cuentos de aparecidos.*

*El prototipo de los primeros serían los CUENTOS DEL TÍO COYOTE y EL TÍO CONEJO, dos personajes seguramente de origen indígena (1) que pertenecen a la mística popular de México y Centroamérica (2).*

*Sus caracteres están bien diferenciados y se identifican en el espíritu nacional, de allí su condición de personajes de lo universal nicaragüense; el Tío Conejo, marrullero, taimado, vivo; el Tío Coyote, dundo, confiado, de buena fe; (la fábula es aquí el vivo reflejo de nuestra historia: babosos soñadores abajo, pragmáticos matrones arriba).*

*Ambos habitan una dimensión primitiva de frutas celestes y de frutas maduras y para vivir, tienen que robar. Pero la lucha por la supervivencia no está determinada por la fuerza bruta sino por el ejercicio del ingenio y el Tío Conejo saca el mejor partido de sus vivezas. El Tío Coyote, como buen baboso, muere reventado. Esta lucha por sobrevivir, se hace más intensa cuando el Tío Conejo tiene que recurrir a Dios para que lo haga más fuerte y la prueba a que tiene que someterse lo obliga a luchar con enemigos más feroces que el pobre coyote: lagartos y tigres.*

*Los cuentos de aparecidos corresponden de manera más directa a la fusión del mestizaje: la profunda vinculación del indígena con los ritos de los muertos, por una parte y el advenimiento de la religión católica con su sentido del más allá y la condenación eterna, por otra; esto lleva al hombre a representarse su temor por lo sobrenatural, de fibra profundamente primitiva, por medio de la leyenda. Estos cuentos tuvieron además su ambiente propicio en las ciudades coloniales y los pueblos a oscuras; las iglesias con sus*

bóvedas colmadas de cadáveres; la falta de medios de comunicación que obligaban a hacer largas travesías por caminos despoblados en las horas nocturnas; las guerras con sus ciénes de muertos, que obligaba a tirar los cadáveres en zanjas comunales, las pestes; el dominio litúrgico del hombre, los exorcismos.

Quizá sea la de los cuentos de aparecidos la vena más rica de nuestra narración, porque debido al carácter de las historias, tuvieron la oportunidad de autogenerarse permanentemente, ya que el que relata es testigo presencial de los hechos, al contrario de los cuentos de animales que se entienden enteramente como fábulas. Aunque la fusión de las culturas que produjeron estos cuentos nos los dan como un producto híbrido, aún es posible determinar cuáles fueron aportados por la tradición indígena (el cadejo, las ceguas, la carreta nagua) y cuáles por el colono español (los frailes sin cabeza, los jinetes fantasmas).

Toda esta tradición oral y anónima, propia de una cultura rural y de una economía eminentemente agrícola, encima de que como se ha dicho resultó dañada por su falta de comunicación escrita, ha tenido que sufrir el encuentro fatal con la nueva pseudocultura que ha ascendido a partir de la transformación de nuestros pueblos en ciudades AMERICAN STYLE (3). Quizá hasta el año 1905, Managua y las 3 o 4 ciudades del Pacífico que le siguen en importancia, permanecían aún dentro de esa cultura. El cultivo mecanizado del algodón, el nacimiento de algunas formas de industria, la transformación de los medios de comunicación, han caracterizado el afianzamiento de un nuevo tipo de sociedad, que para sustituir bienes culturales que le parecen deficientes o pobres, por provenir de ese medio rural, importa otros de sociedad con un siglo o dos adelante. Este trueque resulta entonces falso; la comunidad media de la ciudad que propicia este cambio, lo lleva al resto de la población que aún pertenece al mundo anterior y así el radio de transistores toma el lugar de la guitarra, con sus guarachas y programas de complacencias, provocándose un empobrecimiento cultural (no una decaencia pues esto presupondría un florecimiento anterior) en los hábitos de vestir, en los de alimentación, en los de recreación. Ya no es necesario crear, porque todo se recibe enlatado en discos, en roconolas, en cancioneros radiales. Por lo tanto, todos estos bienes que formaron una cultura incipiente son desplazados por los que traen los terribles vehículos de comunicación moderna. En este deslave se van también los últimos corridos populares, las canciones callejeras, y los paquimes y las tonovelas —que vienen bien impresos y a colores— toman el lugar de esos últimos vestigios de historias orales.

Esta condición nuestra de sociedad rural a lo largo del casi todo el siglo XX, explica que nuestro cuento nicaragüense —considerado ya como acto de creación personal— haya tomado como tema al campesino, al indio (4). Aunque cronológicamente hablando nuestro primer cuentista sería RUBEN DARIO (1867-1916) no puede decirse que haya fundado un cuento nicaragüense como lo hizo con la poesía. Es SALARRUE, un salvadoreño, el que inaugura en Centroamérica un género de cuentos, el vernáculo. El maravilloso experimento de la prosa dariana, y los nuevos mundos que abrió al idioma castellano, serían los legados de Rubén al cuento nicaragüense, pero vistos a través de la perspectiva universal americana que dio a la lengua del continente. Uno de sus campos más frecuentados para la experimentación verbal fue el cuento —baste recordar Azul— y aún a pesar de la avasalladora memoria de su poesía, hay en su prosa logros y descubrimientos no menos memorables.

Los anteriores antecedentes indican que la búsqueda de una noción organizada del cuento nicaragüense como acto de creación literaria, en la misma forma que acudimos a un concepto de poesía nicaragüense, daría resultados muy pobres.

La pista más segura para explicar el cuento vernáculo es la influencia de Salarrué, no sólo tomada en un sentido estrictamente literario, sino también como creador de un tema, de un ciclo narrativo. El hombre culto —que mira al mundo rural desde arriba, en una actitud si se quiere académica— va a la búsqueda de un lenguaje, de un modo de vida, de costumbres ajenas, en la misma forma que los románticos del siglo XX emprendían sus viajes al oriente. Para el escritor regional esta es una verdadera exploración, todo visto con los ojos deslumbrados del intelectual que va extramuros a toparse con un tipo de realidad nacional. El campesino pasa a ser así por muchos años el centro de la atención literaria y el escritor se encarga de ventilar en público sus conflictos y sus pasiones, dotándolo de un campo de acción propio, la finca, la comarca, la fiesta poblana, el tiempo de cosecha, las borracheras, los pleitos, sus cultos religiosos, las muertes violentas. Este acer-



camiento a la realidad del indio pronto perdió su autenticidad al ampliarse el número de escritores que bajaban a esta fuente, degenerando en verdaderos actos de sadismo contra los personajes que se tornaron dolorosamente pintorescos. Se desembocó entonces en el eufemismo folklórico, en una ficción de la ficción, realidad absurda y apostrofada.

La otra cara de esta moneda falsa —del otro lado del indio plástico y pintoresco— fue la decadencia, muy rápida por cierto, de la literatura social o de denuncia, que para alcanzar los fines perseguidos, redujo a sus dos únicas clases de personajes —los héroes y villanos, como en las películas del western— a un juego lineal, justamente llamado maniqueo. Los buenos buenos y los malos malos.

Este tipo de enfrentamiento antitético, se dio en la narrativa continental al tiempo que surgía también ese personaje arquetípico de la ciudad que desciende al submundo salvaje, la selva, la hacienda tierra adentro, a domesticar la naturaleza, civilización contra barbarie, orden contra caos. Los tres tipos de proposiciones arriba descritas, contribuyeron muy pronto a establecer una imagen equivocada de la realidad americana, como si donde comenzaban la selva o los llanos, no hubiera otra cosa que un set cinematográfico. Pero en este último caso, SALARRUE con la fundación de sus cuentos regionales y el tratamiento mágico de sus personajes manejados al filo de las palabras, demarcó un territorio donde esa lucha barbarie-civilización no tuvo lugar, por dos razones: porque ese abismo entre urbe y campo está borrado por una sola cultura rural, y porque el escritor no es el domesticador, sino simplemente el esteta. Ese territorio literario de realismo-romántico, fue Centroamérica.

Nuestro cuento regional —el que tradicionalmente ha sido sinónimo de cuento nicaragüense— puede ubicarse dentro de un período que va de 1920 (después de la muerte de Darío) a 1950 o un poco después. Dentro de este concepto de cuento regional podríamos distinguir tres tipos: los que recrean temas místicos de la literatura anónima, con un valor más documental que artístico, escritos en forma de consejos (el cadejo, Arrechavala); los que surgen con sencillez provinciana y con el simple ánimo de relatar sucesos afectivos, o anécdotas lugareñas que resultan en estampas o cuadros de costumbres, sin alcanzar la más de las veces los niveles técnicos del cuento; y los que con un estilo más definido penetran dentro de la corriente vernácula con propósitos de realización artística, haciendo uso de técnicas narrativas.

Son muy pocos sin embargo los títulos que se pueden reunir para ejemplificar las agrupaciones anteriores y a esto me refería al decir que el cuento no está sujeto a un proceso orgánico de desenvolvimiento, igual que la poesía. Podría citar en el primer caso a OTTO SCHMIDT, RAUL SILVA AGUILAR y GUSTAVO PRADO, los dos primeros autores de algunas recreaciones de cuentos de aparecidos y el tercero de un interesante libro de LEYENDAS COLONIALES que recuerdan a Don Ricardo Palma con sus TRADICIONALES PERUANAS (5). Para ejemplificar la narración anecdótica, escogería a ADOLFO CALERO OROZCO (1899), que utiliza un tono conversacional para "contar" sus cuentos y desprende a sus personajes de toda afectación, habitantes de una época que nos parece ahora tan remota por el vértigo de la transformación urbana, el Managua provincial y las sierras alledañas. Sus libros, principalmente CUENTOS NICARAGUENSES (1957) recogen estos breves cuentos, como cuadros de colores simples y luz primitiva (6).

El autor de cuentos regionales que alcanzan por primera vez el carácter de tales, es MARIANO FIALLOS GIL (1906-1964) que a pesar de su escasa dedicación al oficio —su único libro HORIZONTE QUEBRADO (1959) no reúne más de diez trabajos— creó en un lenguaje poético una vinculación del hombre al paisaje, dando un tono romántico a la narración, y descubriendo su técnica de contar a través de una serie de metáforas que hilvanadas en la secuencia del relato desembocan en la metáfora final que es el cuento mismo, amores, pasiones, muertes. Fiallos Gil fija también su territorio literario: la comarca, entre la montaña y el mar, en la llanura occidental.

¿A qué puede deberse esta casi ausencia de una narrativa nacional en el período apuntado? Quizá entre una serie de razones de tipo meramente formal o externo que pueden denominarse como absoluta falta de condiciones en el país para el desarrollo de una cuentística propia, podríamos citar: (a) la falta de medios periodísticos o de divulgación literaria. Los países con una rica tradición narrativa, crean verdaderas corrientes de atrac-

*ción literaria en los periódicos y en las revistas, principalmente para el género cuento, como sucede en los Estados Unidos e Inglaterra. Recordemos en la década de 1940, cuando hubo en Managua 7 u 8 diarios, algunos con suplementos semanales, se generó también un activo grupo de escritores que dejaron gran cantidad de cuentos e historietas humorísticas, muchas de calidad, y bastaría citar a GE-ERRE-ENE, para probar lo anterior.*

*b) Falta de estímulo editorial. Muy pocos de los cuentistas nicaragüenses, de la época actualmente analizada y de la posterior, han recogido sus cuentos en libros. De allí que la labor del antologista se concrete al examen de revistas y suplementos literarios, sin tener acceso a una gran cantidad de material inédito que queda perdido. (c) El aislamiento cultural del escritor, que vive en estado de perpetua incomunicación no sólo con los del mismo oficio en su país y en la región, sino también con respecto a los movimientos modernos, sin enterarse de lo que acontece fronteras y océanos afuera. Este aislamiento provoca el hecho de que técnicas ya envejecidas aparezcan de pronto como novedosas y la literatura "nacional" se nutra sólo de estímulos elementales, los del medio ambiente. (d) Finalmente habría que mencionar la dedicación incidental del escritor a su oficio; escribir sólo en ratos libres o en fines de semana, entre el tiempo que dejan las escrituras públicas, la ocupación burocrática o la atención de pacientes, no pudo provocar de ninguna manera un florecimiento narrativo en Nicaragua y esta misma agonía tendrá que perdurar mientras tales condiciones no varíen. Si la literatura anónima resultó doñada por no escribirse, la posterior sufre por falta de tiempo para escribirse.*

*Antes de concluir con este período debo hacer referencia al grupo de VANGUARDIA (1931-1932) que produjo dos clases de aportes a la narrativa nacional; primero su búsqueda de las fuentes de la cultura vernácula en todos los órdenes, no sólo con propósitos literarios, sino también para revivir un estilo nicaragüense y una vinculación de la actitud cultural al paisaje, a la tierra, a lo auténticamente nuestro. Después, los experimentos narrativos de JOSE CORONEL URTECHO (1906) con sus noveletas, a las que incorporó una serie de técnicas totalmente desusadas en el país, y que perduran como ejemplos de una prosa magistral, así NARCISO o LA MUERTE DEL HOMBRE SIMBOLO. Cito también un cuento de JOAQUIN PASOS (1915-1947), EL ANGEL POBRE (1941), una historia de ternura desgarradora en un mundo a prueba de ángeles.*

*Para abrir un ciclo temático nuevo, ya que no cronológico, situaré a MANOLO CUADRA (1907-1957) como el escritor que encabeza un rompimiento con el cuento regional. Manolo es el caso excepcional en una ausencia reiterada de cronistas literarios de nuestra historia nacional. Sus cuentos dan fe de la guerra de Sandino (1926-1933) que le tocó vivir y el estilo de su narración corresponde a un ámbito completamente distinto, vinculado más a las técnicas de los cuentistas norteamericanos modernos. Es el testigo de la manigua, de las torturas, de las marchas de campaña, de los asaltos nocturnos y estos cuentos fueron los únicos de calidad que produjo una época brutal y descarnada como ésta, en la que incluso se comprometió tan peligrosamente nuestra nacionalidad.*

*Ya en la década de 1950, aparece FERNANDO CENTENO ZAPATA (1922) quien introduce al campesino en el tema de la literatura social, aunque su visión no deja de ser romántica por el lenguaje. Son los cortadores de algodón, los que llegan del campo a la ciudad y se regresan desolados, los peones, quienes habitan sus cuentos y a quienes habita la amargura. Si algunas veces no se realizan para quedarse en estampas patéticas, es porque pierden su magia a causa de la evidencia de su intención.*

*El narrador que lleva a su punto culminante el cuento vernáculo, es sin duda FERNANDO SILVA (1927) con la edificación de un mundo propio envuelto en una aura de inocencia. Este mundo es un puerto triste, el puerto del Castillo sobre el río San Juan; la estructura de sus relatos está basada en un lenguaje en el que todo nicaragüense se reconoce y que corresponde tanto a los diálogos como a la propia voz del narrador, que es un testigo de sus propios recuerdos, una parte viva de la magia creada por él, que despierta las cosas y las gentes de un lugar perdido donde se supone que no pasada nada, si no es por la imaginación, parte evocación y parte conjuro de la realidad que acude siempre al lector en las palabras, en una comunicación enteramente verbal.*

*La incipiente realidad de Managua como ciudad macrocefálica, ha sido dada a través del testimonio de tres escritores: JUAN ABURTO (1918) quien utiliza una evidencia vecina,*

la propia en que vive, para forjar sus relatos: las cuarterías, las barriadas, las familias tristes en los crepúsculos vecinales, los empleados domesticados por su trabajo pero con tiempo para los sueños; esa masa que se mueve a diario en las calles y que desaparece a la hora en que las oficinas se cierran, son el medio y son la gente de Aburto.

Después MARIO CAJINA-VEGA (1929) organiza su visión de la realidad nicaragüense en tres estadios que corresponden a un concepto social e histórico; el campo, la provincia, la ciudad, que se suceden en el tiempo a la par que conviven, intercomunicándose en relatos que van definiéndose como responsables unos de otros. (FAMILIA DE CUENTOS, 1969), el ámbito rural que dio la provincia, la provincia que dio la ciudad, en una visión de cinematografía y collage que es una interpretación del vivir cotidiano, el ser, la angustia, el vacío.

Y FERNANDO GORDILLO (1941-1967) que comenzó una tarea, por supuesto inconclusa, de desentrañar los vicios de nuestro mundo moderno, vicios de la violencia, la caridad falsa y el falso amor, la injusticia legislada, en un desplazamiento de lo externo a una interpretación de las actitudes intrínsecas de los personajes en relación con el medio que aman o corrompen (SON OTROS LOS QUE MIRAN LAS ESTRELLAS, en su libro de cuentos inéditos).

Finalmente me resta citar a un formidable escritor, al que la incomunicación tantas veces mencionada, no ha permitido acercarse a nuestra literatura: LISANDRO CHAVEZ ALFARO (1929) cuyo libro de cuentos LOS MONOS DE SAN TELMO (1963) ofrece una perspectiva entendible como realidad nicaragüense, a través de diversos enfoques que corresponden a épocas históricas distintas y a regiones distintas, logrando una visión unitaria a costa de la diversidad temática misma, realidad nicaragüense que adquiere un sentido universal y que parte de la guerra nacional, de la guerra de Sandino, y de vidas guerrilleras y de cazadores de monos en la selva atlántica, de un pariente pobre velado en un salón de billar en Bluefields.

Para ilustrar estas notas, hay un mapa narrativo de Nicaragua; por lo general el escritor ha delimitado su mundo de la invención en el ámbito que le tocó nacer y se lo ha apropiado para su realidad artística; esta teoría nos llevaría a la conclusión de que hay aún miles de territorios inexplorados y que estamos en vísperas del descubrimiento total de un universo nicaragüense de ficción que sea paralelo a nuestra visible realidad, o su espejo mágico, que inicie una secuencia de entrega y maravilla hacia el florecimiento de un cuento y de una novela de valor universal, para lo cual sólo es menester crear con pasión.

SERGIO RAMIREZ

San José, Costa Rica, Enero de 1969.

- 
- (1) Cuadra, Pablo Antonio: Introducción a los cuentos; Ediciones de la Academia de la Lengua.
  - (2) Henestrosa, Andrés: Los Hombres que dispersó la danza, Editorial Universitaria, México; según Henestrosa estos cuentos son de origen tolteca y recrea algunos que tienen el mismo argumento de los conocidos en Nicaragua. Carmen Lyra, de Costa Rica, recreó algunos otros.
  - (3) Fiallos Gil, Mariano. El Proceso Cultural Centroamericano. Editorial Universitaria de El Salvador.
  - (4) Sólo el cuento puede representar una narrativa nacional. La única novela nicaragüense está en Cosmapa de José Román y los trabajos posteriores de Rosario Aguilar.
  - (5) Rubén Darío intentó en su primera época algunos cuentos con estos temas. Mejía Sánchez, Ernesto. Los primeros cuentos de Rubén Darío, Editorial Universitaria, México.
  - (6) Pueden mencionarse también a guisa enumerativa, a Leonardo Montalbán; Salvador Mendieta (1889-1961) que escribió "Cuentos Cacicquistas Centroamericanos"; Salvador Calderón Ramírez (1868-1940), "Cuentos para mi Carmencita"; Ramón Sáenz Morales (1185-1940); Anselmo Fletes Bolaños, "Cuentos y Cuentas"; "Cuentos de Tío Doña"; "Rojo...cuentos de la Calle"; Nicolás Paniagua Prado, (1905-1950) y Darío Zúñiga Pallais.

ANONIMO

Las versiones que aquí se publican, fueron recogidas por Pablo Antonio Cuadra de la propia voz de empleadas domésticas en Granada y Nandaimo, y por eso mismo conservan intacto el lenguaje popular en que las historias han sido contadas por siglos.

Encabezan esta antología por ser las primeras muestras de nuestra narrativa.

# Cuentos del Tío Coyote y el Tío Conejo

— I —

Estera una vez una viejita que tenía un sandillal. "Sandillas" grandes de tierra negra. Un día por ahí se vieron tío Coyote y tío Conejo, y como estaba madurando el sandillal, se concertaron para merendárselo. Tío Conejo cuidada un rato y tío Coyote comía, y así, al revés. Pero la viejita que estaba encariñada con su campito de frutas todos los días renegaba: "Bandidos, ladrones, me las van a pagar!"

El domingo la viejita al salir de misa se fue donde el Señor Obispo y le dijo:

—¡Señor Obispo, le voy a mandar de regalo una gran sandillota, la más rica,

Y el Señor Obispo la bendijo.

Pero tío Conejo estaba en el patio robándose unas lechugas y oyó a la viejita y ay nomás salió en carrera onde tío Coyote:

—¡Tío Coyote, vamos a hacerle una buena pasada a esta vieja renegona!

Y se fueron hablando.

A poquito llegó la viejita y ellos se escondieron detrás de unas matas. Y la viejita fue tanteando todas las sandillas, una por una:

—¡Esta es la más hermosa! La voy a cuidar para el Señor Obispo y pa que estos bandidos ladrones de frutas no la vean la voy a poner bajo estas hojitas de plátano.

Tío Coyote y tío Conejo se estaban riendo y se volvían a ver. Y cuando se fue la viejita se fijaron dónde estaba la sandilla y diario la iban a ver y la tanteaban.

Bueno, pues; pasaron sus días y ya estaba bien madura la sandilla. ¡Grande y hermosa, bien aseada!

Y entonces tío Conejo le abrió un hoyito y con la pata le fueron sacando y se fueron comiendo todo el corazón hasta que la dejaron vacía como calabazo. Y después se cagaron los dos dentro de la sandilla y la volvieron a tapar dejándola a como estaba, bien disimulada.

Al día siguiente llegó la viejita:

—Que buena sandilla! Qué buen regalo para el Señor Obispo!

Y fue a traer su rebozo y cortó la sandilla y se fue ligerita donde el Señor Obispo.

—¡Aquí le traigo este regalito, mi padrecito!

—¡Muchas gracias, mijita, Dios te lo pague!

Y cuando llegó la hora del almuerzo el Señor Obispo le dijo al Sacristán:

—Andá traerme un cuchillo grande bien filoso, pues yo mismo quiero partir esta sandilla tan hermosa.

Y ya se puso a partirla. Y pega el brinco. ¡Qué susto! ¡Estaba repleta de fiaña!

—¡Bluff!, dijo el Obispo, y la aventó de un lado—  
¡¡Esta vieja puerca ahora verá!

Y mandó al Sacristán que se la fuera a llamar.

La viejita llegó muy alegre, corriendo.. "Esto es que el Señor Obispo me quiere agradecer con algún regalo", pensaba. Pero en llegando el Señor Obispo estaba furioso y le dio una gran regañada y le enseñó la fiaña de la sandilla y le dijo que se iba a ir al infierno por irrespetuosa.

Y se volvió triste. Y le iba echando maldiciones al que le hubiera hecho la trastada.

—Melas paga el que sea, dijo. Y puso a la entrada de la huerta un muñeco de breña, (brea).

El tío Conejo, que es fachento, llegó ese día al frutal y vio el muñeco que le cortaba el paso:

—¡Ideay, hombré? ¡Quitate de ahí o te quito!

Como el muñeco se quedó callado ay nomás le dio un trompón y se le quedó pegada la mano en la breña.

—¡Soltame o te pegó! —le dijo tío Conejo.

Y como el muñeco se quedó callado le deja ir otro trompón y se pega de las dos manos.

—Si no me soltás te pateo!

Y le da una patada y se pega de las dos patas.

Ya arrecho tío Conejo porque estaba forcejeando para soltarse, y dice otra vez:

—Si no me soltás, bandido, te pego un panzaso.

¡Y ónde le iba a responder el muñeco! Entonces

—¡Pás! —le da con la barriga y se pega todito.

En eso llega la vieja.

—¡Ajá! ¡Conque vos sos, conejo bandido, el que me has hecho tantas carajadas! ¡Vas a ver!

Y cogió una red y lo encerró. Y tío Conejo veía que la vieja prendía las brasas de la cocina y ponía a calentar el asador al fuego.

Cuando en eso pasó por allí tío Coyote. Entonces tío Conejo apenas lo vio le dijo:

—¡Adiós, tío Coyote! ¡Venga para acá!  
Tío Coyote se le arrimó.

—¡Qué estás haciendo encerrado ahí?

—Pues estoy esperando una gallina que me están cocinando. No quiere acompañarme?

—Bueno, tío Conejo.

—Entre por aquí entonces, tío Coyote, le dijo tío Conejo.

Y tío Coyote por de afuera abrió la red y en lo que se iba metiendo, el Conejo salió en carrera. Ya estaba llegando la vieja cuando éso. Y traía un gran asador bien caliente, rojo.

¡Ahora verá ese cagón si no me las paga todas!  
Y se asustó de no ver al Conejo, pero dijo:

—Conque tenés tus mañas —¡Velo al bandido!, ya se hizo coyote!— Pero a mi nadie me engaña!

Y le mete el asador entre el culo. ¡Nunca había brincado tanto tío Coyote! Y sale disparado pegando gritos y dándose contra los palos. Y ahí bajo de una mata estaba viendo todo tío Conejo, y cuando pasó chiflado tío Coyote, tío Conejo, muerto de risa, le gritaba:

—¡Adiós tío Coyote, culo quemado! ¡Adiós tío Coyote, culo quemado!

## — II —

A pues, otra vez, se encontraron tío Coyote y tío Conejo a la orilla de un zapotal.

—Vamos a comer zapotes tío Coyote le dijo tío Conejo.

Pero tío Coyote ya andaba ronco. Tenía hambre. Pero maliciaba del tío Conejo.

—¡Vamos pues!, le dijo al fin tío Coyote.

—Entonces, como usted no puede subir a los palos, se queda abajo, y yo me subo arriba y se los voy aventando.

Y así fue: tío Conejo ligerito se encaramó a un zapote bien cargado. Allí cortó las más maduros y se los comió.

—Ahora le toca, tío Coyote. ¡Abra bien la boca que le ahí le va uno bien maduro!

Y en diciendo eso cortó un zapote celeque, bien duro de tan verde y se lo voló. El tío Coyote, creído, abrió la bocota esperándolo suave y madurito. Y ¡pas! —le cayó pesado y le quebró toditos los dientes.

¡Qué carrera otra vez la de tío Coyote, con todo

el hocico golpeado y sin dientes! Y tío Conejo, muerto de risa, le gritaba desde arriba del palo:

—¡Adiós tío Coyote, dientes quebrados, culo quemado!

## — III —

Allá al tiempo, se volvieron a encontrar en un camino tío Coyote y tío Conejo. Se traían hambre y mucha sed. Y ya era bien noche y estaba llenando la Luna.

Como al rato, se toparon con una poza. El agua estaba muy sincera y delgada y reflejaba la Luna. Y ay nomás bebieron.

¡Truclús! ¡truclús! ¡truclús!..

En eso le dice tío Conejo:

Tío Coyote, ¡quiere que comamos queso?

—Pues, claro, le dijo tío Coyote.

—Aytá en el fondo el queso, ¡que no lo ve? —Y le enseñó la luna bajo el agua.

—Ujú. Y es grande, le contestó tío Coyote.

—Pues bebámonos el agua entre los dos hasta que sequemos la poza.

Y ya se ponen a beber. Pero el bandido del tío Conejo hacía como que bebía y no tragaba.

—No baja la poza, tío Conejo, dijo al rato el tío Coyote.

—Jesús, tío Coyote! Para comer hay que trabajar.

Y siguieron bebiendo. Y el tío Coyote tragaba mientras que tío Conejo sólo arrimaba la trompa al agua, de puro bandido.

Ya al rato tío Coyote estaba panzón y le dijo al tío Conejo:

—Ya no aguanto!

—No sea inútil, tío Coyote! ¡Véame a mí que serenito estoy!

—Sí, tío Conejo, pero es que siento que me está saliendo el agua por el culo.

—No tenga cuidado. Esto se remedeia muy fácilmente...

Y en un milpal seco que estaba al lado recogió un olote y se lo zampó en el culo.

Y siguieron bebiendo... pero el zángano del tío Conejo nada que bebía. Y al pobre tío Coyote, truclús, truclús, ya casi se desmayaba.

—Oiga, tío Conejo. Francamente ya no aguanto. Siento que se me sale el agua por las orejas.

Corrió tío Conejo a una su colmena que se tenía cerca y le tapió con cera los oídos. Y el bandido hizo como que seguía bebiendo.

Y el tío Coyote por no darse por vencido siguió bebiendo y bebiendo.

Y de repente —¡ploffi!— se reventó. .. cayó muerto.

¡Pobre tío Coyote!

(Versión copiada en Granada, de una empleada.)

# Pasadas

## EL REY DE HOJARASCA

Como el tío Conejo era tan malo y había matado al tío Coyote, los cuentos llegaron hasta el Rey, y le dio orden a todos los animales que se lo agarraran vivo o muerto.

Los animales se reunieron en consejo y dijo uno:

—Hay que irlo a esperar al río donde tiene que bajar a beber.

Y se fueron. Pero tío Conejo, que para esto tiene orejas grandes, oyó todo detrás de un zacatal y se puso a pensar.

Aynomás ya se había ido al pueblo y entró donde un zapatero, y en un descuido se le robó un zapatito que acababa de hacer. Y se fue al camino real.

Poray venía un hombre de mielar (cortar jicotes) y con el calabazo llano. Entonces tío Conejo puso el zapatito en medio camino.

El hombre pasó y vio el zapatito.

—Eh! ¡Ve qué bonito el zapatito! ¡Si estuviera el par me lo llevara..., ¡pero uno para qué lo quiero! Y siguió adelante.

Entonces tío Conejo en cuanto pasó el hombre recogió el zapatito y corrió y corrió ms adelante, y vio que ya el hombre venía también. Entonces puso otra vez el zapatito en medio camino.

—Si aquí está el otro! ¡Voy a ir a traer el que dejé atrás y completo el par!

Y puso su calabazo de miel para ir ligero. Y salió corriendo a traerlo.

Eso esperaba tío Conejo. Y apenas el hombre cogió de vuelta destapó el calabazo y se bañó de miel todito.

Cerquita había una montaña. Y estaba todo el suelo cubierto de hojas caídas. Allí se revolcó tío Conejo y se le pegaron todas las hojas. Entonces se fue al río.

Y fue llegando. Los animales alzaban las orejas de ver aquel animal nuevo tan extraño. Y le preguntaron:

—¿Quién es usted?

—Soy el rey de hojarasca!, dijo tío Conejo.

Y todos los animales se pusieron en dos filas y le rindieron honores mientras bebía.

Era fue la maña de tío Conejo para beber agua y quedar libre.

(Versión tomada directamente de una mujer de Nandaimé).

## TIO TIGRE, TIO BUEY Y TIO CONEJO

Estera una vez tío Tigre que venía en la ronda de una hacienda buscando qué matar. En eso un viento grande de huracán y bota un palo y le cae encima a tío Tigre. Y queda prensado.

Y tío Tigre empieza a gritar, en lo que pasa tío Buey.

—¡Ay, tío Buey, sáqueme de aquí!

—¡No tío Tigre, usted es malo!

—Por Dios, tío Buey, le prometo ser bueno. No me lo voy a comer nunca.

Entonces tío Buey, que tenía buen corazón, se acercó al palo.

—Yo voy a levantar la rama parriba, y en lo que yo empuje, usted se safa, le dijo tío Buey.

Y así fue. Pero tío Tigre ya desprensado se olvidó de la promesa. Y ya se quería comer al tío Buey.

—Eso no es justo, tío Tigre!

—Es que tengo hambre, tío Buey, decía tío Tigre. Y en esa alegata estaban cuando pasa tío Conejo.

—¿Qué es la discutidera?

—Sirva de Juez, tío Conejo, de dijo tío Buey.

—A ver! ¡Cuéntenme el asunto!, les dijo tío Conejo, arriba de una piedra.

Y tío Buey le contó el caso.

—¡No lo entiendo!, dijo tío Conejo.

—¡Jesús, tío Conejo!, le dijo entonces tío Tigre, si está muy claro. Y le contó también el pleito.

—No lo entiendo, dijo otra vez tío Conejo.

—Se lo vamos a explicar, le dijeron tío Tigre y tío Buey... Vamos a hacerlo, pues, para que lo veyá, dijo tío Tigre.

Y el Buey volvió a levantar la rama y tío Tigre se puso debajo. Entonces tío Conejo le dijo a tío Buey:

—¡Suelte la rama, tío Buey!

Y tío Tigre quedó otra vez prensado.

—¡Ese es mi fallo! —dijo tío Conejo—. Usted tío Buey, váyase libre, y que tío Tigre se quede prensado por desagrado.

Y ahí se quedó tío Tigre más bravo que una holocica.

(Versión de una empleada de Granada).

## TIO CONEJO TIA ZORRA Y TIO ZOPE

Estera una vez la tía Zorra, ya muy vieja, tan vieja que usaba anteojos. Resulta que la tía Zorra había sido muy rica, porque cuando era joven podía robar en grande y se llevaba pollos y gallinas de todos los gallineros de la comarca y hacía su buen negocio. Pero se le llegó su tiempo y ya andaba toda cacreca. Aunque siempre muy trabajadora. Todos los días se iba a buscar qué robar, pero como le costaba mucho sacarse aunque fuera un huevo, pasaba todo el día en el trabajo y no tenía tiempo de ver su casa. Entonces buscó un criado y se le presentó tío Conejo.

"Esta tía Zorra me debe muchas", pensó tío Conejo, "y ahora me las va pagar todas". Y muy de mañana se presentó donde ella.

—¿Qué tal, tía Zorra? Aquí vengo a buscar servicio, le dijo.

—Pero tenés que trabajar duro —le contestó la tía Zorra.

—Lo que usted diga, tía. Yo estoy acostumbrado a sudar de sol a sol.

—Tenés que rajar la leña, comprarme en el mercado los alimentos de los zorritos, cuidármelos como china, cocinarme las cositas que como yo y barrerme la casa.

—Jesús, tía Zorra! ¡Eso no es nada para mí —dijo tío Conejo.

—Bueno, pues, aquí tenés la plata para comprarle los alimentos a mis zorritos y ponéte a trabajar. Y así fue. Le dio la plata contada, porque la tía Zorra era bien tacaña, cogió su rebozo y se fue a hurgar por los gallineros a ver qué pollo se descuidaba.

Apenas dio la vuelta, tío Conejo se fue con la plata a comprar a la pulpería. Se tomó una chibola, se comió unas rellenas y se atracó de todo lo que había hasta que se le acabó la plata. Entonces en lo que el pulpero se distrajo cogió un caite del mostrador y se vino en carrera para la casa de la tía Zorra. Allí estaban los cuatro zorritos muertos de hambre esperándolo.

—Qué nos trae, tío Conejo? —gritaban desde la cama.

—Les traigo una sopita rica de chombón de res, les dijo tío Conejo. Y metió al caite en la olla. Los pobres zorritos hasta que quedaron panzones de beber agua caliente con sal y jugo de caite.

Y así estuvo el bandido tío Conejo dándole sopa de caite a los zorritos y merendándose toda la plata de la tía Zorra. Pero la tía Zorra cada día podía robar menos y cada día estaba más ciega y más vieja. Un día no pudo coger pero ni un huevo y se estaba trabando del hambre. "Voy a irme a mi casa a comer del alimento de mis zorritos", pensó. Y cogió el camino para su casa haciéndose agua la boca con lo que el tío Conejo debía tener listo para el almuerzo.

Cuál no fue el susto de tío Conejo cuando vio aparecer a la tía Zorra al medio día.

—Ideay, tía Zorra, qué la trae a esta hora por aquí?

—Vengo a que me des de comer porque nada pude ganar con mi trabajo —dijo la tía Zorra que era muy hipócrita.

—Pues pase para adelante que ya sabe que conmigo no pasa penalidades —le dijo tío Conejo.

—¿Y qué me tenés listo para comer? —le preguntó tía Zorra.

—Pues tengo una guardatinaja rica de rechupete —le contestó el mentiroso de tío Conejo. Pero me va a esperar que tengo que ir a comprar chiltomas y cebollas a la pulpería.

—Andá corriendo, la dijo tía Zorra y se tendió en una butaca muerta de hambre. Tío Conejo salió corriendo que hasta la daba vueltas la cabeza. "... ahora cómo hago para darle de comer a esta vieja ladrona", iba pensando. "Tengo que robar en la pulpería aunque me haga ojo de hormiga", decía corriendo. Porque cuando llegó a la Pulpería estaba cerrada porque el pulpero estaba enfermo. "Ya me llevó el diablo", dijo tío Conejo. Y se volvió pensativo, calladito, sin hacer ruido y entró por la cocina. "Qué le doy a esta vieja Zorra?", pensaba.

En eso vio que un Zorrito estaba asomándose a la olla para robar sopa. Todo fue que lo viera y tío Conejo pensó, porque era muy malo, "Ya fregué a la vieja Zorra". Y se le fue por detrás y ¡plún! le dio un empujón y metió al zorrito en la olla hirviendo. Ni cuillo hizo el pobre. Ahí no más lo cocinó y lo guisó y se lo llevó a la vieja Zorra.

—Aquí está su almuerzo, la dijo.

Y la Zorra que hasta veía negro del hambre se pegó la gran atracada.

—Qué sabrosa tu guardatinaja, tío Conejo. Tenés una cuchara de primera —decía tía Zorra relamiéndose.

—¿No le dije, pues? —contestó tío Conejo muy ufano.

—Qué suerte la mía de haberte encontrado para mi servicio, —dijo la tía Zorra. —Ahora traeme a mis zorritos para verlos.

—Están dormidos —dijo tío Conejo. —Como tomaron mucha sopa y estaban bien hartos les cogió sueño.

—A puse ya me voy a ver si consigo algo —dijo la tía Zorra. —Cuidame a los zorritos. Y cogió su sombrero y se fue.

Pero la tía Zorra que era una gran hartona ya no le gustó andar robando por los gallineros expiniéndose a que le dieran un garrotazo. Se iba por la mañana haciéndose como que iba a trabajar y muy al medio día estaba de vuelta pidiéndole almuerzo a tío Conejo.

"Ya me fregó esta vieja", pensó tío Conejo. Y en una distracción de la tía Zorra echó a la olla otro zorrito, y al otro día otro y al otro día otro. Y la tía Zorra encantada de comer tan sabroso que hasta se relamía.

Pero la tía Zorra siempre quería ver a sus Zorritos y entonces el tío Conejo inventó una treta. Le traía un Zorrito con un gorrito rojo y se lo enseñaba. Después le traía el mismo zorrito con un gorrito azul. Después el mismo zorrito con un gorrito blanco. Y así la tenía engañada.

Pero la tía Zorra ya sólo quería almorzar en la casa y tío Conejo ya no podía cogerse la plata y estaba pasando hambre y fregándose de verdad. Sólo le quedaba un Zorrito y si lo mataba ya no podía engañar a la vieja Zorra. Entonces comenzó a cobar un hoyito en la cocina que cogía por debajo de la tierra y salía hasta el otro lado de la loma y cuando llegó la tía Zorra cogió el último Zorrito, lo cocinó y se lo dio de almuerzo. Otra vez la tía Zorra se relamió de gusto y después de darse la gran comida le pidió que le trajera a los Zorritos.

—Venga conmigo, le dijo tío Conejo.

Y cuando la tía Zorra fue al tapesco de los Zorritos y no vio nada dijo muy asustada:

—Aquí no están. ¿Dónde los pusiste?

Entonces tío Conejo desde la boca del hoyito le gritó:

—Se acuerda tía Zorra que cuando era joven se comió a mis hermanitos, pues ahora se voló a sus hijos. Ni los busque porque los anda en la barriga, vieja bandida! Y apenas dijo eso, ¡pies para qué te quiero! Se metió en el hoyo disparado, porque la

vieja Zorra hecha una furia se le vino encima gritándole:

—Criminal, bandido, mataste a mis zorritos, me robaste la plata, tío Conejo ladrón...!

Y con la trompa abierta se fue tras el tío Conejo y se quiso meter en el hoyito, pero tío Conejo lo había hecho sólo para su tamaño, así es que tía Zorra se quedó prensada dando más gritos hasta que un Zopilote que pasaba por allí volando oyó los lamentos y la gritadera de la tía Zorra.

—Oí, comadre Zorra ¡qué le pasa?, le gritó desde el tejado.

—Que estoy prensada aquí ¡por ese bandido del tío Conejo. Y entonces el tío Zope se bajó a sacarla y la tía Zorra le contó que el tío Conejo le había matado los zorritos y se los había dado de almuerzo.

—Yo la voy a vengar, comadre —le dijo el tío Zope. Porque el tío Zope era muy compadre de la tía Zorra y cuando ella mataba un animal el tío Zope se comía los restos y andaban juntos merodeando desde hacía años.

Y así, tío Zope alzó vuelo y anduvo buscando a tío Conejo que ya había salido del hoyo por el otro lado de la loma y se había ido lejos. Un día lo encontró comiendo frutas en un matorral.

—¿Qué tal, tío Conejo?, le dijo.

—Hola, tío Zope, me alegro de verlo.

—Pues más me alegro yo de encontrarlo, le dijo tío Zope.

—Lo andaba buscando para invitarlo a una gran fiesta que hay en las nubes donde usted nunca ha ido. Usted que sabe tocar guitarra se lucirá allí. Si quiere yo lo llevo.

—Pues, claro, —dijo tío Conejo. Déjeme coger mi guitarra y ya nos vamos.

Y dicho y hecho. Cogió su guitarra y se le montó en el lomo a tío Zope. Tío Zope alzó vuelo y el tío Conejo iba feliz.

—Esto sí es alegre! —le decía tío Conejo.

—Pues ahí va a ver qué alegre va a estar después —contestó tío Zope que ya llevaba su mala intención.

Y siguió subiendo bien arriba y cuando ya estaba que apenas se veía un puntito de la tierra, tío Zope pensó: "Ahora las va a pagar", y se dejó venir de cabeza como hoja seca, dando vueltas en el aire para desbarrancar a tío Conejo, pero tío Conejo, iba agarrado como garrapata pero con el estómago en la boca.

—¿Qué le pasa, tío Zope? —gritó tío Conejo—  
¿Por qué vuela así?

—Así es cuando uno ya va llegando al cielo.

Y se dejó venir otra vez de cabeza.

Tío Conejo sintió que se moría.

—Ya no aguanto —gritó tío Conejo— ¡Si no se para voy a poner el perro!

—¿Qué perro? —preguntó tío Zope, que era muy torpe.

—El que llevo en la barriga —gritó tío Conejo más mareado que un borracho.

—Pues voy a comer conejo y perro —dijo el tío Zope.

Entonces tío Conejo se dio cuenta que el tío Zope lo quería matar y volvió a gritarle.

—¿Por qué está volando así?

—Porque ya vamos a llegar al cielo, dijo tío Zope.

—Qué cielo ni qué ojo de gato!, dijo el tío Conejo y cogió la guitarra y le dio un guitarrazo con todas sus fuerzas en la cabeza al tío Zopilote que lo dejó sin sentido. Y ya venía de suena para abajo, pero tío Conejo le agarró las alas y se las tuvo tensas hasta llegar a la tierra planeando. Con el peneazo de la caída el tío Zope abrió los ojos, pero tenía metida la cabeza en la guitarra por el guitarrazo que le había dado tío Conejo.

—Sáqueme de aquí, tío Conejo —le decía tío Zope.

—Que lo saque su comadre —le dijo tío Conejo.

Y ahí se estuvo forcejando tío Zope hasta que se sacó la guitarra pero se desplumó toda la jupa y por eso los Zopilotes tienen la cabeza pelada.

Y ese es el cuento de tío Conejo que dicen que es muy astuto pero no todos porque Trejo mató un conejo, lo peló, lo saló, lo secó y vivo se lo comió. Y que les quede la adivinanza para la piensen.

(Versión enviada por una señora de León).

## CUANDO TIO CONEJO FUE DONDE TATA DIOS

Les voy a contar la pasada del tío Conejo cuando fue donde Tata Dios. Como se sentía muy chiquito tío Conejo dijo que iba donde Tata Dios a que lo hiciera grande como a tío Caballo y a tío Buey. Y cogió el camino.

Por ahí se encontró con tío Perro y le dijo:

—Ideay, tío Perro, para dónde se la lleva?

—Ideay, tío Conejo? —dijo tío Perro—, Pues voy para donde Tata Dios para pedirle que me de el poder del hombre, porque así como estoy sólo las vainas saco. Yo doy hasta la vida por el hombre y el hombre sólo me paga con palo y más palo y le contó su historia (que otro día les voy a contar).

—Pues vamos por el mismo camino —dijo tío Conejo y anduvieron y anduvieron hasta que llegaron donde Tata Dios.

Pero en la puerta estaba San Pedro.

—"Aquí no entran animales", dijo San Pedro..

Y todo fue que San Pedro hablara para que tío Perro comenzara la discutidera y se olvidara de que estaba San Pedro y comenzara a latir y a latir (a ladrar y a ladrar) y a enseñarle los colmillos. San Pedro bravo buscó una estaca y le dio una apaleada que para qué quiso más el pobre tío Perro. Salió como ánima que se la lleva el diablo.

Pero tío Conejo no le apartaba el ojo a San Pedro y apenas vio que cogía la estaca y seguía al tío Perro, cogió las llaves que estaban colgadas de un clavo y abrió la puerta y se metió corriendo al cielo. Así llegó donde Tata Dios y apenas lo vio le hizo la reverencia y le dijo que lo hiciera grande. Tata Dios no quería, pero tío Conejo seguía pidiéndole. Entonces Tata Dios, como lo vio tan chiquito le dijo:



—Sólo que me traigás un cuero de tigre, un cuero de mono y un cuero de lagarto.

—Trato becho, dijo tío Conejo. Y se volvió a la tierra.

Comenzó a andar y andar pensando lo que iba a hacer. En eso llegó a la orilla de un río donde sabía que llegaba a beber tío Tigre. Y comenzó a cortar bejuocos y a cortar bejuocos. Ya tenía bastantes cuando llegó tío Tigre pero tío Conejo se hizo el que no lo veía y siguió cortando.

—¿Y para qué quiere tanto bejuco?, le preguntó tío Tigre.

—Es que viene un gran ventarrón; me lo dijo el tío Guás y estoy cortando bejuco para amarrarme para que no me lleve.

—Amárreme a mi también, le dijo tío Tigre.

—A usted sólo le gusta que le hagan favores, le contestó tío Conejo haciéndose el rogado.

—Amárreme, tío Conejo, le dijo el tío Tigre, no sea tan malo amigo.

—Venga, pues, le dijo tío Conejo, dése prisa que ya viene ese viento!

Y comenzó a amarrarlo y a socarlo con los bejuocos.

—¿Está bueno así? —le decía tío Conejo.

—Sóqueme más duro —le decía tío Tigre. Y más duro lo socaba tío Conejo. Y le amarró las patas y después las manos y después el pescuezo.

—¿Lo soco más duro, tío Tigre?, decía tío Conejo, ese ventarrón viene fuerte!

—Más duro sóqueme, decía tío Tigre, lleno de miedo.

Hasta que lo dejó que no podía moverse.

—Ahora voy a amarrarme yo —dijo tío Conejo. Y se apartó y buscó una gran piedra.

—Ay te va por baboso, le dijo tío Conejo y se la dejó caer en la cabeza. Tío Tigre no hizo ni cuillo. Entonces cogió su cuchillo y peló al Tigre y con el cuero hizo un zurrón, lo cosió bien por un lado y por el otro le puso un mecate con un nudo corredizo y cogió para la montañía.

En eso vio un palo con un montón de monos, y se fue con el zurrón al pie del palo, lo puso en el suelo y se puso a hablar como si no había visto a los monos.

—Aquí traigo mi malcito y pobre del que me lo roba! —decía el bandido de tío Conejo sólo para que lo oyeran los monos. Voy a dejarlo escondido aquí mientras voy a echar una miadita.

Y dejó el zurrón y se metió detrás de un matorral llevándose la punta del mecate del nudo corredizo.

Allí se estuvo haciéndose el que estaba miando pero no despegaba los ojos del zurrón. Cuando los monos creyeron que se había ido se bajaron del palo.

—“Esta es la hora de robarle el maíz a tío Conejo”, dijeron. Y empezaron a acercarse hasta que el más grande que era el más ladrón se metió dentro del zurrón a robarse el maíz.

—Sólo eso esperaba tío Conejo. ¡Ras!, jaló el mecate y se cerró el zurrón.

—Ah, mono ladrón, ya te agarré —salí gritando tío Conejo del matorral. Y hasta que daba brincos el zurrón con el mono adentro. Pero tío Conejo

agarró un garrote y empezó a garrotear el zurrón hasta que mató al mono.

—Y ahora a pelarlo, dijo. Y cogió el cuchillito y le sacó el cuero.

Entonces buscó por el lado del estero donde dormía tío Lagarto.

—Esta muerte si es fregada —iba diciendo tío Conejo, pero no se volvió atrás y con más miedo que otra cosa se le fue acercando calladito y cuando ya estaba cerca cogió un palo y piplós piplós, piplós, le dio una leñateada a tío Lagarto.

Tío Lagarto se despertó furioso y voló un colazo y lo quiso seguir con las tapas abiertas, pero tío Conejo salió corriendo que era una bala.

Al día siguiente llegó tío Conejo, haciéndose el sonso, a beber agua a la orilla del estero y desde larguito le gritó a tío Lagarto:

—¿Qué tal, tío Lagarto?

—¿Cómo te atreves a saludarme cuando ayer veniste a leñatearme con un garrote, conejo bandido?, le gritó tío Lagarto.

—¿Yo? —le dijo tío Conejo haciéndose el extraño.

—Si yo te vi, carajito! —dijo furioso tío Lagarto.

—Ah! ese debe haber sido mi hermano que es un zángano! —le dijo tío Conejo acercándose. —Mi hermano le debe frenos a todos los animales porque salió muy malo y siempre me mete a mí en enredos.

—Pues ese bandido de tu hermano —le dijo tío Lagarto— me quiso matar ayer, pero se fregó porque no me dio en la vida.

—¿Y cómo le van a quitar la vida a usted que es tan fuerte?, le dijo tío Conejo. Con usted nadie puede.

—Pies si me dan en la vida me mata, le contestó tío Lagarto.

—¿Y dónde tiene usted la vida? le preguntó tío Conejo.

—En esta toronjita —le dijo tío Lagarto. Y tío Conejo se fijó bien pero se hizo el sonso y le dijo:

—Pues yo le traía un regalito, tío Lagarto. La traía carne de mono que me regalaron ayer. Y acercó el zurrón y sacó el mono que había destazado y en lo que el tío Lagarto abría las tapas para tragarse la carne sacó también del zurrón un garrote y le dejó ir un sólo mecatazo en la toronja. Tío Lagarto sólo dio el colazo y quedó panza para arriba.

—Te fuistes también! —dijo tío Conejo riéndose, y sacó un cuchillo y en un ratito lo peló.

Cogió los tres cueros y se fue para el cielo.

—Aquí le traigo, Tata Dios, los tres cueros que me pidió, le dijo.

Y Tata Dios se quedó asustado. Apenas tenía un día le haberse ido y ya volvía con los tres animales muertos.

—Vení para acá, le dijo.

Y tío Conejo se acercó donde Tata Dios.

—Si sos tan malo chiquito, cómo serías grande, le dijo, y le cogió las orejas y se las jaló: “Conformate con que te deje grandes las orejas”.

Y desde entonces el tío Conejo tiene las orejas grandes por que quería ser grande y Tata Dios lo vio demasiado malo.

## RUBEN DARÍO

Nacido en el año de 1867 en una olvidada aldea nicaragüense, fue el más alto poeta de lengua castellana y el gran maestro, el fundador, en las palabras de Octavio Paz. Murió en 1916.

Sus cuentos tuvieron que ver en mucho en las profundas renovaciones que produjo en el idioma y hay un constante halo de tragedia en la trama de todos ellos.

Raimundo Lida y Ernesto Mejía Sánchez recogieron los cuentos completos de Darío que fueron publicados en México en 1950.

# El Fardo

Allá lejos, en la línea, como trazada por un lápiz azul, que separa las aguas y los cielos, se iba hundiendo el sol, con sus polvos de oro y sus torbellinos de chispas purpuradas, como un gran disco de hierro candente. Ya el muelle fiscal iba quedando en quietud; los guardas pasaban de un punto a otro, las gorras metidas hasta las cejas, dando aquí y allá sus vistazos. Inmóvil el enorme brazo de los pescantes, los jornaleros se encaminaban a las casas. El agua murmuraba debajo del muelle, y el húmedo viento salado, que sopla de mar afuera a la hora en que la noche sube, mantenía las lanchas cercanas en un continuo cabeceo.

Todos los lancheros se habían ido ya; solamente el viejo tío Lucas, que por la mañana se estropeará un pie al subir una barrica a un carretón, y que, aunque cojín cojeando, había trabajado todo el día, estaba sentado en una piedra y, con la pipa en la boca, veía triste el mar.

—¡Eh, tío Lucas! ¿Se descansa?

—Sí, pues, patroncito.

Y empezó la charla, esa charla agradable y suelta que me place entablar con los bravos hombres toscos que viven la vida del trabajo fortificante, la que da la buena salud y la fuerza del músculo, y se nutre con el grano del poroto y la sangre hirviente de la vifia.

Yo veía con cariño a aquel rudo viejo, y le oía con interés sus relaciones, así, todas cortadas, todas como de hombre basto, pero de pecho ingenuo. ¡Ah, conque fue militar! ¡Conque de mozo fue soldado de Bulnes! ¡Conque todavía tuvo resistencia para ir con rifle hasta Miraflores! Y es casado, y tuvo un hijo, y...

Y aquí el tío Lucas:

—¡Sí, patrón, hace dos años que se me murió! Aquellos ojos, chicos y relumbrantes bajo las cejas grises y peludas, se humedecieron entonces.

—¿Que cómo se murió? En el oficio, por darnos

de comer a todos: a mi mujer, a los chiquitos y a mí, patrón, que entonces me hallaba enfermo.

Y todo me lo refirió, al comenzar aquella noche, mientras las olas se cubrían de brumas y la ciudad encendía sus luces; él, en la piedra que le servía de asiento, después de apagar su negra pipa y de colocársela en la ojera, y de estirar y cruzar sus piernas flacas y musculosas, cubiertas por los sucios pantalones arremangados hasta el tobillo.

El muchacho era muy honrado y muy de trabajo. Se quiso ponerlo a la escuela desde grandecito; pero ¡los miserables no deben aprender a leer cuando se llara de hambre en el cuartucho!

El tío Lucas era casado, tenía muchos hijos.

Su mujer llevaba la maldición del vientre de las pobres: la fecundación. Había, pues, mucho boca abierta que pedía pan, mucho chico sucio que se revolcaba en la basura, mucho cuerpo magro que temblaba de frío; era preciso ir a llevar qué comer, a buscar harapos, y para eso, quedar sin alientos y trabajar como un buey.

Cuando el hijo creció, ayudó al padre. Un vecino, el herrero, quiso enseñarle su industria; pero como entonces era tan débil, casi un armazón de huesos, y en el fuelle tenía que echar el bofe, se puso enfermo y volvió al conventillo. ¡Ah, estuvo muy enfermo! Pero no murió. ¡No murió! Y eso que vivían en uno de esos hacinamientos humanos, entre cuatro paredes destartadas, viejas, feas, en la callejuela inmundada de las mujeres perdidas, hedionda a todas horas, alumbrada de noche por escasos faroles, y en donde resuenan en perpetua llamada a las zambras de echacorvería, las arpas y los acordeones, y el ruido de los marineros que llegan al burdel, desesperados con la castidad de las largas travesías, a embosrarse como cubas y a gritar y patelear como condenados. ¡Sí! entre la podredumbre, al estrépito de las fieras tunantescas, el chico vivió y pronto estuvo sano y en pie.

Luego llegaron sus quince años.

El tío Lucas había logrado, tras mil privaciones, comprar una canoa. Se hizo pescador.

Al venir el alba, iba con su mocetón al agua, llevando los enseres de la pesca. El uno remaba, el otro ponía en los anzuelos la carnada. Volvían a la costa con buena esperanza de vender lo hallado, entre la brica fría y las opacidades de la neblina, cantando en baja voz alguna "triste" y enhisto el remo triunfante que chorreaba espuma.

Si había buena venta, otra salida por la tarde.

Una de invierno había temporal. Padre e hijo, en la pequeña embarcación, sufrían en el mar la locura de la ola y del viento. Difícil era llegar a tierra. Pesca y todo se fue al agua, y se pensó en librar el pellejo. Luchaban como desesperados por ganar la playa. Cerca de ella estaban; pero una racha maldita les empujó contra una roca, y la canoa se hizo astillas. Ellos salieron sólo magullados, ¡gracias a Dios! como decía el tío Lucas al narrarlo. Después ya son ambos lancharos.

¡Sí! lancharos; sobre las grandes embarcaciones chatas y negras; colgándose de la cadena que rechina pendiente como una sierpre de hierro del macizo pescante que semeja una horca; remando de pie y a compás: yendo con la lancha, del muelle al vapor y del vapor al muelle; gritando: ¡hilooeept cuando se empujan los pesados bultos para engancharlos en una uña potente que los levanta balanceándolos como un péndulo. ¡Sí! lancharos; el viejo y el muchacho, el padre y el hijo; ambos a horcajadas sobre un cajón, ambos forcejeando, ambos ganando su jornal, para ellos y para sus queridas sanguijuelas del conventillo.

Ibanse todos los días al trabajo, vestidos de viejo, fajadas las cinturas con sendas bandas coloradas, y haciendo sonar a una sus zapatos groseros y pesados que se quitaban al comenzar la tarea, tirándolos en un rincón de la lancha.

Empezaba el trajín, el cargar y descargar. El padre era cuidadoso: —¡Muchacho, que te rompes la cabeza! ¡Que te coge la mano el chicote! ¡Que vas a perder una canilla!— Y enseñaba, adiestraba, dirigía al hijo, con su modo, con sus bruscas palabras de obrero viejo y de padre encariñado.

Hasta que un día el tío Lucas no pudo moverse de la cama, porque al reumatismo le hinchaba las coyunturas y le taladraba los huesos.

¡Oh! Y había que comprar medicinas y alimentos; eso sí.

—Hijo, al trabajo, a buscar plata; hoy es sábado.

Y se fue el hijo, solo, casi corriendo, sin desayunarse a la faena diaria.

Era un bello día de luz clara de solo de oro. En el muelle rodaban los carros sobre sus rieles, crujían las poleas, chocaban las cadenas. Era la gran

confusión del trabajo que da vértigo: el son del hierro, traqueteos por doquiera, y el viento pasando por el bosque de árboles y jarcias de los navíos en grupo.

Debajo de uno de los pescantes del muelle estaba el hijo del tío Lucas con otros lancharos, descargando a toda prisa. Había que vaciar la lancha repleta de fardos. De tiempo en tiempo bajaba la larga cadena que remata en un garfio, sonando como una matraca al correr con la roldana: los mozos amarraban los bultos con una cuerda doblada en dos, los enganchaban en el garfio, y entonces éstos subían a la manera de un pez en un anzuelo, o del plomo de una sonda, ya quietos, ya agitada de un lado a otro, como un badajo, en el vacío.

La carga estaba amontonada. La ola movía pausadamente de cuando en cuando la embarcación colmada de fardos. Estos formaban una a modo de pirámide en el centro. Había uno muy pesado, muy pesado. Era el más grande todos, ancho, gordo y oloroso a brea. Venía en el fondo de la lancha. Un hombre de pie sobre él, era pequeña figura para el grueso zócalo.

Era algo como todos los prosaísmos de la importación envueltos en lona y fajados con correas de hierro. Sobre sus costados, en medio de líneas y de triángulos negros, había letras que miraban como ojos. —Letras en "diamante"— decía el tío Lucas. Sus cintas de hierro estaban apretadas con clavos cabezudos y ásperos; y en las entrañas tendría el monstruo, cuando menos, linones y percales.

Sólo él faltaba.

—¡Se va el bruto! —dijo uno de los lancharos.

—¡El barrigón! —agregó otro.

Y el hijo del tío Lucas, que estaba ansioso de acabar pronto, se alistaba para ir a cobrar y desayunarse, anudándose un pañuelo a cuadros al pescuezo.

Bajó la cadena danzando en el aire. Se amarró un gran lazo al fardo, se probó si estaba bien seguro, y se gritó: —¡Iza! —mientras la cadena tiraba de la masa chirriando y levantándola en vilo.

Los lancharos, de pie, miraban subir el enorme peso, y se preparaban para ir a tierra, cuando se vio una cosa horrible. El fardo, el grueso fardo, se zafó del lazo, como de un collar holgado saca un perro la cabeza; y cayó sobre el hijo del tío Lucas, que entre el filo de la lancha y el gran bulto quedó con los riñones rotos, el espinazo desencajado y echando sangre por la boca.

Aquel día no hubo pan ni medicinas en casa del tío Lucas, sino el muchacho destrozado, al que se abrazaba llorando el reumático, entre la gritería de la mujer y de los chicos, cuando llevaban el cadáver al cementerio.

Me despedí del viejo lancharo, y a pasos elásticos dejé el muelle, tomando el camino de la casa, y haciendo filosofía con toda la cachaza de un poeta, en tanto que una brisa glacial, que venía de mar afuera, pellizcaba tenazmente las narices y las orejas.

# El Dios Bueno

Cuento que parece blasfemo, pero no lo es

Todos los niños del hospicio habían ya rezado después de la taza de chocolate. A los más pequeños les habían persignado las hermanas de la caridad. En la gran sala, alumbrada por una farola de gas, colocada en un extremo, flotaba el aliento acompañado del sueño, exhalándose en las camitas que tenían de nido y de cuna. La hermana Adela vigilaba. ¡La buena hermana Adela! Al muchacho que tenía descubiertos los piecitos, se los cobijaba con la sábana blanca. Al que se había acostado con una mano sobre el corazón, se la quitaba de allí, y le ponía tendido sobre el lado derecho, porque así se duerme bien y no se tienen pesadillas. A cada cual vigilaba la hermana con gran cuidado; al rubiecito Jorge, que tenía los cabellos dorados y las más preciosas manos infantiles; al gordiflón Roberto, una delicia por su gracia; a la dulce perliña Estefanía, que era la que con lindos dientes reía en el jardín, los brazos al cielo, fresca, tierna y alegre, bajo un rosal; ¿a cuántos niños más? Ah, a la incomparable Lea, que era pálida y apacible, y en el juego del recreo la más formal, y rezaba más bellamente, como un pequeño ángel, con las manos juntas, al buen Señor Dios, a la hora de acostarse, cuando su espesa cabellera negra manchaba con su negrura la cándida camisa de la chiquilla escuelera.

¡Ninguna como esta adorable pequeña! Era la más amada de las huérfanas inocentes, que vivían en aquella casa de caridad, bendito Kindergarten de miniaturas humanas, donde las risas desbordadas, sonaban como canciones locas de pájaros nuevos, en una pajarera encantadora. El día domingo, cuando iban de paseo todos los chicos del hospicio, llamaba la atención Lea, seria, cuelliergülda, sonriente, con una suave e innata majestad de princesa colibrí. ¡Y era de ver a la vuelta, cómo traían sus naranjas doradas, sus ramos de flores del campo, sus lirios y sus rosas! La hermana Adela queríala mucho, porque no era como otras que le decían impertinencias: Hermana Adela, ¿por qué tenéis la cabeza rapada como el mozo que nos lleva la leche? Antes bien la decía cosas sencillas y puras: Hermana Adela, ¿me permitís dar mis violetas a la ciegucecita que está en la esquina cantando su canción? Otras veces, cuando iban a la misa, en la capilla, fragante de incienso, donde estaba el altar flamante, y el órgano místico y sonoro, y donde el cura viejo y santo alzaba la custodia, Lea estaba inmóvil, fija en el altar. Allí arriba, en el coro, sonaban los himnos de blanco y oro, bebía en un cáliz de oro también. Todos estaban de rodillas ante él.

Lea decía allá adentro de su cabecita de gorrión recién nacido al sol: La hostia es santa, blanca y redonda; el padre tiene una corona en la cabeza, como una hostia; él bebe en una copa de oro; cuando él alza la custodia tres veces sobre su frente, me es-

tá mirando el buen Dios, que me ama y me ha dado mi cama suave, la leche fresca por la mañana, la muñeca en el día, el chocolate por la noche; así dice la hermana Adela. ¡Oh buen Dios!

¡Y cuando la plática del señor cura! Era después de la comunión. Allí él, sencillo, ofreciendo sonrisas, procuraba llegar con su palabra a la comprensión de aquellos pequeñines: Tenéis todos una madre, hijos míos, aunque os falte la natural. Es una divina mujer que está allá en el cielo y también en el altar donde digo la misa. Es aquella que está sobre una media luna, con un manto azul, rodeado de cabecitas de niños rosados como vosotros, y que tienen alas. Ella es amorosa, es maternal y os bendice. ¡Vuestro padre es el padre celestial, es el buen Dios!

¡Cómo amaban y comprendían ellos al "padre celestial", a la dulce María Santa, bella y gloriosa, imaginada por el gran Murillo! Y Lea, sobre todo, se fijaba en el "buen Dios", que estaba allá en la capilla, en un retablo, todo soberbio y venerable; un gran anciano de barbas blancas, el Padre Eterno, que tenía los brazos abiertos sobre el mundo, un triángulo de luz en la cabeza, los pies sobre las nubes, lleno de ternura y de majestad, ¡como un abuelo!

Cuando ella iba a su lecho, pequeño y tibio como para que se echase en él una paloma, pensaba en todos los bienes de que se gozaba por el abuelo del cielo, el de la capilla, el que había creado el azul, los pájaros, la leche, las muñecas, la casulla del cura y la hermana Adela que la persignaba y arrullaba a modo de una madre de verdad.

Las doce. Clara noche.

La hermana se había puesto a rezar: Por la guerra. Porque nos quites ¡oh Dios mío! esta horrible tormenta. ¡Por que cese la furia de los hombres malos! ¡Por que respeten nuestra capilla, nuestra bandera con su cruz!

La bandera estaba ya puesta desde el principio de la toma de la ciudad, en lo alto del hospicio. La guerra es la más sangrienta y espantosa que habla visto el país, se sabía de saqueos, de incendios, de violaciones, de asesinatos horriblos. Las hermanas de la caridad que dirigían el hospicio habían pedido a los devastadores que se les respetase con sus niños. Así se les había ofrecido. Habían colocado, pues, su bandera, una gran bandera blanca con una cruz roja.

Cuando al caer la tarde, la hermana Adela supo la noticia de que había bombardeo, a la hora del chocolate dijo a todos los chiquillos: Hijos míos, oremos. Siempre oraban antes de comer. De pronto se empezaron a oír lejanos cañonazos. Todos los niños estaban alegres en la mesa, menos Lea. A poco le dijo a la hermana: ¡Oye, hermana? Truena. Otra dijo: Es la guerra. La hermana volvió a ordenar: Niños míos, oremos.

A lo lejos se oían gritos, ruido de gentes en lu-

cha; retumbaba la voz del bronce. Arriba, en el cielo, en la pureza del azul infinito, una luna clara y argentina, en todo su esplendor, derramaba su luz: pálida, indiferente, alumbraba las miserias de la tierra.

¡Dios te salve, María, llena eres de gracia!... Ya se habían levantado, a media noche, la hermana Adela, cuando vio caer la primera bomba en el patio del hospicio. ¡El bombardeo! Luego esos bandidos, esos herodes, sacrificarían en su furia y en su venganza, a los inocentes. Pasaban con ruido siniestro e infernal, las granadas en el aire. La bandera con la cruz que estaba sobre el hospicio, era como una pobre y gran ave ideal, delante del espantoso proyectil del bronce inicio. Allá, no lejos, se oían estallar las bombas y vibrar tristemente los ayes de los heridos. Una, otra casa, se envolvía en llamas. El cielo reflejaba el incendio. Dios te salve, María... La hermana Adela fue y vio las camas de los niños donde en cada una de ellas, alentaba una delicada flor de infancia, llena de aroma divino.

Abrió una ventana y vio cómo por la calle iban en larga carrera gentes sangrientas y desesperadas, soldados heridos que desfallecían, mujeres desmeledadas con sus hijos en los brazos, a la luz implacable del incendio.

Entonces fue cuando comenzaron a caer granadas en el recinto en que dormían los niños. ¡Qué respeto a la bandera santa! ¡Qué cruz roja! ¡Qué la inocencia! Cayó la primera y saltaron dos camitas despedazadas, dos niños muertos en su sueño. Y siguieron cayendo en lluvia tremenda las criminales;

y la hermana Adela gemía, porque la muerte no viene nunca así para los pobres inocentes y por eso era como un olvido del cielo para con las rosas vivas que perfumaban aquellas cunas-nidos. Despertaron los chicos al estruendo y se pusieron a llorar, en tanto que la hermana oraba con su rosario en la mano. Granada tras granada, el edificio se iba destruyendo por partes. Al fin se incendió el hospicio. Locas todas las guardianas y maestras de los niños quisieron salvar a los que pudieron tomar en brazos, azorados en su súbito despertar, soñolientos y desnudos.

La hermana Adela corrió a la camita de Lea, donde ya la niña estaba de rodillas, orando al Señor anciano de la capilla, que era tan bueno, que hizo el sol y la leche y las frescas flores de mayo; orando por aquello que no comprendía, por aquella tempestad de fuego, por aquella sangre, por aquellos gemidos...

Oh, el "buen Dios" no permitiría que fuese así, como ella se lo rogase...

Pero al acercarse la hermana Adela, que la iba a socorrer, cayó cerca otra bomba que hirió a la religiosa, ensangrentando su traje de algodón azul y su corneta de lino blanco.

Con los ojos abiertos en redondo, poseída de algo sobrehumano, la pequeña Lea se alzó de pronto sobre su colchón, y con una voz que helaría de espanto a un hombre de piedra, exclamó retorciendo sus bracitos y mirando hacia arriba:

—¡Oh bien Dios! ¡No seas malo!...

## Morbo et Umbra

Un hombre alegre vende los ataúdes en el almacén de la calle cercana. Suele decir a los compradores unas bromas muy a tiempo que le han hecho el más popular de los fúnebres comerciantes.

Ya sabéis que la alfombrilla ha devastado en medio mes todo un mundo de niños en la ciudad. ¡Oh, ha sido horrible! Imaginaos que la muerte, cruel y dura, ha pasado por los hogares arrancando las flores.

Ese día la lluvia amenazaba caer. Las nubazonas plumizas se amontonaban en la enorme forma de las vastas humaredas. El aire húmedo soplaba dañino desparramando toques, y los pañuelos de seda o lana envolvían los pescuezos de las gentes higiénicas y ricas. ¡Bah! El pobre diablo tiene el pulmón ancho y sano. Se le da poco que una ráfaga helada le ataque, o que el cielo le apedree con sus granizos las espaldas desnudas y morenas por el sol de verano. ¡Bravo roto! Su pecho es roca para el mordisco de la brisa glacial, y su gran cabeza tosca tiene dos ojos siempre abiertos soberbiamente a la casualidad, y una nariz que así aspira el misma como el viento marino oloroso a sal, que fortifica el pecho.

¿A dónde va ña Nicasia?

Hela aquí que pasa con la frente baja, arropada en su negro manto de merino basto. Tropezaba a veces y casi se cae, así va andando ligero. ¿A dónde va ña Nicasia?

Camina, camina, camina, no saluda a los conocidos que la ven pasar, y parece que su barba arrugada, lo único que advierte entre la negrura del tapado, tiembla.

Entró al despacho donde hace siempre sus compras, y salió con un paquete de velas en la mano, anudando la punta de un pañuelo a cuadros donde ha guardado el vuelto.

Llegó a la puerta del almacén de cosas mortuorias. El hombre alegre la saludó con un buen chiste:

—¡Eh! ¡Por qué con tanta prisa, ña Nicasia? ¡Se conoce que busca el dinero!

Entonces, como si le hubiesen dicho una dolorosa palabra de esas que llegan profundamente a conmover el alma, soltó el llanto, y franqueó la puerta. Gimoteaba, y el vendedor con las manos por detrás se paseaba delante de ella.

Al fin pudo hablar. Le explicó lo que quería.

El niño, ¡ay! su niño, el hijo de su hija, ¡se había enfermado hacía pocos días de una fiebre tan grande!

Dos comadres habían recetado y sus remedios no habían hecho efecto. El angelito había ido agravándose, agravándose, y por fin, esta mañana se le quedó muerto entre los brazos. ¡Cuánto sufría la abuelita!

—¡Ah! señor, lo último que le quiero dar a mi muchachito: un cajón de aquellos; no tan caro; debe ser forrado en azul con cintas rosadas. Luego un ramillete de flores. Yo le pagaré al contado. Aquí está el dinero. ¿A ver?

Ya se había secado las lágrimas, y como llena de resolución súbita, se había dirigido a escoger el pequeño ataúd. El local era estrecho y largo, como una gran sepultura. Había aquí, allá, cajones de todos tamaños, forrados en negro o en colores distintos, desde los que tenían chapas plateadas, para los parroquianos ricachones del barrio, hasta los sencillos y toscos, para los pobres.

La vieja buscaba, entre todo aquel triste agrupamiento de féretros, uno que fuese, para ella, digno del cadavercito amado, del nieto que estaba pálido y sin vida, en la casa, sobre una mesa, con la cabeza rodeada de rosas y con su vestido más bonito, uno que tenía en labor gruesa, pero vistosa, pájaros violeta, que llevaban en el pico una guirnalda roja.

Halló uno a su gusto.

—¿Cuánto vale?

El hombre alegre, paseándose siempre con su risa imborrable:

—Vamos, que no sea usted avara, abuelita: siete pesos.

—¿Siete pesos?... No, no, es imposible. Vea usted: cinco traje, cinco tengo.

Y desanudaba la punta del pañuelo, donde sonaban con ruido falso las chauchas febles (1).

—Cinco. Imposible, mi señora. Dos pesos más y es suyo. ¡Bien quería usted al nieto! Yo lo conocí. Era vivo, travieso, diablazo. ¡No era el ruciecito!

Sí, era el ruciecito, (2) señor vendedor. Era el ruciecito, y usted le está partiendo el corazón a esta anciana flaca y dolorida. Era el vivo, el travieso, el que ella adoraba tanto, el que ella mimaba, lavaba y a quien le cantaba, haciéndole bailar sobre sus rodillas, de tibias salientes, canturrias del tiempo viejo, melopeas monótonas que hacen dormirse a los niños. ¡Era ruciecito, señor vendedor!

—Seis.

—Siete, abuela.

¡Y bien! Ahí le dejaba los cinco pesos que había traído. Después le pagaría los otros. Era ella mujer honrada. Aunque fuera preciso ayunar, le pagaría. El la conocía bien. Se lo llevó.

A trancos rápidos iba la vieja con el cajón a cuestras, agobiada, respirando grueso, el manto desarrreglado, la cabeza canosa al viento frío. Así llegó a la casa. Todos encontraron que el cajón era muy bonito. Lo veían, lo examinaban; ¡qué preciosos!, y

en tanto la anciana estaba besando al muerto, rígido sobre sus flores, con el cabello alborotado en parte, y en parte pegado a la frente, y en los labios un vago y enigmático rictus, como algo de la misteriosa eternidad.

Velorio no quiso la abuela. Lo quisiera tener a su niño; pero ¡no así, no, no, que se lo lleven!

Andaba de un lugar a otro. Las gentes del vecindario que habían llegado al duelo charlaban en voz baja. La madre del niño, con la cabeza envuelta en un pañuelo azul, hacía café en la cocina.

En tanto la lluvia cayó poco a poco, cernida, fina, molesta. El aire entraba por puertas y rendijas y hacía moverse el mantel blanco de la mesa en que el niño estaba; las flores a cada ráfaga temblaban.

El entierro debía ser en la tarde, y ya la tarde caía. ¡Qué triste! Tarde de invierno, brumosa, húmeda y melancólica, de esas tardes en que los rotos acomodados se cubren los torsos gigantes con las mantas ásperas y rayadas, y las viejas chupan el carrizo de su mate, sorbiendo la bebida caliente que suena con borborismos.

En la casa vecina cantaban con voz chillona un aire de zamacueca; cerca del pequeño cadáver, un perro se sacudía las moscas con las orejas, cerrando los ojos apaciblemente; y el ruido del agua que caía a chorros escasos por intervalos, de las tejas al suelo se confundía con un ligero chasquido que hacía con los labios la abuela, que hablaba consigo misma sollozando.

Tras de las nubes de la tarde opaca bajaba el sol. Acercábase la hora del entierro.

Allá viene un coche bajo la lluvia, un coche casi inservible, arrastrado por dos caballos tambaleantes, hueso y pellejo. Chapoteando en el lodo de la calle llegaron a la puerta de la casa mortuoria.

—¿Ya? —dijo la abuela. Ella misma fue a poner el niño en el ataúdecito; primero un colchón blanco de trapos, como si se cuidase de no lastimar, de que estuviese el pobre muerto con comodidad en la negra tiniebla de la sepultura. Luego, el cuerpo; luego, las flores, entre las que se veía la cara del niño, como una gran rosa pálida desvanecida. Se tapó el ataúd.

Señor vendedor, el travieso, el ruciecito, ya va para el camposanto. Siete pesos costó el cajón; cinco se pagaron adelantados: ¡Señor vendedor, la abuela, aunque ayune, le pagará a usted los dos que le faltan!

Apretaba el agua; del charol del vehículo descascarado y antiguo caía en gotas sobre el fango espeso, y los caballos con los lomos empapados humeaban por las narices, y hacían sonar los bocados entre los dientes.

Dentro, las gentes concluían de beber café.

Tac, tac, tac, sonaba el martillo acabando de enterrar los clavos de la tapa. ¡Pobre viejecita!

La madre debía ir sola al cementerio a dejar al muerto; la abuela le alistaba el manto.

—Cuando lo vayan a echar al hoyo, dale un beso al cajón por mí, ¡oyes!

Ya se va, ya han metido al coche el ataúd, y ha entrado también la madre.

Más y más arrecia la lluvia. ¡Hep! sonó el huascazo (3) y se fueron calle arriba los animales arrastrando sobre la tierra negra su armatoste.

La vieja, entonces, ¡ella sola!, asomó la cabeza por una de las aberturas de la pared cascadas y ruinosas; y viendo perderse a lo lejos el coche maltrecho

que renguieaba de bache en bache, casi formidable en su profunda tristeza estiró al cielo opaco sus dos brazos secos y arrugados, y apretando los puños, con un gesto terrible —¡hablaría con alguna de vosotras, oh, Muerte, oh, Providencia?— exclamó con voz que tenía de gemido y de imprecación:

—¡Bandida! ¡Bandida!...

1—Chaucha: moneda de veinte centavos. 2—Rucicito: rubicito. 3—Huascazo: latigazo.

## ADOLFO CALERO-OROZCO

Nació en la ciudad de Managua en el año 1899. Se dedicó al periodismo pero su actividad principal ha sido en los negocios, desempeñando cargos ejecutivos en distintas empresas. Ha publicado *Cuentos Pinoleros* (1945); *Cuentos Nicaragüenses* (1957); *Cuentos de aquí no más* (1963). Tiene también una novela *Sangre Santa* publicada en 1939. Es miembro de número de la Academia Nicaragüense de la Lengua.

# Claudio Robles, Padre de Sebastián Robles

Ya serían más de las cuatro, aquella tarde de julio, en el camino de "Los Guásimos", cuando el aguacero recio, prolongado, comenzó a ceder. Don Claudio consultó el cielo con la mirada en el rumbo de abajo y en el rumbo de arriba y entendiéndolo que no habría ya más lluvia fuerte por un rato largo, dejó el abrigo bajo el cual se había guarecido, que era un frondoso chilamate, y tomó de nuevo el camino del pueblo. Se cuidaba de ir por las orillas, donde los palos laderos paraban un tanto las gotas que todavía caían y donde el paso estaba mejor, pues hacia el centro todo era charcos y arroyos y los carriles carreteros estaban lodosos y resbalosos.

Volvió a querer llover y entonces el hombre cortó con su cutacha una hermosa hoja del chagüite orillero, para que le sirviera de paraguas, y prosiguió la marcha.

Don Claudio no venía pensando en los siembros de su pequeña huerta, ni en el precio del maíz, ya que pronto estaría eloteando. El venía pensando en Sebastián, su hijo hombre, único que le quedaba después que Claudio José regresó de las minas arruinado y enfermo, sólo a morir de tos y calenturitas.

Lo preocupaban mucho las vainas en que últimamente se había venido metiendo Sebastián y que

le costaban ya varias carceles al muchacho, sin contar un viaje a Managua, pecho-de-paloma y a pie, de orden del jefe político.

—“Bonito está”, pensaba Don Claudio, “que mientras los cuatreros tienen garantías para seguir robando, ese viejo ladrón y desgraciado me persigue al muchacho, me lo encholpa y me lo brufe”. Y cerraba sus reflexiones, diciéndose, casi audiblemente: —“Pura tema...”

A ratitos Don Claudio, sin saber por qué, apresuraba sus pasos, pero luego, como si volviera en sí, abandonaba la prisa y volvía a sus cavilaciones y otra vez se decía: —“Bueno, esto tiene que pasar... primero Dios”.

Lo cierto era que Sebastián estaba muy mal visto por el jefe político y por muchos otros de los que mandaban en aquella lejana cabecera, sometida, como todo el departamento, a la mano férrea y arbitraria de uno de esos sátrapas lugareños, ensoberbecidos y malos con eme mayúscula, pero que gozan de privanza con los gallos grandes de Managua. También era cierto que Sebastián hacía gala de su rebeldía, que le gustaba ser tenido en el pueblo como hombre valiente y enemigo del gobierno, y resuelto y rajón. Según el barbero, un tipo que gozaba fama de gallo-

gallina en las cosas de la política pero que oía mucho y hablaba más de lo que oía, "Sebastián Robles estaba en la lista..."

Se sorprendió Don Claudio, cuando alcanzó un tirón recto del camino, de ver venir un grupo de tres hombres avanzando con evidente prisa sin cuidarse de los charcos ni de la lluvia; de inmediato reconoció a dos de ellos: su yerno y un sobrinito, y muy pronto identificó también al tercero: un vecino suyo, antiguo amigo y compañero de sus hijos. El viejo se detuvo un instante, pero luego reanudó el andar; se echó al medio del camino él también, tiró la hoja de platanero y apretó el paso para adelantar el encuentro porque no le gustó del todo que tres de los suyos vinieran a salirle al paso en horas de su regular regreso a casa y bajo un tiempo perro.

Caminaban de uno en fondo los tres hombres y traía la delantera el sobrinito, quien a pocos pasos ya de Don Claudio se apartó para ceder el camino al yerno.

No mediaron saludos. Don Claudio se echó hacia atrás el sombrero y se irguió, mirando al yerno con interrogantes ojos. El sobrinito no dio un paso más y se llevó las manos a los bolsillos; el vecino también guardó silencio. Don Claudio fue el primero en hablar; dijo: —"Bueno..." Su yerno contestó con una sola palabra: —"Sebastián", y buscó el suelo con los ojos.

Las gotas de la menuda lluvia seguían cayendo suaves; la arboleda parecía más rumorosa y era todo cuanto se oía en el silencio del atardecer campestre. La mudéz del grupo resultaba harto elocuente.

Súbitamente el sobrinito rompió a llorar y se hizo junto al viejo, abrazándose a él. Don Claudio fue preso de una respiración agitada; se le subía y se le bajaba el pecho y con mucho trabajo emitió una voz sorda y honda, entre queja y mugido; se cogió el labio inferior con los dientes. Una sonada de narices le ayudó a dominarse y logró articular una pregunta: —"¿Quién?". El yerno, alzando la vista a los ojos del afligido padre, dijo, como si le contestara: —"Bala de mausser".

—"¡Hijos de la gran...! ¡Asesinos...! Pero a ese viejo me lo como yo. Ese desgraciado es mío, sólo mío". Y dirigiéndose al yerno, con tono airado, casi a gritos: —"¿Me estás oyendo? ¡Que nadie se meta! ¡Que me lo dejen a mí solito! ¡Me oyistes?" Mientras hablaba acariciaba con la diestra el pomo de una pistola que llevaba al cinto. Lanzó otras imprecaciones y emprendió la marcha. Los demás lo siguieron en silencio.

Tras breve rato, hizo al yerno señales, llamándolo para que caminara a su lado y al tenerlo cerca le preguntó: —"¿A qué horas...? ¿Dónde fue...?", y con esto se entabló entre los dos una conversación a veces vehemente y agitada, a veces llena pausas. Tras una de las pausas y cuando al pueblo estaba ya muy cercano, detúvose Don Claudio y soltándose la faja de la pistola, se la pasó al sobrinito y le dijo: —"Vos andate montiando, desde aquí hasta donde las Tre-

jos. Allí les dejás el cuete y les decís que me lo guarden bien, y te vas a esperarnos al Calvario".

En la casita mortuoria todo era duelo y lágrimas. Al llegar Don Claudio y acompañantes, hubo más llanto, y movimiento de gente que se aglomeró en la puerta, para luego abrirles paso hacia el centro del cuarto inmediato, donde tendido sobre una cama-tijera de lona, yacía el cuerpo exangüe del asesinado. Sus ropas estaban manchadas de sangre; en la lona de la tijera y en los ladrillos de barro, por debajo del lecho, había también manchas de sangre.

¡Qué lástima! La varonil figura de Sebastián Robles parecía un joven dios yacente. Había algo de mitológico en las facciones de aquel rostro impúber casi, que la muerte acababa de sellar con esa trágica quietud, trasunto del más allá siempre misterioso. Inmóviles los vigorosos brazos, realzado el pecho, el cabello en desorden y sobre la amplia frente, hacia la izquierda, lívidas lastimaduras causadas al desplomarse el muchacho sobre el suelo.

Porque Sebastián Robles, rebelde, resuelto y razón, había sido tirado por la espalda —así tiraban las balas de mausser.

¡Qué cobardía! ¡Cuánta infamia!

De pie, cruzado de brazos, Don Claudio se quedó por un rato junto al lecho. Ni quejas ni lamentos, fijos los secos ojos en la cara del hijo muerto, entre el sepulcral silencio impuesto por el doloroso cuadro. Después se inclinó un tanto sobre el cadáver y amorosamente, con suaves pases, le limpió un poco del polvo que aún quedaba en las lastimaduras de la frente y le compuso el cabello para dejársela libre.

Al incorporarse murmuró: —"Que me le pongan un Cristo...", pero ya no pudo más: un recio sollozo lo sacudió y él dio una vuelta para alejarse de allí, mugiendo como animal, con los dos brazos en alto, derrotado por el dolor. Regazos de otros hombres llorosos lo acogieron y lo apartaron.

Durante los días que siguieron al vil asesinato se estableció un riguroso temporal en toda la comarca. Llovía más y más. Prácticamente los vecinos quedaron aislados unos de otros, pero aún así llegaba gente enlutada a los nueve-días del muchacho, porque la voluntad les sobraba y también por ver a Don Claudio, por observarlo y sacar deducciones, pues sus palabras, sabidas ya de todo el mundo, de que "el viejo desgraciado era suyo", se interpretaban como una sentencia de muerte contra el jefe político, cuya culpabilidad en el repugnante crimen, por otra parte, nadie ponía en duda.

Don Claudio permanecía en casa, viendo llover, recibiendo algunas visitas de pésame, esperando a la gente para la hora de los rosarios, que se rezaban frente a un pequeño altar erigido sobre una mesa y unos cajones cubiertos de telas negras y en cuyo centro un Crucifijo y una Dolorosa escuchaban las oraciones y las letanías de los vecinos, por eterno descanso del alma del difunto.

El dolorido padre pasaba las horas y los días muy poco comunicativo. No hablaba ni a la hora de las



comidas. No volvió a proferir amenazas contra nadie y los ratos más largos se los estaba sentado, solo, callado; a veces llamaba al sobrinito, le acariciaba la cabeza, pero le hablaba muy poco: —“Después de los rezos —le decía— si ya no está lloviendo tanto, vamos a ir a estarnos unos diyitas en la güuerta, vos y yo solitos...”

Transcurrieron algunas semanas. Ya en el pueblo se habían apaciguado los ánimos; Don Claudio y el sobrinito habían regresado y otra vez atendía aquél sus labores yendo diariamente a la huerta; salía para allá antes que amaneciera y antes que anocheciera ya estaba en casa.

Un domingo, el yerno fue a esperarlo a la salida de misa y con cara de malas noticias le contó que el jefe político estaba gravemente enfermo, que un médico de Managua había llegado la tarde anterior solamente para asistirlo y que, según había oído, se trataba de una antigua dolencia que lo afligía desde mucho tiempo antes.

—“¿Grave?” —preguntó Don Claudio con incrédulo tono— y como quien monologa, siguió: —“No puede ser. No sería justo que ese bandido pelara el verde en su cama, como cristiano. Ese hombre es mío”, —sus facciones cobraban dureza—, “tiene que ser mío y pagar lo que debe”. Y luego, volviéndose al yerno: —“Vas a ver que ese doctor de Managua me lo deja curado. Ya lo quiero vivo, y bueno y sano. Así lo quiero yo”.

El yerno prefirió no contradecir, pero en el pueblo toda gente decía que el jefe político, de ésta no se levantaba.

Más tarde, de otras fuentes, Don Claudio vino sabiendo que lo del grave se ponía cada vez más prieto; el médico recién llegado había hecho venir a otro colega suyo, también de Managua, que debió ser de más campanillas que el primero, pues vino al lugar sólo por pocas horas, con unos aparatos extraños que se conectaban con la electricidad para que funcionaran; por eso habían puesto a andar la planta eléctrica en pleno día y toda la gente vio cómo las luces de las calles se encendieron a las once de la mañana y preguntaban qué le estaría haciendo al enfermo el otro doctor, el de los chunches raros.

Situaciones muy extrañas suelen ocurrir en esta vida y harto singular resultaba el vehemente interés de Don Claudio por la salud del victimario de su hijo. Se tornó menos hurafío, el buen hombre; retrasaba su partida a la huerta y al regresar, más temprano que de ordinario, entraba a casa preguntando qué se sabía del grave.

Un día de esos vino el yerno y le habló así: —“Vea, Don Claudio, yo no había querido contárselo, pero todo el mundo lo sabe y lo dice, que a ese viejo desgraciado ya le está llegando su sábado. Va de viaje”. Muy mal le cayeron al señor Robles tales palabras, y con voz casi airada replicó: —“¡No pue-

de ser!”; y siguió luego, con tono razonable y como si se lo dijera a sí mismo: “La Dolorosa me lo tiene que salvar”. En seguida se fue en busca de una antigua lamparilla votiva que la noche de la vela de Sebastián había permanecido encendida, puesta en el suelo cerca del lecho mortuorio, y al encontrarla la limpió y la cebó él mismo y fue a colocarla al pie de la Dolorosa.

Junto a la imagen de la afligida Madre de Dios, el padre dolorido, con el corazón sobre-cargado por la apasionada sed de vengar el agravio, encendió la lámpara con un voto por la salud de su enemigo. No quería que el ser odiado muriera en su cama “como cristiano”. La Virgen tenía que hacerle el milagro de sanarlo, de guardar aquella vida ahora en peligro, para que fuera él —Claudio Robles, padre de Sebastián Robles— quien la segara con su propia mano, viéndolo caer a sus plantas, tinto de sangre, con cara de espanto, y que supiera que era él —Claudio Robles— quien le había perforado el pecho a tiros de pistola, dados con mucha gana y frente a frente.

Encendió la lámpara y se postró ante la Dolorosa. El fervoroso ruego le salió del corazón:

—“Virgencita linda: a vos también te mataron a tu hijo, de malas. Vos sabés que un hijo duele mucho. Yo también vi al mío muerto y ensangrentado. Vos eras mujer, Virgencita, y por eso no pudistes hacer nada, pero yo soy hombre: a mí me toca matar al asesino... pero si vos te lo llevás antes que yo lo haya ni tocado, se va debiéndomelo. Sé buena, Virgencita, que yo te adoro, y curame a ese hombre por que si vos querés, podés. Acordate, Virgencita, que bueno y sano es que lo necesito yo...”.

Se quedó todavía un rato más arrodillado, después de terminada su oración, y al levantarse vio cómo en la penumbra del humilde altar, la luz de la lamparita se reflejaba sobre la hoja del puñal que la imagen mostraba clavada en pleno pecho. Don Claudio se llevó su diestra al pecho: él también sentía allí mismo otro puñal clavado; no pudo tocarlo porque lo tenía muy adentro.

Pero el jefe político iba de suena. La lamparita seguía encendida, día y noche, al pie de la Dolorosa, mas cada vez había menos probabilidades de que el milagro ocurriera.

Efectivamente, una mañana, bien tempranito todavía, vino el yerno a buscarlo: —“¿Ya supo? El viejo peló el ajo anoche. Vengo de pasar por allá, y es un hecho”.

El vengador frustrado escuchó las nuevas con amargo desagrado: entre-abiertos los labios y apretados los dientes, la expresión de su rostro cobró un algo de fiera acorralada. No habló. Volvió los ojos hacia el altarcito con mirade rencorosa. Se fue junto a la Dolorosa. Cogió sin miramientos la lámpara que aún estaba encendida, y la tiró por una ventanilla que daba al solar.

# Martín Rayo

Conocí a Martín Rayo la tarde misma de mi llegada a San Juan del Norte, la antigua Greytown de los ingleses. Llovían sapos y culebras, esa tarde de julio, cuando el bote de gasolina silenciaba sus motores y se disponía a atracar en uno de los pequeños muelles, sobre el río. Un hombre nos esperaba de pie bajo la torrencial lluvia, sin sombrero ni capote, ni zapatos, vistiendo un pantalón azul sujeto a la cintura por un mecate que le daba varias vueltas, y una camisola blanca, sin mangas. El cogió la cuerda tirada desde el barco y la sujetó al poste de amarre, a paso sin prisa, sobre el muelle y rumbo al poblado. Los de la gasolina nos quedamos un rato más a bordo, esperando que la fuerte lluvia amainara un poco y luego saltamos también al muelle y salimos al pueblo.

Ramón Enríquez, fiel a su papel de guía y cicero-ne que en obsequio a mí había asumido desde que dejamos el atracadero de San Carlos, caminaba siempre a mi lado.

—“¿Qué tal te pareció el aguacerito éste, con que nos recibió San Juan?”

—“¿Aguacerito? ¡Diablos! Si parecía que llovían chuzos”.

—“Pues eso que a vos te asusta, aquí pasa como garúa”.

—“Hombre, Ramoncito...”

Caminando hacia la Comandancia, sobre la calle principal y casi única de San Juan del Norte, pasamos frente a una casa de madera, de dos pisos, con balcones y ventanas muy venidos a menos pero que en un tiempo debieron haber sido elegantes. En una de las ventanas del piso bajo estaba acodado un hombre de vigorosos brazos desnudos, teniéndose la mandíbula en actitud contemplativa.

Apenas cabeceó contestando el saludo de Ramón y de algún otro de nuestro grupo.

—“¿Reconocistes a ése?” —me preguntó Ramoncito.

—“¿A quién? ¿Al de la ventana? No es el tipo que estaba en el muellecito?”

—“Exacto. Pero no sabes su historia. Ni su nombre: se llama Martín Rayo”.

—“¿Martín Rayo? ¿Y qué tiene de especial su historia? ¿Se lució en alguna revolución?”

—“¿Qué revolución, ni qué pierna muerta! Ese hombre es un mártir... y yo diría que también es un héroe... Hay gente que dice que es un cobardazo sin entrañas... Vamos a ver tu opinión cuando yo te cuente las cosas”.

A estas ya llegábamos a la Comandancia, un caserón de madera, especie de hotel abierto siempre a los viajeros del interior, que son pocos y raros. En

los amplios corredores de la Comandancia —tanto en el piso alto como en el bajo— hay muchos pilares y argollas de donde colgar hamacas; en las esquinas, tinajones llenos de agua, y un lugar destinado a baño y servicios sanitarios en una caseta del patio, conectada a la construcción principal por una pasadizo o puentecito de madera.

Cerca de la Comandancia están las Galeano, dueñas del mejor y único restaurante de San Juan; y no faltan en la pequeña guarnición soldados serviciales que hagan gustosos algunos favores al viajero, tales como compra de cigarrillos, acarreo de agua y menesteres semejantes.

Ramoncito me llevó a la Comandancia repitiéndome que seríamos huéspedes bien recibidos del gobernador quien al final de cuentas sólo techo nos brindaba y quedaba, en cambio, convertido en nuestro invitado permanente a la hora de los aperitivos, por los que tenía manifiesta afición según pudimos comprobarlo muy luego.

Ramoncito era buen amigo del gobernador, como que un antiguo proyecto suyo sobre negocios bananeros lo llevaba frecuentemente a San Juan del Norte. Todo fue que se vieran para que cambiaron efusivos saludos y momentos después un ordenanza del gobernador iba camino de “La Colmena” a comprar una pa-chita de cognac, con instrucciones de pasar al regreso por donde las Galeano, ordenando cubiertos para dos comensales y pidiendo prestados unos tres cristallitos. Pronto regresó el ordenanza y luego de la primera ronda, Ramoncito —casi siempre con la palabra — se dirigió al gobernador.

—“Coronel, ¿Ud. conoce a Martín Rayo?”

—“¿A Martín? Pues, claro! Es el mejor práctico de la Barra. Es decir, era: cuando todavía venían embarcaciones a San Juan”.

—“¿Y qué cree de él, Coronel?”

—“Bueno, Ramoncito... eh... te diré lo que yo digo siempre que se trata de eso: que sólo Dios sabe!”

—“¿Pero no cree usted, Coronel, que su conducta lo ha justificado? ¿Quién consigue a Martín fuera de su casa? ¿Quién es el que se ha tomado un trago con Martín Rayo después de la desgracia?”

—“Bueno, Ramoncito, todo eso es cierto; pero también pueden ser cosas del remordimiento”.

La viva plática se interrumpió mientras Ramoncito servía una segunda ronda. Aproveché la ocasión para decirle algo:

“Hace rato estoy oyendo hablar de Martín Rayo. Me lo enseñó Ramoncito al pasar por su casa y

creo que fue la primera persona que vi esta tarde al arrimar a San Juan. ¿Quién es ese Martín Rayo y qué fue lo que hizo?"

—“Pues has de saber —comenzó Romancito— que Martín Rayo, una vez, hace tiempo...”

El gobernador interrumpió en alto voz, a gritos más bien:

—“No se deje contar ese cuento de Ramoncito, que ya veo que no lo sabe bien”. —Y continuó— “Ese cuento se cuenta con fecha y hora. Aquí sólo la Beatricita Galeano lo sabe contar bien. ¿Usted no la conoce? No importa. Yo se la voy a presentar y la voy a poner a contárselo. Esa es su especialidad, el cuento de Martín Rayo. Ahora, si me voy a comer con ustedes, se la presento y después de comida la pongo a contarles el cuento, si lo cuenta Ramoncito, se pasea en él. Ya ví que no lo sabe bien, mientras que la Beatricita...”

El gobernador se interrumpió para tomar la copa servida. Ramoncito me miró entre corrido y contrariado. Luego dijo:

—“Ya está, pues, Coronel. Que lo cuente la Beatricita que ya sé yo que lo sabe bien, como que sólo y mí me lo ha contado cuatro veces. Por algo dice la gente que la Beatricita está enamorada de Martín”.

—“Eso no es cierto!” replicó vivamente el gobernador. Yo conozco muy bien a las Geleano. Lo que pasa es que la muchacha tiene alma! Y en este desgraciado pueblo, como no hay hombres, apenas una mujer le dice adiós a un hombre, ya la gente empieza a decir que está loca por él! La Beatricita Galeano tiene alma y tiene escuela!”

Y dicho esto el gobernador volvió a llenar las copas y mandó al ordenanza que fuera por unas boquitas donde las Geleano.

Para la llegada de las boquitas ya hubimos nosotros de mandar por más cognac, que a iniciativa del gobernador se le dijo al ordenanza que lo llevara a casa de las Galeano, donde nos trasladamos a esperar; y a comer.

La Beatricita Galeano resultó ser una joven agraciada, de buena estatura, ojos oscuros y grandes, cejas como tiradas de una sola pincelada feliz, boca grande y labios rojos y nariz de muchacha preguntona, algo alzada; nariz respingada, decía Ramoncito. Beatricita era la menor de tres hermanas, de las cuales la mayor podía tener bastante edad para haber sido su madre.

Tras la presentación un tanto retórica, de que el gobernador se encargó y sin más rodeos, el mismo agregó que yo quería conocer la historia de Martín Rayo, y que como en San Juan nadie la contaba como ella... —“Pues a usted le toca, Beatricita!”

La muchacha me miró como si aceptara la propuesta, pero no era cosa de soltarla allí mismo, cual si se tratara de una recitación; nos brindó asiento alrededor de una de las dos mesas del restaurante; se apresuró a ordenar un cubierto más para el gobernador y dispuso las cosas en relación con la segunda pachita de cognac, aunque no aceptó el galante convite de Ramoncito para que nos ayudara a consumirla.

La charla siguió animada por un rato más y aunque el gobernador insistía con Beatricita tocante a lo de la historia, ella encontró el modo de evadirse de comenzarla hasta no parecerle oportuno; y efectivamente vino la ocasión por su propio peso y Beatricita, segura de la atención de todos y tras impartir algunas órdenes que suponían poco movimiento en la sala-comedor, dirigiendo sus mesurados gestos a mí más que a los otros, empezó:

—“¿Ya usted conoció a Martín?” Y sin esperar respuesta, continuó: —“Seguramente sí, cuando atracó su bote, porque él es el agente postal y debe de haber estado en el muelle”.

“Bueno, pues ya vió que el hombre es joven, fuerte; que no tiene traza de malvado ni de cobarde”.

“Hay que saber que Martín Rayo tiene cuatro hijas mujeres, las dos mayores ya solteritas. Y un solo hijo varón... tenía. Se llamaba Tito y venía creciendo grandote, fuerte, hombre! como Martín, que lo adoraba. Además, Martín no tenía mujer, era viudo, era el papá y la mamá de sus cinco hijos, sin más familia ni más nadie en el mundo. Su esposa era tica y aquí la mató el paludismo. Aquí nadie muere de viejo, ni de nada. Aquí el paludismo se encarga de matarnos a todos”.

(El gobernador, tras un cabeceo de sueño, se incorporó, y cuidando de no hacer ruido sirvió una nueva tanda de cognac).

“Martín era el práctico del puerto, cuando esto era puerto, y siempre que le tocaba salir de día se llevaba a Tito en su lancha. Tito le ayudaba a remar, ya estaba aprendiendo el oficio. Por aquí pasaban las más de las veces, porque aquél no era el Martín de ahora... Entonces conversaba, bromeaba, era alegre y popular. ¡Esos ojos de muerto que tiene ahora...? ¡Qué va! ¡Martín era otro!”

“Pues una vez, un nueve de enero, como a las cuatro de la tarde, con los nortes ya rotos, le tocó salir. El no quería llevar a Tito esa vez, porque los nortes estaban soplando mucho, pero... la desgracia! el muchacho... que debía ir! Bueno, pues, se lo lleva!”

“Martín mismo me lo ha contado a mí. No quería llevarlo! Como que lo presentía... Pero cuando las cosas van a suceder! Bueno, pues, se lo lleva: salieron juntos, el muchacho al timón, Martín al remo. A poco andar, los nortes que aprietan! Dice Martín

que estaban a medio camino entre la costa y la embarcación que los esperaba; que él vió el chubasco poniéndose y pensó en los pasajeros y en que regresar a la costa contra el viento para dejar a Tito y volver solo, hubiera sido cosa de horas”.

“Lo perdió la confianza. Echó para adentro. Cuando parecía que ya iba a alcanzar la embarcación, el chubasco se le vino encima. Lo arrió sobre la barra casi sin tocar ni la espuma. El botecito era como una semilla de alga entre aquellos machos de agua. —Agárrese mi muchachito! decía Martín, y las olas pasaban encima del bote. Qué timón! Ni qué remos! Sólo agua, la que llovía, la que hacía bailar al bote, la que pasaba forcejeándolos! Y la tempestad oscureciéndolo todo!”

Con nuevo tono de voz, Beatricita me interrogó:

—“¿Ha corrido usted un chubasco en este rincón del Caribe?” Y otra vez sin esperar respuesta. —“Sólo el que lo ha corrido sabe cómo el mar se enloquece de furia! Goletas que ha cogido frente a San Juan han ido a aparecer en Cuba! Es cosa sabida. Esos chubascos de enero son el terror de los marinos”.

“Y en lo oscuro, solos, ingrinos, no más Dios con ellos, Martín y Tito, rezando y esperando la muerte. Subían sobre las montañas de agua, y se precipitaban del otro lado, casi a plomo! —¡Agárrese, hijito— era todo lo que Martín decía”.

“¿Cómo quiere usted que no se angustiara el corazón de un padre? El mismo Martín dice que en esos momentos sólo un hijo tenía él, que era Tito, y que lo amargo de la sal le parecía que era su propio llanto, por que si él sentía que se estaba agotando ¿cómo estaría ya el muchacho? Por milagro no más había aguantado tanto. Pero el chubasco seguía en plena furia”.

Beatricita Galeano tenía hasta la última gota de mi atención. Sentía yo también una viva compasión por aquel infeliz padre, impotente ante los elementos desatados, de hacer nada por su hijo, por el único hijo que en esos momentos tenía. Mis compañeros, aunque conocían ya la historia, escuchaban sin parpadear. La negrita costefa mesera del restaurante, desde una esquina oía también en suspenso la triste historia de Martín Rayo. Y los ojos grandes y oscuros de la narradora me parecieron más interesantes humedecidos por la emoción. Toda ella me parecía más guapa. Era evidente, sin embargo, que Beatricita estaba enamorada de Martín. Ella siguió:

“Los truenos arreciaban; las olas, el viento, la lluvia, todo arreciaba”.

“Ya estaba oscuro, oscuro! cuando un relámpago alumbró el mar y Martín vio que Tito ya no estaba en la otra punta del bote! Gritó! El pobre hombre

gritó, llamó, maldijo! Enloquecido daba voces, aullidos casi: ¿Dónde estás, Tito, contestame!”

“Cuando quiso incorporarse para tirarse al agua él también, una tremenda sacudida lo echó al fondo del botecito. Y fue allí, cogido del travesaño, cuando dice Martín que él se acordó que tenía también cuatro hijas, cuatro criaturas más que habían quedado esperándolo en San Juan”.

“Dígase usted, ¿qué hacía entonces un pobre padre? Y cuando ya otra vez tenía al hombre a todos sus hijos en la cabeza, cuando se da cuenta de que él es único amparo de sus criaturas mujercitas que allá en tierra lo están esperando, lo más triste! en ese instante, oye entre el ruido de las olas, la voz de Tito, que lleno de una angustia mortal, desde lo oscuro lo llama: —Papá, Papacito!”

“El ímpetu de su sangre lo manda tirarse al mar tras el hijo que lo llama. Pero ¿desde dónde lo llama, si la noche es oscura como una cueva del infierno? El sabe que Tito está perdido, que aquellas olas lo están devorando, y que si él deja esa cáscara del bote también está perdido! Poco después de aquellos pensamientos que fueron todos cosa de instantes, Martín se resuelve: tras una segunda llamada que lo oriente, él también irá al agua, aunque allí está la muerte esperándolo”.

“Pero sólo hubo más olas y más lluvia y más viento, y Tito no volvió a llamar. Allí se quedó Martín, hecho piedra, en angustiada alerta el oído, que esperaba la voz idolatrada... Allí estaría todavía Martín, inconsciente del peligro, insensible al frío y a la lluvia, oyendo no más, o esperando oír”.

“No pudo ni siquiera llorar. Cuando al día siguiente volvió a San Juan, sólo y desgraciado, y llegó a su casa, tenía el aspecto de un loco, los ojos de un sonámbulo. La gente que lo vió pasar lo siguió hasta la puerta, pero nadie se atrevía a decir una palabra. Y no fue hasta que sus hijitas lo rodearon y que una de ellas dijo: —¿Y Tito? que Martín Rayo se desplomó hasta el suelo, partido en llanto, ahogándose hasta no poder contestarle...”

La pausa final de Beatricita la aproveché yo para respirar. Me había hecho un nudo en la garganta el desgraciado episodio de Martín Rayo, y me lo imaginaba todavía hecho piedra, cogido al bote con los ojos cerrados —porque para nada le servían los ojos — aguzando el oído en atisbo de la segunda llamada, que nunca llegó.

—“Y ahora, —me preguntó a mí Beatricita con aplomo— ¿qué dice usted? Ese hombre es un cobarde, o es un mártir?”

En vez de responderle, sorbí los restos de mi copa, volviéndome un poco para que Ramoncito no me viera los ojos.

## MARIANO FIALLOS GIL

Nació en la ciudad de León en el año de 1907; se graduó de abogado en la Universidad de Nicaragua en 1928 y fue profesor de secundaria y Juez de lo Criminal. En 1943 inició una efímera vida política, siendo Ministro de Educación y más tarde embajador del gobierno de Argüello, depuesto por las armas, y su Ministro de Relaciones Exteriores en el exilio. Su vida pública culminó en forma brillante al desempeñar por 7 años la rectoría de la Universidad Nacional, para la que conquistó la autonomía. Falleció en 1964.

Su obra en prosa incluye *León de Nicaragua*, *Campanario de Rubén* (1957) una colección de estampas de la ciudad; *Humanismo Belligerante* (1958) ensayos de interpretación humanística, histórica y filosófica; *Horizonte Quebrado* (1959) que recoge sus cuentos; *A la Libertad por la Universidad* (1960) ensayos sobre la vida universitaria; *Panorama Universitario Mundial* (1961); *Salomón de la Selva, poeta de la humildad y la grandeza* (1963); *De Nueva Orleans al Cercano Oriente* (1964), crónicas de viaje; *El Proceso Cultural Centroamericano* (1964).

# Bajo la lluvia

Del aguacero iba quedando una llovizna. Afuera se oía el atronador esfuerzo del río llevándose árboles y reses. Siete días de agua recia. ¡Al diablo con todos los cultivos!

Maradiaga ya estaba seguro de la pérdida. Imposible salvarse. Todo este tiempo lo ha pasado sin pensar nada, sin esperanzas de rescatar nada.

Esto no es fácil para un hombre educado en la Universidad entre latines y metáforas, trajes aseados y uñas limpias. Esta atmósfera brutal de la edad de piedra, con todo su dinero enterrado en las siembras, está bueno para otra clase de ciudadanos, los que pagan impuestos y laboran por la felicidad de la patria. Que los hombres del campo hagan esto... bien... que siembren el algodón y el maíz y se mueran de paludismo. Pero que un hombre fino se meta en el lodo hasta la cintura... Vamos. Un Cadillac no la va a hacer competencia a un tractor.

Ahora está oscuro y sólo las luciérnagas juegan al escondite con las pupilas. Deben ser ya las siete. Maradiaga frotó un fósforo para buscar la lámpara de kerosine y cerró los ojos al destello. Huele a hongos.

Afuera los grillos y las ranas ponen en la selva el mismo concierto de hace miles de años dejando una melancolía rabiosa y desordenada.

La gente de aquí está acostumbrada a todo. Con un poquito de monte el hombre torna de nuevo a la animalidad. No hay más que empujarlo.

Al principio resulta difícil entender a estos gañanes, pero con el tiempo va entrándose. Sobre todo

cuando se tiene un poco de paciencia y algún dinero en peligro.

Siempre que enciende luz recuerda algo lejano y ancestral porque la luz es símbolo de meditación y la primera señal de cultura que dio el hombre. Fue su primer conquista. Recuerda las primeras dificultades con estos ladinos cuando uno de ellos que hacía de jefe se llevó a todos los peones. Le estaban robando impudicamente y se enfureció de tal manera que puso knockout al líder de un solo puñetazo. Nadie protestó, pero al día siguiente no amanecieron los bueyes en los potreros.

Fue entonces cuando se arrepintió de haberse metido a agricultor destripando terrones como cualquier pobre diablo, mientras sus amigos tomaban whiskys en los clubs de la ciudad, explotaban al pueblo a la sombra del gobierno —a él que ya era pueblo— y se extasiaban con los ojos de hembras civilizadas.

Lo que aquí es completamente distinto. Esto sí es un acto heroico. Sólo el hecho de venirse a meter aquí es mil veces más heroico que el arrojarse de un soldado... Y sobre todo pudiendo ejercer el oficio mejor remunerado del mundo como es el de la política a la orilla del gobierno, de cualquier gobierno. Sólo se necesita ser un poco sinvergüenza, pero tal vez valga la pena.

Aquí hay pésima comida, mosquitos, amibas y soledad. Una terrible soledad entre árboles y huertas para largos días. Todos estos peones, además, son enemigos solapados. En fin... tal vez tengan razón. Tal vez sea la raza que se está vengando de este des-

endiente de aquel capitán Maradiaga o de cualquier otro chapetón de fusta.

Alguno de sus abuelos dibujó alguna parrilla de cardenales sobre la espalda de alguno de los abuelos de sus peones. Tal vez por una mala mirada o por algún pequeño escamoteo. Todo se paga. Puede ser también que alguno de ellos sea pariente suyo. No se sabe.

De todas maneras ahora está pensando de diferente modo que como lo hacía en los largos corredores de su casa en la ciudad, bajo otra lluvia y frente a otros árboles recortaditos y podados, plantados en orden. Y está pensando también que los tipos más funestos de la historia de América han sido el Padre Las Casas y otros locos que nunca supieron que no sólo de Espíritu vive el hombre. Sin los esclavos indios nada de esta civilización americana se hubiera hecho desde México hasta los confines del sur.

Bueno, pero estas meditaciones no están congruentes con la brutalidad del monte, de la lluvia y de la noche... Se le adormecen de tedio, más que de sueño, los párpados, y hay un buen pretexto para beberse esa media de guaro. La lluvia va calmándose. Aquí no hay calles, ni paraguas, ni taxis, sino que barro, cañadas y zancudos. Hay un retorno al río, a los animales, a la tierra. La potencia de la raza ha vuelto con la noche...

Llamó a la criada. Un poco de agua para tragarse este aguardiente que le queda.

Maradiaga estaba sentado en la poltrona con los pies sobre la mesa. La sombra del zapato se proyectaba gigantesca en la pared. Para un hombre delicado esto era grosero, casi asqueroso, pero no había más remedio que adaptarse. De nada le servían los Diálogos de Platón que había traído para meditar, ni los Cuentos de Chésteron para distraerse, ni el Diario Intimo de Amiel para consolarse.

La criada entró. Era una muchacha recién llegada, color de hoja de milpa tostada por el sol de agosto. La tenue zaraza de su vestido se curvaba sobre los muslos. Tenía nombre bíblico: Rebeca, muy irónico en este desierto de agua.

Se oyó el quedo rumor de sus pasos. El no se movió siquiera, pero adivinó el cuerpo nuevo en la oscuridad rojiza como ráfaga de vida.

—Traeme agua— alcanzó a decir.

Cuando se alejó, él se quedó pensando en la tragedia de ésto: en su propia cara quemada por el sol, en sus brazos picados de mosquitos, en la ausencia de compensaciones físicas.

“No hay duda, pensó, es la raza y el paisaje que se están vengando”.

Las mariposas nocturnas revoloteaban en torno a la lámpara y pasaban rozando la delgada columna de humo negro, hasta que caían dentro, aleteando desesperadamente, como despidiéndose, hacia la muerte. Oyó los leves pasos de la muchacha y se volvió hacia

ella tratando de adivinarla con sus ojos encandilados. Le pareció como una pintura impresionista, de contornos indecisos.

Ella dijo:

—Aquí está el agua, patrón...

Sus palabras tenían extraña tonalidad, tal como si fuera un susurro de cualquier hembra del bosque. El se sintió un poco paternal y le miró los hombros sin intención, rozándole, ligeramente, el sedoso vello de los brazos.

Se sirvió el agua y del ardiente licor del pueblo. Afuera, en la montaña, todos los insectos se amaban. La lluvia había cesado. Los gérmenes estaban brotando bajo los terrones. Sentía el pesado perfume de la noche húmeda que contagia a las bestias. No volvió a pensar en otra cosa. El y toda ley de la naturaleza. Aquella eternidad de transformaciones fuera de toda moral humana, puesto que no es ni buena ni mala. Nacer, crecer, alimentarse, multiplicarse, morir, renacer... Hitos de la vida y la muerte.

Llamó despacio.

—...Rebeca...

—Voy, señor...

Y apareció en el umbral envuelta en una sumisa gracia púber. Era un bello producto del mestizaje. Alguno de los abuelos españoles de él soltó, quizás, las negras trenzas de alguna abuela de ella y la acarició con dulce rudeza en señal de posesión.

El la quedó viendo y se fijó en la reposada ondulación del cabello y en el color dorado de la piel, más dorado por el reflejo de la lámpara, cuya luz esculpía sombras sobre la blusa.

—...Rebeca... volvió a llamar, casi sin objetivo.

—¿Qué dice, patrón?

Sin notarlo, este Maradiaga de ahora, sin espada, ni chupas, ni collarines, sintió una vaga confusión. Pensó que era tal vez un cierto lastre de la democracia porque de seguro, alguno de sus antepasados señor de altas voces, no se confundiría al tomar a las hembras de estos lados con derecho de señorío. Pero él, ya civilizado, y a pesar suyo, democratizado, tropezaba con el obstáculo del consentimiento.

Ella adivinó con el instinto misterioso de la especie. Bajó los ojos... El se incorporó reaccionando ante cualquier reflexión. Así son las noches inmensas del monte abolidas de palabras.

Su figura se proyectó en la pared junto a la de ella.

—Mira la sombra...

Ella miró y se puso encendida.

El pensó que a la abuela de ella no se le había visto el rubor y tuvo una sonrisa para el abuelo Maradiaga. Esto era mejor, a pesar de todo.

Había una dulce ráfaga interior. La tomó de las manos.

Afuera, la noche estaba cargada de sagrados pólenes.

# Horizonte Quebrado

Cuando murió Sandino decidió venirse a las llanuras. Era distinto el paisaje de su tierra segoviana. Aquél, un horizonte hecho a dentelladas, éste tirado a cordel. Le sorprendió aquí la pereza de los caminos tendidos en el llano, tan diferentes, y el infinito de su mirada perdida en el lomo del mar.

Su instinto quería lavar la pólvora de tantos años terribles, vida como el horizonte de aquellos paisajes. Había que limarlos en el llano, tender al sol su conciencia, desgastar la voluntad de guerrear... olvidarse.

Se deslizó de la cordillera por el camino polvoriento; para sus piernas de potro no era necesario el potro; para eso subió duros repechos en largas jornadas y se hizo una salud salvaje.

Su juventud primera quedó diseminada en las brumas de la noche segoviana rendida en la distancia; su manta no cobijó mujer alguna; apenas el fusil, caña que le sopló la vida, calentó los sueños ingravidos. El amor, tal vez, se desplazó violento en cualquier hembra conmovida de miedo.

Ahora era diferente.

Caminó. Bajo el alero de paja de una cabaña encontró sombra en hilachas.

—Buenos días —dijo con ligero acento segoviano...

—Dios lo bendiga...

La muchacha hecha de barro, agazapó instintivamente su sonrisa. Le dio de beber y comer. El podía haberse relamido de inmediato con la presa enfrente, pero había una suave voz en la niña de piel de nispero que dulcificó los ojos; un balanceado andar que meció su celo.

Y se quedó en la comarca. Un huertero viejo le vendió el predio lindante. Se anudaron a su cuello de forastero las miradas desconfiadas de los vecinos. Esta gente siempre teme algo porque la experiencia les advierte el peligro del hombre extraño.

Pero había que trabajar. Arregló el alambrado de la huerta, empajó la casa, removió la tierra con yuntas alquiladas, repartió el maíz en los surcos.

Y en las noches tibias y húmedas de mayo, en la pubertad de la tierra, aspiraba nostálgico el perfume diluido en el campo, con las aletas de la nariz abiertas, como bestia sin pareja, como potro repleto de ausencias.

Algunas tardes se atrevía visitando a la niña. Discretamente le daba a entender que todo aquel afanarse bajo el sol, encorvarse a la tierra hasta desfallecer, era para que, algún día, le llenara ella el hueco de su tapasco de varas de guásimo en las noches calladas y truncan.

—El año que viene sembraré también frijoles...

—Ojalá que no le venga el chapulín agora...

—¿Y por qué? Ya verá después. Si alguien quiere venirse conmigo hasta yunta propia y cuajada de mis vacas tendremos...

La milpa se estaba poniendo rubia; era rubia la tierra con el vello de todos los maizales huertanos inclinándose suavemente con la brisa, mano de mujer sobre la piel de la tierra. Rubia bajo el sol de agosto, bajo este claro cielo sin secretos.

La milpa granada estaba ya de dobla; había que cuidar la del animal del monte y del que anda en dos patas, no fuera a ser que el mapachín vestido se la llevara...



Recorriendo el sembrado observó un día que alguien había desflorado unas mazorcas y decidió espíarlo. Las huellas del pie desnudo se salían del sembrado y se perdían en el trajín del camino. De seguro en cada viaje se cargaba una zurrónada.

Era necesario vigilarlo de noche. Para ello apercibió la escopeta y se fue a esperar tras unas matas. Así se le venía a los labios una sonrisa maligna de recuerdo allá en la tierra lejana, cuando en acecho, durante muchas noches, sin que se le acelerara el corazón por la costumbre, esperaba alguna patrulla para sorprenderla y despojarla. Sincronismo de ametralladoras agujereando el claro cielo, el tiro del fusil perdido en la noche...

Pero aquí no. Aquí solamente trataría de asustar al ladrón y nada más. Eso era suficiente para que no volviera. Almacenaba muchas ilusiones como para echarlas sobre el pasado. Este era un nuevo compartimiento. Desde lejos había venido al llano para tenderse suavemente en la vida apacible amando a su pareja. Ya no era animal mostrenco, o, como tigre o coyote.

Tendió la mirada sobre la huerta. Sus ojos complacidos se extasiaron en la noche diáfana. Al extremo, contra el horizonte, un filito de luna sobre la cabaña de pajas, era como pico de garza peinándose las plumas. ¡Para quien tuviera entre sus duros brazos a la muchacha aquella color de milpa sazona!

De repente se oyeron ruidos de pasos tímidos que se acercaban triscando, muy cautelosamente. Vió cómo la sombra de un hombre se inclinaba levantando cuidadosamente el alambre alto del cercado y pasaba. Su corazón, mucho tiempo en barbecho, saltó dentro del pecho encabritándose.

Creyó al principio que el intruso se metería a la huerta para saquearla. Pero no. Se vino por la ronda a la sombra de los tigüilotes y pasó a la huerta vecina. Se detuvo indeciso y luego empezó a silbar ligeramente...

Fue una sorpresa trágica para su corazón alicaído... Aquella sombra había llamado a la niña y ésta se venía jubilosa con su suave piel de fruta rubia iluminando la noche.

Ni lo supo ni se dio cuenta cómo. Pero lo cierto

es que cogió un tizón y le prendió fuego a la casa. Brasa prendida su corazón quemándole la vida. Brasa encendida quemando todo aquello que había soñado. Perro rabigacho tornó a su paisaje quebrado, mientras la noche azul se teñía de rojo con las llamas.

## FERNANDO CENTENO ZAPATA

Nació en la ciudad de León en el año de 1922 y estudió Derecho en la Universidad Nacional, obteniendo su título de abogado; durante gran parte de su vida residió en la ciudad de Managua, donde ejerció su profesión, lo mismo que el periodismo; fue también profesor universitario. En 1956 fundó el Club del Libro Nicaragüense y años más tarde la editorial Siglo XX. En 1967 se trasladó a la ciudad de León para dirigir el diario El Universal.

Ha publicado dos libros de cuentos: *La Tierra no tiene Dueño* (1960) y *La Cerca y otros Cuentos* (1963). En 1955 y en 1958 obtuvo consecutivamente el Premio Nacional Rubén Darío y ganó en 1958 los Juegos Florales de Quesaltenango.

# Cuando se llega la hora

Fue la mujer la que corrió a su hombre; porque el pobre ya no podía trabajar y si trabajaba se enfermaba y si se enfermaba era una carga para ella y para los hijos mayores.

La mujer prefirió quedarse solo y seguir criando por su cuenta a los hijos menores; porque ella siempre había sido una mujer de "fiéque" y no necesitaba ya de aquel viejo "enclenque".

El viejo agarró los pocos trapos que tenía, hizo un motete, tomó su sombrero y salió del rancho sin despedirse de nadie ni de sus hijos, ni del menor que era su adoración, porque los otros siete eran más apegados a la madre.

La tarde se hizo solidaria con el dolor del viejo: se puso nublada, allá al Poniente, unos gruesos nubarrones poníanle de vez en cuando vendajes al crepúsculo, y sobre los llanos corrían sombras precipitadamente, luego aparecía el sol, alumbraba por pedazos la inmensidad del llano y volvía a ocultarse; salía nuevamente para darle claridad a algún recodo del camino y volvía a desaparecer.

Era una de esas tardes muertas en que predomina un color opaco de ceniza y un morado que va buscando al lila. Tarde horizontal, sin espiritualidad: en lontananza solo es posible ver la silueta de alguna bestia pastando con indiferencia y el cruzar rápido de los pájaros regresando a cuidar de sus polluelos.

Los ojos de Euleuterio Sánchez, así se llamaba el

viejo, no fueron indiferentes a toda aquella demostración de solidaridad.

Para él la naturaleza era su mejor amiga, su mejor compañera. Quién como los árboles y como los ríos y como las piedras, y como todo aquello que era nacido de la madre tierra, para comprenderle mejor? Por eso a él le gustaba salir solo: y si estaba contento, se sentaba a la orilla de un río, bajo la sombra de un árbol, y allí comenzaba a reír, a gritar, a cantar, incluso, muchas veces se desnudaba, y así permanecía tirado sobre la yerba; cuando estaba triste, buscaba el llano, buscaba un árbol solitario en medio del llano, generalmente un jícaro sabanero, y allí permanecía por horas enteras aguantando sol, y abriendo los ojos hasta cansarlos, luego se iba a recostar sobre una piedra y comenzaba a golpearla con los puños, cuando ya sentía dolor en los huesos, regresaba a su rancho y se tiraba sobre el tapasco.

Eleuterio Sánchez, a los pocos años de juntarse con su mujer, había comprendido su error; él era ya un hombre entrado en años y ella una moza espigada y nerviosa como una potranca de albarda.

Se conocieron en una fiesta patronal del pueblo — para eso se hacen las fiestas patronales en los pueblos— él iba bien montado: llevaba un potro color dorado que era una estampa, su potro bailaba por caminar al son de la música con que en la plaza se celebraba el triunfo de un jinete, él iba montado sobre



una hermosa albarda que lucía un bien trabajado "curtido".

Ella, Lucía, así se llamaba aquella moza, era también una estampa de mujer, los dos eran de la misma comarca, ella era de piel morena y lisa como la piedra de los ríos; de cabellos largos y bien cuidados, como él cuidara la dorada crin de su potro; de ojos brillantes, como son de brillantes los ojos del tigre en las noches oscuras; de cuerpo duro, recto y ágil que se sacudía al menor movimiento, como esos cuerpos de potrancas que tiemblan al menor roce del aire.

Toda ella era como un plantío de caña en plena floración. Por eso cuando él la vió en la fiesta, junto al ruedo, gritando de entusiasmo cuando un jinete cualquiera lograba dominar la tempestad desbocada de un potro salvaje, se sintió resuelto a jugarse el todo por el todo. Y pensamiento y acción se hicieron uno: violentó su potro, soltóla de pronto las riendas y la bestia dio un salto, cayó junto a ella, élla se volvió asustada, sorprendida, él no le dio tiempo de hablar, ni de pensar; la tomó de la cintura y la subió, ella quiso protestarle, abofetearle el rostro, arañarlo, morderlo, enterrarle el puñal que andaba oculto, pero nada pudo, porque los brazos de Eleuterio la enrollaron hasta reducirla a la impotencia.

Eleuterio la ahogaba a besos, le mordía suavemente, pero con ansias, las carnes que junto a los pechos habían quedado desnudas en la lucha y luego la dejó caer al suelo, él partió a todo correr dejando a su paso una nube de polvo y a Lucía rabiando, envuelta en la ola de carcajadas de los espectadores.

Ella, a sabiendas que no le iba a dar alcance, le ritó con violencia el puñal, que era lo único que podía hacer.

La llama quedó encendida. Se volvieron a ver, se juraron amor eterno y se fueron a vivir solos.

El trabajo y el amor pronto envejecieron a Eleuterio. En cambio ella por cada hijo que tenía, reventaba en nueva floración de sexualidad; brotaba en ella una naturaleza fresca, y a pesar del trabajo que le daban sus ocho hijos, siempre sus senos dibujaban

sombras triangulares sobre el llano, a la caída de la tarde.

●  
Cuando la mujer corrió a Eleuterio, éste se fue sin protestar. Se agarró al paisaje y se dejó llevar por el camino; caminó hasta donde aguantaron sus piernas, caminó primero sobre la tarde, después sobre la noche y luego sobre la madrugada, y allí se quedó, volviendo a ver para atrás y se dijo: ya estoy lejos, muy lejos de ella...

Pero de pronto el relincho de unas bestias le llamó la atención, y contempló, allá sobre una pequeña altura, que dos potros salvajes luchaban a muerte; un potro ya maduro, con otro en cuyos ojos brillaba la juventud. A un lado, como espectadora silenciosa, una potranca de albarda temblaba al solo roce del aire y observaba con todo su cuerpo aquella lucha; la potranca se movía de un lado a otro, relinchando de vez en cuando, alzaba el cuello como para ver algo cuando la lucha se veía indecisa, corría junto a ellos y volvía a retirarse, rascaba el suelo con las patas, alzaba la cabeza y pelaba los enormes dientes, brincaba a diestra y siniestra, hacia atrás y hacia adelante, se paraba en las patas traseras y con las otras dos hacía cabriolas en el aire.

Mientras tanto, la lucha salvaje seguía. Por fin, el potro maduro cayó vencido, pero no se corrió, cayó sobre la tierra y el potro joven le remataba con los cascos delanteros, dejándole caer todo el peso de su cuerpo.

El viejo Eleuterio no pudo presenciar aquel crimen, y fue a espantar al vencedor. Se oyó un relincho, el potro joven salió corriendo, adelante iba la potranca, de pronto pararon, y, allá en pleno sol, sobre la alta cima lanzaron un nuevo relincho desafiante y comenzaron a acariciarse.

El potro viejo iba muriendo poco a poco. Eleuterio esperó hasta que expirara, y cuando comenzaron a bajar las primeras aves de rapiña, el viejo siguió su camino.

A la salida nuevamente del sol volvió a ver por atrás divisó aún las aves de rapiña y siguió adelante más adelante; sobre otra tarde, sobre otra noche, sobre otra madrugada...

## El viaje

Al pasar el vehículo dos mujeres desgañadas es-tiraron sus huesidas manos para que se detuviera.

—Indias brutas —dijo el chofer—, como si es caballo el que voy manejando.

Las mujeres discutieron el precio de la "levada" con el conductor. Al fin treparon.

La primera saludó con las encías al subir: los

dientes delanteros se le habían escapado, dejando una ventana abierta por donde le silbaban las palabras.

Con la segunda, subió la "marimba": siete caritas lánguidas y alunadas —como mangos alunados— dos gallinas, un perro flaco y sarnoso, un gato chellico, con una quemada de manteca caliente en la cara, y un motete de ropa sucia, que hedía. Todos ellos también hedían.

Se sentaron juntos, apfiados, miedosos, como queriendo darse calor, las mujeres en medio, los cipotes a los lados, uno iba chineado, la mujer lo arrullaba y trataba de cubrirlo con unos harapos andrajosos que si le tapaban la carita se le salían los pies. El muchacho iba emberrinchado.

¡Va con la calentura o es que lleva hambre este jodido! —le dijo a la compañera que llevaba otra cipota cargada. La criatura volvió a verla con unos ojitos rojos que le salían de unos párpados hinchados; tosía con dificultad, como si una mano le apretara la garganta, se retorcia, por los pies y la carita— carita de ángel de iglesia abandonada, le iba brotando el sarampión.

La mujer ya no aguantó más, porque todos los del "chunche" le iban protestando por el berrinche y se levantó la camiseta para darle de mamar; el muchacho no mamaba, pero ya llevaba un tapón en la boca, un tapón sucio, negro, tierroso, con unas venas moradas y gruesas que se le metían en la boca. El muchacho se durmió o se desmayó, pero terminó el berrinche y terminaron también las protestas.

El vehículo que iba sin escape, hacía un ruido de los demonios y subía en primera la cuesta del cerro, un cerro panzón, que llevaba la carretera apretada a su barriga, como un fajero.

La mayorcita de aquella extraña carga, una niña de siete años, seguía con los ojos el paisaje, unos ojos amarillos; su pelito lacio, suelto al viento, hacía cosquillas a la otra hermana que se le recostaba en el hombro, ésta iba mareada, sudaba helado, por fin vomitó sobre las gallinas, las que no hallaron qué comer en aquél vómito blanco, chirre, espumoso. El perro lamió, la sombra húmeda que había quedado pegada en el piso.

La muchachita se sacó un sonoro coscorrón en la cabeza.

Sobre la carpa del "chunche", el sol hervía, y los frágiles espejos del viento quebrábanse al pasar.

Siguiendo la carretera, volaba un río con sus líquidas alas, por fin, como una lanza, se metió en el monte y desapareció...

Una mujer ciega, con una cara picada de viruelas "volaba" a las criaturas porque la iban apretando.

—Muchachos brutos, parecen animales —les dijo la ciega con voz colérica.

Los muchachos, al verla, le tuvieron miedo y se enrollaron como un yagual.

—Va pues, —contestaron las mamas, y el ruido del motor hizo chingaste las demás palabras, que le salían silbando por la ventana de la dentadura de una

de ellas, envuelta en la saliva prieta de su chilcagre.

La vieja al oírlas, abrió los ojos, no vio nada, y se quedó callada.

A la entrada del pueblo, el "chunche" se paró en seco, se sacudió el polvo violentamente y siguió temblando su parálisis.

Todos los del "chunche" también temblaron.

El conductor, un negro con una negra conciencia, saltó de la cabina como una fiera en acecho y comenzó a cobrar: siete... ocho... nueve córdobas... El niño de pecho también paga...

Las mujeres esculcaron el moteta, lo revolvieron, y dentro de los trapos sucios que hedían (ellos también hedían), sacaron los "riales" y comenzaron a contar...

La mano del cobrador se abría como una maldición: cinco puñales de avaricia clavados en el corazón de la miseria.

—Señor, rebájenos que no nos queda ni para la comida, mire que no hemos pasado bocado desde que salimos...

El "chunche" pitaba y pitaba, iba atrasado en su itinerario. El conductor al despedirse le arrebató de la mano el último peso a la mujer, y la mano quedó vacía, como el estómago de aquella extraña tropa.

El niño de pecho sufrió un ataque y otro y otro: se setiraba, se encogía, se iba poniendo morado, la boquita espumosa y torcida, los ojitos brillantes; otro ataque, y por fin un suspiro...

La madre gritó, todos los cipotes también gritaron.

El "chunche" salió huyendo, envolviendo con su ruidaje las lamentaciones. Los gritos de angustia y de dolor se partieron en el filo de aquel rayo de sol que caía indiferente sobre la tierra.

Los curiosos acudieron con los ojos abiertos, abrieron la boca y, alguien caritativo, propuso comprar las gallinas: —Ocho pesos por las dos...

—Si me costaron cinco cada una, señor, no me haga perder... Por caridad, señor es una ayuda...

—Siete cincuenta, si se resuelve ya...

—Siete, si los quiere, y antes que me arrepienta.

La mujer tomó los siete pesos. De sus brazos se le escapó un soplo de vida; que como una hostia arrugada se hundió en el misterio...

En la extraña tropa iba uno menos.

La tierra estaba caliente, hervía...

La mujer cargó con el perro que lloraba, y siguieron el viaje...

## FERNANDO SILVA

Nació en la ciudad de Granada en el año de 1927 y pertenece a la generación literaria que se dio a conocer al comenzar la década de 1950, y a la que pertenece también Ernesto Gutiérrez.

Pasó su infancia en el puerto del Castillo, en el río San Juan, lo que marcó definitivamente su obra de poeta y de cuentista; se graduó de médico en la Universidad Nacional y vive en Managua donde ejerce su profesión de pediatra. Es, además, académico de la lengua.

Sus libros publicados son: *Barro en la Sangre* (1952), poesías; *Cuentos de Tierra y Agua* (1965), *El Comandante* (1969); novela y *Otros 4 Cuentos* (1969).

# El bote

—¿Y ese es suyo?

—Sí; también aquella otra —me dijo señalando a la muchachita.

—Vení, vos, dé los buenos días, malcriada.

La muchachita era toda dundita, se parecía a una palomita de barro.

—Aquellos otros son también míos —nos dijo la vieja señalándonos a otros negritos que estaban jugando agua.

Con nosotros andaba el Sultán, el perro de la finca. A la vieja le gustó el animal, le pasó la mano por el lomo y me dijo:

—¿Y éste que corre?

—Pies todo —le contesté.

—Es bueno —me dijo y le sobó la cabeza.

—¿Y aquí vive sola? —le pregunté yo.

—Unas veces —me dijo.

El rancho de Los Robles mejor parecía una jaula. Había adentro un cocinero, un jicarero con unos tarros y un guacal en un banco tapado con un trapo sobre el que estaban pegados un montón de chayules.

Nosotros nos habíamos venido por el camino para entrar al río por la loma de Los Robles porque el llano estaba lleno.

—Señorá —le dije yo a la vieja— me puede facilitar un bote? Le voy a pagar el alquiler.

—Si no hay bote —me contestó.

—¿Y ese no es de aquí? —le dijo señalándole uno que estaba amarrado en la orilla.

—Ese bote no.

¿Y por qué?

No me contestó la vieja; a mí me pareció raro.

—Vea —le volvía decir— y por qué no me lo alquila?

—No —me dijo— no se puede, ese bote no se alquila.

Entonces ya no le dije ni media palabra de bote. Pero al rato y sin volver a verme, como si no fuera conmigo. Cogiendo de un lago para otro, apartando un taburete, arreando una gallina, pepenando un palo, me fue diciendo:

—“Ese era el bote del difunto Pedro. Yo vine aquí de la Azucena, hace años, de aquí era él. El hizo este rancho y yo le tuve estos hijos. Pero él se me enfermó del bazo, se me fue poniendo mayate, mayate; no hubo remedio que le llegara, arrojó la bilis, después solo los huesos era, hasta que quedó en ánima. Este bote era dél”.

La vieja se levantó a arrear un chanco que se estaba rascando en la pata del cocinero, después volvió y siguió:

—“Y no le gustaba que se lo tocara nadie”.

—Panchó! —le gritó al muchacho— ¡Ve a ver si no anda la yegua en los siembros!

—“El dijo que ese bote era dél” —me volvió a repetir la vieja.

—Julián! —le gritó al otro muchacho, que andaba con un mecatito—. Andá traeme unos palos pal fuego.

Luego la vieja se levantó de donde estaba.

—Ni yo lo ocupo —me dijo y se volvió a sentar.

# El Vuelto

Nada de embarcación?

—Nada amigo... tal vez en la tarde.

—No creo.

—Tal vez amigo... tal vez —repitió el otro.

—¡Ojalá, pues...! —dijo don José.

El otro iba con una vara de pescar y un saquito; pero se quedó parado, malicioso, viendo a don José que iba atravesando la calle, después la acera y entraba a la pulpería que quedaba a un lado.

—¡Ehs! —se dijo el otro. Esperó un rato allí y después se fue al muelle a pescar.

—¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Qué no hay nadie que despache?

—¡Ai va! ¡Ai va! —gritaron de adentro.

El ruido de los platos en la cocina y el olor de la manteca frita se venían hasta afuera.

Una vieja salió por una puertecita del fondo. La vieja alzó la vista para ver quién era. ...Y se asustó; pero pudo disimular agarrándose el delantal con las manos.

—¿Qué quería, don José? —le preguntó tembándole la voz.

—Que si tiene puros...

—Están solo de los chiquitos.

—Bueno.

La vieja se acercó a la mesa, destapó el tarro de los puros y revolviéndolos adentro con la mano, volvió la cabeza y le preguntó:

—¿Cuántos va a querer?

—A ver... —dijo don José— deme cinco reales ¿a real son?

—A real —dijo la vieja, sacando los puros.

—Bueno pues, deme cinco.

La vieja le pasó los puros. Don José los olió y le dio a la vieja un billete.

—Uhhm! como que no voy a tener suelto, don José.

—¿No tiene vuelto?... Pues ai me los da después.

La vieja se fue para adentro a ver la cocina. Don José se quedó allí como otras veces; se fijó en una muchacha que estaba barriendo y se le acercó.

—Vos estás sirviendo aquí? —le dijo.

—Sí —le contestó la muchacha empujando la basura.

—De dónde sos vos? —le preguntó— de San Carlos?

—No —le contestó— de aquí no más de Santa Cruz.

—Ah! —dijo don José— ... y aquí vivís.

—Sí.

—Cómo te llamás?

—Carmen.

—¿...Y no salís?

—¿Adónde voy a ir?

—Ah!... pues por ai... ¿que no te gusta pasear?

La muchacha lo quedó viendo... dio la vuelta, sonrió y le dio un escobazo al perro que se levantó y se fue a echar bajo la mesa.

¿Qué te dijo ese hombre? —le preguntó la vieja a la muchacha.

—Nada... que si era de San Carlos.

—Ah!

La vieja olió la sopa y con la cuchara sacó un poquito que echó en su mano y después la probó.

—Pasame la sal —le dijo a la muchacha.

La muchacha le trajo un huascal viejo con sal.

—Te he dicho que no andés hablando con extraños.

La vieja levantó los hombros y se sentó. La muchacha recogió una astilla del suelo, la metió en el fuego y después se fue al patio.

Don José llegó al muelle y encendió un puro.

Idiay don José —lo saludó al otro que estaba pescando.

—...Idiay —le contestó don José— ...ha cogido algo?

—Ni uno.

—Mal día —dijo don José.

—Malo para unos... bueno para otros... —le dijo sonriendo el otro.

Don José se puso a caminar por el muelle.

El otro sacó la cuerda del agua, le puso otra carnada al anzuelo y enseguida lo tiró más largo.

—Va llover! —dijo. Después amarró la punta de la cuerda a un poste del muelle y se vino a platicar con don José.

—¡Carmen! ¡Carmen! —gritó la vieja.

—Ai voy! —le contestó la muchacha y se vino para donde ella.

—¿Onde estabas?

—Afuera, sacando unos trapos.

—El lunes que venga Clemente te vas a ir con él —le dijo.

La muchacha hizo un gesto de tristeza con la boca.

—El lunes... —repitió.

—Sí hija.

La vieja se sentó en el taburete y la muchacha se le acercó a un lado y la quedó viendo.

Don José oyó al otro lado con la boca abierta, botó al agua el puro que estaba fumando y pálido le preguntó:

—¿...Y quién te dijo?

—Jesús... y eso quién no lo sabe? Es que usted no había vuelto por aquí don José; tanto tiempo de vivir en la Barra... y claro, no sabe nada... Ah; pero yo desde que lo vi llegar a la pulpería me supuse...!

La muchacha no dijo nada. La vieja terminó de hablar y se levantó a menear la sopa.

—Hay cosas en la vida, hija... que...

La muchacha interrumpió.

—...Y no sabe nada mi papa Clemente.

—Si sabe hija... y quién no lo sabe?

—...Y mi mama nunca me dijo nada —y repitió — nunca me dijo nada.

El otro vino a ver la cuerda que estaba picando. El río estaba manso, un nubarrón se iba levantando y se veía un poco nublado.

Don José le puso la mano en el hombro y el otro se enderezó turbado.

—...Que qué se hizo la Luisa?

El otro lo quedó viendo y tartamudeó.

—...La ... la... la... Luisa... ¡idiay, se murió!

—¡Se murió! —exclamó don José, apretándose el labio de abajo con los dientes.

—...Y el viejo Clemente se hizo cargo de la muchacha —dijo el otro, sacando un poquito la cuerda del agua.

—...Y ella sabe todo?

—Yo no sé, don José... quién sabe.

## Saturno

Aquí no es donde nos dijeron —me dijo mi compañero.

—Esperate —le dije— mejor voy a preguntar.

—Señorá —llamé a una mujer que pasaba en la acera. No sabe usted si vive por aquí doña Lola Gaitán?

—Allá —me señaló la mujer, estirando la mano— después del poste de luz.

—Ah... bueno. Muchas gracias.

Entonces nos subimos a la otra acera. La calle estaba húmeda y se sentía el olor que viene del lago, un cierto olor a lodo y sardinas.

—Ojalá que encontremos comida a estas horas —me dijo mi compañero.

—Vamos a ver —le dije.

Nos paramos y golpeamos en la puerta del zaguán.

—Es en la otra puerta —nos dijo un muchacho. Entonces nos fuimos a la otra puerta que estaba abierta y entramos. Había una salita con piso de madera y varios asientos colocados a la orilla de la pared con los balancines para arriba porque estaban barriendo.

—...Y la vieja?

—La vieja, sí. ¿Si no era pariente de la difunta? El viejo Clemente la ha criado como su hija dél... y, cómo la quiere!... y siempre viene a verla. Don José bajó la cabeza y suspiró.

—Lo que es la sangre! —dijo al otro.

La vieja se vino para la puerta, se asomó y vio venir a don José que venía subiendo la acera.

La vieja volvió a ver adentro nerviosa, tosió... y cuando don José ya estaba cerca, la vieja se adelantó a donde él.

—Aquí tiene el vuelto, don José.—le dijo.

El hombre cogió el dinero y se lo metió en la bolsa.

—Este... este... —tartamudeó la vieja— yo quisiera hablarle don José... si usted me lo permite.

—Sí, ya sé... ya sé —le dijo don José; mientras con la mirada buscaba adentro de la casa hasta que vio a la muchacha que estaba allá de espalda. Entonces dio la vuelta volvió a cruzar la calle, bajó por un paredón de piedra y se acercó a coger su bote que tenía allí.

La muchacha titubeó y se vino para afuera.

Unas gotas comenzaron a caer con ruido sobre el río y se sentía ya el aire de lluvia.

Don José se empujó de la orilla y cogió la corriente río abajo.

La muchacha tenía los ojos llenos de lágrimas.

Don José pasó el bote junto al otro que estaba pescando.

—Adiós, pues! —le dijo.

—Adiós! —le dijo el otro.

—Buenas tardes —dijimos.

—Pasen adelante —nos contestó un hombre que estaba componiendo, a la luz de la ventana, la pata de unos anteojos. Atravesamos la salita y salimos a un corredor que quedaba en alto y desde donde se divisaba el lago y las tejas de zinc manchadas de sarro de una bodega.

Abajo había un patio con piedras y un gran palo de jícara bien verde.

En el corredor encontramos varias mesas con manteles y en una de las mesas, dos hombres que estaban terminando de comer.

—Sentémonos aquí —le dije a mi compañero. Nos sentamos y mi compañero se sirvió un vaso de agua del pichel que estaba puesto.

—Ah! —exclamó, escurriendo el vaso—. Me venía secando de la sed. Al rato solió una señora de adentro y se acercó.

—Buenas tardes —dijo.

—Buenas tardes —le dijimos—. Queríamos saber si nos pudiera servir algo que comer.

—Vamos a ver —nos dijo sonriendo—. Como es

tan tarde... se esperan un momento... Y se detuvo a mirar a mi compañero.

—Usted es Silva, verdad? —le preguntó.

—Sí —le contestó mi compañero.

—Hijo de don Chico?

—Sí.

—...Y qué se ha hecho don Chico? Tiempo tengo de no verlo.

—Está en Granada.

—Pero está bien?

—Sí. Ahí va... más o menos.

—Me lo saluda.

—Como no.

La señora dio la vuelta y volvió a entrar en la cocina.

Uno de los hombres que estaban sentados en la otra mesa, saludó a mi compañero.

—Donde quiera te conocen a vos —le dije.

—Callate —me dijo—. Ese es mi amigo don Chemita.

—Don qué...?

—Don Chemita!... Ya va a empezar a hablar... —me dijo, oflo—. Yo volví a ver a mi compañero.

—Bueno —le dije.

—“Fue en mi viaje a Upala” —empezó a hablar don Chemita alzando un poco la voz, como para que lo oyéramos.

—Ajá —le dijo el otro que estaba con él, y se sonrió con nosotros.

—“Yo tenía unos reales regados —siguió don Chemita— y me fui a recogerlos. Me voy a aprovechar del viaje —me dije— para traer unas cuatro fanegas de frijoles que me habían encargado, y también me alisté algunas cositas para vender allá. Usted sabe, amigo que este su amigo siempre anda algo que vender. Bueno pues, me fui en el remolcador de los Pachicas. Salimos sábado, calculando yo estar de vuelta el miércoles para así coger el vapor Victoria para Granada, porque también quería llevar a Granada un cacao que pensé comprar en Upala.

—Buen cacao el de Upala y más barato que el de Rivas. Bueno pues, llegamos sin ninguna dificultad a Upala. El remolcador de los Pachicas se vino el domingo, temprano. Yo no podía venirme el domingo porque hasta en la tarde terminaba de hacer mis cobros, sobre todo tenía que esperar el lunes para comprar el cacao y terminar de recoger lo que me hacía falta de los reales. El lunes y el martes cobré casi todo, y vea, con buena suerte, recogí como trescientos pesos y conseguí buen cacao y unos frijoles muy hermosos y a buen precio. Me alisté de todo y pensé venirme en bote a San Carlos. Ya era martes, como le dije, y entonces me fui a buscar a un hombre para que me trajera; pero es difícil con esto de que ahora todo mundo solo coge para la montaña con la cuestión de la raicilla; la pagan bien, pero a mí nunca me ha gustado trabajar con raicilla... es muy expuesto. Bueno pues, me cogió la tarde buscando al hombre, hasta que una señora me recomendó a un tal Saturno. Me dedico pues a buscar al tal Saturno... y amigo, lo encuentro en una cantina bien picado. Ni pensar! —dije yo— cómo me voy a exponer a

irme con un picado. Me volví donde la señora a contarle.

—Tal vez sabe de algún otro? —le digo.

—No don Chemita —me dice la mujer— si ese solo vive picado, así trabaja él. Es verdad que es picado; pero así como lo ve, es muy honrado.

—Ehs! —me dije yo— ni lo conozco y yo con estos reales en la bolsa. Con lo que le cuesta a uno hacer sus realitos... verdad? Pero también pensaba que si esperaba hasta la otra semana que viniera el remolcador. Qué iba hacer yo allí en Upala gastando en pensión y comida? Y con los frijoles, el cacao y los reales; y más que tenía esperanzas de coger el vapor Victoria el miércoles en la tarde... cómo hago —me dije; y entonces volví a buscar al tal Saturno.

—Yo le hago el viaje —me dijo— en la madrugada estamos en San Carlos —me aseguró.

—Pero no siga bebiendo —le digo.

—Ah... nó! Eso, no —dice Saturno, muy serio—. Yo trabajo, pero picado. Sin trago yo estoy perdido —y se rió—. Jua! Jua! —enseñando unos grandes dientes como clavijas.

—Ah, pues nó! —le respondí; y me volví a dar vueltas por las calles a ver si me conseguía alguno otro. No! Qué va! —me decían—. Ese viaje solo Saturno se lo hace. Bueno —me dije— ... qué vamos hacer! Y me volví donde el hombre.

—Bueno, Saturno —le dije— alístese, pues.

—Así me gusta —me respondió.

—...Y dónde tiene el bote?

—Allí abajito.

—Pues que no nos coja la noche —le dije.

Comenzamos a cargar. El hombre no parecía, en dos horas tenía cargado el bote. Yo lo esperé otro rato porque se fue a traer una palanca y el saco ahulado con sus cosas. Cuando volvió me fijé que traía un litro de guaro en la mano.

—Ah... no! —le dije—. Más guaro, no.

—Trato es trato —me dice— Ud. quiere que me muera de la goma?

—Vámonos pues, de una vez —le digo... porque, qué iba hacer?

Ya era de noche; no había luna. Yo me senté adelante entre los sacos y Saturno atrás, canaleteando.

—En el nombre de Dios! —dije yo cuando ya doblamos y se perdían las luces del muellecito.

—Tal vez me pueda dormir un rato —pensé yo...y que en la madrugada ya estemos en San Carlos.

La noche estaba bien oscura. Voy a rezar el rosario —dije y comencé por contar los misterios en los botones de la camina y las Ave Marías con los dedos, pero me aburrí. Me puse a pensar un rato. Solo se oía el golpe del agua y los pujidos de Saturno empujando con el canaleta. Allá, de vez en cuando, jalaba el litro de guaro y se lo empinaba. Hasta donde estaba yo oía saborearse al hombre.

—No quiere un quemón, don Chemita? —me dice.

—No, hombré —le contesté— yo no bebo.

—¡Ehs! —pensé yo—. Este como que quiere picarme. Qué difícil se gana uno sus reales...

Y este hombre —pensé—. ¡Qué pierde con nada! Conmigo, por ejemplo. Además, este hombre

ha de saber que yo traigo dinero y que traigo además unos buenos reales en frijoles y cacao...!

Cuándo que no! Cómo no va a saber esta gente lo que cuesta un saco de frijoles o de cacao? Si viven en esto.

A un picado —seguí pensando— se le puede meter cualquier cosa y después? Con decir: Yo no me acuerdo. O si no: Yo no sé; se ha de haber dormido más don Chemitá.— ¡Carajo! ¡Qué vaina! Porque además es verdad que si me duermo y me voy al agua, me ahogo... yo no sé nadar. Y bueno, dirán: A quien se le mete en la cabeza montarse en un bote, de noche, con un picado.

¡Dios mío! ¡Qué horrible pensamiento se me vino! si a este hombre se le mete darme un canaletazo. Con la oreja del canaleta me hunde la cabeza y me mata de un solo. Como era de noche— puede decir— lo agarró una rama de guabo y lo golpeó.

Y aquí quién va a averiguar nada?... .. si averiguan? Yo ya muerto?... para qué?

Entonces pensé hablarle, para coger confianza. Va a notar que tengo miedo —pensé—. Mejor espero que él me hable... y así me estuve cavilando, hasta que al rato, me dice:

—Don Chemitá... y ya vendió todas las alhajas que trajo?

Carajo, —pensé yo— este está averiguando si traigo alhajas.

—Todas las vendí —le respondí, rápido.

—Yo necesito comprar una esclavita. Se la quería regalar a una jaña que tengo —dijo—, y ¡jua! ¡jua! —se rió.

Voy a cambiar la conversación, pensé.

...Y vos sos de aquí, Saturnó —le pregunté.

—No...

—¡Ah...!

—Yo soy del Arenal —dijo enseguida. Aquí he vivido, sí.

—Tenés aquí a tu mujer y tus hijos?

—Los hijos se murieron.

—¡Ah...!

—¡Quién sabe! —dijo—. Se morían cuando iban naciendo.

—Alguna enfermedad —le dije yo.

—¡Jua! ¡Jua! —se rió.

—¡Carajo! —dije yo—. Qué feo se ríe este hombre!

Seguimos callados, se veían unos relámpagos, como que iba a llover.

—Don Chemitá —me dice al rato—. Ya estoy picado. Mejor nos arrimamos por ahí... a ver si duermo un ratito; y luego seguimos. Parece que ya va a empezar a llover.

¡Ehs! —me dije yo—. Ahora sí se pone peor la cosa. Este me puede matar aquí y me deja allí tirado en el monte.

—Es mejor que sigamos —le dije.

—No —dijo él— quiero echar un peloncito.

Sentí el ruido del bote al entrar la proa en el lodo de la orilla. Yo me quedé donde estaba y empecé a rezar. Me acordé de mis pecados. De suerte que yo no le hecho mal a nadie. Es verdad que he vivido

del comercio; pero esto es un “te quito” y “me quitas”, usted conoce este negocio... y además, no le pagan a una todas las aflicciones.

Bueno pues, al rato ya estaba roncando el hombre... bien dormido. Y ahora era otra penca; empecé a tener miedo de verme solito y el terror de que si me agarraba de un gamalote, lo menos que podía encontrar era una culebra y si no me agarraba, la corriente nos arrastraba hasta ir a dar a un banco de arena y allí acabar mis días.

—Don Chemitá —me dice al rato— usted le tiene miedo a las culebras?

—Pues, ¡sí! —le dije.

—Aquí hay muchas. Usted conoce la Barba Amarilla? Pues mata a una danta. Y la Toboba? Pues pica, y después uno se hincha como un tronco. Una Toboba mató a un tío mío... Y usted conoce al patotoboba?...

—No —le respondí molesto de su conversación.

—Pues es igualito a un patito, mediano y cenizo, anda a las orillas... y es igualito al piquete de una culebra.

—...Y anda de noche? —le pregunté preocupado.

—Pues, casualmente: solo de noche —me dijo.

Qué val —pensé yo— nunca he oído que una ave sea venenosa.

Pero en fin, ya sé; este hombre me quiere meter en miedo.

Pero yo no tengo miedo.

Empezó a llover y yo tenía frío... ¡Dios mío! —dije— si salgo bien de aquí le voy a dar cien pesos al cura de San Carlos para que arregle la pared de atrás de la Iglesia... y cincuenta pesos para los pobres... y cincuenta pesos más para las monjitas del Hospicio de Granada. Ya suman doscientos pesos, —pensé, haciendo la cuenta—. Qué? —dijo, apartando las ideas mezquinas que a uno se le vienen. ¡Promesa es promesa! El hombre estaba dormido otra vez... llovía más recio. Yo, francamente me sentía ya medio muerto. Veía luces en el monte; oía ruidos horribles adentro de la montaña. A veces me parecía que volaban serpientes en el aire... ¡Don Saturno! ¡Don Saturno! —lo llamé varias veces; pero el hombre estaba bien sorneado.

A mí me empezaba a doler un brazo... ¡Caramba...! Y es el brazo izquierdo. ¡Al lado del corazón! ¡Me va a venir un ataque! —pensé—. Tan bruto, que nunca fui donde el doctor; por no pagar los cincuenta pesos... pero es que uno tiene que trabajar, y no queda tiempo. Ahora prometo que voy a ir.

Estaba temblando, me dolía la nuca y la parte de atrás de la cabeza y también tenía una pierna entumida. ¡Este es parálisis! —pensé—. Aquí acabé mis días. ...Y si pierdo la voz?

—¡Saturno! ¡Saturno! —grité.

Pues todavía puedo hablar —me dije. Pero si perdiera la voz, o si me agarrara un animal? Qué cuenta se va a dar este picado? Y los reales que tengo en la bolsa? Se van a perder. Mejor los voy a sacar de la bolsa; pero si los dejo aquí en el bote...

Quién va a saber? Allí se van a estar hasta que los tiren cuando achiquen el bote.

Estaba muy nervioso. Sentí calambres en todo el cuerpo... no sé, me pesaba la cabeza y la rabadi-lla... y me dormí.

Me dormí acabado... hasta venir a despertarme de un brinco...

¡Algo me despertó! ¡Qué susto!

Cogido de la mura del bote y casi echado sobre mí estaba la cara de Saturno... ¡Ay! ¡Ay! —grité.

¡Jua! ¡Jua! —se rió Saturno con sus grandes dientes de clavija. ¡Echéel —me señaló con la mano.

—¡San Carlos! ¡San Carlos! —grité divisando al puerto.

¡Qué dicha! ¡Estábamos frente a San Carlos! Habíamos dormido allí nomasito del puerto.

—Es que anoche no quise meterme al lago —me dijo ¡No ve que había mucho viento!

—¡Caramba, Saturno! —le dije. ¡Qué bien pensado!

Este es un hombre bueno —pensé enseguida. El es un picado, verdad; pero como me dijo la señora de Upala... buen hombre y sobre todo honrado.

Así fue que atravesamos en solo la mañanita el lago y a las ocho estábamos en el muelle de las gordas. Allí no más arreglé el descargue y ordené que me pasaran los sacos a la bodega del Ferrocarril para manifestarlos en el Vapor Victoria... y loco de contento me traje a Saturno a comer.

Saturno me quedó viendo.

—Ah; sí! —dije riéndome. Sírvamele un buen trago y después su desayuno.

Después que comimos le pagué. Doce pesos me cobró por el viaje, yo le regalé diez pesos más... y todavía me lo llevé a mi pieza y le dí un par de botas que tenía todavía buenas, una camisa kaquis y un sombrero. Le recomendé que no volviera a beber,

Saturno me quedó viendo y después se rió. Lo fuí a dejar hasta el muelle y se fue contento.

Aquel día yo me apuré para hacer todas mis evoluciones.

Vendí bien parte del cacao y los frijoles. A las tres, me alisté y me fui para el barco que estaba fondeado bastante afuera. Me fuí en la gasolina de Chepe Rayo. Antes, el vapor Victoria se quedaba bien afuera, por las Balsillas... Se acuerda? Dos horas era por lo menos que uno tenía que navegar para coger el Vapor.

Yo iba alegre... y no quería acordarme de todo lo de la noche anterior. Cuando ya íbamos bastante afuera, dice Chepe Rayo: Allá diviso un bote que va solo... Me levanto yo... y... ¡Claro que lo reconocí... se picó con los reales que le dí... ¡éi era tan bucno; pero tan picado! Le ha de haber soplado viento, y el hombre bien picado cayó al agua... ¡¡Vamos! —grité—. ¡Vamos al bote! Y viramos a un lado. El remolcador volaba. ¡Más rápido! —les decía yo. Apagamos el motor y nos acercamos canale-teando... ¡Pobre Saturno!... ¡pobre!

Cuando ya nos acercamos hasta llegar... ¡Qué susto el mío!

—¡Carajo! —grité yo.

En el plan del bote estaba echado Saturno, bien picado y cuando me vio: ¡Jua! ¡Jua! —se rió enseñando los grandes dientes como clavijas".

El hombre que estaba con don Chemita nos volvió a ver riéndose.

Yo también volví a ver a mi compañero que se había quedado ido oyendo a don Chemita...

—Te gustó —le pregunté.

—¡Claro... hombré!

—Esto está bueno para un cuento tuyo.

—Sí —me dijo.

Y lo escribió.

## RAUL ELVIR RIVERA

Nació en Honduras en el año de 1927, pero es uno de los más valiosos escritores nicaraquenses. Ejerce su profesión de Ingeniero Civil en León y ha publicado un libro de poemas, "La Rama y el Cielo", editado por la Universidad Nacional en 1961. Ha viajado por Europa y vivió algún tiempo en Francia. Prepara un segundo libro de poemas.

# Don Pastor y los Venados

De cuando en cuando mi afición a la caza, me empuja hacia los montes en busca de la aventura. Y la emoción comienza desde el momento en que despojado de los habituales ropajes, cotidianos, calzo mis botas campestras y respiro anticipados aires de llano.

El ajuar de un cazador es simple y directo: pantalones de tela fuerte, camisa manga larga, botas al-

tas, cantimplora, cartuchera para las municiones, hama-ca, lámpara de tirar y las armas.

El cazador quiere a sus armas como un caballero a su dama. He visto a más de un cazador hablarle a su escopeta y a otros, cuando la cuelgan en el clavo, mirarla como a una mujer.

Y otra cosa: no hay cazador sin amigos. El espíritu de camaradería se da en ellos con plenitud. A



mí me ha parecido a veces, cuando he oído sus gritos llamándose en la montaña, que esos gritos eran más decisivos que los abrazos y las carcajadas.

Este relato es en parte un homenaje a esa amistad, nacida y mantenida por la comunicación del hombre mismo con la Naturaleza.

Mi compañero de caza y yo contamos con un tercer amigo, el cual es dueño de un rancho en el monte, donde ha vivido siempre y seguirá viviendo. Por ahora, vamos en busca de él.

Aquel tiempo era marzo. Verano en Nicaragua, con sus soles ardientes y sus lunas espléndidas. Caminos polvorientos hollados por el caite y la carreta, cercados tambaleantes, cayéndose y levantándose, mordiendo la yerba seca. Los llanos se desparan, como una piel sin término, suben hasta los cerros ondulantes, atravieran cercados y blancos algodonales, y se detienen al pie de la cordillera. Los volcanes les miran impassibles como viejos caciques. El valle, rechazado, se inclina hacia el mar. A su regreso, como los dedos de una mano, se abren los caminos: caminos pequeños y temblorosos que se pierden entre las hojas, grandes caminos hollados por el incesante pie trabajador del hombre, caminos para los ranchos, el encierro, los bebederos, la milpa, la montaña, la ciudad y hasta caminos para ninguna parte. Pero dentro de la masa informe de lo bruto, los caminos ordenan el espacio y le dan sentido al paisaje.

Cuando llegamos, don Pastor nos espera en la puerta. Es un hombrequito de unas ocho cuartas, los pantalones arremangados hasta la mitad de la canilla le dan cierta estabilidad y la ancha sonrisa lo parte por la mitad de la cara.

El rancho humea, los leños crepitan en el fogón y entre los horcones de la cocina se ve la espalda de la mujer como un balancín sobre la piedra de moler. Un par de perros atareados nos olfatean los zapatos, se nos quedan mirando de pies a cabeza y luego dan vuelta marchando con paso trotón en busca de algo más interesante.

En el rancho tenemos una posición envidiable por estar situado en una loma que si no domina completamente el paisaje, da una sensación de señorío sobre las cosas que nos rodean.

Una guitarra en el valle, da profundidad a la noche. Su música penetra en lo oscuro y se difunde como un tacto que palpa lo bruto. Establece el contacto armonioso de los ruidos. El viento nos la trae crecida y alborozada y luego se la lleva en jirones por el valle. La sentimos crecer y morir, ir y volver, parece que se acuesta en las lomas y que se encorva sobre los árboles.

Mi hamaca pende entre dos horcones y desde aquí diviso la lumbre del rancho lejano de donde proviene la música. Nuestra conversación mana como un líquido, monótona y constante. Los relatos de caza de mi compañero me hacen pensar que la montaña está despierta ahora y no dormida como me la imaginara. Don Pastor está sentado en una tabla que le sirve de banca y sus pies cuelgan entrelazados como una hor-

queta. El resplandor del fogón alumbra parcialmente su pecho desnudo y delgado. Desde la pared de varas del rancho apuntan los cuernos de un venado e imagino su rostro seco y triste, asesinado y ya comido.

La noche ha progresado sobre nosotros y el aire fresca. Pronto se han apagado los sonidos inmediatos y sólo permanece el constante chirriar de los grillos. El grito salvaje de los pocoyos, da una profunda intensidad cargada de presentimiento y hay una secreta relación entre los astros detenidos y...

El canto del gallo es tan antiguo como la humanidad, pero su frescura es la frescura del amanecer. La madrugada deja escapar hálitos de vida y en el horizonte se dibuja el perfil de una ciudad presentida; altos campanarios con agujas góticas, torres, techos parejos y bien recortados. Los animales nocturnos regresan a sus guaridas y un pájaro solitario apunta desde alguna parte. Su canto es como el centro del despertar y a su alrededor se agrupan los otros sonidos: breves aleteos en las ramas, un rascar de tierra como de pezúfa, el mugido de una vaca o el golpe lejano del mar. Pronto la luz ha borrado la ciudad imaginaria y sobre el monte se agrupa un tropel de rojos corceles. El vallecito, como decantado sobre las laderas, recoge los suaves resplandores del amanecer y se llena de vida. Y reaparece la tierra con su zacate dorado y los árboles agrupados como familias y los campos labrantíos ordenados para la siembra.

Mi hamaca pende entre dos horcones. En el cuarto de nuestro rancho se han oído las primeras voces del día. Luego los huesos que truenan. La mujer es la primera en aparecer y antes que hacer otra cosa, se acurruca frente al fogón y enciende el fuego. Después se arregla los cabellos y va al río en busca del agua. Veo su espalda, ancha y pareja, que no hace diferencia con sus caderas, marchar sobre la luz del crepúsculo y hacerse pequeña. Al llegar a la puerta de alambre, se ha detenido y ha puesto el balde en el suelo. Luego desaparece como una mancha que bajara de una pared.

El canto preciso y llamativo de una codorniz, me despabila. Rápidamente me vuelvo hacia el sitio en que mi rifle 22 espera, obediente, seguro, cargado de poder y presiento un desafío entre aquel silbido penetrante y burlón y la mudez peggrosa de mi 22. Me levanto y calculo la posición de la víctima y avanzo. Las hojas secas conspiran contra mí, pero los matorrales y los troncos están en mi favor. Las aves por lo general tienen mal oído, sin embargo, su ojo distingue los movimientos cautelosos del enemigo. Es difícil saber el punto exacto en que canta una codorniz, pues a veces la oímos a la izquierda y otras veces a la derecha y sólo el oído puede aproximarnos a ella para que el ojo, esforzándose, nos descubra su posición. El canto persiste, desafiante y seguro, cada vez más cercano, mientras los matorrales se abren a mi paso. De pronto la miro sobre un palo de jícaro pero ha dejado de cantar. Presiento que tanto ella como yo nos estamos vigilando. Hay un momento decisivo en que su cuerpecito tenso está

listo para volar y el calibre de mi 22 se enfila. Suena un disparo poderoso y luego un grito de loras, que se desprenden lejos, en grudos iridescentes. Me dirijo hacia el lugar en que ha caído la víctima, y la recojo. El cuerpecito, aún cálido, se hace pequeño entre mi mano.

Después de que he regresado al rancho y hemos desayunado, mi compañero y don Pastor hacen planes para nuestra primera incursión. Yo les escucho con atención y curiosidad mientras hablan animadamente cambiando impresiones. Sus ojos miran hacia una montañita que está al oriente, como a tres kilómetros de nosotros, después de los campos despalados y roturados que el hombre trabajador ha conquistado para su servicio. La línea que divide aquélla de éstos es para mí como la frontera entre lo conocido y lo desconocido, entre la civilización y lo salvaje, donde los animales habitan a su antojo y se pasean furtivamente entre matorrales, palizadas y oscuros bosques.

El sol ha empezado a subir y el esplendoroso verano se muestra en toda su desnudez. Los árboles se yerguen despojados de su verdor, pero lúcidos como si una luz interior los hiciera brillar. Las varas de los jocotes aparecen cargadas de pequeños frutos, que manchan de rojo la atmósfera transparente. Y todo el valle parece que agoniza de sed. Algunas manchas de sombra, al pie de árboles frondosos que han resistido el castigo del sol, dan una sensación de alivio, y de ahí, el aire se levanta en pequeñas oleadas frescas que vienen hasta nosotros, juguetonas y breves. Mirando hacia lo lejos, hacia las cordilleras donde se yerguen antiguos volcanes nicaragüenses, el ojo descubre y el ánimo presiente tierras de una aridez extrema, donde el fuego ha borrado todo vestigio de vida. Sin embargo, conmueve ver cómo desde el valle, una oleada de vegetación intenta subir hacia la cordillera y rodea su base, se introduce en las viejas grietas en busca de un resto de limo, escala las dulces lomas y logra subir hasta sus cimas, aunque para ello se valga de aquellas plantas que sólo pueden vivir en las tierras secas o muertas.

Contrariamente a lo que había pensado hasta ahora, descubro que el verano es la estación de la vida y no de la muerte. Sí, hasta ahora, siempre odié el verano. Lo odiaba por su sequedad, por la aparente aridez de sus campos, por los soles abrasadores e inclementes cuyas doradas hebras sorbían la humedad de las hojas, y sus oleadas de calor al medio día, entre las que, como último vestigio de vida, sólo se oía el canto de las cigarras. Pero el verano es la estación del sufrimiento y de la maternidad de los frutos. Por ello, esta desesperación y este calor, por ello esta agonía de la tierra, en que los ríos se secan, las hojas pierden su verdor y mueren, los tallos se consumen y toda la tierra se estremece y padece los dolores de su propia creación. Se diría que la naturaleza en éxatis y sacrificio concentra sus fuerzas y reúne sus elementos en el milagro de los frutos. Y así, un día, después de tantos padecimientos, ante la

presencia del sol en cuyo fuego alienta la vida, las ramas secas se pueblan de pequeños seres, el aire se llena de olores y contra el cielo diáfano surgen formas redondas y colores vivos.

Después de las deliberaciones y trazados los planes de nuestra jira, nos aprestamos para el viaje. La mujer ha hecho comida y la ha dispuesto en aliños para cada uno. Mi compañero, lleva los mismos pantalones que ayer, al igual que yo, no se los ha quitado para dormir. Sus botas altas, entre las que ha introducido el ruedo de los pantalones, y su sombrero aludo lo hacen aparecer más espigado y alto. Su barba, no rasurada, le da un aspecto de suciedad y destaca la vivacidad de sus ojos curiosos y pequeños. Sobre su hombro izquierdo porta una hamaca de bramante y una lámpara de tirar y sobre el derecho, la escopeta calibre 16 y el rifle 22. De su faja cuelgan el aliño, la cantimplora y la cartuchera repleta de tiros.

Las ocho cuartas de don Pastor se yerguen ante mí, con la indumentaria sencilla de nuestros campesinos. Sus pies, descalzos, tienen esa dureza oscura y animal que no se resiente del mordisco de la piedra o el agujón de la espina. Gruesas arterias como coyundas se desparraman sobre el empeine renegrido y suben hacia la canilla ósea y lamplña, dejando atrás el calcañar tapso y agrietado. El bigote, de escaso pelo castaño, no se distingue en la piel de esta cara que tiene el color de la carne salada. Sin embargo, su risa es fresca y alegre, lo ilumina enteramente hasta los pies y lo pone de acuerdo con el paisaje nicaragüense, asoleado y deslumbrante, seco y esclarecido.

Ya listos, pues, hemos partido. Después de descender por el mismo camino en que bajara la mujer a buscar el agua, llegamos a una vertiente. Aquí la vegetación tiene un salto! Se diría que descansa y respira, tal se oye el viento entre las ramas, tal los sonidos secretos de las hojas, moviéndose como los dedos de una mujer entre su pelo. Nos detenemos y llenamos las cantimploras. Abajo, después del agua, el cielo nos mira y una nubecilla volátil pasa como un espíritu intemporal, que sólo allí podemos ver. Aguas arriba de la vertiente, los árboles se agrupan tupidamente dando un aspecto extrañamente sombrío al paraje, y el ruido del agua, se aguza el oído, se oyen voces que platican en una extraña lengua.

Después de cruzar la vertiente, un camino entre paredones de tierra polvorienta nos conduce a una loma. El resplandor de las cigarras a extensión a la llanura. El camino se divisa claramente a la par de un alambrado, y sobre el zacate como un animal de tres cabezas se desplaza contra el suelo y nos persigue.

Al cabo de dos kilómetros entre potreros quemados y tierras roturadas, por senderos que ha endurecido el paso del ganado, cruzando alambrados, franqueando arroyos secos, abriéndonos paso entre matorrales de espinosa zarza, hemos llegado al principio del bosque. El sudor, mezclado con el polvo y con trocitos de ramas secas, desespera al cuerpo y de la tierra cálida se desprende un vaho envolvente. Sin

embargo, los árboles cercanos envían repetidas oleadas de aire fresco que alternan con oleadas calientes, y si bien no refrescan, remueven el bochorno de la atmósfera quieta.

El bosque se presenta ante nosotros con esa especie de estupor que revelan las cosas sin movimiento y sólo el chirrido parejo de las cigarras parece la única cosa viva, que como un ojo vigilante permanece despierto mientras el resto del cuerpo duerme. Ninguna diferencia hay entre los campos soleados que dejamos atrás y el bosque, salvo la presencia de la vegetación. Es la misma tierra y la misma llanura, arrugada por algún arroyuelo o interrumpida por el brote de una loma. La diferencia la ha puesto el hombre. Con sus tractores, como antaño los conquistadores con sus ejércitos, un día ha venido a esta tierra derribando árboles, construido sus fortificaciones y establecido los límites entre lo suyo y lo del salvaje. Y éste, movido por el temor ha emigrado hacia parajes solitarios y abruptos, aguzando sus instintos y su inteligencia para no perecer, llevándose consigo ese misterio y encanto de la naturaleza primitiva, pero haciéndose más humana, más inaccesible, más impenetrable.

Con pasos cautelosos ahora, penetramos, apartando las ramas, cuidándonos de la zarza, en fila como una persona articulada de tres cuerpos. Don Pastor introduce su mirada escrutadora entre los apartados matorrales, la arroja trescientos pasos adelante como una onda en espera de contacto, entre la palizada donde la luz ambienta el espacio, mientras sus pies se mueven en armonía con el cuerpo tenso y la escopeta, que aguarda bajo el brazo. Es esa la hora de descanso, entre la mañana y el mediodía, en que las aves se recogen bajo la sombra, el conejo duerme agazapado dentro del matorral, la perdiz se acurruca como una pelota bajo los troncos y el venado rumia pensativo en los sesteaderos. A veces el canto de la paloma rodadora pone un acento gemebundo y solitario, bajo las ramas oscuras donde la luz no filtra. Caminamos así por largo trecho sin más sorpresas que los ruidos de las lagartijas huyendo entre la yerba seca, o el vuelo azorado de una paloma, cruzando la zona neutral entre lo civilizado y lo salvaje, la distancia que media entre el ronquido del motor y los pasos furtivos de la comadreja. En el umbral de esta soledad la inteligencia se vuelve nervio y atención, el cuerpo reacciona a los sonidos y movimientos con celeridad casi dolorosa, el tacto nos da conciencia de la firmeza de la tierra y de la proximidad del arma helada bajo los dedos. Sólo el olfato se queda atrás como un sentido atrofiado, útil si acaso para distinguir el olor seco y dulce de los frutos del guásimo, el tufillo picante del polvo, la proximidad del agua, pero incapaz de competir con esas trompitas enemigas que se empujan en el aire, se estremecen nerviosamente y huyen entre un ruido de cascos acelerados.

Don Pastor se ha detenido al pie de un árbol de guásimo y examina el suelo. Luego nos hace una seña y nos indica una huella en el polvo, entre la

hojas secas, mientras sus labios sonrían con misterio. Es una huella breve, aún fresca, del casco de un venado, que se hunde en la tierra con firmeza y confianza. Don Pastor la examina, estudia su dirección, calcula, merodea por aquí y por allá busca entre las matas de piñuelas, investiga en el suelo hasta que finalmente nos señala un matorral, donde la yerba ha sido chafada y las ramas delicadamente apartadas, como si en vez de un animal hubiera pasado un espíritu. Mi compañero me explica la diferencia entre el paso de un venado por un matorral y el que deja la res. Hombre avezado en estas andanzas, experto toma sobre mí una actitud pedagógica y paternal y me habla minuciosamente sobre esos pequeños detalles que constituyen la sabiduría de una cosa. Me habla por ejemplo de la importancia que tiene la dirección del viento, la precaución de no dejar huellas humanas por donde se presume que vendrá el animal, el sonido peculiar de sus pasos cuando se acerca al espiadero, la rapidez con que ha de dispararse, los cuidados necesarios para no confundirlo con un animal doméstico. Y su voz suave pero firme, monótona pero expresiva, tiene la persuasión de la confianza, el misterio de la revelación de los secretos que constituyen su sabiduría, adquirida por la observación y la aventura.

Nuestra marcha continúa con redoblada cautela. Esa huella que dejamos atrás es el anuncio de una presencia que en cualquier momento puede saltar ante los ojos atónitos y el cuerpo azorado.

Pronto distinguimos en el bosque una mancha de verdor que señala la presencia del agua y hacia ella nos encaminamos. Al llegar, descubrimos el cauce de un arroyo, pero no hay agua. El deslumbrante sol la ha absorbido y sólo queda un resto de humedad que oscurece la arena. Pero allí están las huellas otra vez, unas grandes y otras pequeñas, y su abundancia señala que es un pasadizo por donde ellos transitan con frecuencia. ¿A qué hora? ¿Acaso a la media noche, cuando la luna domina el cenit y los ruidos se extinguen, a esa hora pasmosa y helada de la soledad, cuando ni los grillos cantan? ¿Pasan como sombras nerviosas y atentas en grupillos dispersos? ¿Vienen de diferentes direcciones y se reúnen comunicados por la telefonía del instinto? ¿Los empuja el amor, o la necesidad o la sed? Lo ignoro, pero ya me parece que los veo cruzar en el bosque, con paso corto y delicado: se detienen, tantean el aire, su trompita negra hormiguea, las orejas se mueven en busca de sonido, el cuello alto y delgado se empina, la jorobita de su lomo ondula.

Don Pastor nos indica que debemos continuar la marcha hacia aguas arriba, donde presumiblemente encontraremos bebederos. Durante el trayecto, en los paredones que forman el cauce del arroyo vemos algunas oquedades en forma de cuevas. Don Pastor me dice que son echaderos de sajinos y de venados donde vienen en las horas calurosas a refrescarse, hundiendo sus trompas en la arena mojada y salobre.

Después de una corta caminata en que el avance

ba sido lento, don Pastor se detiene y nos hace una seña para que no sigamos. De lejos observamos examinando una oquedad que aparece entre dos peñascos. Luego regresa para decirnos que ha encontrado un charquito donde bay buellas recientes. Entre ellos, deciden que sea yo quien se quede en este espiadero y me indican un árbol de jícaro convenientemente situado donde puedo acomodarme. Rápidamente me encaramo y en unos minutos he instalado mi hamaca y me dispongo al acecho. Cuando termino ellos se han marchado ya, y oigo apenas sus voces que se van apagando en el bosque.

A mi izquierda se desenvuelve el arroyo, seco y arenoso, aparentemente viniendo del oeste, entre una tupida arboleda. El paraje conserva frescura y sombra y se siente penetrado de soledad y misterio, como las iglesias antiguas o los castillos abandonados. Se adivina allí una presencia, ausente ahora, pero que en cierto modo vendrá y desarrollará su existencia al conjuro de la hora inviolada y pura.

A mi derecha, en cambio, y después de una hilera de palos de jícaro, se extiende una llanura recientemente despalada, cuya desolación interrumpe sólo una ceiba gigantesca, erguida en el centro del claro. Más allá, en los finales del campo y antes de que el cielo despliegue su azul, surgen las formas oscuras y macizas de la cordillera.

Llevo dos horas casi inmóvil, pendiente de que algo se produzca, vigilando el charquito y sus alrededores, en espera de un cuerpo cauteloso que se acerque. A veces, un leve ruido me sobresalta y concentro en él mi atención, pero es sólo un pájaro que ha sacudido las ramas o una lagartija entre las bojas secas.

Empiezo a sentir malestar en el cuerpo por la incómoda posición mantenida durante dos horas y cierta sequedad en la garganta a causa de la sed. Decido tomarme un descanso, cuelgo la escopeta de un tronquito y le saco unos tragos de agua a la cantimplora. Luego me recuesto y acomodo los pies sobre una rama. En esa posición permanezco durante unos minutos sin pensar ni sentir nada, pero me doy cuenta de que algo quema cierta porción de mi mejilla derecha y descubro en el resto de mi cuerpo pequeños lunares dorados de sol. Con la mirada boba a causa del sopor recorro minuciosamente los contornos de las bojas que me rodean, me fijo en las ramas pobladas de tronquitos y en los frutos del jícaro, bien redondos y bien pegados a la rama, como si los bubiesen clavado. Mi reojo se complace en perseguir el perfil del horizonte, hasta allá donde se hace parejo, lejano y azul. Y allí sitúo al mar, dándose contra la cota. Mientras transcurren las horas pesadas del medio día nada más refrescante que pensar en el mar, y que la imaginación se despliegue al vuelo sobre las dilatadas costas, como una gaviota solitaria en apacibles círculos, dominadora e incansable.

Al caer de la tarde, el campo se llena de vida y movimiento. Grupos de aves hienden el espacio en armoniosos vuelos que tienen la singularidad de parecer ejercicios placenteros. Comienzan a pasar los

chocoyitos en grupos de tres o cuatro, agitando sus pequeñas alas con prisa y chillando sin cesar como si el sonido fuera un hilo que los uniera a todos, y que tan pronto los apiña en un sólo cuerpo, como los desparrama en fragmentos, pero conservando cierta unidad dentro de los innumerables planos del espacio. Y luego las urracas, torpes de movimiento y chocarreras en sus gritos. Y los guardabarrancos de noble plumaje azul y rojo, con una cola de sólo dos plumas paralelas y cuyo vuelo corto y cansado recuerda los primeros pasos de un niño. Y los pijules humildes, que apenas osan escalar los alambres de un cerco o enredarse torpemente entre las breñas de los churrales. Ninguna de las aves de nuestros bosques tiene la gallardía y nobleza de la paloma. Su vuelo firme y seguro la hace monidora del espacio y se apoya en el aire como un pez en el agua. Su aletazo es reposado y lo despliega con el dominio con que un botero hunde su remo en el agua.

Un grupo de ellas se ha detenido cerca de mí; sin advertir mi presencia posan tranquilamente en las ramas peladas de un jílocuabo. Pertenecen a la especie de las "alas blancas". Me llaman la atención sus cuellos largos y finos y sus cabezas pequeñas. Permanecen extrañamente quietas, y aunque sé que han venido en busca de alimentos, me hago ilusión de que están allí para posar y ser parte de la tarde.

De pronto una de ellas se ha movido, parece ser un macho por su mayor tamaño que la mayoría. Con entrecortado vuelo y leves pasos sobre la rama viene hacia la que está más alejada. Presiento que voy a ser testigos de una escena amorosa. Pero la torpeza del macho ha espantado a la bembra y ésta buye, seguida de las otras, que parecen obedecer a un impulso colectivo, bajo cuyo influjo atraviesan rápidamente el despalado y van a detenerse en las ramas de la ceiba solitaria.

Más tarde, otro grupo de ellas, y en bandada menos numerosa, cruzan volando sobre mi cabeza, imprimiendo en el aire un zumbido como de tormenta; cambian graciosamente de dirección y van a sentarse al lado del claro, sobre las ramas secas de un árbol de genizaro. Desde aquí las diviso, destacadas en el fondo del cielo pálido, columpiándose con maestría y empujando sus cabecitas vigilantes. Después de un rato empiezan a cantar y descubro que son palomas pataconas. Ningún sonido del bosque expresa mejor la hora tranquila y melancólica de la tarde, que los roncacos acentos de la patacona. En el fondo de ellos está dicha la mansa tristeza que acompaña a la muerte del día, pero también presentida la futura mañana que ha de levantarse con su coro de gritos parleros, relinchos de caballos y mugidos de vacas.

Cuando el sol ya casi dobla el semi-círculo del horizonte y su luz proyecta las amplias sombras de los bosquecillos en los potreros despalados, cuando el cielo del poniente se quiebra como una cantera de preciosos metales y sus lajas doradas proyectan caminos, ciudades, bahías, rutas desconocidas, abismos de luz, entonces se ven nuevamente las bandadas que

regresan a sus nidos, con atalondrada prisa, como puntos negros y silenciosos recobrando su quietud, cayendo en el torbellino del orden y la soledad que impone la noche.

Y es entonces, ya en la tardecita, cuando asoman los redondos y claros silbidos de la perdiz. Y las hojas secas dan cuenta de sus pasitos atolondrados, cerca de los árboles de panamá, a la orilla de los charcos y tras los matorrales espinosos. Y en el cielo deambulan, en desorden, empujadas por el viento como papeles, las golondrinas; inquietos puntos negros que afloran de la nada y desaparecen en la luz borrosa de la tarde.

Pronto la oscuridad, desde el oriente, se echa sobre los campos, que van quedando silenciosos y tranquilos. Cuando la oscuridad se hace total, mi cuerpo pierde la noción de sí mismo y se reduce a dos oídos. La noche se alza adelante como una pared y uno siente su gravitación en armonía con la mudor fría de los astros y la respiración adormilada de los grillos.

Asisto al nacimiento de una nueva forma de vida. Multitud de creaturas desconocidas inician su actividad al amparo de la sombra. El canto de los pocos rayos raya la nitidez del silencio y sus aletazos sacuden las ramas de los jicarales. Algunos zorritos escargan la tierra. De pronto oigo pasos del lado del charco. ¿Venados? ¡Pero la luna tarda! Sobre el horizonte asoma apenas el ribete dorado de su mitad. Sin embargo, con el mayor cuidado posible acomodo mi cuerpo en dirección del ruido y enfilo la escopeta. El sudor de mis manos moja el metal helado del calibre y dentro de mi pecho, el corazón asustado, golpea haciéndome daño. Los sonidos se repiten: son como pasos delicados que vinieran quebrando ramitas. ¡Pero la luna tarda! Algunos parches de luz dibujan extrañas figuras sobre el cauce. ¿Venados? Imposible decirlo, permanecen inmóviles y el ojo es insuficiente para distinguir entre un matorral y un cuerpo vivo. Continúo expectando, con los sentidos abiertos y tensos, el cuerpo inanimado y la escopeta lista, hasta un momento en que el cansancio me hace oír sonidos que no existen y ver figuras que tampoco existen. Por un segundo tengo la sensación de estar incorporado a la naturaleza como una presencia lúcida pero sin dominio, absorbido por una voluntad cósmica superior a mis fuerzas.

Pero la luna ha progresado y su luz me despabila; entre las manchas oscuras veo perfilarse las silenciosas figuras de algunos árboles, a cuyas plantas juegan los movimientos de sus hojas entre el zacate que brilla. Cuando la luna emerge en su totalidad el paisaje adquiere tonalidades mágicas y desconcertantes. No podría asegurar que es el mismo que viera en el día, a tal grado la noche le comunica inseguridad y misterio. Del lado del potrero despaldado la ceiba gigante impone el hongo de su copa que parece mantenerse flotando en el aire, y a ras de tierra los troncos decapitados representan su papel de estatuas, tocados por la luz que desastilla.

La noche continúa su marcha sin novedad. La

luna ha subido tanto que ya el charquito se divisa con claridad, luminoso y tranquilo como el ojo de un buey. Los supuestos venados no existen. Me convence de ello la quietud de esas figuras erigidas por aquí y por allá, a las que la imaginación puede atribuirles cualquier forma, pero de las que no se está seguro hasta tanto no se muevan.

Más tarde pasa un avión. Sorprendente presencia del hombre en la soledad del monte. Su sonido desigual y creciente viene en el aire como el anuncio de un desconocido animal invasor que llegara de otro planeta a penetrar la virginidad de la tierra. Sus lucecitas rojas y verdes moviéndose en perfecta horizontalidad son indicadores de su completo dominio del espacio y de la poderosa y vigilante inteligencia que lo gobierna. Por un momento el ruido parece tan cercano, que siento la proximidad real de otros seres semejantes, separados por escasos metros, con la diferencia de que yo sé que ellos pasan, mientras ellos ignoran que yo estoy aquí, presintiéndolos, adivinándoles, imaginándome sus rostros, sus pensamientos y sus destinos. Pero el ruido se aleja gradualmente, en desiguales y fragmentarias olas, como viniera, hasta que desaparece totalmente, primero en el aire, después en mí.

Y ahora, la soledad recuperada. La noche virgen otra vez. Y el canto solapado de la cocoroca, como una tos de viejo. Y el aullido súbito del coyote, helado como el grito de un hombre a quien asesinaron los otros aullidos helados del resto de la manada. Y los pasos furtivos. El sacudirse de una rama y luego un vuelo que zumba quietamente sobre mi cabeza. Y las quiebraplatas. Y los grillos. El bufido de un toro que llama a la hembra, desconcertantemente parecido al grito del indio en la cañada.

De pronto, suena un disparo de escopeta. Su estampido destruye un silencio asustado y vigilante. A poco, una luz retirada investiga como un ojo penetrante y con tacto. Hurga entre los matorrales y los escondrijos, se pasea de lado a lado, fracturándose contra los palos; pareciera que toca y examina lo que ve, como un ciego lo que palpan sus manos. Más tarde la luz se duplica y puedo oír voces que se acercan. Las dos luces cabecean con lento ritmo, acompasadas por cierta voluntad, como las cabezas de dos bueyes bajo la misma yunta.

Cuando mis compañeros llegan, yo he bajado del palo y he envuelto mi hamaca. Mi luz los descubre y entre ellos, colgando de una vara, al venado, la cabeza amarrada a una pata delantera, con un bejuco. El reflejo de mi lámpara hace brillar por un momento los ojos del animal, de un color verde de fósforo; más ya estando cerca, el brillo desaparece y puedo mirar los dos globos redondos, detenidos y asustados. Por un lado de la boca y entre los finos dientes visibles, cuelga la lengua como una hilacha de yerba. Al otro extremo del cuerpo, la cola blanca y pequeña como un mechón, se bambolea desgobernada. A paso lento y con el ritmo que impone la carga, caminamos los tres: primero don Pastor, después mi compañero y en seguida yo.

Al resplandor de las lámparas formamos un extraño conjunto, abriéndonos paso entre la maleza, sorteando las desigualdades del terreno e investigando con la luz el mejor paso. Pero la habilidad de don Pastor nos conduce buenamente por lo más limpio, obviando las espinas del cornezuelo, el obstáculo de las ramas bajas y la sorpresa del tropezón contra los tocones.

Pronto salimos del bosquecillo y llegamos al llano, donde la noche de tan clara, es un día. Los ojos de los pocoyos revolotean a la luz de las lámparas como rojos candiles llevados por mano invisible. El camino, corre delante como un tranquilo perro case-ro que tan pronto se pierde entre los matorrales como reaparece más adelante.

Luego de avanzar el llano, entramos a una pa-lizada, a cuyo término surge un claro abrupto que se desparrama guindo abajo sobre colinas peladas, hasta recuperar su quietud en el oscuro valle. Fal-deando la ladera empezamos a descender, mientras la luna alarga nuestras sombras. Desde aquí divisamos ya el rancho de don Pastor y los perros lejanos celebran nuestra llegada.

La próxima jira la emprendemos a caballo. Don Pastor nos ha hablado de unos potreros de riego bastante alejados del rancho, pero donde podremos tirar con seguridad. No sólo abundan los venados sino que también podremos encontrar patos reales en los charcos de los potreros, guardatinajas a la ori-lla del río, chachalacas, perdices, guatusas, cusucos y toda suerte de animales raros y atractivos para el ca-zador. No soy jinete por naturaleza ni por experien-cia, pero siempre deseé sobre todo en mis primeros años, montar a caballo, por lo agradable que resulta-ba tener un compañero y amigo capaz de llevarlo a uno a tuto sin protestar, y pasearse con él por todos los sitios atractivos del monte, sin peligro de zarzas, ni culebras, ni pies lastimados: en la llanura a todo galope sintiendo contra la cara la presión del viento; al trote sobre caminos sombreados y ondulantes, a cu-yas orillas surgen lomas con ranchos y rostros de muchachas campesinas, en los potreros corriendo tras el ganado o en los riscos pedregosos doblándome para no caer.

Pero evidentemente ninguno de los tres somos ji-netes. Don Pastor, no tiene familiaridad ni gusto por los caballos. Es un indito tranquilo, que siem-bra su maíz y sus frijoles sólo para comer, pasa dur-miendo cuando no tiene que trabajar y piensa en los venados como única y absoluta finalidad de su vida. Es un indio cazador. Su pequeña figura re-sulta cómica sobre el caballo y el caballo por aña-didura es un rocín flaco y sin elegancia cuya albar-da vieja de corte ordinario y bordes retorcidos le vie-ne al pelo. Mi compañero, espécimen urbano, figura larga y estirada, no aparenta la menor habilidad pa-rra acoplarse con su cabalgadura, pues tan pronto se va de lado como brinca desacompañadamente sobre la montura. Y yo por lo consiguiente. Pero después de todo es grato cabalgar. Se tiene la impresión de se-ñorío sobre las cosas y del dominio sobre la tierra.

Cuatro patas para caminar y muchos ojos para ver.

Cerca de las cuatro de la tarde nos vamos acer-cando a la casa de la finca, objeto de nuestra jira. Más que una casa es un techo de tejas con muchos horcones, en uno de suyos lados se levantan los ta-biques de madera empapelados formando un cuar-to. En lo demás, está el fogón, una troza acostada que sirve de banca y otra acanalada para usarse de abrevadero. De uno de los horcones cuelga una albarda y de otro una guitarra. Contra el tabique del cuarto hay una mesa con una tinaja y varias jí-caras puestas sobre lo que debe haber sido una ra-ma con muchos tronquitos y ahora es un artefacto cuidadosamente trabajado para tal fin.

Cuando el mandador sale del cuarto gritando para callar a los perros, don Pastor lo saluda con un grito y le pregunta por la familia, sin apearse de la cabal-gadura. Se enfrascaron en una conversación larga y tranquila, en que menudean las exclamaciones exa-geradas, los gestos de aprobación, las rascadas de ca-beza y los escupitajos.

Después de obtener su permiso para seguir, cru-zamos un corral de vacas y entramos a la encajonada a cuyo término están los potreros.

La encajonada y sus alrededores es un oasis en la desolación del verano, pues cerca corren las acequias de riego vivificando la tierra y reverdeciendo la ve-getación, a más de que las ramas de los genizaros y los guanacastes se erigen por todos lados acaparando el frescor de la sombra. Nuestros rocines parecen recuperarse al amparo de este benigno frescor y trotan alegremente sobre el endurecido suelo de la encajona-da, despertando con el ruido de sus cascos la alarma de las cotorras y las loras que se desparraman en bandadas.

Al término del bosque y después de cruzar una puerta de alambre, entramos a un potrero de incre-íble verdor donde el zacate ondula bajo el peso del viento y donde se alza un gigantesco palo seco, en-clavado como un viejo navio sin velas en el mar de la exuberancia, magnífico en su soledad, soportan-do con dramática mudez la mirada indiferente de las aves que no se detienen en él. Lejos pasa un banda-da de garzas, batiendo con elegancia sus hermosas alas blancas, moviendo los grandes picos de lado a la-do y exhibiendo sus cuellos arqueados y prominentes. Más tarde vemos una bandada de piches, moviéndose con rapidez como una nube de polvo, cargada de ex-traños sonidos agudos y silbantes.

La hora es propicia para el canto de la pataco-na. Desde los palos altos nos llega su constante ru-mor que anuncia la tarde. ¿Dónde he oído antes este anuncio? ¿En el aire que se insufla en las palomitas de barro? ¿En el corazón del carrizo? ¿En el viento de los desfiladeros? Tal vez en ninguna parte o tal vez en todos ellos, pero su secreto no es mío toda-vía.

De cuando en cuando y mientras la tarde se po-ne, llega hasta nosotros el grito solitario y agorero del guás, habitando de las florestas sombrías.

Después de atravesar el potrero y cruzar otra puer-

ta de alambre, reaparece el llano seco con su yerba dorada, sus pedruzcos y sus innumerables huellas en el suelo grietoso. Marchando contra el crepúsculo el cielo y la tierra se juntan. Allí donde terminan los caminos del llano, comienzan las veredas maravillosas de la tarde, cortadas sobre ondulantes colinas de oro y estribaciones de nácar; los árboles no son verdes sino rosados y las piedras no son oscuras sino amarillas, doradas y bermejas. Ante los ojos atónitos se abren paisajes variados y ricos; apacibles valles grises en que serpea un río color naranja, profundos abismos cortados a pique, flotantes islas de nieve y sangre, trigales asoleados por bandadas de loras, ribazos en que golpean manadas de caballos, pantanos cuidados de aves acuáticas color rosa, vistas panorámicas que jamás fueron contempladas por ojos humanos, de una plasticidad y movilidad que las transforma cada segundo y dejan tras de sí para el observador un resto de incorformidad y melancolía. Cegado por el resplandor de la luz, tengo por un momento la impresión de que mis compañeros galopan en el aire, y los veo alejarse alegremente faldeando las montañas del crepúsculo, mientras los cascos de los caballos parece que tintinean en los empedrados de oro.

A sugerencia de don Pastor, desmontamos de las bestias y las dejamos al término del llano, para internarnos en un pequeño bosque donde posiblemente hallaremos rastros de venado. De común acuerdo mi compañero y don Pastor se separan, para buscar cada uno por su lado, tocándome a mí, acompañar a don Pastor.

A poco de caminar vemos las primeras huellas al pie de un árbol de guanacaste. La cantidad es impresionante. Se les ve por todos lados: viejas y frescas, grandes y pequeñas, repartidas en profusión entre los retorcidos frutos del guanacaste, que ellos gustan comer. Las huellas se ven que van y vienen, salen de entre los matorrales y se pierden en lo limpio. Hay cierto encanto en este sitio, por su extraña soledad y quietud; la luz de la tarde filtrándose entre las ramas lo hace íntimo como un retiro, y salvo el ¡chas! de las hojas secas cuando cae un fruto, no se oyen ruidos.

Contrariamente a lo que esperaba, don Pastor me indica que este espiadero no es bueno, por estar muy copado de árboles, que impedirían ver bien a la luz de la luna.

Más adelante encontramos nuevas huellas, siempre al pie de guanacastes y de guásimos, cuyos frutos secos llenan el aire de fragancia. Me resulta sorprendente a la par de mí la inaptitud, la habilidad con que se conduce don Pastor en el monte, para ver huellas donde yo no veo más que hojas secas o polvo, y descubrir frutos donde yo sólo miro manchas, o caminar dentro de los zarzales tupidos, capeándose de sus garras con delicados movimientos.

De pronto don Pastor se ha detenido. Me hace un movimiento con la mano y lo veo escurrirse ligeramente con la escopeta lista para disparar.

Después oigo un ruido, que se levanta espantado

a escasos metros de nosotros, como un peñasco rodando entre los matorrales, y apenas tengo tiempo para ver el venado, como un relámpago cruzar entre la palizada y ganar nu zacatal. Don Pastor logra reaccionar y le apunta con la escopeta mientras el venado corre todavía con los cuernos enarbolados y las grandes ancas brillando al sol.

Cuando suena el disparo, el venado cambia de dirección y su cuerpo surge enteramente, ondulando con lentitud en el espacio como una pelota, hasta que al fin desaparece furiosamente entre una tupida maleza al otro lado del zacatal.

Rápidamente don Pastor carga de nuevo la escopeta y empieza a rastrear el venado. Aquí estuvo echado —dice. Por aquí va, por aquí va. Y con prodigiosa habilidad va encontrando las huellas que saltan de cuatro en cuatro varas, ligeras y breves, pero profundas. Más adelante, don Pastor encuentra en las hebras del zacate las señas de los perdigones distribuido como escupitajo en un radio de dos varas. Pero los perdigones aparecen desviados de las huellas del venado. Sin embargo, don Pastor no se desanima y continúa rastreando hasta llegar a la maleza donde se metió el animal. Ni un indicio de que el venado vaya herido, pues no se ve sangre y las huellas parecen tan firmes y bien dirigidas como antes. La maleza está bien tupida y don Pastor tiene que usar su cutacha para abrirse paso, pero a poco de caminar encontramos que las huellas se pierden en el agua, que ya empieza a mojarnos los zapatos. Este lugar es sin duda un refugio donde ellos viven, por todos lados se ven caminos entre la cerrazón de monte, y de cuando en cuando oímos pasos que se pierden entre el ruido chasqueante de agua perturbada. Como todos los sitios donde ellos transitan, éste tiene su misterio, una especie de conciencia íntima que vigila, algo como presentimiento de otra vida inmaterial que está en las cosas, muda y expectante temiendo ser violada. Pero nuestro viaje no ha sido en vano, porque de repente vemos que se suspende el venado de entre un matorral y corre unos pasos para ir a caer más adelante, agobiado por una herida que le mana sangre a la altura del codillo. ¡Uno de los perdigones le ha alcanzado! El animal intenta levantarse de nuevo y vuelve a caer de rodillas, resoplando penosamente. Don Pastor monta la escopeta y apunta cuidadosamente, mientras el animal le mira asustado, moviendo las orejas y olfateando. Pero don Pastor no dispara, desmonta la escopeta y luego dice: "Páseme su rifle veintidós".

El venado continúa en el suelo, moviendo sus membranosas orejas y su nerviosa trompita negra, el alto cuello empinado y fino en espera de la muerte. El disparo del veintidós pone un acento rojo en mitad de los dos ojos y el cuello se desploma como una torre, mientras por una de las orejas mana abundante sangre. Don Pastor se da vuelta para no ver, y yo me siento inclinado a hacer lo mismo, más no do perderme este espectáculo, por el que he andado tanto y que después de todo el inútil premio de mi bús-

queda. El estertor de la agonía va apoderándose del cuerpo que se estremece como yerba, con frío, hasta que finalmente desfallece un rumor de asombro. Sus ojos inclinados hacia arriba, recogen la última visión del crepúsculo.

Cuando sale la luna, ya estamos en camino de regreso hacia el llano de los caballos. Hace una noche espléndida y el viento refresca la aridez del llano.

Aquí esperamos a nuestro compañero, quien retorna más temprano de lo que suponíamos, atraído por la noticia de los disparos.

Dispuesto el venado sobre uno de los caballos, emprendemos el regreso. A nuestro lado mientras caminamos, van aflorando los cantos de las ranas, mientras arriba, limpias y primaverales, las estrellas desgranar sobre nosotros una lluvia compasiva.

## PABLO ANTONIO CUADRA

Nació en la ciudad de Managua en el año de 1912. Fue de los formadores del grupo de Vanguardia y publicó en 1933 el primer libro vanguardista de Centroamérica, *Poemas Nicaragüenses* (Nacimiento, Chile) con el que inició una perdurable obra poética recogida en 1964 en un libro *POESIA*, editado por Cultura Hispánica, Madrid. Esta obra incluye además, *Cancones de Pájaro y Señora* (1931); *Canto Temporal* (1943); *Libro de Horas* (1954); *Poemas con un crepúsculo a cuestas* (1956); *Guirnalda y rueda del año* (1960); *El Jaguar y la Luna* (1959). Después de esta fecha ha escrito *Cantos de Cifar*, *Poemas del Mar Dulce*, y *Personae*, (incluidos en selección: *Poesía escogida* publicada por la Universidad Nacional, (1968).

En teatro ha publicado *Por los Caminos van los Campesinos*; en prosa, *El Nicaragüense*, colección de ensayos de gran éxito editorial; *Torres de Dios*, escritos sobre poetas.

Presidente de la Academia Nicaragüense de Escritores; Director del diario *La Prensa* y de su suplemento literario, publica la revista *El Pez y la Serpiente*. Profesor de Literatura en la Universidad Centroamericana y en la Universidad Nacional.

# Nuevo Régimen

AL DR. ROBERTO CALDERON

Amanecieron esperando el tren. Allí estaban los amigos rodeando a don Medardo y hablando en voz baja. Allí estaban las amigas, sentadas con doña Chabela en la banca del andén, hablando en voz alta. Ahora llegaban los correligionarios. En grupos. En parlamentos. El vocerío iba creciendo. Don Medardo se levantaba. Abrazaba a unos. Daba la mano a otros. Oía recomendaciones. Y las vendedoras gritaban. ¡El pan! las paneras. ¡Las rosquillas! las rosquilleras. ¡Los quesillos! las quesilleras. Y a cada rato los muchachos gritaban: ¡Ya viene! Y las mujeres hacían ademán de levantarse. Y los hombres movían la cabeza. “¡Déjense de cosas! Pero los amigos de Fanorcito ponían el oído sobre los rieles y decían: “¡Ya se oye!” y volvían todos a mirar la vía recta, cerrándose vacía en el horizonte; hasta que sonó el pitazo y se vio la trenza de humo y luego la máquina negra resoplando y haciéndose grande cada vez más grande. Entonces todos se movieron. Y las mujeres gritaron a los muchachos: —¡Métanse! Tengan cuidado! y se arremolinó la gente y subieron las voces y los gritos y los vivas.

—Déjeme llevarle la valija!  
—Yo le ayudo con ese motete!  
—Descuídese de la canasta, yo la cargo!  
—Suba, don Medardo!  
—Suba, doña Chabela!  
—¡Que se siente el muchacho!, ordenó don Medardo.  
—¿Dónde pusiste el paquete de rosquillas? ¿Y el paniquín?  
—Yo quiero a la orilla de la ventana! —dijo Fanorcito.  
—Aquí, aquí —dice el Compadre—. Aquí es el lado de la sombra!  
—Limpia el asiento; está sucio!  
Dos o tres pañuelos salen al aire. Sacuden. Ya se sientan. Sonríen como que por fin se ha llegado a una conclusión. Hay un grupo dentro del carro. Hay otro grupo en las ventanillas. Otros más lejanos que se empujan, saludan, hablan, bromean.  
—No se olvide de pedirle la luz al hombre!  
—Cómo me voy a olvidar, si eso es lo primero!



—Se acuerda de mi asuntito —dijo otra voz desde la ventanilla.

—Claro, hombre!

—Y que manden siquiera un tractor.

—Eso ya está hablado!

—Pero, muévelo! Ahora es la hora!

Y don Felcito de pie agachó la cabeza a la altura de la cabeza de don Medardo:

—Si tenés ocasión arreglame lo del crédito. Si no me lo aprueban, me rejoden! Vos sabés mi situación y vos sabés todo lo que di en la campaña.

—Naturalmente! Acordame, Chabela, de la recomendación de mi compadre Felcito. No quiero que se me olvide.

—Pierda cuidado, compadre.

—¡Se acuerda del pueblo! —gritó desde el andén el coto Palacios.

—¡Siempre picado el coto! —dijo con desconsuelo doña Chabela.

—Pero es de los que no fallan! —dijo sonriendo benévolo don Medardo.

Sonó entonces la preventiva. “Bueno, bueno! —palma das, abrazos,— “Que tengan feliz viaje! — “Dios primero! —Buen viaje, buen viaje!— y se bajaban los de arriba y se apretaban más los de las ventanillas. Y los del andén: “Viva Medardo López! Y más adioses, y más recomendaciones y no se olvide y contamos con usted y ahora es cuando don Medardo!

Entonces subió presuroso, sudado, pujando, don Hildebrando y su mujer gordísima. —“Poné la gallina donde no la vea el conductor”—y ella se deja caer en el asiento que resopla y levanta una nube de polvo. La gallina va en una bolsa de papel sacando la cabeza con ojos escandalizados—.

¿Qué tal, don Medardo? ¿Va para Managua?

—Sólo don Hildo parece extranjero que no sabe.

—Ah?

—¿No sabe que lo llama el Hombre?

—Ah! qué gran cosa! ¡Felicitaciones don Medardo! Como estaba en la finquita, figúrese!

—Y si no se da prisa lo deja el tren.

—Sí, mi amigo! Esta mujer...!

Ahora la campana. El pitazo. Los de las ventanillas se apartan. Mueven las manos. Los del andén gritan. Ríen. Gritan. Pafuelos y manos. Voces.

—¿Somos nosotros los que nos vamos? —dice Fanorcito viendo que se mueven los postes. Allí está la huerta de Juan. Ahora la milpa de Sebastián. ¡Buenos bueyes los de Félix Pedro! (Fíjese que buenos hueyes!, dice don Hildo. —¡Como que le hubiera leído el pensamiento! La finca de los Salgados. Allí está mi siembra, Chabela, mirá, mirá! La cerca de los Zeledones. El camino. El monte. El rastrojo de Feliciano. El monte. Postes. Montes. Postes. Monte. Poste. Monte. Van madrugados. Desvelados Recordando el aliño. El trajín. La despedida. La serenata. Los consejos a Juan: Ve, Juan, ahora sos el responsable. Nada de picazonas. Cuidame bien los animalitos. Ve esa siembra, apresurala; el agua se nos viene encima. Y la Chabela con sus compras. Que los fustanes. Que los zapatos. Que el corte. Que la tela de espejo, que verde no, que roja, que muy chiilo-

na, que esa es la moda. Y las recomendaciones: Que nos abra la carretera, que pida la luz eléctrica, que pida la escuela. Y los muchachos con sus babosadas.

Ya se va don Juan ventura

ya se va de este lugar

ya se va a rodar fortuna

por los caminos del mar...

—De qué te vas riendo?

—Del corrido de anoche.

—Y yo que llevo como un peso encima.

—Pero ¿por qué?

—Pues, por la casa, por los muchachos, por el arrancón... Es la primera vez que me sacás del pueblo.

—La vida impone sus cosas, mujer! Vos sabés lo que nos conviene.

—Si yo no digo nada!

Fanorcito iba buscándole letra al ritmo del tren. “Con tres tigres-con tres-tigres-con tres tigres... Y el sol subiendo. Y el polvo. Con tres tigres-con tres tigres.

—Dale el papel...!

—¿Dale qué?

—Dale la franquicia al conductor...! Te vas durmiendo.

—Es el desvelo... Metió la mano en varias bolsas, sacó por fin un grueso fajo de billetes y el papel del Jefe de Estación. El conductor lo leyó atento, miró a la mujer, al niño. Apuntó en una libreta. Saludó.

—Tené cuidado con ese fajo —dijo doña Chabela— Es todo lo que tenemos. Y don Medardo se lo metió hondo en el bolsillo y todavía volvió a tocarlo por fuera, a conciencia.

Volvió el sueño. La modorra. Porque el sol iba subiendo y el polvo entrando y ya Fanorcito clavaba el pico —con tres tigres-con tres tigres— penduleando la cabeza y don Medardo cabeceando, y más sol, y doña Chabela —sólo doña Chabela— lúcida, vigilante, paciente y medio triste pensando en la casa y tratando de convencerse de las cosas de Medardo, de que sí, de que el viaje una gran importancia, y que también para el pueblo y que el negocio y hasta —tal vez, quién quita— salían por fin de las deudas. ¡Siempre las deudas amargándola!

Se detuvo el tren suavemente. Parecía una equivocación. Apenas una casita de madera. Un solazo alto y a plomo; zacatales amarillos, arbolitos hostigados por el calor y un infinito ruido de chicharras. Un hombrecito, lejos, daba un paquete al conductor. Doña Chabela también cabeceó mirando la tierra reverberante, pero se movió el tren, comenzó a rodar con pereza y ella abrió los ojos. Miró a Fanorcito, sin novedad. Miró a Medardo; dormido. Todo bien. Cerró los ojos ¡Si no fuera por las deudas! ¡Si no fuera por las deudas...!

—Nos vamos durmiendo —dijo don Medardo abriendo los ojos. El tren corría y se sacudía y levantaba polvo como enloquecido. (Yo no sé por qué corren tanto los maquinistas!) Sólo Fanorcito seguía tronchado como pajarito.

—No se vaya a mirar el muchacho dormido.

—De día no lo hace. (Pero seguían preocupándola las sumas y las restas, las deudas y los intereses) ¿Le dejaste a Juan el pago del plazo?

A don Medardo le dio un vuelco el corazón. ¡Si supiera la pobre Chabela! También él se traía sus enredos. Se tocó el fajo de billetes. Allí estaba. Pero tenía que exponerse! Hablar con el hombre. Ya bastante lo habían engañado.

—Estate tranquila.

—Ojalá todo se arregle!

—Tengo su palabra.

—No te digo que no... pero para las veces que nos hemos quedado en palabras...

Don Medardo sintió que la cólera se le subía hasta las orejas. Pero paró el tren con un envión que casi los saca del asiento. Entraron pasajeros al carro. Voces. Saludos. Otra vez el tren. Otra vez las voces, cada vez más altas y las lluvias que ya están por caer y tal vez con la luna y el buey enfermo y Felipe ya dio el primer fierro y las semillas y los precios y todo por las nubes y las esperanzas y las desesperanzas y una estación y otras más gente hasta que sonó el pitazo largo y don Medardo desde la ventanilla tratando de reconocer —¡ya parece Managua!— y doña Chabela: que no se nos quede ningún traste y más pitazos y ¡ahora sí, claro que es Managua! Y ¡Fanorcito, despejate, ya llegamos! y los grandes ojos del muchacho y la estación y el gentío y ¿por qué todos quieren salir al mismo tiempo? ¡Tengan cuidado! y la apretazón y los empujones —¡Qué apuro! ¡Como si no hay tiempo! y más empujones y —cuidado, Chabela, fijate en la grada— Papa, me están prensando! y más empujones hasta que se quedaron solos en la plazuela de la estación, juntos los tres, extrañados de tener voluntad y mirando a uno y otro lado con indecisión —¿Dónde es la cosa? —y las roconolas de las cantinas vecinas y el grito de los buseros y de los taxistas y la bocina y el resuello del tren en la estación—! ¡CUIDADO ESE TRASTE...! —gritó doña Chabela tirando del brazo a Fanorcito. Y pasó el taxi como una tromba.

—¿Dónde es la música? —preguntó el muchacho todavía embobado.

—Dejate de músicas, poné atención.

Y cogieron por la acera cargando paquetes y valijas y preguntó en la esquina las señas del mercado y Fanorcito: —¡Vamonós en carro! —¡No, niño!— ¿Y por qué? —¿Qué no has leído los periódicos? ¿Qué no te he contado? Y doña Chabela: —¿Y estará la Rosenda en el Mercado? Y don Medardo: —Allí le dejamos la carga y nos vamos a dar una vuelta.

Y así fue.

—Allí le dejamos la carga, comadre. Queremos dar una vuelta, desentumirnos.

—¿Cómo se van a ir ya? Tómense un refresco, un chingue, una cebada...

—Yo tengo sed, tata!

—Bueno, pues, tomemos algo.

—A ver, María; hacémele unos refrescos a mis paisanos. Ya vuelvo. Al me dispensan!

Mientras la fresquera quebraba hielo y batía y mezclaba líquidos que exorcisaban el calor, doña Chabela

miraba alucinada, hipnotizada los estridentes reflejos multicolores de la trucha del chino y sus peines

peinetas

botones

colgantes

espejos

hebillas

cadena

anillos

pulseras

chapas

medallas

relojes

¡qué montón de chilindrujes!

—Tomá el refresco, mujer.

Se lo bebieron. Trituraron uno a uno todos los hielos.

—¡Esto sí me repuso!— y sacó su fajo, extrajo un billete y se lo dio a la fresquera.

—Espérame un momento, voy a cambiar.

Se acercó entonces un muchacho con aire tímido.

—Señor, ¿me tiene estos reales un momentito?

—¿Yo? ¿Por qué?

—Es que soy fuerano y me dijo mi hermano que tuviera cuidado. No más voy a entrar allí dentro a hacer una compra y me los pueden arrebatarse. ¡No tardo!

Don Medardo se sintió muy responsable. —¡Ni le soy conocido!— dijo cogiendo el dinero y sentándose.

—En la cara se ve la gente honrada, dijo doña Chabela.

En eso volvió el muchacho y don Medardo, con sonrisa paternal le devolvió su dinero. —Gracias por la molestia! dijo el chavalito muy educadamente, pero terció otro muchacho alto, bastante mayor y con voz de pocos amigos:

—¿Dónde está el dinero?

—Aquí.

—¿Completo?

—Sí.

Tomó de un manotazo el dinero y lo contó rápidamente.

—Aquí falta plata, gritó furioso.

—¿Cómo que falta?— dijo severamente don Medardo.

—¿Cuánto? ¡No puede ser! —chilló el chavalito.

—¡Claro que falta!— gritó el mayor.

—¡Si no lo he tocado! —gritó más el menor —¡El señor me hizo el favor de tenermelo cuando entré al mercado! ¿Verdad, señor?

—Y lo que es él ni se ha movido. En la mano tuvo el fajo— intervino doña Chabela.

—Claro que falta!

—¿Qué falta? preguntó la fresquera —¿Qué son los gritos? dijo el chino.

—Falta un billete de quinientos!

—¿De quinientos?

—¿De quinientos? Y cómo le dan hartito dinero a una criatura?

—Eso no le importa a usted. Aquí falta plata. ¡Vos te dejaste robar!

—Yo no, hermanito. Te lo juro!  
 —Pero aquí faltan quinientos pesos y voy a llamar a la Policía.  
 —¿Cómo policía? ¡Bonito estamos! Acaso no se trata de gente honrada? ¡Tras que le hizo el favor!  
 —Yo no voy a perder quinientos pesos?  
 —Regístrame, si quiere! ¡Cuente el dinero que llevo encima!  
 —No, niño! ¡Por qué te van a registrar? ¿Qué es esa desconsideración?  
 —Pues no. Que lo cuenten. Por honradez nadie me saca un trapo al sol.  
 —A ver! Enseñé! Uno, dos, tres, cuatro, cinco, diez veinte, sesenta, ochenta, cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos, cuatrocientos cincuenta, cuatrocientos cincuenta y siete. Tiene razón el señor, perdone!  
 —Ajá! ¿Dónde está el billete de quinientos? ¡Habrador! Desconfiado!  
 —Vos debés de tener el billete! Lo debés de haber escondido! Muchachito ratero! Mañoso!... No es la primera vez! —y el mayor se echó sobre el más pequeño a trompada limpia, pero el chavalo de un salto salió disparado como un conejo, empujando gente, tirando trastes, botando mercaderías... ¿Por qué lo sigue? —Pol qué se cole? —Qué pasa! —¿Qué es ese alboroto?  
 —Se le lleva el billete.  
 —¡Un billete grande!  
 —Se hacía el inocente.  
 —Tan educadito que parecía.  
 —¿Y tus reales?  
 —¿Ah?  
 —¿Tus reales? ¿Tu plata!? ¿Tu rollo de billetes??  
 —¿Ah? ¡Los tenía el muchacho! Los...  
 —¿Se te llevó tu dinero!  
 —¿Se le llevó su plata?  
 —¡Corran!  
 —¡Corramos!!

—¿Por dónde cogieron?  
 —Guardia! Guardia!  
 —Por allí doblaron! ¡Corra, don Medardo!  
 —Corran! ¡Seguilo vos, Fanorcito! ¡Corré! ¡Por ese lado!  
 Corrieron los hombres, corrieron las mujeres. Tropezaron con canastas. Tropezaron con las gentes. Saltaron sobre las ventas. Corrieron. Corrieron más. Gritaron. Llegaron a la esquina. Doblaron. Gritaron. Corrieron de nuevo y el gentío detrás y todos hablaban y todos corrían y nadie sabía y todos preguntaban y gritaban y volvían a gritar: ladrones, ladrones, ladrones... Pero nada!  
 Jadeantes se volvieron al mercado, preguntando, llamando al Guardia, contando el robo, pregonando, y unos decían que sí, que vieron a los dos muchachos y otros que no, que era uno el que corría y más allá que no era así, que a lo mejor el viejo era el ladrón, que era un altote, que era un chiquito, que yo lo ví salir, que me llevó de encuentro, y otros se refan, y otros se burlaban y doña Chabela repetía la historia y tronaba contra la corrupción y don Medardo avergonzado, cara de baboso, disminuido, robado, en la lona, hasta que llegó el guardia y entonces todos le contaron a gritos el robo, y el Guardia: dejen hablar a la señora y otra vez los gritos.  
 —Pero ¿cómo eran los rateros?  
 —Dos muchachos.  
 —Entiendo. Pero ¿cómo eran?  
 —Uno llevaba gorra y otro no.  
 —¿Y el vestido?  
 —¡Decí vos cómo eran!  
 —Pues dos muchachos.  
 —¿Qué señas?  
 —Vos los viste bien, Medardo ¿Cómo eran?  
 —Pues eran dos muchachos.  
 —Eso digo yo, dos muchachos.  
 —Dos muchachos...

## JOSE CORONEL URTECHO

Nació en Granada en el año de 1906: vivió en los Estados Unidos de donde vino en 1927 para fundar el grupo de Vanguardia, de decisiva presencia en la literatura nacional, al que benefició a través de su propio aporte creador y de su profundo conocimiento de la poesía norteamericana. Ha sido calificado por sus compañeros de generación como un señalador de caminos, y así su obra incluye poesía, cuento, teatro, crónica, ensayos, historia, todo concebido con un sentido de novedad y originalidad. Vivió en Europa, pero la mayor parte del tiempo la ha pasado en su retiro del río San Juan.

Ha publicado *Rápido Tránsito* (1950); y tres tomos de sus *Reflexiones sobre la Historia de Nicaragua*, que se propone ser una obra completa sobre nuestra historia nacional. Casi toda su obra (noveletas, cuentos, poesía) permanece en periódicos y revistas.

# El Mundo es malo

—Pitirre conoce un nido de chorchitas —decía el  
 (diablo.  
 —Pero Pitirre no se lo enseña a nadie— decía el niño.  
 —Sólo por cinco cigarros— decía el diablo.  
 —Si faltan los cigarros me cuerea mi papá— decía el  
 (niño.

—Tu papa anda bebiendo guaro en la Azucena— decía  
(el diablo.)  
El niño miraba la gaveta.  
—Ya las chorchitas están emplumadas— decía el diablo.  
El niño se acercaba a la mesa.  
—Mañana empiezan a volar— decía el diablo.  
El niño abría la gaveta.  
—Quién anda en la gaveta— gritó desde la cocina la  
(mamá.)  
—Decí que andás buscando tu cortaplumas— decía el  
(diablo.)  
—Yo, mamá, que ando buscando mi cortaplumas—  
(gritó el niño,  
metiéndose los cigarros en el bolsillo.  
Pitirre estaba a la orilla del río.  
—¿Qué estás haciendo?— dijo el niño.  
—Nada— dijo Pitirre.  
—Vos conocés un nido de chorchitas— dijo el niño.  
—¿Quién dice?— dijo Pitirre.  
—El diablo— dijo el niño.  
—Mentiras— dijo Pitirre.  
—Jurálo— decía el diablo.  
—Por ésta— dijo el niño.  
—Ya juraste en vano— dijo Pitirre.  
—Decile me condeno— decía el diablo.  
—Me condeno— dijo el niño.  
—Te condenás— dijo Pitirre.  
—Sacá un cigarro— decía el diablo.  
El niño casaba un cigarro.  
—Dame la chiva— dijo Pitirre.  
—Si me enseñás— dijo el niño.  
—Pues no— dijo Pitirre.  
—Pues no fumás— dijo el niño.  
—Ni vos— dijo Pitirre.  
—Masiemos que fumo— dijo el niño.  
—No tenés fuego— dijo Pitirre.  
—Voy a traer un tizón— dijo el niño.  
—Si me das cinco cigarros te enseño— dijo Pitirre.  
—Bueno— dijo el niño.  
—Andá trete el tizón— dijo Pitirre.  
El niño no se atrevía a entrar en la cocina.  
—En la cocina está mi mamá— decía el niño.  
—Llamá a la Socorríto que te lo saque— decía el diablo.  
La muchachita estaba junto a la puerta de la cocina.  
El niño la llamaba por señas desde largo. La muchacha  
(lo miraba desconfiada.)  
—Vení— dijo el niño.  
—¿Qué?— dijo la Socorríto.  
—Vení— dijo el niño.  
La muchachita se le acercaba.  
—Andé treme un tizón a la cocina— dijo el niño.  
—Andá vos— dijo la Socorríto.  
—Pegale— decía el diablo.  
—Si no vas te pego— dijo el niño.  
—Para qué querés tizón?— dijo la Socorríto.  
—Para prender un cigarro— dijo el niño.  
—Si me das uno— dijo la Socorríto.  
—Bueno— dijo el niño.  
—A ver— dijo la Socorríto.  
—Andá primero— dijo el niño.  
La muchachita se iba a traer el tizón a la cocina.  
—Te gustá?— decía el diablo.

—Sí— decía el niño.  
La muchachita volvía con el tizón.  
El niño cogía el tizón.  
—A ver mi cigarro— dijo la Socorríto.  
—Decile que sólo que juguemos a los casados— decía  
(el diablo.)  
—Sólo que juguemos a los casados— dijo el niño.  
—Dame primero mi cigarro— dijo la Socorríto.  
—Tomalo— dijo el niño.  
El niño y la muchachita encendían sus cigarrillos con  
(el tizón.)  
—Vamos pues a jugar a los casados— dijo la Socorríto.  
—Primero vamos a ver un nido— dijo el niño.  
Pitirre los esperaba a la orilla del río.  
—A ver mis cinco cigarros— dijo Pitirre.  
—Tómalos— dijo el niño.  
—Onde está el nido— dijo la Socorríto.  
—¿Cuál nido?— dijo Pitirre.  
—El nido— dijo el niño.  
—Te engañé baboso— dijo Pitirre.  
El niño cambiaba de colores.  
—¿Son mentiras— dijo la Socorríto.  
—¡No pues!— dijo Pitirre.  
—A ver mis cigarros— dijo el niño.  
—Tomá— dijo Pitirre haciéndole la guatusa.  
—Mentale su mamá— decía el diablo.  
—Tu mama— dijo el niño.  
—La tuya— dijo Pitirre.  
—Decile tu papa es ladrón— decía el diablo.  
—Tu papa es ladrón— dijo el niño.  
—Y tu papa es picado— dijo Pitirre.  
—Más picado es el tuyo— dijo el niño.  
—Tu papa tiene cara de lechuga— dijo Pitirre.  
El niño estaba enfurecido. Pitirre se reía. La mucha-  
chita los miraba el uno al otro. El niño se contenía  
para no llorar.  
—Tu papa le pega a tu mama— dijo Pitirre.  
—También mi papa le pega a mi mama— dijo la  
(Socorríto.)  
El niño estaba ciego de rabia.  
—Cortallo con tu cortapluma— decía el diablo.  
El niño estaba sacando su cortapluma. Pero Pitirre  
era el más fuerte, le arrebató el cortapluma y le  
pegaba. El niño, dando gritos corría en busca de su  
madre.  
—Ya salió llorando— dijo Pitirre.  
—Cochón— dijo la Socorríto.  
Cuando quedaron solos Pitirre y la muchachita, el  
diablo quedó con ellos, mirándolos y sonriendo.  
—¿No tenés nido, pues?— dijo la Socorríto.  
—Tres tengo— dijo Pitirre.  
—Dame uno— dijo la Socorríto.  
—Sólo que hagamos aquello— dijo Pitirre.  
—Primero dame el nido— dijo la Socorríto.  
—Después— dijo Pitirre.  
—Juralo— dijo la Socorríto.  
—Por ésta— dijo Pitirre.  
—Bueno— dijo la Socorríto.  
El diablo nada tenía que decir y se pasaba la lengua  
por el hocico. Tenía sueño y se durmió.

1947.

## JCAQUIN PASOS

Nació en la ciudad de Granada en el año de 1914. Fue el más joven de los miembros del grupo de Vanguardia formado en 1931, y su obra poética tuvo un carácter decisivo en la literatura nacional, considerada como una de las de mayor influencia en las generaciones jóvenes. Ejerció el periodismo. Murió en Managua en 1947. Su obra poética fue publicada bajo el nombre de Breve Suma poco después de su muerte (1947) por Editorial Nuevos Horizontes, luego recogida en 1962 por Ernesto Cardenal, y publicada por el Fondo de Cultura Económica de México bajo el título Poemas de un Joven.

El Ángel Pobre fue publicado en 1941.

# El Ángel pobre

"El ángel que nos desespera de la vida para librarnos de las tentaciones de la vida". — Anzoátegui.

Tenía una expresión serenísima en su cara sucia. En cambio, una mirada muy atormentada en sus ojos limpios. La barba crecida de varios días. El cabello arreglado solamente con los dedos.

Cuando caminaba, con su paso cansado, las puntas de sus alas arrastraban de vez en cuando en el suelo. Jaime quería recortárselas un poco para que no se ensuciaran tanto en las últimas plumas, que ya estaban lastimosamente quebradas. Pero temía. Temía como se puede temer de tocar un ángel. Bañarlo, peinarlo, arreglarle las plumas, vestirlo con un hermoso camión de seda blanca en vez del viejo overol que lo cubría, éso deseaba el niño. Ponerle, además, en lugar de los gruesos y sucios zapatones oscuros, unas sandalias de raso claro.

Una vez se atrevió a proponérselo.

El pobre ángel no respondió nada, sino que miró fijamente a Jaime, luego bajó al jardín a regar sus pequeños rosales japoneses.

Siempre que hacía esta tarea se echaba ambas alas hacia atrás y las entrelazaba en sus puntas. Había en este gesto del ángel algo de la remangada de fustanes de la criada fregona.

En realidad, muy poco le servían las alas en la vida doméstica. Atizaba el fuego de la cocina con ellas algunas veces. Otras, las agitaba con rapidez extraordinaria para refrescar la casa durante los días de calor. El ángel sonreía extrañamente cuando hacía ésto. Casi tristemente.

Es lógico que los ángeles denoten su edad por sus alas, como los árboles por sus cortezas. No obstante nadie podía decir qué edad tenía aquel ángel. Desde que llegó al hogar de don José Ortiz Esmondeo —hace dos años más o menos— tenía la misma cara, el mismo traje, la misma edad inapreciable.

Nunca salía, ni siquiera para ir a misa los domingos. La gente del pueblo ya se había acostum-

brado a considerarlo como un extraño pájaro celestial que permanecía a toda hora en la casa de Ortiz Esmondeo, enjaulado como en un nicho de una iglesia pajaril.

Los muchachos del pueblo que jugaban en el puente fueron los primeros que vieron el ángel cuando llegó. Al principio le arrojaron piedras y luego se atrevieron a tirarle de las alas. El ángel sonrió y los muchachos comprendieron en su sonrisa que era un ángel de verdad. Siguieron callados y miedosos su paso reposado, triste, casi cojo.

Así entró a la ciudad, con el mismo overol, con los mismos zapatos y con una gorrita a la cabeza. Con su mismo aspecto de ángel laborioso y pobre, con su misma sonrisa misteriosa.

Saludó con un gesto de sus manos sucias a los zapateros, a los sastres, a los carpinteros, a todos los artesanos que suspendían asombrados sus trabajos al verlo pasar.

Y así llegó a la casa acomodada de don José Ortiz Esmondeo, rodeado por las gentes curiosas del barrio.

Doña Alba, la señora, abrió la puerta.

—"Soy un ángel pobre" —dijo el ángel.

— II —

La casa siguió siendo la misma, la vida siguió llevando la misma vida. Sólo los lirios, los rosales, las azucenas, sobre todo las azucenas del jardín, tenían más hermosura y más alegría.

El ángel dormía en el jardín. El ángel pasaba largas horas cuidando el jardín. Lo único que aceptó fue comer en la casa de la familia.

Don José y Doña Alba casi no se atrevían a hablarle. Su respeto era silencioso y su secreta curiosidad sólo se manifestaba con sus sostenidas miradas sobre su cuerpo, cuando estaba de espaldas, y dirigidas insistentemente sobre el par de largas alas.

Los rosales japoneses sonreían durante toda la mañana. Al atardecer, el ángel los acariciaba, como

cerrando los ojos de cada una de las rosas. Y cuando el jardín dormía, extendía las alas sobre la yerba y se acostaba con la cara al cielo.

Al salir el sol se despertaba Jaime. Al despertarse, encontraba al ángel a su lado, apoyado en el hombro de su alma.

El juego comenzaba. Bajo la sombra del jardín, Jaime veía convertirse en seres con vida a todos sus soldaditos de plomo, oía los pequeños gritos de mando del capitán de su minúsculo bloque, hablaba con el chofer de latón de su automovilito de carreras, y por último, entraba él mismo como pasajero a su tren de bolsillo.

La presencia natural del ángel daba a estos pequeños prodigios toda naturalidad.

### — III —

Pero el ángel pobre era tan pobre que no tenía ni milagros. Nunca había resucitado a ningún muerto ni había curado ninguna enfermedad incurable. Sus únicas maravillas, aparte de sus alas, consistían en esos pequeños milagros realizados con Jaime y sus juguetes. Eran como las pequeñas monedas de cobre que le correspondían del colosal teroso de los milagros.

Sin embargo, la gente no se cansaba de esperar el milagro estupendo, el gran milagro que debía ser la explicación y el motivo de la presencia del ángel en el pueblo.

El hombre acostumbra considerarse como un niño mimado por lo divino. Llega a creerse merecedor a la gracia, al amor de Dios, a los milagros. Su orgullo le esconde sus pecados, pero cuando se trata de un favor sobrenatural entonces intenta cobrar hasta lo último de la misericordia divina.

Había algo de exigencia en la expectativa del pueblo. El ángel era ya un orgullo local que no debía defraudar las esperanzas de la población. Lo estaban convirtiendo poco a poco en algo así como un pájaro totémico. Era casi una bestia sagrada.

Se organizaron sociedades para cuidar al ángel. La Municipalidad dio decretos en su honor. Se le remitían los asuntos locales para su solución. Por último, hasta se le ofreció el cargo de Alcalde.

Todo en vano. El ángel lo desechaba todo disimuladamente. Nada le interesaba, según parecía. Sólo daba muestras de una entrañable afición a la jardinería.

### —IV —

Cuando don José se decidió a tener una entrevista con el ángel algo serio sucedía.

El ángel entró sonriendo a la oficina. Limpió a la puerta el lodo de sus zapatos oscuros, se sacudió las alas y se sentó frente al señor Ortiz.

Don José estaba visiblemente molesto. Sus ojos

bajaron varias veces ante la vista del ángel, pero al fin, con una mueca lastimosa, principió:

—“Bueno, mi amigo, yo nunca le he llamado a usted para molestarlo en nada, pero ahora quiero hablarle de un asuntito que para nosotros es muy importante”.

Tos. Pequeña sonrisa.

—“Se trata, —prosiguió— de que desde un mes a esta parte nuestros negocios han venido tan mal que, francamente hablando, estoy al borde de la quiebra. La Compañía Eléctrica que, como usted sabe, constituye mi única fortuna, ha fracasado totalmente y pasará a manos del Estado. Lo que el gobierno me reconozca apenas bastará para cubrir mis deudas. Ante esta perspectiva, me he atrevido a llamar a usted para suplicarle que nos consiga, aunque sea prestada, mi amigo, alguna platita, algo que nos saque de este apuro...”

El ángel, muy serio, se sacó las bolsas de su overol. Un pedazo de pan, una aguja de tejer, un trapo, varias semillas secas y un silbato viejo.

Don José le lanzó una mirada extraña, y dijo:

—“Ya sé que usted no tiene nada, pero puede pedir... yo no sé... un poco de plata, de oro, algún milagrito, mi amigo. Algo sencillo, que no lo comprometa... Además, nosotros no diremos ni media palabra... Así se arreglaría toda esta situación y usted podría seguir muy tranquilo viviendo con nosotros como hasta ahora, mi amigo”.

Don José tenía la cara roja de vergüenza. Pero estaba agradecido a jugarse el todo por el todo. El era decente, lo sabía muy bien, y era correcto y era honrado, pero también era práctico. Tengo que ser práctico y hablar claramente, se decía. Al pan, pan.

—“Ya ve, nosotros nunca le hemos pedido nada. Jamás le hemos molestado, ¿no es cierto? Pero ahora la familia necesita arreglar este asunto, tener un poco de “flojera”, para seguir viviendo, para seguir sirviendo a Dios, mi amigo...”

¿Dónde había oído don José esta frase de “seguir sirviendo a Dios”, que por primera vez pronunciaban sus labios? Ah! Sonrió por dentro. El cura... aquella misa cantada... el sermón!

El ángel se puso definitivamente serio. Su mirada era fija, directa.

—“José, —dijo muy despacio— ya que usted quiere que hablemos francamente, vamos a ello. Cuando yo le dije a su señora que yo era un ángel pobre, era porque en realidad soy ángel y soy pobre. Es decir, la pobreza es una cualidad de mi ser. No tengo bienes terrenales ni puedo tenerlos. Tampoco puedo darlos. Eso es todo”.

Pausa. Con la mirada más fija aún, continuó:

—“No obstante como yo les estoy sumamente

agradecido y veo que la vida está muy dificultosa para ustedes, les libraré de ella con muchísimo gusto, si ustedes lo desean”.

—“¿Cómo? ¿Qué dice?”

—“Pues que como la vida les está siendo tan desagradable, puedo conmutarles por gracias especiales lo que ustedes ganarían ofreciendo esas penalidades a Dios, y suprimirles la existencia terrenal”.

—“Es decir, ¿lo que usted se propone es matarnos?”.

—“No. No lo diga así con lenguaje pecaminoso. Simplemente se trata de quitarle la vida a usted y a su familia. Desde hace algún tiempo, José, he venido pensando llamar a usted para hacerle este ofrecimiento, pues yo les debo a ustedes muchos favores y finezas. Y ahora, en estas circunstancias, sería la solución de todas las dificultades de su familia”.

Los ojos de Don José se encendieron. Su boca estaba seca.

—“Cómo va a creer —gritó. —Yo entiendo que usted quiere morirse porque usted vive en la otra vida y, porque, además, usted no se puede morir! pero nosotros, eso es diferente!”

—“Es natural su defensa natural, José. Su vida pide la vida, yo lo sé, pero reflexione que ésta es una doble oportunidad: la oportunidad de librarse para siempre de esos apuros materiales que tanto le intranquilizan, y la oportunidad de morirse santamente. Es ventajosísimo. Yo les fijaré el día y la hora de sus muertes, y ustedes arreglarán perfectamente, y con mi ayuda, sus cuentas con Dios. Yo seré un guía para sus almas. .. no se preocupe por la muerte: yo soy un experto en el asunto, pues fui discípulo del Ángel Exterminador”.

Don José estaba furioso. Sin contenerse gritó:

—“No señor, de ninguna manera! Mi vida vale mucho, mucho más de lo que usted piensa. Eso que usted me propone es un atrevimiento, una barbaridad, un homicidio... un homicidio premeditado, éso es”.

—“Las muertes de todos los hombres son, José, otros tantos homicidios, solamente que no son delitos ni pecados porque son realizados por Dios. Ustedes los hombres son tan pretenciosos que llegan a creer que sus vidas son de ustedes! La muerte es necesariamente deseada por el hombre justo. El suicidio sería la solución más lógica y el fin más inteligente de las vidas de todos los hombres lógicos e inteligentes, si el suicidio fuese permitido por Dios”.

—“Bueno! Suficiente! No quiero nada con usted!”

— V —

Los once años de Jaime vinieron de otra manera el asunto.

—“Ángel, márame hoy —le decía—, márame bajo tus rosales japoneses, de un sólo golpe de ala”.

— VI —

Murió el niño. El ángel extendió sus alas sobre él durante la misteriosa agonía. Era una muerte suave, una muerte de pájaro. Una muerte que entraba de puntillas y sonriendo.

Cuando todo había terminado tan silenciosamente, la fuerza de la muerte invadió la casa. Un enorme recogido comprimido estalló en el aire de la muerte. La casa entera pujaba, se expandía. Un olor indefinible cubrió los objetos: se abría una gaveta y salía de ella un perfume sobrenatural; los pañuelos lo tenían, y el agua y el aire lo llevaba. Parecía un incienso de ultratumba que denotaba el final de un rito desconocido y milagroso.

En el jardín, los lirios y las azucenas se pusieron más blancas, con un incontenible, un ilimitado color blanco. Y los rosales japoneses ofrecieron cada cinco minutos una nueva cosecha de rosas encarnadas.

Don José se puso como loco. Momentos antes de su muerte, Jaime se le acercó para pedirle permiso de morir. Por supuesto, le prohibió semejante locura.

Pero el niño ya tenía la vocación de la muerte, amaba la muerte con todas las fuerzas de su vida.

De nada sirvieron las protestas y las lágrimas de Doña Alba; y Don José no encontró amenazas con que amenazar a su hijo.

Por eso, su cólera ciega cayó sobre el ángel. Salió a la plaza rodeado por los Consejales de la Alcaldía, y con lágrimas en los ojos se dirigió al pueblo en un discurso muy conmovedor, pidiendo justicia contra el ángel, a quien procesaría por asesinato premeditado, según dijo.

Pero ni el Juez ni los guardias se atrevieron a arrestar al ángel.

Fue el Alcalde quien tomó el asunto en sus manos notificando al ángel que debía abandonar la ciudad inmediatamente.

— VII —

A las doce del día, bajo el tremendo sol meridiano, salió el Ángel Pobre, más pobre y más ángel que nunca, del hogar Ortiz Esmondeo.

Por las calles polvorientas del pueblo iba arrastrando sus alas sucias y quebradas. Los hombres malos de los talleres de la Compañía Eléctrica se le acercaron en grupo, y con bromas obscenas le arrancaron las plumas. De los alones del ángel brotaba una sangre brillante y dolorosa.

Pero al llegar al puente, los muchachos del pueblo que allí estaban, se arrodillaron en línea llorando.

El ángel pasó levantando sobre sus cabezas su alón sangriento y uno por uno fueron cayendo muertos.

1941.

## MANOLO CUADRA

Nació en Granada en el año de 1908; se alistó en la Guardia Nacional para pelear contra Sandino; fue boxeador, soldado, padeció destierro, fue confinado a la Costa Atlántica, trabajó en las bananeras en Costa Rica, fue sacado a pie por la frontera, pegó papeletas subversivas en las paredes, llevó una larga vida de bohemia, era visitado por los fantasmas, amaba sus recuerdos hasta las lágrimas, murió muy pobre y de cáncer en Managua en 1957, triste, como un policía de esos que florecen en las esquinas y por último, el gobierno ofreció a su familia honores militares para su entierro, los que fueron rechazados. Después de todo lo cual, se puede decir simplemente que vivió.

Publicó *Itinerario de Little Corn Island* (1937); *Contra Sandino en la montaña* (1942); *Almidón* (1945); en 1962 la Editorial Nicaragüense editó una antología de sus poemas.

# Torturados

Denuncia la luz los contornos del bote, en el que se levantan a compás los remos silenciosos, envueltos hasta la mitad en fundas de bramante.

Phillips habla en voz baja. Su compañero arrástrase a fin de observar:

—¡Son ellos!

Se apelmaza contra la arena. El otro hace lo mismo.

Continúa acercándose el bote, pero tan lentamente, que desespera a los dos hombres. Al fin atraco. El ruido que hace la quilla al hincarse en la arena arranca al silencio una nota de alarma. Voces. Un ligero chapoteo.

—¡Arriba las manos!

El triángulo de luz de un reflector irrumpe sobre los marineros y entre el rumor de la lucha élévase la voz de Hays:

—¡Al cuartel, pronto!

La patrulla toma un sendero estrechísimo que despierta en una línea blanca y sucia cuando cae sobre él, el chorro luminoso de los focos.

Senderito inverosímil, encaramándose, a medida que se avanza, sobre el dorso de una elevación montañosa. Marchando de uno en fondo, deteniéndose constantemente para no despeñarse, el grupo, más que una patrulla armada en guerra, pareciera una troupeé de alambristas en exhibición fantástica ante la noche.

Tupe la maleza por ambos lados y cubre el cielo sobre la cabeza de la expedición. A las bifurcaciones sobrevienen descensos demasiado rápidos: aun una dilatada planura, todavía el paso de la quebrada y, hasta entonces, la pendiente fácilmente perceptible.

Aparecen, de choque, media docena de luces pequeñas, semirrojas, trísticas y desveladas.

—Quillalí, —apunta Hays.

Los soldados respiran satisfechos, uniformemente, como no lo harían mejor en su clase de gimnasia respiratoria.

Ante el índice del farol que raya la obscuridad, las tinieblas vuelven grupas atropelladamente. Hays ordena:

—¡Vengan los prisioneros!

Una sombra adelante, seguida de otro que llena el trayecto con un chirriar de hierros. Al penetrar en la cámara de las torturas, la luz le da encima. Esa sombra es un hombre. Delgado, de estatura mediana. Los ojos pequeños sumamente brillantes, parecen tizones prontos a darle fuego a los matorrales de las cejas; pero su piel, pálida por la ausencia de glóbulos, tiene una diáfana transparencia palúdica.

Se ha quitado el empalmado y lo voltea entre las manos, como si con el contacto de esa prenda tan familiar quisiera convencerse de que no está siendo víctima de una pesadilla. Mira a su alrededor caras desconocidas, que, por una paradoja, le son a la vez perfectamente conocidas: son caras enemigas.

Contesta a las preguntas de Hays cuyo español es tan ortodoxo como su slang neoyorkino. Es la misma, la misma declaración que constituye un motivo central en la vida y sentimientos de cada habitante de esa región:

Enmontañó el mismo día yue su rancho fuera quemado por los aviones. Con el hijo mayor, ese mismo que han traído con él, logró escabullirse onde que voló su champa. Hubiera querido también arrastrarse a Pedrito; pero el pobre ya estaba boquiando, con los menudos deshechos. Su mujer, por lo que le decían los espiones, debía estar en la reconcentración.

Ha terminado. Su voz lleva a horcajadas, en premeditada solidaridad, la historia de todos sus compañeros dispersados más o menos así.

Hays adelanta, acercándose:

—¿Sabe esto? Yo saber que usted las hace.

Es un tarro enorme de cerca de tres libras, que no llegó a explotar. El otro, lanzado con mucha seguridad, fue el que decidió el contacto a favor de los rebeldes en la emboscada de la noche anterior.

¡Pobre el segundo teniente Livingston, tan joven, tan gentleman!

Hays dedica un recuerdo conmovido, a su gallardo compañero de la marina, caído el primero en el momento trágico de aquella encrucijada oscura. Re-



cuerda la confusión después de la sorpresa, los rostros lívidos de los marinos que, sin poder localizar a los asaltantes, se asesinaban entre sí.

El prisionero calla. Aquel objeto le ha traído a la mente el empleo que, acompañado de su hijo, daba al tiempo en los talleres improvisados de "El Cinchado". Días enteros guareciéndose bajo las champas, ocupados en llenar de pólvora, púas y otros desperdicios metálicos, los potes de conservas que los gringos, admirables gostrónomos, consumían en sus expediciones. La mecha está quemada hasta la mitad. Una pulgada más y habría tocado el fulminante. ¡Qué lástima!

Dice al fin:

—No sé qué es eso. Yo no sé nada.

—¡Empiecen!, —ruge Hays.

Pero hace una nueva tentativa de cohecho:

—Díce, hombre; díce . .

El hombre niega, impasible. Los puños del yanky cruzan, y el hombre se abate como un corcho.

—¡Empiecen!, —repite.

El prisionero incorpórase bajo sus patadas, sonámbulo. Dos cuerdas metálicas salen del generador, pasan por la llave del trasmisor de radio y terminan en los pulgares de sus manos fuertemente incrustadas.

Dos hombres han ensamblado las manivelas en el eje que mueve aquel artefacto. La corriente se multiplica a medida que el engranaje gira impulsado por las manivelas. Phillips aparece por la puerta trasera y vuelca una cuba de agua bajo los pies desnudos de la víctima, que se vuelve, sorprendido de algo que no comprende. Hays ríe:

—¡Oh, Phillips! ¡Delicioso! ¡Fantástico!

El paciente inicia un movimiento de abajo para arriba, retorciéndose como un hombre que se despereza. Un gemido de imposibles interpretaciones fonéticas, amorfo, inarticulado, sale de su pecho y queda, doblado por el eco, revoloteando en el cuarto.

En voz alta, Phillips va marcando el recorrido de la aguja que indica un ascenso en el voltímetro:

—Hundred... two hundred—sixty... the hundredredredred...

Los operadores continúan volteando las manivelas.

—Three hundred eightq. —canta Phillips.

El torturado no resiste más. Disparado por fuerza irresistible, choca contra una pared en envión violentísimo, rebota y cae ruidosamente. Los extremos metálicos se han zafado de los pulgares. Adviértese sobre éstos, el rastro sangriento de la tortura.

Hays está sobre él, conectándolo nuevamente a la cuerda. Las manivelas, que han sido paradas mientras dura esta operación, giran otra vez. La víctima salta desde el suelo lo mismo que pelota de goma. Intenta apoyarse en la pared; pero resbala y cae. Sus manos críspanse, una sobre otra, en gesto de sufrimiento infinito. El extremo de ambos alambres, no protegidos por la capa aislante, forma circuito con este movimiento imprevisto. Pronto una llama lengüetea, achicharrándole la piel de las manos en pirotecias macabras, como si fuera un ilusionista estupendo.

El olor atosigante del pellejo quemado llena la pieza.

El entusiasmo satánico ha coloreado el rostro de Phillips. Hays sólo sonríe.

Sobre el piso, estropajo de carne, sudor y sufrimiento, el hombre gime con un gemir cortado, como sólo pudiera hacerlo un niño a quien le faltara el calor de la madre.

Phillips espía, temeroso de perder un solo detalle del espectáculo, el rostro odiado.

—Pobrecito, pobrecito... Llevarlo a la enfermería.

Un minuto después lo fusilaban.

—¡El otro!

Por un refinamiento de crueldad han hecho que el otro, el hijo del hombre a quien acaban de suministrar un calmante definitivo, presenciara la tortura desde una pieza contigua. Impotente para socorrer al padre, sacudido bajo la acción de aquel chunche infernal, el otro ha cerrado los ojos. Las detonaciones oídas ha poco le tranquilizan. Su padre ha dejado de sufrir. El sabe. ¿Quién no sabe lo que significa conducir a un prisionero al hospital?

Al entrar, dijérase guiado por un rara voluntad de sufrir, de tal manera se planta ante el instrumento y aun ofrece ambas manos a los operadores. El bozo, apenas perceptible, deja suponer el arranque de la adolescencia. La vida semi-salvaje que llevaba ha dado a sus músculos con el constante ejercicio de fugas y persecuciones, una hinchazón prematura. Bajo el pantalón, que debe tener meses y meses de uso, márcanse perfectamente altos-relieves de la virilidad.

—¿Y usted, muchacho, usted ¿tampoco sabe esto?

El jefe tiene la bomba entre sus manos: la pone bajo unos ojos asustados; la choca fuertemente contra unos labios hasta hacerlos sangrar. De momento, Phillips falla y alienta una esperanza:

—¿Sabe? Diga...

Ninguna contestación. La víctima permanece lejana, tal vez sumergida en la evocación de su libertad perdida.

Phillips esboza una señal. Las manivelas comienzan sus fatídicas vueltas. Bajo los alambres corre el voltaje que desemboca en los pulgares, mordiendo el resto del cuerpo. Sudor copioso. El cuerpo se encabrita, gira, recógese sobre sí, adoptando las poses más excéntricas. Es algo infinitamente parecido a los visajes de un cortorsionista. Las manos muévense rápidamente en movimiento de martilleo, con velocidad que no decrece. Hays compara esas contorsiones con las del pugilista que golpea un punching-ball... Y grita alegre:

—¡Mira Phillips, mira!

Y Phillips mira, pero otra cosa, con el rostro alargado de espanto. Los pulgares del preso se han unido: La llanita siniestra despliega su cabellera quemante sobre unas manos que van a posarse en la mecha del tarro-infernal. Toda la sangre se agolpa en el corazón miedoso de Phillips. Quiere huír...

Es inútil. La explosión se produce.

Sobre la viga del techo un fragmento humano se balancea graciosamente. Es una pierna.

¿Habrá pertenecido a Phillips? ¿A Hays?

¡Quién sabe! Pero es evidentemente, una pierna

# De Quilalí a Illinois

FROM:

BETTY RUTLEDGE,  
17 BATTERY PLACE  
BRONSVILLE, U.S.A.

Esto era cada jueves de la semana, cuando el avión dejaba caer la correspondencia sobre el reducto del destacamento. Para Harry Livermore, Betty Rutledge, aún con estar tan lejos, seguía siendo la compañera de sus horas grises. ¡Y cómo no! Sólo el exceso de producción, al que pronto debía seguir un paro febril conjuntamente con un invierno rigurosísimo, empujaron su resolución por los caminos de la aventura. Y a fe que la tal aventura resultaba peligrosa.

Todavía recordaba a Betty en la estación, siguiendo el tren lleno de bultos kaky, con sus ojos bonitos. Al despedirse, ella le había besado el mentón, dejándosele embadurnado con su billet barato. Harry habría querido llevar ese amoroso estigma por toda la vida, si no hubiera sido que ahí no más, Billy Harding se lo había quitado de una manotada en contestación a una pregunta suya cuando Billy, camorrista y cínico, dijo un comentario pesado sobre la muchacha.

Cuando Harry la perdió de vista, —vestida toda de blanco, ella bien pronto llegó a ser en la lejanía como un pañuelo— sintió algo extraño en su corazón, y comprendiendo que era un llanto seco, sin lágrimas, sacó la cabeza por la ventanilla para que el humo de la máquina estimulara sus funciones lagrimales.

¿Cuánto tiempo hacía de eso? Setenta años, evidentemente. A ver... Como que Betty llevaba la cuenta:

"Queridísimo Harry:

Estoy contenta con una gran noticia: parece que toda la flota del Atlántico vendrá frente a San Francisco para efectuar las maniobras anuales de la marina. Pero no es esto todo: por aquí se asegura que la defensa del puerto estará a cargo del ejército y que al efecto, los soldados del 5º regimiento que hayan prestado servicio de dos años en esa "isla", serán llamados, pues aquí se les considera muy útiles dado el entrenamiento que tienen contra esos salvajes. Pero no es eso todo: el Secretario de Marina hace saber que los alistados que en Nicaragua se distinguen en acciones de guerra contra esos antropófagos, gozarán de transferencia permanente a cualquiera de nuestras bases, aunque, como tú, tengan solamente siete meses. Así, yo sé que harás lo posible por volver.

Y aunque seguramente ya tú lo sabes, yo quiero contártelo:

Sharkey le ganó a Schemeling. Gary Cooper se rompió una pierna filmando "Hombres de Acero", y yo te amo estrechamente. — BETTY".

¿Volver? Rió él amargamente con risa de sulfato. Cualquiera pensaría en ello en semejante situación. El caso era que de las siete patrullas de reconocimiento, enviadas para aflojar el cerco, sólo dos habían regresado milagrosamente escapadas, y eso, con una noticia por demás desconsoladora: los ríos salidos de madre dentro de una dilatada circunvalación hacían impracticable cualquier intento de éxido hacia el sur. Y esta situación duraba casi un mes. Verdad era que los aviones llenaban parte de su cometido suministrando dos veces por semana algunos víveres y correspondencia; pero esto solamente conseguía arrear aún más los nostalgias por el lejano hogar. La otra parte de la empresa hacíase más que difícil para los aviadores. Venía a ser como imposible librar la fortaleza de un enemigo que a la hora oportuna podía concentrarse con velocidad increíble; pero que a tiempo de sufrir el ametrallamiento aéreo, sabía pulverizarse entre la yerba, contra los bosques, más allá de los ribazos. Dos aviones corsarios habían quedado fuera de combate: el primero, al intentar un aterrizaje de acuerdo con los sitiados y protegidos por una batería de lanzabombas. Al otro lo habían bajado del aire como una gaviota. Desde el torreón donde montaba guardia, el marino podía distinguir lo que antes fuera un instrumento de rapidez y gracia, convertido en un laberinto de hierros retorcidos.

¿Volver? Otra vez el marino se tornó melancólico. Recordó la casita blanca de Illinois y al viejo Livermore atareado en su huerto de manzanos. A Betty frente al micrófono de una casa anunciadora... y hasta a Billy Harding.

La escalera del segundo piso crujió. Fue levantada la trampa y entró Leverton, armado hasta los dientes.

—Vengo a sacarte, Harry, —anunció cansadamente.

¿Reportes? —inquirió él, ansioso.

El otro barbotó una injuria y lo miró con ferocidad.

—¡Imbécil! En balde tomaste parte en la alarma, anoche.

—Sí, ¿y qué? Pues que hasta ahora observamos el resultado. La cuerda del mástil ha sido rota a tiros. Estamos sin radio. ¡Incomunicados! Y que Welles siga creyendo que estos greassers tiran mal. El mismo, para sostener su dicho ante el Comandante, subió esta mañana; pero tuvo que bajar con un codo deshecho. Y si tú quieres probar, habla con el Comandante.

"...en acciones de guerra contra esos antropófagos gozarán de transferencia permanente a

cualquiera de nuestras bases; aunque como tú, tengan solamente siete meses. Así, yo sé que harás lo posible por volver”.

Ahora el fragmento invitador de la carta de Betty colaboraba con el ansia suprema de su vida: ¡volver!...

Ingresaría a Hornsville en tren de las 10 a.m., y se apostaría frente a la estación anunciadora, para esperar cuando ella saliera a tomar una sopa de espárragos al restaurant.

—¡Oh, Betty, Betty! ¡Aquí estoy!

Y ella se precipitaría entre sus brazos, allí, frente a los transeúntes asombrados y le diría:

—Sí, Harry. Ya sabía que vendrías.

Y otra vez lo habría de besar en el mentón, como el día de la despedida.

—Oí decir, —comentó Harry Limermore ante el sargento de guardia de ese día,— que dos de las ametralladoras estuvieron anoche paradas por falta de agua.

—Y así han de seguir. Ya sabes que estamos incomunicados. Por lo tanto, hoy que necesitamos de agua, los pilotos bajarán sardinas; mañana papel de inodoro; pasado... Vas a ver, muchacho; pasado mañana, cruces y flores.

—No ha de ocurrir eso, —afirmó él con seguridad. Y agregó con voz decidida: Reporte al Comandante que esta noche bajaré al río; es decir, que tendremos agua para “ellas”.

Declinaba el sol. Declinaba también, sobre el mástil, la bandera de los Estados Unidos con los honores de ordenanza, y a Harry no le conmovió aquella concurrencia de caídas, que pudieron hacerle presentir la de su propio cuerpo junto a las aguas romanceras del río.

Esperó media hora a que oscureciera. Le dieron recipientes de goma que cabían perfectamente en los bolsillos. La vuelta ya sería otra cosa: cinco galones. El Comandante le tendió la mano:

—Adiós, Harry, —le ordenó: no se arriesgue usted mucho y vuelva pronto.

Pero, antes, él quiso ver a Billy Harding. Le sucedía lo que a dos viajeros de un mismo tren: un incidente cualquiera de la charla provoca la discrepancia momentáneamente; pero al término del viaje ambos han simpatizado y se despiden.

Para Harry, la estación terminal de la vía llegaba, y abrazó a Billy.

A medida que se enterraba en la semioscuridad sentía el imperio instintivo de encogerse, de reducir su humanidad al mínimo de la expresión geométrica. El, que venía con la nostalgia de las colosales iluminaciones yankis, buscaba el regazo suave de las sombras.

Crujieron algunas zarzas. Estuvo agazapado dos minutos. El veía ansiosamente la fosforescencia livida de su reloj pulsera. Dentro de una hora, la luna bañaría todo el agro. Se le estrujaban los riñones terriblemente. El rumor del follaje, estremecido por la brisa nocturna, le reveló la proximidad del bosque. Detrás cantaba el río. Bajo la arboleda, la visión era más difícil.

Hizo un avance rápido, pero silencioso. No obstante, las arenas crujían. Reinició el arrastre; pero una voz lo dejó clavado en su sitio. Una voz que barrenaba en las sombras.

—¿Quién vive?

La hoja de su cuchillo cazador salió suavemente. Su automática permanecería enfundada para cuando llegara el instante de jugarse el todo por el todo. A un yanky, y a un marino especialmente, le choca recurrir al arma blanca. Harry encontraba mucha diferencia entre suprimir a un hombre de una cuchillada y aniquilarlo de un balazo. El cuchillo, en efecto, hace de alambre conductor entre la vida que triunfa y la otra que se extingue. El contraste debía ser repugnante,

Las manecillas del reloj, como mazos descomunales, empezaron un furioso golpear sobre la placa de resonancias del silencio. Hacía eco el corazón, con ronco redoble de tambor.

—¡Callad, malditos! —rabió él.

—“No se arriesgue usted mucho” —habíale dicho el Comandante. Sin embargo, el dulce requerimiento de Betty le sonaba irresistible: “...yo sé que harás lo posible por volver”.

Y votó con Betty.

Continuó deslizándose con infinitas precauciones. De pronto, del otro lado de la sombra, emergió una forma. Sintió que se le venía encima...

El brincó. Sus manos de luchador agarraron instintivamente una garganta que al pronto cedió bajo el choque. Harry era fuerte como un marrano; pero el adversario se le escurría con aglutinamientos invertebrados. Rodaron sobre la hierba, hundiéndose en la corriente, contra las piedras. Los gritos sordos del otro confundíanse con el rumor del agua.

Harry logró ponerlo debajo, levantó el cuchillo y lo dejó caer; pero la hoja se partió al dar contra los guijarros. Entonces, apretó sus tenazas sobre el cuello del otro, que perdía fuerzas visiblemente. Harry lo ahogaba, sumergiéndolo. El cuerpo se aflojó al fin, y fueron rodando a merced de la corriente.

El marino llenó precipitadamente las bolsas y entendió la retirada. Había perdido el bajadero y no era fácil orientarse; pero sin perder tiempo, siguió a su derecha el curso contrario del río. Tocó tierra seca. Agarrado de unas raíces, se izó hasta una meseta. La fortaleza emergió en el horizonte, confusamente, metida en neblina, como un viejo castillo. Afirmó las piernas y arrancó hacia allá. Inmediatamente cayó maniatado por unas llanas. Al reponerse, le gritaron casi a su lado:

—¿Quién vive?

¡Cristo! Estaba descubierta. Cogió el revólver. Una detonación llenó la noche cuando él siguió corriendo. Algo húmedo la bajaba por la espalda. ¿Estaría herido? Su carga disminuía y pensó que uno de los recipientes había sido agujereado. Detrás de él los perseguidores eran ya muchos, y una docena de rifles ladraba venenosamente. Sentíase mareado. Debía ser el hígado, que venía molestándolo desde hacía algunos días. El cirujano le había prohibido los ejercicios violentos. El hígado, el hígado...

Dichosamente, ya llegaba. Pero sus piernas temblaron, inútiles. Las luces de la fortaleza parpadearon en maliciosos guiños y todas las cosas a su alrededor atacaron un charleston endiablado. Ya sólo tuvo una conciencia claudicante de su yo resbalándose torpemente a través del tiempo. Manos expertas que investigaban el pecho adolorido, envuelto en sábanas blanquísimas. Olor incisivo de antisépticos, y mujeres que levitaban silenciosas, silenciosas. ¿Qué más? Encima suyo, soles circulares y una amplia luz cegadora.

Después, los nombres de muchos lugares que apenas podía comprender: Corinto, Balboa, etc. Otra vez sábanas blancas, hasta que, al fin, después de miles y miles de horas todas parecidas, un nombre, un nombre adorado que era para él la clave de todo aquello: Illinois.

Una muchacha verdaderamente bonita salía en aquellos instantes de la gran casa anunciadora, en Horns-ville. A su lado, una compañera con cara de mecanografa.

—Ya no puedo con tanta carne, prefiero mi sopa de espárragos, —exclamó la muchacha verdaderamente bonita.

—¡Oh, Betty, Betty! ¡Aquí estoy!

Se abrazaron frente a los transeúntes asombrados. La humanidad de Betty, montoncito de pasión y encanto, se estremecía entre los brazos brutales del soldado. Cuando al fin pudo hablar, dijo ella:

—Gracias, Harry. Ya sabía que vendrías.

Y le besó, como antes, en el mentón.

Almorzaron espléndidamente y Harry pagó por los tres, aunque él sólo había probado, a los postres, dos besos rosados de Betty.

—Pediré permiso al jefe, —dijo ella al salir. A las tres volveré contigo, querido.

El quedó a la puerta, en espera de un coche de alquiler. Cuando lo obtuvo, dio al chofer la dirección de su casa. El chofer, observándolo, preguntó:

—Muy bien. ¿Usted quiere ir a Arlington? ¿No es así?

—Está borracho, —reflexionó Harry.

Arlington era un cementerio, el panteón de los héroes, en Washington. Iba a inquirir el por qué de tan extraña equivocación; pero ya el hombre pálido se alejaba, guiando su carro negro.

Siguió a pie hasta su casa. En el camino se encontró con George Atkins, camarada de escuela. Juntos habían jugado foot-ball en los equipos del barrio.

—George, —le gritó alborozado Harry— ¿Cómo estás, viejito?

George continuó su camino, aparentemente sin oír—¿Qué pasará? —se preguntó el marino. Entonces lo golpeó, sí, estaba seguro de ello, lo golpeó con el codo, cerca de los riñones.

George se volteó, —minúscula alegría de Harry—, para saludar a una anciana que arrastraba en su carrito a un niño rubio.

—Ah, —se dijo Harry, profundamente compadecido,— está muerto!

Y se llenó de un terror súbito.

Pasó las últimas casas de la ciudad y avistó la granja de su padre, blanca, envuelta en algodones de niebla.

Allí estaba el viejo Livermore, atareado en la poda de unos manzanos. Y Harry hubiera querido abrazar al buen viejo; pero... ¡ese sol!

Lo despertó el sol del trópico, que le arañaba agudamente la cara. La fortaleza quedaba todavía bastante lejos.

Tosió y sus labios destilaron sangre. Incorporóse con un gemido. Volvió a caer.

Unas nubes blancas deshaciéndose en el azul, como en un sueño. Vio a Betty con los ojos del alma, subiendo las escaleras de la casa de anuncios de Horns-ville, envuelta en la aurora de su vestidito rosado.

Bandadas de golondrinas pasaron chillando, hasta esfumarse en el horizonte norte.

Y él se quedó mirándolas, muy triste, sin resignarse, con los ojos moribundos.

## JUAN ABURTO

Nació en Managua en el año de 1918. Su amistad íntima con Joaquín Pasos y Manolo Cuadra, le despertó el interés de escribir, y no fue sino después de la muerte de sus camaradas que comenzó a publicar sus cuentos, que están aún dispersos en periódicos y revistas. Vive en Managua donde trabaja como oficial de Relaciones Públicas en el Banco Nacional.

# 12 cartas y un amorcito

Tal vez hubo realmente un poco de amor en todo ello, pero aún no estoy seguro. Uno nunca acaba de conocer a las mujeres y cualquier hombre está expuesto a estas cosas, pues por hombre anda como

animal en todas partes, metiéndose en cada recoveco y cualquier día lo matan o tropieza con un buen amor o logra una mujer desconocida, todo por casualidad. ¿Habrá sido, simplemente, cosa de la ac-

ción del Genio del Amor, que, ya se sabe, puede surgir en maduras pasiones enormes o en pequeñas aficiones repentinas? ¡Quién sabe!

Ella no me dijo su nombre o lo he olvidado. Creo que tampoco le di el mío. Debía llamarse Adelita o Virginia, pues su persona y su cuerpo, me parecen, requerían una especial nominación; también su perfume, el de su piel, como de florecitas nuevas del monte, me antojó esos nombres. Es que he descubierto que ciertas mujeres no debían llamarse María del Carmen o Emelina; otras están bien Socorros o Chabelas. Conozco una Roslita que fuera mejor Catarina, y quién bien estaría que aparecieran, cuando uno quisiera, mujeres Totopostes, mujeres Xilinjoches... En fin, tal vez estas ideas no sean muy importantes.

El caso es que últimamente he estado pensando mucho en ella y a veces hasta quisiera volver. Pero me da penita. Al fin y al cabo es casada y quizá ni me recuerde. El amor de las mujeres es así. También en el fondo no estoy conforme. No me he envanecido con nada. Realmente, yo no hice nada, absolutamente nada espontáneamente, y no me gusta el amor comprado (ella no pidió dinero) ni el amor demasiado fácil. Allí me estuve sentado, leyéndole las cartas o, más bien, escuchándola a ella. Pero lo peor es que todos estos días he estado deseando verla, ahorita también, aunque fuera de lejos. Me habrá recordado alguna vez? Estaría allí todavía con sus nostalgias, o habrá vuelto a su casa de Bluefields? Total, que aún hoy no me explico claramente cómo sería todo aquello.

Resulta que aquella tarde, como a las 5, andaba yo solito paseando por el barrio de Buenos Aires. Siempre me ha gustado, desde muchacho, pasear solo por las barriadas. Al menos no tiene uno que ir diciendo adiós a cada paso. Además, hay ciertos otros encantos en ello que no es necesario consignar aquí.

El caso es, pues, que iba casi a media calle, caminando entre una bulla de carretones, ladridos y chavalos beisboleros, cuando de pronto comenzó una fuerte lluvia. Pude haber cogido un taxi, pero no tenía nada que hacer y preferí quedarme un rato contra una pared, recostado, viendo formarse las avenidas. De una puerta cercana salió una mujer joven y me invitó:

—Pase adelante, no se moje!

Era una muchacha alta y finita, cobriza la piel; parecía yanka y creo que tenía azules los ojitos o medio verdes, quizá; ya estaba un poco oscura la tarde.

Me senté y principiábamos a hablar del tiempo; que mucho molesta el agua, pues uno no puede salir, etc. Estuvimos hablando un buen rato sobre lo mismo.

—Así es en Bluefields, —me dijo— mucho llueve allá. Porque yo vivo en Bluefields, sabe? Allá tengo mi casa. Yo soy la esposa del Teniente Polanco. Pero es que la mamá de él no me quiere mucho y siempre estábamos peleándonos. Así es que resolvimos que me viniera para Managua, aquí, donde mi prima, esta casa es de mi prima. Y aquí estoy para mientras. Pero ya no hallo las horas de que lo trasladen a otra parte o que se venga para acá, para juntarnos

otra vez. Pero viera que siempre nos escribimos; vea, aquí tengo todas sus cartas.

Se levantó la muchacha y de una repisita tomó un rollo de papeles y me lo alargó. Lo examiné y vi que era una docena de cartas escritas a máquina con tinta morada, con muchos errores mecanográficos, escritas en prosa familiar y cursi y en papel membretado del Comando.

—Quiere leérmelas? —me rogó.

Acerquémonos a una mesita, debajo de una lámpara contra la pared y apoyado el brazo comencé a leer en voz alta:

"Bluefields, 16 de Febrero. Querido Amorcito: Deseo que al recibo de la presente te encuentres bien de salud en unión de tu apreciable primita; yo estoy bien. Amorcito: Por qué te fuiste y me dejaste ah? Mejor hubieras esperado que se compusieran las cosas, etc., etc.

Enseguida leí otra: "Querida: Recibí tu apreciable cartita del 23 del corriente, pero no has contestado la mía del 15 del corriente; sólo me decís que recibiste el cheque de 100 pesos que te mandé. Echo de menos tus besitos, aquí te mando un montón de besitos, etc., etc.

La muchacha se había sentado frente a mí. Contra el tabique estaban 3 sillas y en la de un extremo estaba ella. Mientras leía, la miraba de reojo y parecía feliz, con los ojos clavados en mí, absorta por la lectura como si era primera vez en la vida que se enteraba de sus cartas.

Ya me fregó esta tipa —pensaba yo, después de leer otra misiva más —me tiene aquí de chocho leyéndole esta correspondencia idiota que qué me importa!

"Querido Amorcito: Después de saludarte paso a decirte lo siguiente: mi mamá ha preguntado por vos, tal vez ya te quiere. Por qué no te decidís a venirte? Tu corazoncito que soy yo te espera, etc., etc.

Mientras tanto afuera la lluvia había arreciado más y ya no tenía yo el pretexto de la escampada para largarme. Ella se ponía más nerviosa, revolvíase en su asiento, fascinada por mi lectura. Yo, aburrido, comenzaba a odiarla y también a mi suerte.

"Querido Amorcito: No te podido contestar, pero vos también escribime más. Vos sabés que te quiero mucho y es justo que me hablés algo. No ves que estás solita? Pues yo también, etc., etc.

De repente ella levantóse, se sentó en la silla de en medio y me llamó.

—Mejor siéntese aquí, aquí me lee mejor, siga, siga!

Aunque en aquel sitio la luz me quedaba un poco lejana, yo pensé: tal vez es para escucharme más claramente. Me senté junto a ella.

"Bluefields, 19 de Mayo. Querido Amorcito: Hemos estado de fiesta, pero no estoy bien, porque no has venido? Recibiste el radio que te puse? Qué tal has estado? Acordate de tomarte las pastillas y escribime siempre aunque yo no te escriba, en un tiempo te contesto, etc., etc.

Al terminar otra carta, la muchacha levantóse de nuevo y se pasó a la silla del extremo, quedando una

de las 3 sillas en medio de nosotros. Tocando con su mano el mueble, me dijo:

—Siéntese aquí, quiere? Aquí está mejor para leerme...

Hombre! —pensé yo— Ahora sí me fregó, esta mujer está loca, chocho!...

—Léame esta otra carta, sí?

Me pasé a la silla de enmedio. Con el rostro ceñudo, mostrando un franco desgano y con un tono de voz como si leyera una escritura pública, comencé de nuevo por la novena carta.

"Bluefields, 2 de Junio. Querido Amorcito: No me gusta estar sin saber de vos, aquí es bastante aburrido todo y sin vos, peor. Mandame un retratito aunque sea, etc., etc.

Ella me miraba con el gesto. Terminé esa carta y comencé con un suspiro amargo la siguiente, pero cuando iba por la mitad, la muchacha se levantó y fue a la habitación contigua. Interrumpí la lectura para mientras volvía, pero al ratito me llamó.

—Venga, venga aquí, señor!...

Fui con el rollo de cartas y la encontré sentada en un diván. Tocándolo suavemente y sonriendo muy cordial —siéntese aquí, es mejor aquí —me habló muy quedito.

—Me quiere leer esa otra carta, por favor, ah?

Me senté a su lado y resignadamente comencé por duodécima vez:

"Bluefields, 17 de Junio. Querido Amorcito: Te acordás qué lindos aquellos momentos cuando éramos enamorados e íbamos al Salazar...

De pronto interrumpí la lectura y con sobresalto sin alzar los ojos del papel, me hice cargo de todo en un instante.

Me volví hacia ella y quedamos acechándonos como enemigos que se encuentran de pronto. Mirábase con los ojos muy abiertos.

Y qué iba a hacer yo?

# Mi novia de las Naciones Unidas

Cuando yo entré a las Naciones Unidas iba empujando un carrito. Con uniforme azulino y la cabeza agachada caminaba mirando por encima de mis propios ojos, a derecha, a izquierda, como miran oficialmente en las Naciones Unidas. Yo los descubría. Había ex escritores, meros lingüistas, políticos fracasados de no sé donde, queriendo hacerse de nombradía; ex republicanos, poetas metidos a burócratas (que es lo peor que podía pasarle a un poeta); expertos en gramáticas y expresiones de todas las lenguas de la tierra, ascensores y apaga incendios, enormes pilas de papel listas para recoger el pensamiento político del hombre nuevo sobre esta tierra que hay que salvar con todo y norteamericanos, los negros, uno que otro cubano y sin olvidar a los españoles porque son nuestros y también son casi de ellos. ¿Quiénes eran ellos? Todos se preguntaban lo mismo entre el rumor abeja burocrático de las Naciones Unidas, a las cuales ya pertenecía yo.

Presumo que habrían algunos espías. Acaso Sub Jefes de tercera Sección, con 4 Jefes encima y algunos asirando a recibir quizá una postal con un paisaje de Brooklyn, de pronto, allá en su cuarto de la calle 72, lo cual querría decir que se le citaba a cierta casona de apartamentos vieja, con una lavandería falsa en la puerta. Se subirían escalones desvencijados y allá arriba, en otra buhardilla o el desván, aparecen 2 hombres y uno saca un paquete de rublos, no, perdón, de dólares acabados de retirar de su bóveda, con buen respaldo que duerme en el Banco de la Reserva Federal, buenos dólares, en fin, ¡dólares!, que se reciben a cambio de un sobre que contiene un importante secreto de la próxima reunión de los 2 grandes

de acá de este lado, junto con los 4 grandes y sus 8 grandes respectivos, con los 16 hombres grandes, notorios, de las grandes naciones del mundo, a las 6 de la tarde, Noviembre, con alguna baja de temperatura y de acciones —todo está previsto en las NN.UU.— para aclarar, por fin, aportando el maremagnum de conferencias anteriores (San Francisco, Yalta, Casa Blanca, Chapultepec, la mar y sus conchas) que el hombre no puede —al menos hoy día— nada por el hombre.

Bien, yo les veía a los empleados el ansia de unos dólares, sin income tax porque serían extra; qué importaría el futuro del mundo frente al lucimiento de unos trajes a la medida en el tumulto de la 5ª Avenida y llegar con ellos a ciertos lugares situados en rasca-cielos en donde sirven comidas absurdas pero elegantes —eso debe ser elegante, pensaban ellos—, yo se los leía en los rostros, doblados de repente con la cara entre sus mufecas mirando el cemento gris de la pared; y todo esto a cambio de dar secretos de las Naciones Unidas, proclamaban sus almas, lo estallaban sus ojos.

Allá había de todo. Hasta farmacéuticos que dictaminaban sobre la inoperancia de la Bomba H manejada en las inmensidades de Gobi, y líricos fuera de moda que arremetían en un inglés de los arrabales de Boston, al menos, para proclamar que "el hombre libre está en todas partes" y que "la labor de conjunto crea los pueblos del futuro". Partía de allí y allí mismo repercutía desde todas partes la labor de inmensos tentáculos de ciencia y burocracia —la ONU, la NATO, la UNICEF, la CEPAL, la UNESCO, la FAO, la OEA, la RAU, hasta la mísera, vergonzante ODECA

nuestra— que por el orbe fabrican la dicha del hombre de todas las latitudes, con vitaminas y radiofonía, con tratados y desodorantes y manuales de producción. Únicamente yo estaba solo. Solo con Miss Evelyn Bellows.

Yo la había visto de pronto. La ví bien al entrar por primera vez. En medio de todos, rodeada de ese mar grande de secciones, departamentos, traductores, dependencias, archivadores, timbres, enfriadores de agua cablegramas en todos los idiomas y las telefonistas que se esforzaban por hablar alto para que las operan que trabajaban a toda fuerza; yo corriendo de un lado a otro con el carrito, como otro loco más, pero pensando, de repente, no sé por qué, en la laguna de Apoyo con toda su algarabía de loras o urracas, según la hora; y vacas perdidas, casi gimiendo parecían con sus llamados, y gritos de indios lejanos que vienen de Diriomo a bañarse de madrugada o al medio día, con alaridos que parecen de tigres remotos y hambrientos, todo un rumor de ventarrón rodando por la ladera henchida de verdura, lo que hacía más espantable el ruido; pero era inmenso quedarse en un tronco, especíaculo todo, estremecido, mordisqueando un palito, y el agua azul allá abajo era la única vida absorta.

Esto yo lo había vivido realmente en Ayopo, en donde vas nadando y te miras lo profundo de los pies como en un tintero transparente, los pies pálidos tuyos parecen los de Cristo cuando nadas en Apoyo y te miran el fondo de tu alma, que va desde tu pensamiento hasta la punta de los pies lejanos y más aún quizá, si andas entre un agua telúrica como la de Apoyo...

Me quedaba pensando, reclinado en el carrito entre las Naciones Unidas. Bajaban todos los hombres sabios que sostienen las Naciones Unidas, con turbantes, hongos, fieltros, borsalinos, paraguas y unas capas exóticas que yo no sé cómo se llaman en otras partes, para resguardarse de la lluvia y del frío tétrico de cemento, de bakelita, de fierro, de Nueva York... Y les oía las lenguas, los idiomas, los dialectos inimaginables derramándose por las escaleras, agolpándose en los pasillos helados, hablándose todos ellos en cualquier jerga, estirándose entre la bruma en una forma democrática definitiva, golpeándose auegremente las espaldas en la oscuridad, encendiendo el primer cigarrillo de la noche, con el anhelo de un rato íntimo, por fin, diciéndose todos ellos en extranjero: "Idiá y amigo?"...

Ah! yo quiero recordar a Miss Evelyn Bellows, la recuerdo ahora a propósito de nostalgias. Pues a ella, digo, la veía de pronto para siempre, yo como mesero arrastrando importantísimos memoriales absurdos de las NN. UU. a US\$0.75 la hora, frente los ojos conmiserrados de una turba de latinos escribientes, que son los únicos que tienen conmisericordia idiota y por lo tanto un auténtico desprecio por los Office Boys, desde el plano de sus escritorios de acero.

Pero Miss Bellows era otra cosa. Alta, elegante, estirada, dueña de unos 25 ó 26 años de gimnasia, taquigrafía, graduación en artes y una sabia utilización de los preceptos de Helena Rubinstein. Semejaba un alto lirio, más bien una azucena un tanto opacada por

el turbión de río Tamarindo, de León, con sus vueltas y revueltas casi pantanos entre lechugas acuáticas y raíces de árboles grandes que yo saltaba con los pantalones enrollados sobre las rodillas o quitados totalmente y los zapatos como alforjas amarrados al hombro, allá en mi adolescencia llena de umbrias que me rodeaban como un seno maternal lleno de presión tibia y de sonido informe y dulce, embriaguez que yo sentía entonces bajo los árboles deteniendo el sol, mientras recorría la vega semi desnudo y de repente ardía en deseo y se alzaba por primeras veces mi virilidad requiriendo alguna deidad del bosque y de las aguas que me circundaban clamando suavemente, con gotas lentas cayendo de los negros ramajes, los desmesurados zancudos extendiéndose sobre la linfa y pequeñas moscas zumbando con esmeraldas y zafiros a cuestras, que no me explicaba cómo las mantenían tanto tiempo en suspenso, hipnotizándome además con su aire ¡que yo lograba ver! formándose alrededor de unas alitas vivísimas, perennes, que causaban sueño y turbabanme porque me dejaban borracho. Me derrumbaba como fauno aniquilado sobre la hierba húmeda.

Pero bien, yo estaba en realidad en los EE.UU. y cuando me quedaba abstraído en esas cosas, la voz del Chairman me traía otra vez a Nueva York.

—Eh, usted, "guachimani!" —me gritaba en cierto buen inglés internacional— qué haces ahí, estúpido?

Yo movía el carrito, se erigían mis rifones, mis antebrazos tornábanse poderosos y los fabulosos memoriales de las Naciones Unidas llegaban a tiempo a su destino, con error de segundos...

Para entonces Miss Bellow ya me había entrado en el corazón. Así lo creía yo en mi aidez desolada y hermosa, porque sólo ella me daba la vida a 100 metros sobre el nivel del suelo de Manhattan, el helado suelo de Manhattan, de donde habían desaparecido hacía ya mucho tiempo, indios, los peregrinos y Walt Whitman. Me asomaba por las innúmeras ventanas y nesapa en todo esto. Quizá fui traidor por entonces, porque no consideraba jamás la posibilidad de agresión de algún poderoso jerarca de Oriente en contra de nuestra civilización, lo cual, todos a una, jefes y subalternos de las Oficinas, conjeturaban a diario gravemente, apresuradamente, entre sandwiches y coca colas...

A Miss Evelyn la sentía, de pura devoción, casi carne americana de mi tierra. Eran rasáceos sus brazos, con textura de begonias, me decía yo; y los músculos firmes, de yuca, pero sin fibras; los ojos azules de laguna de Asososca, las piernas elevadas como palmas, brillantes y lisas, con piel de hojas; la cabellera amarilla de rancho de paja acabadito de hacer en Ticuantepe; y su clara seriedad de maizal verde, y sus dientecillos de arroces vanos, pero firmes...

El olor de acuamarina que dejaba a su paso me sabía bien. Oía a avena, quizá a condado de Richmond, a arboleda bostoniana aburridamente verde siempre. Y todo esto me hacía desearla extrañamente. ¡Con decir que olvidaba a la María Ignacia, que era una mujer-muro allá en Nicaragua, hecha de greda viva y pintada. cantarina y dura, con su cabello como fronda reseca, que yo había amado mucho tiempo!

(Enamorado de no sé qué cosa de la María Ignacia en sí vivía, un algo primitivo y violento, imponente y vacío como volcán apagado, poseído en su ser y que ella misma ignoraba, a pesar de mi canto de grillo insensato siempre a su alrededor sonando y sonando...)

Pues bien, Miss Bellow era otra cosa nueva, nueva para mí, como los Subways llenos de toda gente a la que me complacía mirarle el alma através de los sueters y abrigos y chaquetas de cuero. Gente toda color monótono y de rostros apagados, y el colorido, también, de sus vestiduras, desvalído casa siempre, pero con miles de corazones rojos por dentro, chorraendo miseria y júbilo contenidos. Para mí era Miss Bellows la extraña carnación de todo éso.

Alguna vez nos encontramos en el ascensor. Casi no cabía nadie más, pero me colé. Me puse junto a ella haciéndome el chocho. Abrí el abrigo por sentir su cuerpo. El abrigo suyo era raro. Sentí su olor como de heno. Lanzaba yo una onda sensibilísima a lo largo de mi pierna para recorrer el contacto con la suya. Y le ordenaba, después, subir... Inspiraba profundo junto a ella (pero las yankas cuando ellas mismas suspiran o alguien junto a ellas, abren la ventana, creen que es el pulmón oprimido por el aire pequeño. ¡Si supieron que el suspiro es el viento del alma contenido, que de pronto, por vehemencia, se escapa...!)

Pero como si no era con ella. Ni se volvía a verme. Yo, nada que le hubiera dicho entonces: "Buenos días, Miss Bellows". Más cambié de posición y le sentí los torneados del dorso, firmes, cambiantes, reveladores, si bien fríos como dólmenes.

Desde entonces más la amé. ¡Adiós Asososcas y Apoyos entre corteses ardiendo en ramos de oro y grumos negros de tierra cálida esperando la surgencia de chagüites y frutaciones por brotar con todo aroma y persistencia de acontecimiento en la luz y en el aire de una tropical creación tumultuosa! ¡Adiós! Evelyn ya valía más que todo éso.

Yo no la miraba mucho al pasar. Ella tampoco me miraba. Al menos es lo que creo (porque las mujeres, cuando quieren, lo "mascan" a uno, y ni te das cuenta...) Tenía unos libros, alguna flor plástica, un calendario en 4 idiomas, en su escritorio. Yo pasaba. Le dirigía la mirada. Comencé a mirar también los libros.

Una tarde como a las 2 me encontré hojeándolos. Era un conjunto raro de libros de todo orden. Las obras completas de Mark Twain, un núcleo calendárico de reuniones de la ONU a verificarse dentro del próximo año; los ensayos de H. D. Thoreau, conferencias sobre productividad dichas en el seno de la NATO, un manual de ecología de la América Central, "El Colonialismo Hispanoamericano de Nuestro Tiempo", por un Profesor de la Universidad de La Habana; un tomo de poesías de Frost y un sinnúmero de folletos en donde se mezclaban instrucciones para "aprender" pintura o guías económicas de diferentes estados miserables de la América Latina.

—Yas tuvo! —me dije en indio, allá dentro— Yo le meto plástica...

Y cuando apareció ella como a las 2 y media de la tarde —era exacta para todo— yo me seguí haciendo el chocho. Doblada la rodilla contra su escritorio, el libro en alto y, estratégicamente, la cabeza pensativa.

—Eh, usted—, me dijo en inglés como clarinada y lleno de aristas (según yo siento así el inglés, más si lo dice una mujer indignada y descubierta en sus íntimos pensares o lecturas que, para mujeres de todas las latitudes, es lo mismo).

—Buenas tardes Ma'am, —repuse yo humildemente.

—Y por qué estaba mirando mis papeles ahora que yo ausente no hay vigilantes que me guarden?!!

Su inglés vibrante y musical me sonaba shakesperiano y era la de enardecida Juno su actitud. le veía las venas azules del rostro crecidas ardientes, desleyendo allí lejos los témpanos tranquilos de sus sienes como fuegos de Islandia.

—Yo, no, Ma'am; yo iba pasando y me puse a limpiar. Yo sólo estaba mirando los libros... sabe? Sus libros son muy... (interesante iba a decir).

Oh, ella no aceptó nada, me expulsó tremendamente con algo que en neoyorkino grueso —la única vez que lo osó en la Oficina, lo supe después— sonó a uno como "guiraregier!".

Pero se las guardé. Y sentí también, que de todos modos, estaba abierta la brecha.

—De aquí —traduciendo las tácticas del amor a planos geográficos, me decía yo— puedo coger para Comalapa o para la Costa Atlántica, en media montaña (para cazar su corazón perdido) o me quedo en Managua haciendo que hago o me paso a Granada, a hacer algo. O agarro al barco, escondido en Corinto y me voy para el mar, el olvido del mar...

La yanka me seguía atrayendo. La deseaba en la noche cuando andaba en el Parque Central o en los muelles, comprando alguna corbata, iguales a las que valen 3 veces más en Broadway. La buscaba en el tumulto de Coney Island, con el cono de sorbete en la mano y el tiquete para el circo o un sombrerito de moda en la cabeza. Me recordaba la fiesta de Santo Domingo, cuando yo era niño, pequeña la fiesta y pura en la placita de la Iglesia, la fiesta mía cantada y bailada, había en ella para todos, allá en mi niñez. Coney Island es pequeño dentro de los Estados Unidos, todo ordenado y sin el fervor por alguna cosa definitiva, como fuera siempre en el Santo Domingo de mi sierra, porque en Coney Island todos se empeñan en ser niños.

Evelyn nunca llegó. Y yo me atracaba de mani esperándola, atisbándola entre el montón de luces de neón que no me dejaban ver, en lo profundo del tiempo de un Agosto muy pretérito, alguna calleja de la plaza con arena y aserrín oloroso a cedros, el aroma de la chicha rosada, los cohetes y las sandías partidas, como viví en toda mi juventud la fiesta de Santo Domingo, y ella apareciendo, ojalá, rodeada de marimbas entre los chinamos...

Evelyn nunca llegó. Arriba, en un cielo negro resbalaban viscosos los satélites.

Yo me hice el chocho. Volví a mi trabajo de



todos los días en las NN.UU. Pasaba con mi carrito junto a su escritorio y ya me decidía a mirarla de frente, abiertamente, como cualquier mexicano en el Distrito Federal con las gringas. Le buscaba los ojos azules al amor. No veía los obstáculos entre los pasillos de muebles de acero, tropezaba y caía con carrito, legajos y todo. Fue la vez que la hice sonreír.

Pero los ojos azules día y noche se hundían en estadísticas latinoamericanas, hondas como los mismos ojos azules sin fin. Pasaba junto a su mesa llena de libros, que yo me sabía; junto a su corazón níveo y frío como dulce pollo en refrigeración. ¡Qué me importaba a mí! Yo sabía que tenía que ser corazón al fin y me acordaba que en Masaya las madres indias a sus hijos los llaman amorosamente, despectivamente, tiermanemente, "corazón de pollo"...

—Cómo hago con esta yanka caraja —pensaba, sin embargo.

Por entonces preocupaban los augurios de guerras nucleares. —Qué guerra? —me decía yo. Desde Termópilas, desde Maratón, desde San Jacinto, las guerras han perdido su sentido de ser guerras. Guerras, aquellas, ayer, con el hombre en la mano del destino y sin máquinas letales, sólo las uñas, el alma, el corazón, los dientes, para dirimir la posesión de la mujer, el árbol, las bestias, el agua, el mito, que suponen la primigenia posesión de la tierra.

Pero entonces una legión de mecanógrafos se desencadenaba sobre los EE. UU. todos los hombres de las NN. UU., se inclinaban laboriosos y serviles sobre los documentos que determinarían la paz o la guerra sobre las gentes de este mundo. Nunca determinaban nada. Y las mecanógrafas de todas las razas, miserables y bellas, era cuando menos alzaban la cabeza. Sólo yo asomábame a la ventana, rectificaba la temperatura ambiente, según el tiempo, y miraba el aire sin fin con algún adorno de mar verde con ribetes blancos de espumas a lo lejos sobre el Atlántico oscuro de remolcadores, de pesqueros sucios, de transatlánticos perezosos, de yates manchados por largos cruceros aburridos, de buques tanques panzones que

ojalá estallasen ya —sugerían apenas verlos—, entre una agua pesada, el agua de Nueva York, sin peces con algunos inmigrantes caídos al mar, fracasados por el acaso; y las rachas heladas que hacen gemir "Púúúú" aire rígido, seco, llena todos nuestros pensamientos a las viviendas flotantes para que algunos hombres de mar se levanten el cuello de las casacas de cuero, y otros, anclados en su isla férrea de Manhattan, sientan por alguna vez la nostalgia de una tierra cálida, lejana y florecida, desde su laberinto de hierro.

Oh Miss Evelyn Bellows, recordó, mi corazón —dejame que te lo diga en nicaragüense— yo sé que al fin y al cabo sos mujer; desde aquí te llega mi voz alzada. ¿Te acordás cuando me acerqué a tus libros, aquella tarde no sé cuantos grados Fahrenheit, muchos más grados que en Managua, por Abril o Marzo, cuando nuestra Semana Santa en Nicaragua ya propaga sus aromas que vierte la vida sangrante del Cristo, en arcos, enramadas y tierra seca perfumada por el agua del costado y algún pajarito que de puro solitario y misterioso creemos que es el pajarito del Espíritu Santo; entonces advertimos que existen las piedras en el suelo porque en ellas sangró Nuestro Señor, y un aire rígido, seco, llena todos nuestros pensamientos de angustias, aún cuando en las playas nos volquemos con botellas, hamacas y mujeres?

Yo me acerqué a tus libros, tiernamente, suavemente, como conejo, a pesar de tus anteojos, tu jefatura y tu seriedad, y que todos los compañeros de las Naciones Unidas te miraban ávidos, los miseros neoyorkinos —vos y yo no somos neoyorkinos Evelyn; yo soy nicaragüense y a vos te ha extraído de tu tierra mi amor— me acerqué y ante tus protestas asombradas, te dije: Evelyn, ya eres nueva y yo soy puro. Busquemos la desobediencia civil, voy y yo no somos estadísticas, dejá tus dólares y tu máquina de escribir, amor, yo soy un indio que salva tu corazón untado de cemento frío, tu alma de maderamen. Vamonós, vamonós amor mío, la laguna, la flor, el azul, el verdor, están conmigo. Mujer pre-fabricada, vení!

En dónde estás, Evelyn Bellows?

## LISANDRO CHAVEZ ALFARO

Nació en Bluefields en 1929 y desde hace mucho tiempo vive en México, donde ha trabajado como publicista, periodista y como director de teatro. En 1963 ganó el Premio de Cuento del Concurso Casa de las Américas de La Habana, Cuba.

Sus libros publicados son *Hay una Selva en mi voz* (1945), poesía; *Arquitectura inútil* (1945), también de poesía; *Los Monos de San Telmo* (1963) que le valió el premio mencionado y *Trágame tierra* (1969) novela, finalista en el concurso de la Editorial Seix Barral

# El Perro

Adriana arrastró la mecedora hasta la acera. Arregló su saya de anchos holanes, las almidonadas enaguas, antes de sentarse. Aspiró ruidosamente el aire

caldeado. La ciudad estaba echada en la oscuridad calurosa; sonaban esporádicos disparos de fusil. A poca distancia, el farol de la esquina alumbraba débil-

mente parte de la calle. Bajo la luz, los escasos transeúntes pasaban cabizbajos, envueltos en un halo de peligro. La mujer miró al cielo, sin dejar de mover el abanico de palma y estirar los encajes del cuello para que el aire le llegara al busto. Era una fragua de chispas fijas lo que miraba; una fragua colgada boca abajo. Dentro de Adriana barbotada una angustia sofocante. La misma roja que llevaba puesta le dolía. La voz blanda del último cliente que salía de su restaurante irrumpió en sus pensamientos:

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, y tenga cuidado. Falta poco para que den el toque de queda.

—Cuarto para las ocho —dijo el hombre mirando su reloj de bolsillo—. ¿Qué ha sabido del Barcino? —preguntó mientras sacaba un puro del bolsillo.

—Vea, prefiero no hablar de ese maldito animal porque... porque se me amarga la boca.

Adriana se abanicó más rápidamente y volvió la cabeza hacia el solar oscuro que había frente a su casa. Una grieta profunda apareció en su frente. Los rechinos de la mecedora se hicieron más frecuentes y llenaron la vaciedad de la calle. El hombre encendió su puro al mismo tiempo que la miraba de reojo. En la penumbra, con su cuerpo rollizo llenando la mecedora y los botines cruzados uno sobre el otro, parecía una gran foca vestida. "Se ha trastornado por una tontería", pensó, dando el primer paso.

—Que pase buenas noches.

Adriana no contestó. Barcino, el perro que se había comido cinco años de su vida, le ocupaba el lugar del cerebro. La insospechada fuga del animal no le cabía en la cabeza. Ella misma vio cuando fue engendrado a media calle, frente a su casa. La perra una loba tan deformada como la madre de cincuenta mil hijos; el padre, un robusto alano de patas largas y fuertes, orejas puntiagudas, pelo blanco con manchas rojizas. Siempre había querido tener un perro de buena raza. "Me guarda uno cuando nazcan", le pidió a la vecina. Lo maldijo otra vez, con más odio. El eco de la maldición fue la imagen de Barcino echado junto a la mecedora, con la cabeza entre las patas, vigilando con sus ojos amarillos a todo el que se acercaba. Lo veía moviendo la cola cuando ella misma le servía carne cocida en un rincón de la cocina; oía los poderosos ladridos que a cualquier hora de la noche llenaban de seguridad su casa. Un cúmulo de pequeñas cosas —el movimiento de los belfos cuando ladraba, el desamparado temblor que lo cubría después de cada baño, la humildad con que aceptaba sus regaños, la blancura de sus colmillos, el ruido de sus uñas sobre el piso de mosaicos, los destellos de su lengua colgante cuando volvía de la calle formaban el esqueleto y la piel del drama de Adriana.

Unos pasos ligeros resonaron detrás. Ella detuvo la mecedora y el abanico, y sin voltear concentró la atención a su espalda. Los pasos se acercaban y Adriana iba hilvanando la figura de su vecina.

—Qué ocurrencia la suya estar aquí sentada, a

esta hora y en estos tiempos —dijo la vecina, pasándose la canasta de un brazo al otro.

—¿Qué más puede pasar! ¿Que me maten de un balazo? ¡Si me harían un favor!

—Pero no diga eso, Adriana —rompió a gemir, con la mirada puesta al fondo de la canasta vacía—. Qué pensarán hacerle a mi pobre marido. Dos horas estuve esperando en el patio del cuartel y no me dejaron verlo. Tal vez ni le entreguen la ropa y la comida que le llevé. No sabe usted cómo lo tratan a uno esos machos.\* ¡Es horrible! ¡Van a matarlo y él no fue, él no fue!

—¿Cómo lo sabe? —Adriana se rascó la nuca con el abanico y contrajo la cara—. Yo no sólo les envenenaría el agua; les envenenaría el aire si pudiera.

Hubo una pausa en la que ambas se zambulleron en una propia angustia. La vecina se limpió la nariz con una manga antes de reanudar la plática:

—Ni sabe a quién vi en el cuartel. Pasó muy orondo, como en su propia casa —Adriana emitió un sonido neutro, sin desprenderse de sí misma—. Yo estaba sentada en una banca, esperando, cuando lo vi atravesar el patio detrás de un macho —Adriana dejó de abanicarse y se incorporó violentamente, asida a los brazos de la mecedora. Las palabras lo vi la arrancaron del respaldo. Sabía a quién habían visto. Hacía dos días que conocía el paradero de su perro, pero por la vergüenza de exhibirse abandonada por lo que más quería, procuró ocultarlo hasta donde fuera posible. ¿Será él?, me pregunté. Pero no se puede confundirlo; si en toda Granada no hay otro igual. ¡Barcino!, le grité, y él apenas si volteó a verme, con un gran desprecio. Se lo juro.

Adriana se contuvo, con la respiración en suspenso, las aletas de la nariz sostenidas en su mayor amplitud y la cara enrojecida. Cuando no pudo más soltó los hombros y el resto de aire. Miró la oscuridad y habló entrecortadamente, parpadeando con nerviosidad:

—Esas cosas suceden, y uno no las cree hasta que le suceden... Porque hay ponzoña en todas partes... La ingratitud... ¡Qué ingratitud; la desvergüenza se mete hasta en los animales!... Y no me diga que sólo mi perro puede hacer tamaña perfidia. Yo he visto hombres y mujeres sonriéndoles a los filibusteros con la misma falta de escrúpulos... Si no, dígame qué son los que les sirven y hasta los festejan en su casa... Y mi perro... ¡No! ¡No es mi perro! Nada tengo que ver con él, y quisiera no haber tenido nunca... Ya no se sabe si los animales aprenden de la gente, o si ella aprende de los animales... ¿Todo por qué? Por un pedazo de jamón, una manzana medio podrida o hasta por una mirada de ojitos azules... No quería creerlo. No, no. Pero me fui a espiar al cuartel y era ni más ni menos lo que me habían dicho. Creo que ya hasta ladra distinto... Le pusieron un nombre en inglés, y es una seda de manso y de obediente cada vez que lo llaman por su nuevo nombre. ¡Hay que verlo! Mueve la cola y pone los

y burra. Los nicaragüenses lo aplican como gentilería.

\*—Cuadrúpedos nacidos de asno y yegua o de caballo crio a los ciudadanos de los Estados Unidos de Am

ojos en blanco... Yo lo quería... Digamos que conmigo hubiera pasado hambre, pero a usted le consta que se hartaba. Digamos que le apaleaba, pero cuándo en la vida le toque de mala manera... .. aunque así hubiera sido no tenía derecho a irse con el primer macho que le hiciera un guiño... Lo que pasa es que...

El clarín resonó por encima de los techos, contrayendo y dilatando el toque de queda en lúgubres circunstancias. Iba cerrando puertas, apagando luces, cortando conversaciones. Al terminar el toque Granada casi no respiraba; poseída por un vago presentimiento de sus escombros.

—Buenas noches —musitó la vecina.

Adriana siguió meciéndose y abanicándose con indolencia, pero sin despejar la frente. Oyó un último ruido de aldabones y luego el gran silencio que cubría todo, como el mosquitero de un enfermo. Unos ladridos lejanos la hicieron cerrar los ojos y apretar los labios con disbustos, al imaginar a Barcino echado junto a la cama del fillbuster: "Watkins; es el capitán Watkins", le habían dicho cuando preguntó quién era el amo adoptivo del perro.

Dos disparos se abrieron en la noche. Ella se dejó invadir por el deseo de disolverse en la oscuridad antes que por el temor de recibir un balazo. No se movió de su sitio. Levantó la cabeza. Del cielo, o de sus ojos nublados, principiaron a desprenderse telones desgarrados. Barcino saltaba entre ellos, ladrando con una horrible alegría. "La Falange Americana" marchaba por la calzada. No. No quiero verlos. ¡Qué voy a comprar mañana en el mercado? Con la escasez... Pero los aventureros reclutados en New Orleans, Charleston o Mobile seguían desfilando bajo el sol de la mañana, envueltos en pretenciosos uniformes. Las banderas ondeaban sobre el estrado erigido en la plaza. Qué silencio. Cuando voy al cementerio me da escalofrío. Mariano Salazar se vendaba a sí mismo. "¡A las armas!", llamaba con voz amarga pero firme. ¡Viva Salazar!, creyó gritar. Van a decir que estoy loca. Las banderas flotaban y el banquillo rodó junto con él. Tenía el pecho destrozado. Las banderas ladraban. Barcino flotaba enseñando los colmillos negros. La voz enclenque de William Walker resbaló por sobre las cabezas de los espectadores reunidos en la plaza. ¡Por qué tengo que oírlo! Se tapó las orejas con las manos. Las olas del lago rigían sin apagar la voz. Con un discurso en inglés aceptaba los deberes de Presidente de la República de Nicaragua. Pensar que apenas hace un año llegó como mercenario, contratado por los "democráticos". Ahora son los "legitimistas" los que le sirven de albarda. ¡Que me lo expliquen por favor! No. ¡Que se vayan a la porra! Sobre el estrado, Fermín Ferrer daba gracias al Todopoderoso por haber enviado a Walker a Nicaragua. Las salvas de cañón, los aplausos del embajador Wheeler y el padre Vigil —negro como su sotana—, los ladridos de Barcino, enrarecieron el aire. Con un gran esfuerzo salió de aquella dislocada excitación mental. Es 2 de agosto de 1858. Dos de agosto, repitió desesperadamente. Quería asirse a la fecha como a un salvavidas. Pero la corriente

fue más fuerte que ella. Otra vez oyó al perro ladrando en la calle, entre un ruido de tambores. Hubiera querido tenerlo dentro de su casa y apalearlo hasta romperle las costillas. ¿Es cierto que volverá la esclavitud?, le habían preguntado a uno de sus clientes. Claro. Hay que leer entre líneas. ¿Leyó el decreto de Walker? Bueno, si se anulan todos los decretos anteriores a él, también desaparece el que abolió la esclavitud. Una estrella fugaz cayó oblicuamente y la salvó del naufragio. Saltan como pulgas, murmuró, en una íntima expresión de amargura.

Por la esquina apareció la ronda formada por cinco soldados de la Falange. Adriana se meció con lentitud desafiante. Caminaban en desorden, sin prisa, caía uno con el rifle colocado donde mejor le acomodaba. La mujer esperaba en silencio y los apedreaba con sus pensamientos: Miren qué caras. A leguas se ve que son bandoleros. Si yo fuera un rayo. ¡Qué ojos! Si yo fuera un sopilote...juro que no los tocaría.

Uno de los soldados se adelantó. Parado junto a ella señaló con su rifle el interior de la casa.

—Get in and close your door. Right now!

—No entiendo nada. Déjeme en paz.

—Oh, come on; in there! —gritó el soldado, levantándola de un tirón. Adriana entró a su casa limpiándose el brazo. Detrás de ella cayeron la mecedora y varias frases de las que sólo intuyó que eran soeces.

En el cuartel de la Falange resonaban armas, botas y risas. Los nicaragüenses habían despertado al borde de la esclavitud y se disponían a defenderse. Los soldados de William Walker se preparan para ir a destruir la banda que se había apoderado de una hacienda en la que ellos se abastecían de carne.

Sentado en su cama, el capitán Watkins se amarraba las polainas de cuero cuidadosamente. Junto a él Barcino levantaba la cabeza. Miraba a su reciente amo con hambre de servir, anonadado por el raro olor que emanaba de las axilas del extranjero. Lo admiraba, y al lamerse los bellos parecía decir: ¡Watkins, Watkins, qué fuerte eres! El capitán sonrió, le dio un manotazo en el hocico y le dijo algo que él aceptó como un halago. Watkins se levantó, pateó varias veces probando las polainas y se dirigió al lavabo. El animal dio unos pasos en la misma dirección, moviendo el espinazo exageradamente. Imitaba el andar desgarrado del oficial. Cuando terminó de lavarse la cara pronunció lo que solamente el perro podía comprender y tronó los dedos. De un salto Barcino tomó la toalla entre los dientes y la llevó a las manos del amo.

—O. K., Ranger. Ready to fight? That's a good boy.

Ranger contestó con un solemne gruñido. Watkins se peinaba ante un espejo colgado en la pared; el perro seguía atentamente cada uno de sus movimientos, con toda la musculatura en tensión y la lengua de fuera. Advinaba que era el momento de sa-

lir. Antes que el amo terminara de colocarse el sable y la pistola, él alcanzó la puerta en dos saltos.

En el patio los soldados reunidos en grupos limpiaban el cañón de sus rifles, corregían la mira, llenaban de agua la cantimplora, se colocaban la mochila o simplemente mascaban tabco.

—¡Ranger, Ranger! —llamó alguien. El perro corrió al centro del patio. Entre carcajadas los soldados le dieron palmadas en las ancas y le halaron las orejas. El bailaba los ojos y repetía con la cola: ¡somos amigos, muy amigos! ¡Somos amigos, muy amigos!

Al atardecer la columna de filibusteros salía de la ciudad. Los rayos oblicuos del sol extendían sobre el camino real una fila de sombras gigantes. El mismo Ranger proyectaba una sombra que parecía la silueta de un rinoceronte. Iba adelante, deteniéndose a trechos para olfatear las yerbas que sospechosamente crecían entre las carrileras. Uno de los soldados principió a cantar una canción popular del sur de los Estados Unidos. Poco después la tropa entera coreaba. Excitado por el canto el perro hacía piruetas, ladraba, se lanzaba con ferocidad sobre las ramas movidas por el viento, se mordía la cola o corría frenético, describiendo elipses alrededor de la columna. Se hizo la oscuridad. La tropa no dejaba de cantar y él de cabriolar en todas direcciones. ¡Que dicha ser parte de aquel poderoso cuerpo!

Al atardecer la columna de filibusteros salía de la en medio un caserón de piedra. Los filibusteros se organizaron en tres alas para el ataque. El clarín lanzaba aullidos extraños para Ranger, una y otra vez, sobresaliendo en el tiroteo y arreando un rebañío de nubecillas hacia el objetivo. Avanzó sin alejarse de las piernas de su dueño, hasta llegar a ver cerca las barricadas que rodeaban el caserón. Las tres alas fueron rechazadas sucesivamente. Se reagruparon y de nuevo se lanzaron al asalto. El ala que comandaba Watkins penetró por un flanco y se arrojó a la lucha cuerpo a cuerpo. Fue aquí donde el perro pudo demostrar su valor y su lealtad. A cada nativo que el capitán atacaba con su sable, él le buscaba la espalda y de un salto le hundía los colmillos en la nuca. El olor a pólvora, la algazara de los combatientes, el salobre sabor a sangre, traían a sus glándulas una ancestral fiereza que por momentos asustaba a su mismo dueño. En lo más intenso de la lucha, una bayoneta rasgó el vientre de Watkins. Cayó de espaldas y por la herida afloró una pompa azulosa, veteadas de grasa y sangre. El animal lo cubrió con su cuerpo; gruñía y tiraba dentelladas a las sombras que atravesaban la nube de polvo y humo que los envolvía. Transformado en celosa quimera, allí estaba, con sus siete cabezas y sus alas de hierro protegiendo al amo caído.

Se oyeron centenares de cascos repiqueteando el llano y el clarín de los filibusteros tocó a retirada. Escasamente hubo tiempo de llevarse a los heridos, primero como fardos sangrantes y más adelante en parihuelas improvisadas.

En el camino Watkins se quejaba, con los ojos cerrados y las extremidades flácidas, mientras el implacable sol le quemaba los intestinos. La fragmen-

tada columna cruzaba una pelona llanura nicaragüense. La tierra se levantaba en polvaredas que inundaban ojos, mucosas, heridas, y hacían gemir al moribundo Watkins. El perro caminaba a la sombra de las parihuelas. Levantaba la cabeza, los músculos ablandados, desinflados, cocidos, por la aflicción. La garganta del capitán hervía en estertores. Deliraba mascullando promesas, pidiendo paz para su ombligo, para su sangre desbordada, pero los dos hombres que lo cargaban atendían más a la resequeidad de sus labios, y más todavía a la inesperada derrota.

Cuando el lamento del moribundo se volvió sostenido, el jefe ordenó detenerse bajo un calbo. Le dieron agua y trataron de animarlo. Se secaban el sudor y lo mirazan, enfurecidos contra todas las causas del estado de Watkins. Ranger se coló por entre las piernas de los que rodeaban al amo, y en un acto desesperado quiso lamer los intestinos. Antes que pudiera untar su lengua sobre el viscoso túmulo, una andanada de puntapiés lo cubrió desde el hocico a la cola. Un aullido que no llegó a emitir hizo vibrar sus dientes mientras huía, casi reptando. En el remolino de insultos algunos de los soldados le lanzó el rifle con la bayoneta calada. Apenas pudo librarse con un rápido movimiento. El arma cayó clavada entre sus patas.

Escondido entre los arbustos de la orilla del camino vio enterrar a Watkins. Por entre los árboles voló el murmullo de una oración y luego el "amén", más audible. Cuando reemprendieron la marcha Ranger se acercó a la tumba. Olfateó el montón de tierra, la cruz hecha con dos ramas. Un aullido tembloroso resonó en sus huesos y arañó la sepultura por un momento. Con el hocico sucio de tierra buscó a su alrededor. Estaba solo. Saltó al camino y vio a lo lejos una mancha negra con destellos plateados. Corrió hacia ella, pero al ver de cerca a los soldados volvió a escabullirse entre las plantas. Así, guardando una prudente distancia, entró con ellos a Granada. La gente los veía pasar, astrosos, cansados, y apretaba los labios.

—Fijese que hoy vi al Barcino en la calle. Anda flaco y sucio. Creo que ya no está en el cuartel de la Falange —dijo uno de los clientes del restaurante, mientras movía la sopa con la cuchara.

—¿A sí? —comentó Adriana secamente, y siguió doblando manteles.

Por la calle pasó un coche, y una manada de perros les ladró a los caballos. Adriana se asomó a la puerta, sin pensarlo. Viendo al cochero que daba de latigazos a uno y otro lado del pescante, supo que esperaba a Barcino. Era una espera nebulosa que oscilaba entre la compasión y el odio, entre el asco y el afecto. Le creció una repugnancia dolorosa, y junto con ella el deseo de empuñar el látigo y azotar a la manada hasta descuartizarla. Sintió las manos húmedas y se las enjuagó con el delantal. "No creo que tenga el descaro de presentarse aquí", se dijo y regresó a sus quehaceres.

Pasaron dos días. Esa mañana, mientras se pei-

naba, salió a abrir la puerta. El reloj de una iglesia dio la hora: cinco campanadas. Barcino estaba echado en la acera. Al verla saltó a media calle, con la cola entre las patas y las orejas caídas. Ella quedó paralizada por la sorpresa. Su primer impulso fue tomar la tranca y arrojarla sobre el perro con todas las fuerzas de su enojo, pero se contuvo. Con la boca abierta y el peine en la mano buscó a uno y otro lado de la calle; no había nadie.

—No te quedés ahí como pasmado. Si vas a entrar pasá de una vez —dijo a media voz, terminando de peinarse con displicencia.

El perro movió una oreja, pero no se atrevía a avanzar. Calculaba hasta dónde podía confiar en la aparente tranquilidad de la mujer.

—Cree que lo voy a apalear, porque el que las debe... ¡Entra de una vez, hijo de perra! —susurró con una mueca de amabilidad y le dio la espalda.

En la cocina la cocinera y el marmitón desayunaban.

—Buenos días. Cómo amaneció.

Adriana no respondió. Se sirvió café con leche y se sentó junto al fogón. En el patio los pájaros alborotaban igual que todos los días. Lo demás era silencio malhumorado.

—¡Mire quién está aquí —gritó el marmitón cuando vio aparecer la cabeza del perro por la puerta de la cocina.

—Pero no hay por qué gritar, muchacho baboso —dijo Adriana, con los labios brillante de leche—. Encadénalo en el patio y dale de comer.

Barcino se dejó atar sin la menor resistencia. Comió con desesperación. Cuando Adriana llegó se lamía el hocico y movía la cola, celebrando la reconciliación. Con los brazos cruzados la mujer sostuvo su actitud ofendida. Lo recordó de un mes de edad, el lazo de cinta roja, adornándole, el cuello. Con los ojos húmedos, prefirió mirar las ramas del tamarindo que cubría con su sombra la mitad del patio. Se pasó una mano por la nariz y con la otra sacó varias monedas de la bolsa del delantal.

—Vas a alquilar un burro. Vas a comprar vein-

te yardas de sogá; la más grueso que encuentres.

—¿Burro y sogá? —preguntó el muchacho, sin decidirse a tomar el dinero.

—¡Sí! ¡Vas a hacer lo que te digo pronto y no preguntes lo que no te importa —gritó Adriana, ahogada en llanto.

El perro ladró en el mismo tono de los días en que Adriana, vivía para él. Tiraba de la cadena de su deseo de acercársele. "No, ya no es hora de hacer las paces", murmuró y lo dejó, ladrando. Contempló el árbol, con la contenida inquietud de quien ve una tormenta. Los pájaros habían huido. De un limonero cortó una vara. Se sentó en una piedra y fue arrancando las hojas, lentamente. Una pregunta le martillaba la cabeza: ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué lo hizo? ¿Por qué lo hizo? Cualquier respuesta que encontraba sólo servía para reafirmar su decisión. Un viento giado de la severidad de su sentencia. Entre hoja y oscuro llenaba el patio, donde todo se había contado hoja miraba la puerta del zaguán.

"Una serpiente se mata, y éste canalla es venenoso", se dijo, y fue al encuentro del muchacho que acababa de entrar montado en el burro. Con gran serenidad tomó la cuerda y probó su resistencia. La tiró por encima de un gancho alto del tamarindo. Hizo el lazo corredizo en un extremo y con el otro amarró el cuello del burro. Actuaba con precisión, como si durante meses hubiera ensayado lo que hacía. Con dos movimientos ágiles lazo a Barcino. El perro tirataba, mudo y rabón. Meneaba la cabeza, giraba en círculo, buscando clemencia en los ojos de la mujer. Ella lo miró con algo más que rabia de mujer hacia un marido infiel. Golpeándose un hombro con la vara llegó junto al burro.

—No faltará quien me maldiga y me llame perversa, malvada, y quién sabe cuántas cosas... pero la justicia es la justicia —dijo, como confesándose con el patio—. ¡Arre, burro!

El varazo con que Adriana azotó las ancas de la bestia resonó en varias cuadras a la redonda. Todo el árbol tembló. El perro quedó oscilando, con la lengua blanca y los colmillos rojos.

## Jueves por la tarde

Vas sentado junto a una ventanilla del avión, se diría que hipnotizado por el paisaje. Pero si te observaras en tu aparente distracción descubrirías una actitud cuidadosa de que no se estropeen los puños blancos de tu camisa. El nudo de la corbata está en su sitio; tú mismo estás en tu altísimo sitio de Bachiller en Ciencias y Letras recién graduado. Abajo, la selva te parece una compacta nube verde echada sobre la tierra. Algún río interrumpe su monotonía, pero la cerrada vegetación renace, se extiende hasta perderse en otras nubes. Hace más de ocho años que no volabas sobre ella.

Bruscamente surge el puerto, asediado por la masa verde y por las olas de la bahía. Se enciende el

letrero: "ajústese el cinturón de seguridad", y principian las maniobras de aterrizaje. Paquebotes, lanchas de velas, remolcadores, las calles cubiertas de pasto, las casas y los campanarios de madera, los techos de zinc pintados de rojo o verde, todo está dispuesto para tus vacaciones. Es tan excitante como repasar las estampas del libro en que aprendiste a leer. Casi diez años. La gente ya no tenía qué empuñar y quería dinero por sus sábanas, sus zapatos, cosas sin ningún valor. Tu padre consideró prudente clausurar la Casa de Empeños e invirtió su capital en una sociedad destiladora. Desde entonces tu familia vive en la ciudad más cercana a la destilería.

La mañana había transcurrido tersamente, entre

saludos y melosas remembranzas, hasta que Sansón Tablada, el hojalatero, te detuvo a media acera. Pasa a su mano izquierda el paraguas remendado que los cubre del sol, te ofrece uno de sus cigarros ásperos, picantes; saben a hoja seca de plátano más que a tabaco. Te baña la cara con una espesa bocanada de humo y reanuda su monólogo.

—Pues sí, te decía que debes ir a verlo. ¡Es tu tío! O no me digas que te da vergüenza tener un tío hojalatero...

Mueve la cabeza lentamente, necesitando negarlo y que se te crea. El no te permite hablar; es suya la palabra; es insensible a la barrera que debe existir entre un hojalatero y un bachiller. Te irrita la confianza con que te habla por el simple hecho de tener el doble de tu edad. Guarda sus cigarros y:

—No, no quiero ofenderte, pero para lo que yo he visto... Ayer fui a visitarlo. A mí me dejan entrar al hospital, ¿ves? Le dije que me habían dicho que estabas por llegar al puerto y se puso muy contento, creo yo. Apenas puede hablar, ¿ves? Se está ahogando. Casi no oye, pero yo le entendí que quería verte. Le quedan unos dos días de vida cuando más. Debes ir a verlo. El jueves es día de visita en el hospital.

Te aflojas el nudo de la corbata en señal de incomodidad; Sansón no entiende la sutileza y se pasa a la otra mano el descolorido paraguas, seguro de estar en oasis. Va ensartando frases cortas en un hilo larguísimo. Desaparecen los ribetes de risa con que adorna su cháchara y su voz se oscurece.

El viejo hojalatero Jeremías Lezama había sido internado en el hospital a causa de un paludismo crónico, además de la vejez que había invadido todo su organismo. Pero —entre otras impertinencias— se negó a rezar el rosario junto con los demás enfermos y fue severamente castigado por las Hermanas de la Caridad.

—Mo-ji-ga-tas... —dice Sansón, mostrando sus pequeños dientes incrustados en unas grandes encías ahumadas. Con fuerza de maldición lanza a media calle la colilla del cigarro.

Intentas despedirte y olvidarlo todo, como tantas veces has olvidado lo que puede alterar el orden de tus ambiciones. Un tío hojalatero, hermano de tu padre, hijo de una abuela que no conociste ni en fotografía. El y solamente él es responsable de sí mismo. Si alguna vez le has ofrecido cinco, diez pesos, y él también los ha rechazado, es por... caridad, por la más puro bondad. Pero Sansón Tablada necesita un trago para calmar su ira y te aprieta el brazo con su mano gorda cubierta de pequeñas cicatrices. Se divierte reteniendo tu prisa por escapar.

—No. No puedo.

—Sí. Nada más un trago. ¿Te da vergüenza entrar a una cantina?

—¿A mí? Pero qué...

—Vamos al billar. Ese era el cuartel de Jeremías.

Con tu brazo entre su garra atraviesas la calle. Del asfalto saltan burbujas negras; mana un vapor salobre que se mete por debajo de la ropa. Los transeúntes te miran con curiosidad mientras siguen su

camino serenamente, con las caras brillantes y una aureola de calor.

Sansón entra al billar con el paraguas cerrado colgando de un brazo y un bachiller en el otro, orgulloso de su presa. Hay expectación; se estatiza el ambiente saturado de humo, aguardiente y frescos de jengibre eructados. Sólo en la radio que queda sonando una canción lasciva. La luz del mediodía se vuelca por la ventana, sin embargo, el galerón opacado por la espesa transpiración tiene un aire subterráneo, y las luces eléctricas están encendidas sobre las mesas de billar. Las altas paredes de madera, sin otra pintura que las manchas de tiza y los dibujos pornográficos, aprietan tus sienes. El caldo de hombre lo envuelve todo y deforma las estatuas grises que te miran, indecisas entre la simpatía y la hosquedad. La sirvienta que en tu adolescencia viste por la rendija de la cerradura, desnuda, curando sus innobles llagas, despedía un misterio igualmente embarazoso. Todos se apartan a tu paso, con la boca torcida de silencio, y seguldo por el hojalatero llegas al mostrador.

—¡Dos tragos dobles! —ordena Sansón en voz alta. y esto sirve como señal para que todos reanuden su juego. Las bolas de billar vuelven a chocar, las voces templadas en alcohol prosiguen su charla (alguna de ellas, abochornada por haberse callado a tu llegada, suelta una estridente trompetilla), palmadas, blasfemias, carcajadas salivosas vuelven a rebotar de un pared a otra.

Sansón Tablada levanta el vaso cargado de aguardiente a la altura de su cabezota y te saluda risueño, invitando a beber hasta el fondo.

—Por tu tío —dice.

—Por Jeremías Lezama.

—Porque se muera pronto. La vida hiede, qué diablos!

Una espada incandescente entra por tu esófago, el billar tiembla y Sansón reaparece ante tu vista, chasqueando la lengua, saboreando el cañaveral, el trapiche y la melaza que parió ese trago. Infla sus enormes pulmones y reinicia su plática:

—Aquí venía todas las noches Jeremías... un tigre... sin dientes... porque los años se tragan hasta tus dientes. Pero ese viejo tenía unos coyotes del tamaño de tu cabeza. Cualquiera de estos hombres puede decírtelo.

Su lenguaje punza tus frágiles tímpanos y te esfuerzas por mirarlo sin oír.

La última vez que viste a Jeremías Lezama, las cataratas principiaban a cubrir sus pupilas. Corpulento, encorvado, cabizbajo, la barba canosa pegada al cuello y las manos cruzadas por la espalda; solo, como un demonio expulsado del infierno. Cuando le hablaste se inclinó hacia adelante, asomándose a través de las cataratas.

—¿Quién es? No sé... —dijo. La voz gruesa golpeaba con su desconfianza anticipada.

—Yo, Andrés Lezama; su sobrino.

—Ah, me alegra verte... aunque no puedo verte muy bien. ¿Cómo está tu familia? —preguntó, escuchando por sobre su hombro. El tono agresivo era el mismo de los días en que tu padre te mandaba, con al-

gún bondadoso regalo en la mano, a visitarlo a nombre de tu familia. Vivía en las orillas del pueblo. Era una casa larga y angosta, con un cuarto tras otro, como un tren desmontado de sus ruedas y abandonado precisamente allí frente a las pirámides de basura. Su cuarto —habitación y taller fundidos en una sola cosa— era el primero. Entrabas con el temor de que bajo los pedazos de zinc oxidado, hacinados en todos los rincones, hubiera una trampa para niños de traje limpio y ya nunca pudieras librarte del olor a frijoles agrios y estafío derretido. Jeremías escupía la resina del tabaco que masticaba, sin soitar el soldador; fríamente respondía a tu saludo y volvía a soldar un cántaro, una bacinica, una cubeta. Siempre quedaste aplastado bajo el peso de aquel mundo de escombros. Apretabas las manos paralizado de miedo. El hojalatero seguía inalterable, sentado sobre un cajón, junto a la única ventana de su habitación cuadrangular. Con el mismo soldador removía las brasas del fogón, lo hundía en el carbón y tomaba sus grandes tojeras negras para corar los fondos circulares. La camisa mojada y pegada a la espalda, los cabellos sucios de canas y sarro, las barbas goteando sudor. Viéndolo de espalda, doblado sobre el yunque y haciendo música con el martillo, tu apretabas más las manos sin poder entender qué quería decirte con su potente espalda. Luego hacía una condescendiente pausa. Llama a sus dos hijos para que saludaran o jugaran contigo. Pablo y Segundo salían de bajo el catre, desnudos, con la cara tatuada de mugre, se acercaban a tí poco a poco, sonriendo humildemente, lanzando miradas inquisitivas a la madre que, sentada en un rincón del cuatro, pelaba plátanos verdes y te veía con ojos nublados de rencor.

Tenías un cuatro para tí solo, en un segundo piso, con cuatro ventanas, un balcón, y un árbol al alcance de la mano.

—Todas las noches se sentaba allí —continúa Sansón, dando media vuelta para señalar la silla colocada debajo de una repisa que sostiene la radio—. Oía jugar billar y oía los noticieros; no sé para qué, pero ya ves que hay gente que se divierte con eso. Discuten horas y horas sobre una misma cosa.

Y atiborrado de noticias difundidas por la BBC o la NBC regresaba a su casa, tentaleando el camino con sus zapatones de vaqueta. Su mujer y sus hijos ya se habrían enrollado bajo el único mosquitero, dejando el mayor espacio posible para cuando el viejo llegara a acostarse.

Entre dos estantes llenos de botellas hay un espejo salpicado de manchas amarillas. Ves tu figura perfectamente dibujada por el arte del sastre, por la fuerza de la planchadora, por las tijeras y la navaja del peluquero; eres un cuerpo extraño incrustado en el nebuloso organismo del hillar. Junto a tí, Sansón Tablada mueve los labios carnosos, incansable, como una máquina de hablar. ¡Si el espejo fuera una ventana por la que pudieras saltar a la calle, sin despedirte! Pero estás obligado a actuar a la altura de tu bachillerato, aun bajo el efecto del golpe de alcohol.

—¿Por qué lo castigaron? —preguntas sin perder la compostura.

El trago de aguardiente ha provocado un ligero desprendimiento en su curiosidad.

—Ya te dije... por no rezar el rosario. Siempre anduvo gritando que era ateo.. También por... porque se orinaba en la cama. ¡Pero a un viejo se le aflojan muchas tuercas, qué diablos!...

—¿Y su mujer, sus hijos?

—Los hijos andan rodando por las minas; nadie sabe de ellos. Y la mujer se fue con un hullero. ¡Bah! ¡Que se los lleve el diablo! ¡Otros dos tragos! —ordena Sansón, y azota el mostrador con la palma de la mano. Los golpes hacen temblar el espejo; entre tu figura y la del hojalatero, al fondo, se mecen los jugadores de billar.

Desde una de las sillas se desprende un hombre descalzo, pequeño, de cuerpo anguloso. Trae un rollo de mecate cruzado en banderola, y una placa metálica prendida entre las mesas y avanza en dirección al mostrador. Te toca el hombro; con una gran sonrisa desdentada pide un cigarro. Tiene la piel escarlata, las arrugas de la cara rellenas de tierra seca; las manos le tiemblan al tomar el cigarro. En él, la única parte limpia es la placa de bronce que ostenta el número de su licencia de cargador.

—Es "Camarón" amigo de tu tío Jeremías también —dice Sansón y pone su brazo sobre los hombros del cargador.

—Jeremías Lezama... ¿Ya se curó? —pregunta Camarón, con la mirada dispersa entre el hojalatero y tú.

—¡Curarse! Quien te ha dicho que la muerte se cura. Entre mañana y pasado se va. Este es su sobriño; el jueves va a verlo. Te lo digo por si querías mandar a decirle algo.

—¿Decirle? —Camarón reflexiona un instante, conteniendo el humo en la garganta—. Pues que descanse ¿Qué más? —con dificultad encuentra su boca, aprieta el cigarro entre los labios y se aleja trastabillando.

Reclinado en el mostrador quedas buscando algo en el fondo del vaso vacío. Sansón, increíblemente callado por un momento, te mira en el espejo, empeñado en disimular que te devoran las ganas de huir de este apestoso galerón. Te decides a aprovechar la pausa.

—Bueno; gracias por todo.

—Entonces, ¿vas a verlo el jueves?

—¡Claro que sí!

Todavía retiene un instante tu mano flaca y blanda entre la suya, dura como sus martillos, tijeras y soldadores.

—De tres a seis es la visita; el jueves —repite para asegurarse de que su colega podrá verte antes de morir.

—Sí, sí, el jueves.

Y vuelves a respirar el aire caldeado pero limpio de la calle.

El jueves.

Subes por la acera escalonada, a un lado de la calle empinada, rojiza, salpicada de manchas de grama.

Sería un ejercicio estimulante si al final, a menos de cien metros de distancia y mirándote desde arriba, no estuviera el portón del hospital, oscuro, como bostezo de una boca sucia. Si por lo menos, a fuerza de desearlo, la calle se estirara y pudieras llegar al portón a las seis y cinco, precisamente cuando estuvieran cerrándolo. Ganas un segundo cambiando de una mano a otra la bolsa llena de naranjas y galletas saladas que llevas para Jeremías Lezama. Y te preguntas por qué vas a verlo. ¿Es que te sientes compelido por lo que dijo Sansón Tablada: "de tres a seis, el jueves"? Tablada es un hojalatero charlatán e insoportable igualado. El pueblo no tiene más que un cine, y hay gente que los días de visita se pone la ropa dominguera y viene al hospital, como a un parque de diversiones. Pero tú eres un bachiller y no puedes contarte entre ella. Lo haces por caridad. Eso es. Estas horas te sobran y puedes dárselas a Jeremías. Una camisa manchada, unos tirantes rotos pueden regalarse. Todo lo que sobra es trocable en indulgencias.

Calle abajo viene El Mensajero trayendo un burro del cabestro; del aparejo parecen colgar dos enormes lingotes. Los rayos oblicuos del sol se untan sobre el conjunto y no se distingue más que un burro y un hombre embadurnados de oro. El Mensajero lleva y trae la correspondencia del hospital; la harina, los frijoles, la leche, la leña del mercado; las camillas a los muelles; bajo el sol, bajo la lluvia, con su sombrero y su capote ahulados, encabeza las procesiones de enfermos traídos por las lanchas que bajan de los ríos... y lo que habías olvidado: también lleva muertos a la fosa común. El burro arrastra dos cajones de madera bruta, con dos muertos mal empacados. Un trozo de camisón cuelga fuera de la tapa y va tocando las yerbas de la calle.

Frente al portón, todavía hay una escalinata en la que vendedores y visitantes se arremolinan con aire ferial. Mangos, huevos de iguana, refrescos y hasta flores. Ni una palabra de color oscuro. "Per me si va nella città dolente, per me si va nell'eterno dolore, per me si va tra la perduta gente..." Aquí nadie conoce este rótulo, tan propio para estos casos; sólo tú lo recuerdas y te sonríes a ti mismo, orgulloso de tan feliz asociación. Sentada en el escalón más alto, una anciana sostiene sobre las piernas su bateo de dulce, y a ritmo lento, hierático, mueve una escobeta en el ritmo de espantar las moscas. Intuyes la rareza de la atmósfera en que estás a punto de hundirte; estás a tiempo de retroceder. Ni siquiera saber dónde encontrar a Jeremías. Tablada dijo en el hospital pero nunca en qué sala. Una pequeña e instantánea lucha entre tus piernas y tu ánimo. Vencen tus piernas. Tu entrada coincide con el toque de una campana rota colgada a un lado del portón. Es un hidrópico quien la toca penosamente, como si con la próxima campanada fuera a consumir su última gota de fuerza. Luego vuelve a su banco, caminando con sumo cuidado, temeroso de que un movimiento brusco rompa el globo que asoma bajo su camisa.

—¿La intendencia? —pregunta a media voz, porque si el campanero no contestara quedarías libre de

culpa. Nadie supo decirme dónde estaba, dirías, no sin cierta indignación. Pero el hidrópico, respirando acosadamente, levanta el brazo poco a poco y por fin señala la intendencia.

El intendente y un hombre con cara de cero —el contador posiblemente— juegan al póker, cada uno con su montón de centavos sobre el escritorio. Con un gesto de disgusto te hacen ver tu impertinencia, sin interrumpir el juego.

—Busco al enfermo Jeremías Lezama. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—¿Cuándo ingresó?

—No lo sé exactamente... Hace un año, más o menos.

—¿Un año? ¡Pero si esto no es hotel! ¡Flor! —dice el intendente, y sonriendo le muestra sus cartas al contador. ¿Un año? ¿De qué estaba enfermo?

—Es un hombre de ochenta años, pero creo que lo aceptaron aquí por palúdico.

—El paludismo se cura con pastillas de quinina. Aquí no sobran camas, ¿sabe? Quiero tres cartas y buenas. De todos modos si quiere convencerse, la sala de palúdicos está al fondo del pasillo, a la derecha.

Un denso hormigueo de voces llena lapenumbra, saturada del olor a creolina que mana de las escupideras de peltre enfiladas a lo largo del pasillo. Tres muchachas relampaguean en la semioscuridad; van vestidas de rojo, verde, y un amarillo tan violento que sólo una indígena con su necesidad de luz puede llevarlo puesto. Las tres pasan contentiendo la risa con pañuelos sobre la boca. Hay puertas a ambos lados, y en las salas tapizadas de camas (parece que hasta en las paredes hubiera camas) pululan hombres de cara verdosa, vestidos con camisones azules, raídos. Los visitantes susurran, medrosamente sentados al borde de las camas. De todas las puertas sale un resoplido largo, como el de un toro que se resiste a morir. Si descompusieras era promiscuidad de ruidos encontrarías murmurantes conversaciones, ladridos, quejas, rezos, retortijones, bufidos, pasos. El edificio de madera retiembla resuena con los pasos.

Jeremías Lezama no está en la crujía de palúdicos. La recorre de nuevo, mirando a uno y otro lado con acuciosidad, sin pasar por alto una sola cama. La fiebre tiene su horario estricto, y a algunos palúdicos les toca hoy, a esta hora. Tiemblan de ples a cabeza, escondidos bajo la sábana. Alguna vez te picó un anofeles, y mientras temblabas tu madre y tus hermanas te sostenían por los brazos y las piernas para que no rodaras de la cama. Es una fiebre helada que atenaza la médula y sacude las articulaciones con fuerza bestial. Casi vuelves a sentir la llama en la garganta, ramificándose por los nervios. ¿Y si hubieras olvidado la cara de Jeremías y él estuviera agazapado tras su sábana, viéndote ir y venir tontamente? Pero te dices que aún con la cara reducida a huesos y ojos reconocerías su inconfundible barba, y tal vez la línea sarcástica de sus labios. Otra vez se abre ante ti la oportunidad de salir del hospital y dar por cumplido el compromiso que Tablada te ha impuesto tan hábilmente. Nadie podría reprocharte nada. Las



naranjas y las galletas serían bien recibidas por cualquier desconocido, el primero que encuentres. Sin embargo, tu indecisión crece en la medida de los corredores, escaleras, pabellones, hortalizas y más pabellones que se extienden al fondo. En algún rincón ha de estar Jeremías Lezama, y lo peor: puede estar esperándote. La vejez, la enfermedad, ablandan al más duro. Después de todo, ¿qué harías mientras oscurece y es hora de ballar en la kermesse?

Sabes que volver a la intendencia no serviría más que para interrumpir el juego de póker y merecer una inarticulada imprecación. Subes la escalera, pegado al barandal para evitar el choque con los niños sueltos que bajan en tropel; un grupo de escolares uniformados. La caridad, el hábito de la limosna —enseña la doctrina— debe ejercitarse desde niño o se crecerá en las simas del egoísmo. Probablemente reunieron zapatos viejos, o el pan que sobraba en su casa, y con cristiana dulzura vinieron a repartirlo entre los afortunados enfermos. Dos profesoras bajan contoneándose; te miran desde arriba, sonrientes, contentas de que comprendas lo que acaban de hacer sus niños.

El piso alto es la sección de mujeres. Aquí la población ha rebasado las salas y las filas de camas se extienden también a lo largo de los corredores, dejando el espacio estrictamente necesario para que circulen las monjas. Desgreñadas, con la mirada fija sobre las manchas del cielo raso, unas parecen repetirse que no esperan a nadie. Otras han querido ocultar la demacración bajo una rojiza máscara de maquillaje, y apoyadas en los codos ven pasar el desfile de visitantes. Ninguna tiene signos de embarazo. Sansón Tablada dijo que después de dos semanas, aturdidas por sus protestas, las Hermanas de la Caridad tuvieron que suspenderle el castigo a Jeremías. “¿Qué crees que hicieron estas infelices?”, te preguntó Tablada, con el cigarro temblando entre los dedos, y con ansiedad esperó tu respuesta, antes de seguir. “Lo encaramaron entre las parturientas para sobajarlo, para humillarlo, para vengarse, para... ¡Malhaya! Le dijeron que a ver si allí le daba vergüenza de orinarse en la cama. Pero el viejo siguió orinándose con más ganas y maldiciéndolas cada vez que pasaban por allí. A las dos semanas tuvieron que cambiarlo a una sala de hombres”. Pero, ¿qué puede impedirles refrendar el castigo? Recordando las palabras de Tablada sientes una ligera aversión por las hermanas. Lo que en el billar fue simple cháchara aquí, en la propia atmósfera del castigo, suena a crueldad, a villanía. Hasta ahora entiendes la furia con que el hojalatero hablaba del otro hojalatero.

—Perdone, ¿cuál es la sala de maternidad? —preguntas a la mujer que da de beber cucharadas de caldo a una enferma.

—¿Sala de qué?

—De maternidad. Donde nacen los...

—Ah, las que van a alumbrar... Allí, detrás del biombo —y contrae los labios para apuntar con ellos la mampara que cubre una esquina de la crujía.

Es un rincón en el que se apiñan cuatro madres. Cuando asomas la cabeza por un lado del biombo, dos de ellas se sobresaltan e instintivamente cubren

la cabeza de los niños que amamantan. Las otras dos tienen el cuerpo prensado bajo la preñez: una montaña blanca, palpitante, de la que solamente han librado la cabeza. Tardas en preguntar algo que todavía no tienes muy en claro, o que sonaría ridículo, y antes que articules palabra atraviesa la pared un murmullo intermitente, grave. Piensas en lamentos ahogados en algodones, en una oculta cámara de tortura de la que sólo la madre superiora tiene llave, y todos los enfermos aceptan su existencia como parte de su enfermedad. Pero es la letanía que rezan las monjas reunidas en la capilla.

Principia a apoderarse de ti el asco, la recóndita vergüenza de tener ojos para ver y vísceras que reaccionan acelerando su marcha. Esto es lo que temías: la inconveniencia de entrar donde el bachillerato se encoge al grado que uno mismo lo pierde de vista. El hacinamiento de camas, la campana rota que suena cada cuarto de hora, el piso que cruje a cada paso, la afanadora que sube cargando una bandeja con platos desportillados (te niegas a ver qué hay en los platos), todo se vuelve motivo de disgusto. Y lo más incómodo es creer que Jeremías Lezama de veras te está esperando.

Sigues por el andén techado que pasa por entre la cocina y el pabellón de hidrópicos. No precisamente buscando, sino como empujado por una mano mortificadora. Serías menos desgraciado si pudieras caminar con los ojos cerrados, ignorando a los hombres y mujeres sentados en escaños y que, aún con el corazón aplastado bajo una carga de agua, siguen con la mirada tu saco y tu corbata y tu bolsa con algo de comer. A la derecha están las paredes ahumadas de la cocina, las grandes y humeantes ollas de peltre, y el ensordecedor ruido de platos y cucharas. Luego contiene la respiración y caminas de prisa al pasar junto a las letrinas.

Las coles, las calabazas y los tomates de la mojada hortaliza relucen al sol con un verdor y una robustez insanos. Con las mangas del camión recogidas, un enfermo mueve la regadera y juega a que hace llover donde se le antoja; otros dos rehacen los surcos con azadones de mango largo que les permiten trabajar sin agacharse. Y limitando la hortaliza la carpintería, los burdos ataúdes apilados a la sombra de un árbol.

Una monja con jeringas y sondas en las manos se acerca, apenas se detiene para atender tu explicación, y después de oír en silencio, con la cabeza baja, concluye que Jeremías Lezama debe estar recluido en el pabellón de tuberculosos, el piso alto del último edificio. Ella señala el pabellón y se aleja entre el crujir de su hábito almidonado y el rosario gigante que cuelga de su cintura, mientras tú quedas paralizado por el primer golpe de angustia. ¿Por qué no lo dijo Sansón Tablada? Quizá porque conoce el terror que causa un tísico. Uno lo saluda, le da la mano con el mismo horror con que la metería al fuego, le pregunta cualquier cosa y corre hasta llegar a casa; se frota las manos con alcohol, dos quince veces, pero sabe, irremediablemente sabe que los bacilos puluían invisibles en derredor del tuberculoso, y no sabe si sus

propios pulmones serán capaces de resistirlos. Tablada dijo en el hospital, pero nunca en qué sala. Meces la bolsa con naranjas, torpemente; quisieras que fuera ella quien te guiara y no tener que decirlo tú. El edificio está pintado de blanco y verde claro, como si en él no hubiera más que una familia con su decencia y su rutina intactas. Y no sabes cuántos larguísimos segundos han pasado antes que vuelvas a caminar, es decir, a arrastrar los pies en dirección del pabellón, desolado por la convicción de que Jeremías te espera.

Subes la escalera, aupando la esperanza de que haya un error, de que tu tío haya sido conducido a alguna sala para agonizantes. Crees que debe existir tal sala en un hospital. En el corredor del piso alto se pasea un paciente con su pipa en la mano, y cada vez que tose remueve el velo de humo que le envuelve la cara. Otra vez preguntas por Jeremías Lezama.

—En el hotel —contesta el fumador, haciendo un ligero movimiento con la pipa.

—¿Dónde?

—Allí —y definitivamente señala "el hotel"—. Créo que es la segunda barraca. Una, dos —cuenta, apuntando con la pipa para evitarse un error—. Es para los que se quedan aquí mucho tiempo.

Un rocío tibio te baña la nuca, la bolsa resbala de tu mano, cae a tus pies, y hasta crees oír que tus rodillas traquetean. El "hotel" es un conjunto de barracas de madera medio podrida, parchadas con pedazos de cinc y rodeadas de charcos lamosos. Están comunicadas entre sí por piedras y tablones poblados de hongos. La mayor de ellas, la menos ruinosa, tiene varias puertas con rejas de hierro; las otras, "individuales" probablemente, están sostenidas por puntales. Bajo la última luz de la tarde sus siluetas negruzcas destacan contra el verde del monte que las circunda.

Bajas saltando de tres en tres peldaños, asfixiándote de miedo, de coraje, de repugnancia, rencor, decisión, rubor, todo a un mismo tiempo, agolpado en tu sangre, ocupando cada una de tus fibras. Has perdido el peso de la compostura y brincas de un tablón a una piedra, de una piedra a un tablón. Resbalas, caes en un charco y te encuentras de pie, yendo hacia la segunda barraca. El resbalón despierta a los locos y salen a sus rejas, las azotas con sus cadenas, te maldicen, te reclaman su cordura, sus hijos.

—¡Ese! ¡ese! ¡Agárrenlo, agárrenlo que es ladrón! —grita una voz de mujer.

Todavía tienes que empujar varias veces la puerta para vencer sus visagras oxidadas. Al pasar de la luz a la oscuridad de la barraca apenas distingues dos manchas blancas hundidas en el aire verdinegro. Poco a poco van tomando forma dos catres de lona; uno está vacío, en el otro un hombre cadavérico lanza los brazos fuera del catre, como remando, y obstinadamente mueve la cabeza, con la boca siempre abierta. Es demasiado joven para que lo confundas con tu tío. Alguien te observa, sientes la mirada recorrer tu espalda. En un hueco de la puerta descubres un ojo sin cuerpo, nada más un ojo sonriente, brillante, incrustado en la madera, y luego oyes la risita burlona.

Cuando sales, la barraca mayor se estremece entre ruidos de cabezas arrojadas contra las paredes, risas aplausos, cadenas y gorilas golpeándose el pecho. Por primera vez aparecen los enfermeros y las monjas tras la madre superiora, alarmadas, corriendo hacia la barraca de los locos.

—¿Dónde está Jeremías Lezama? — preguntas a la superiora, deteniéndola por los hombros. Ella te mira de pies a cabeza y se arregla la toca, visiblemente ofendida por tu violencia.

—¿Quién es usted?

—Andrés Lezama, su sobrino. ¿Dónde está?

—Jeremías Lezama ya entregó su alma. Murió esta mañana, en el seno de nuestra santa madre iglesia. ¿Por qué no vino hasta ahora? —pero antes que improvises tu respuesta ella da un paso y vuelve a examinarte de pies a cabeza;— hace menos de una hora que El Mensajero fue a enterrarlo. Que en paz descanse.

Con más claridad que cuando pasó junto a tí, ves, al burro trincando hojas de grama y arrastrando los dos cajones, y el pedazo de camión que flotaba fuera de la tapa.

Instigado por tu propia confusión recorres a trancos los corredores y pasillos. Caminar hasta el cementerio llevaría media hora, por lo menos. Sólo quieres salvarlo de la fosa común. Algo te dice que es inútil y tarde y ridículo pero tú insistes en que sus huesos no deben quedar montados sobre otros suesos desconocidos. En el portón suenan las seis campanadas más turbias que has oído. Pasó un jinete. Con los ojos hirvientes más que con palabras lo persuades de que preste su caballo. Suetas las riendas, espoleas con los tacones y el aire se parte en dos al contacto de tu cabeza despeinada y los faldones de tu saco que ondean un poco atrás de tu espalda. "Jeremías Lezama murió en el seno..." ¡No era un hombre para morir en paz! Cuantas veces tu padre, su hermano menor, le propuso irse a vivir (nada más vivir en paz) al cocotal, al otro lado de la bahía, él rechazó la propuesta. Se indignaba y a su vez indignaba a tu padre con su obstinada renuencia a dejarse proteger. Decía que no podía vivir —nada más vivir— y engordar mientras sucedía otra cosa; era hojalatero y quería ejercer su oficio y oír noticieros y discutir en las esquinas y en los billares sin recibir favores.

En la oscuridad del cementerio cantan las chicharras, los grillos, los sapos. Cruzas a galope la sección de primera clase y a tu paso retumban las cepillas y sus criptas. Jeremías Lezama era ateo, y una vez se rió de la medalla que llevabas colgada al cuello. Te detienes y buscas, obligando al caballo a cacarolear; su jadeo apaga el tuyo, pero sientes que la camisa se ha encogido y aprieta tu pecho. En el confín del cementerio cintilan dos luces y hacia ellas va el caballo trotando.

A la luz de dos candiles, Sansón Tablada, Camarón y otros clientes del billar están parados sobre la arcilla que rodea la fosa, callados, ayudando al sepultero a sacar el agua que inunda la sepultura. Te miran de soslayo y vuelven a pasarse de uno a otro el latón lleno de agua. A poca distancia, El Mensajero fuma un puro, montado a horcajadas sobre los ataúdes, y

el burro paca mansamente entre las sepulturas vecinas. El Mensajero se resiste a entregar el cadáver sin las correspondiente autorización. Intervienen los amigos del hojalatero y por fin, cuando la fosa queda seca, lista para recibir los dos cajones, se decide a violar los reglamentos.

—Cuál de los dos es? —pregunta Tablada, con un candil sostenido más arriba de su cabeza.

—Creo que es el primero. Hay que abrirlo y ver —dice el Mensajero, y arranca la tapa con las uñas.

Jeremías Lezama está comprimido entre las tablas sin pulir, el camisón desgarrado y las rodillas un poco flexionadas para ajustarse a las medidas del cajón. En sus barbas desparramadas sobre el pecho brillan unas gotas de parafina, y con el temblor de la llama del candil sus labios delgados, siguiendo el

arco de sus bigotes, parecen moverse, preparándose para escupir a alguien.

Sus amigos levantan el féretro y se dividen el peso en cuatro partes iguales. Uno de ellos coloca su sombrero enrollado sobre un hombro para matar el filo de la caja y al grito de ¡vamonóos! uniforman el paso y emprenden la marcha.

—¿A dónde vamos a velarlo? —pregunta uno de los cargadores.

—¡En el billar! —contesta Tablada, rotundamente.

Oscuridad y silencio acentuado por los pasos. Detrás de ellos, un poco a destiempo, tú y el caballo.

Cuando los alcanzas, Camarón profiere una blasfemia, o tal vez una amenaza, algo que todavía no entiendes; golpea un costado de la caja y sigue caminando bajo la carga.

## ERNESTO CARDENAL

Nació en la ciudad de Granada en el año de 1925; junto con Carlos Martínez Rivas y Ernesto Mejía Sánchez, formó una generación literaria que sucedió al grupo de Vanguardia. En 1957 decidió ingresar a la orden trapense en el monasterio Ghetsemani en Kentucky y siguió después sus estudios de sacerdocio en Cuernavaca, México y en Antioquia, Colombia, hasta recibir las órdenes sagradas en 1965. Antes había estudiado la carrera de Filosofía y Letras en la Universidad de Columbia en Nueva York. Actualmente vive en el archipiélago de Solentiname, en el Gran Lago de Nicaragua, donde ha fundado una comunidad religiosa.

Tiene publicado: Nueva Poesía Nicaragüense (1949) ensayo introductorio a una antología del mismo nombre, que fue al mismo tiempo su tesis de grado; La Hora O (1960) Oración por Marilyn Monroe y otros poemas (1965); El estrecho dudoso (1967); Mayapán (1968); Homenaje a los indios americanos (1969).

Su único cuento, es el que aquí presentamos.

# El Sueco

Yo soy sueco. Y hago notar en primer lugar esta peculiaridad de que soy sueco porque a ello se debió todo el extraño caso de mi vida, el acontecimiento verdaderamente increíble, que hoy me propongo relatar. Yo soy sueco, pues, como iba diciendo, y me llamo Erik Hjalmar Ossianilsson. Sucedió que vine, aún joven, por el año 1897 a esta pequeña república de Centroamérica (en la que aún me encuentro), con el objeto de buscar una curiosa especie de la familia de las Iguanidae, que yo considero descendiente muy directa del dinosaurio. Mi viaje fue, sin embargo, con tan mala suerte, que apenas había acabado de cruzar la frontera cuando caí preso. Por qué caí preso no se

espere que lo explique; que he concentrado toda mi mente durante años tratando de explicármelo sin ningún éxito y creo que no hay nadie en el mundo que lo sepa. El país estaba entonces en revolución y mi aspecto nórdico causaría suspicacias, además de que yo no podía hacerme entender de nadie por desconocer el idioma; aunque es evidente que ninguna de estas causas por sí solas son suficientes para caer preso. Pero, en fin, yo he dicho que es completamente inútil tratar de explicárselo; sencillamente, caí preso.

De nada me sirvió el que en un idioma imperfecto tratara de hacerles ver que yo era sueco. Mi convicción de que el representante de mi país llegaría a res-

catarme se desvaneció con el tiempo, cuando descubrí que ese representante no sólo no podía entenderse conmigo, porque no sabía sueco y jamás había tenido la menor relación con mi país, sino que también era un anciano de más de noventa años y enfermo y que además a menudo caía preso. Allí en la cárcel conocí a un sinnúmero de personalidades importantes de la república, que también acostumbraban a menudo caer presos: ex presidentes, senadores, militares, señoras respetables y obispos, y aun una vez incluso el mismo jefe de policía. La llegada de estas personas, que ocurría generalmente en grandes grupos, ocasionaba toda clase de disturbios en la cárcel; visitantes, mensajes, envío de viandas, sobornos al carcelero, motines y, a veces, hasta fugas. A causa de esa constante afluencia de presos, la situación de nosotros, los que teníamos ya un carácter más permanente en la cárcel, era continuamente modificada. De una celda individual, relativamente confortable, me pasaban a una sala en la que encerraban a cien o doscientas personas, o si no, a un agujero en el que difícilmente cabía un cuerpo. Lo que era peor, si había demasiados huéspedes en la cárcel y todas las celdas estaban llenas, me trasladaban a la cámara de tortura, que tal vez estaba desocupada por no tener ningún castigado. Pero digo mal, sin embargo, cuando digo la cárcel, pues era muchas y frecuentemente se nos cambiaba de una a otra. Yo creo haberlas recorrido casi todas.

Así fue que me rocé con todas las personas más importantes del país, mientras poco a poco iba aprendiendo el idioma. Por mucho tiempo continué asegurando que yo era sueco, ahora ya con toda claridad y corrección, hasta que por fin dejé de hacerlo, convencido de que si para mí era absurdo el que me encarcelaran sin motivo, para ellos era igualmente absurdo ponerme en libertad por el solo motivo de ser sueco.

Llevaba yo ya cinco años en estas condiciones, habiendo abandonado ya desde hacía tiempo mis protestas de ciudadanía y perdidas las esperanzas de que al terminar el período del Presidente mi situación se remediaría porque éste se había reelegido, cuando llegaron de pronto una mañana unos empleados del Gobierno a preguntarme, para mi sorpresa, que sí yo era sueco. Al punto que dije que sí, me hicieron bañarme y rasurarme y cortarme el pelo (cosas que nunca habían hecho) y vestirme de etiqueta. Al comienzo creí que las relaciones con mi país habrían mejorado de manera admirable, aunque por una extraña razón, todos esos preparativos, y especialmente el traje de etiqueta me hicieron sospechar también que me fueran a matar. El temor en cierto modo se disipó, cuando descubrí que me llevaban ante el Presidente de la República. Este, que me estaba esperando, me saludó con gran afabilidad, preguntándome repetidas veces que "qué había hecho", exactamente como quien no pone mucho sentido a sus palabras. Luego, con sumo interés, me hizo la pregunta de que si yo era sueco, y como le respondiera firmemente que sí, agregó: "Entonces, ¿usted sabe sueco?". Al oír mi respuesta igualmente afirmativa, me alargó una carta escrita con suave letra de mujer en la lengua de mi país, pidiéndome hiciera el favor de traducirla. (Tiempo después

se me informó que a la llegada de esa carta el Gobierno había buscado inútilmente por todo el país a alguien que pudiera leerla, hasta que uno recordó dichosamente haber oído a un preso gritar que era sueco). La carta era la de una muchacha que decía llamarse Selma Borjesson, pidiendo como un favor unas cuantas de esas bellas monedas de oro, que según había oído decir, circulaban aquí, y expresando al mismo tiempo su admiración por el Presidente de ese exótico país, a quien enviaba también como un recuerdo su retrato: la más bella fotografía de mujer que yo he visto en mi vida.

Enseguida que oyó mi traducción el Presidente, a quien la carta, y más que todo el retrato de la muchacha, habían producido un profundo deleite, me dictó su respuesta en términos abiertamente galantes, accediendo al punto al envío de las monedas, no obstante explicar que ello estaba expresamente prohibido por la ley. Traduje con toda fidelidad a la lengua sueca su pensamiento, firmemente convencido de que esa inesperada utilidad recién descubierta en mí, me valdría no sólo la libertad, sino hasta un pequeño nombramiento quizás, o al menos el apoyo oficial para encontrar la ansiada Iguanidas. Pero, como una medida de prudencia por todo lo que pudiera sobrevenir, tuve la precaución de agregar a la carta que me dictó el Presidente unas breves palabras, en las que resumía la situación en que yo estaba, suplicándole a esa muchacha tan admirable que intercediera por mi libertad.

No tardé mucho en felicitarme por la ocurrencia que había tenido, porque apenas el Presidente había terminado de darme las gracias, cuando, con gran sorpresa de mi parte, fui llevado nuevamente a la cárcel, donde se me quitó el traje de etiqueta, volviendo otra vez exactamente a la lamentable situación de antes. Los días desde entonces ya fueron llenos de esperanza; sin embargo, y al poco tiempo, una nueva bañada y rasurada y el regreso del traje de etiqueta me anunciaron que la deseada contestación había llegado.

Como yo ya lo había previsto, esta segunda carta ahora traía un largo párrafo sobre mí, pidiendo amablemente la libertad del compatriota; pero desgraciadamente, como yo también ya lo había previsto, no podía hacérselo saber al Presidente, porque éste creería que era de mi invención, o bien descubriría que yo había intercalado palabras mías en su carta, castigando hasta tal vez con la muerte mi atrevimiento. Así, pues, me vi obligado a saltarme el párrafo que pedía mi libertad, sustituyéndolo por unas frases de insinuación amorosa muy halagadoras al Presidente. Pero, en cambio, en la contestación que éste me dictó, intercalé una más completa exposición del caso en que me encontraba, aprovechando al mismo tiempo la ocasión de desvanecer la idea romántica que ella tenía del Presidente, revelándole lo que éste era en realidad.

A partir de entonces, ya la muchacha comenzó a escribir con frecuencia, demostrando un interés cada vez más creciente en mi asunto, con el aumento, por consiguiente, de mis rasuradas y baños y las puertas del traje de etiqueta (lo que no me dejaba de ser un poco humillante), al mismo tiempo que de mis esperanzas de libertad.

Fui adquiriendo así cada vez más confianza con ella a través de las contestaciones que me dictaba el Presidente. Debo confesar entonces que durante los tediosos e insufribles intervalos habidos entre carta y carta, el pensamiento de mi libertad, junto con el de la bella y posible libertadora, no me dejaban de día ni de noche, obsesionantes, confundiendo de tal modo el uno con el otro, que yo, al fin, ya no sabía si era ella o mi libertad lo que más deseaba (ella era realmente mi libertad como yo tantas veces se lo dije mientras el Presidente dictaba). O sea, para decirlo en otras palabras: estaba enamorado y con la infinita satisfacción de ver que era plenamente correspondido. Pero para desgracia mía, el Presidente también lo estaba, y en alto grado, y lo que era peor, yo había sido el causante y fomentador de ese amor, haciéndole creer que era para él esa correspondencia, de lo que dependía mi vida.

En mis largos y angustiosos encierros, yo me entretenía en preparar muy bien la próxima carta que leería al Presidente (lo cual me era indispensable, pues éste no permitía que primero la leyese toda para mis adentros y después procediera a su traducción, sino que exigía le fuese traduciendo al mismo tiempo que leía, y además, fuese porque desconfiara de mí o por el placer que ello le proporcionaba, me hacía leer tres y aun cuatro veces seguidas una misma carta), como también la nueva contestación que daría a mi amada, puliendo y acicalando cuidadosamente cada una de sus frases, esforzándome por poner en ellas toda la poesía y belleza tradicional de la lengua sueca y aun agregando a veces pequeñas composiciones en verso de mi invención.

Con el objeto de prolongar aún más esas cartas, hacía responder al Presidente a un sinnúmero de preguntas sobre la historia, costumbres y situación política del país, a lo cual él accedía siempre con sumo gusto. Así me empezaba entonces él a dictar largas epístolas, generalmente sobre su Gobierno y los problemas de Estado, llegando a adquirir cada vez más confianza con el tiempo y a aumentar el número de sus confidencias, pidiendo continuamente el consejo y el parecer de la amada. Sucedió entonces que yo, desde una inmundada cárcel, tenía en mis manos los destinos del país, sin que nadie, ni aún el mismo Presidente, lo supiera, y mediante oportunas sugerencias e indicaciones, permití el regreso de desterrados, conmuté sentencias y liberté a muchos de mis compañeros de prisión, sin que nadie pudiera agradecerme lo.

Uno de los más grandes placeres de los días de dictado era también el de poder mirar de nuevo el retrato de ella que el Presidente sacaba, según él, para inspirarse. Comencé a pedirle entonces que mandara más retratos con frecuencia, pero, como es de suponer, todos iban a parar a manos del Presidente. Mi venganza consistía en cambio en los regalos de éste, numerosos y de mucho valor, que siempre eran enviados en mi nombre.

Pero una nueva ansiedad iba creciendo al mismo tiempo que mi amor: era esa inmensa colección de cartas que se iba depositando en el escritorio del Presidente, y en las cuales estaba escrita con todo detalle

la historia de nuestro idilio; cartas, en las que ya, por último, ni siquiera lo mencionábamos a él sino muy de vez en cuando, casi siempre para insultarle. En cada uno de esas cartas de amor, por así decirlo, estaba firmada mi sentencia de muerte.

El tema de mi libertad —además del amor— era el que predominaba en nuestra correspondencia, como podrá comprenderse. Siempre estábamos haciendo toda clase de planes de fuga e imaginando todas las estratagemas posibles. En un principio yo me había negado a traducir nuevas cartas, a menos que se me pusiera en libertad; pero entonces me condenaron a pan y agua, y esto, junto con el tormento aún mayor de no leer más cartas de ella, que ya desde entonces me eran indispensables, quebrantó mi voluntad. Propuse, al menos como una condición para rendirme, que la rasurada y el buen vestido y el aseo me fueran proporcionados de una manera regular y no únicamente los días de cara, lo cual no solo resultaba impráctico, sino humillante; pero ni aun eso me fue concedido.

Después, mi amada propuso hacer un viaje de visita al Presidente y arreglar con él que se me pusiera en libertad (plan que tenía la ventaja de contar con el apoyo decidido de éste, quien desde hacía tiempo venía insistiendo muy enérgicamente en ese viaje); pero yo me opuse a él terminantemente, porque ello equivalía a perderla a ella para siempre. Yo le propuse, a mi vez, que viniera otra mujer bellísima, haciéndose pasar por ella ante el Presidente y gestionara mi libertad; pero entonces fue ella la que se opuso, alegando que, además de muy expuesto, era difícil encontrar a alguien que se prestara. Otra propuesta de su parte, que estuvo verdaderamente a punto de realizarse fue la de solicitar una protesta enérgica de parte de mi Gobierno y aún una ruptura de relaciones; pero yo le hice ver a tiempo que con semejantes medidas no sólo se suspendería inmediatamente nuestra correspondencia, sino que esa ruptura me significaría la pena de muerte en el acto. Yo era más bien partidario de que se mejorasen hasta lo increíble las relaciones —entonces tan lamentables— con mi país. Pero como ella me hizo notar, con mucha razón: "¿Cómo convencer al Gobierno sueco de que mejore sus relaciones por el motivo de que tienen a un ciudadano preso injustamente?". Pero la más descabellada ocurrencia fue la que tuvo un abogado amigo suyo, quien se ofreció a conseguir mi extradición alegando que yo era un criminal, no reparando en que el Presidente, sin lugar a duda, me mandaría a matar en el momento de saberlo.

Mientras tanto, una nueva preocupación se había venido a agregar a las otras, y era la de ver cómo día a día yo venía siendo más peligroso a los ojos del Presidente por el tremendo secreto y todas sus demás confidencias innumerables de que era depositario, con la consiguiente amenaza para mi vida que ella significaba. Es cierto que su amor (cada vez en aumento) constituía mi mayor seguridad, porque él no me mataría mientras necesitara mis servicios; pero esta seguridad me angustiaba por otro lado porque a causa de esos servicios también era más difícil que me dejara

ir. Hasta la misma esperanza que tuve antes de que un compatriota mío acertara a pasar, se había convertido ahora en un nuevo temor por la posibilidad de que leyera alguna carta y se descubriera mi fraude.

Estábamos así, mi amada y yo, ocupados en la preparación de un nuevo plan que demostrara ser más efectivo, cuando de pronto, aquello que más angustiosamente me aterrorizaba y con todas las fuerzas de mi alma había tratado de evitar, llegó a suceder: el Presidente dejó de estar enamorado. No fue, para mi desdicha, su desamoramiento gradual, sino súbito, sin que me diera tiempo de prepararme. Sencillamente, las cartas que llegaban ya fueron desde entonces tiradas al canasto y no se me llamó, sino de tarde en tarde para que leyera alguna que otra —más bien por curiosidad que por otra cosa— haciéndoseme contestarlas en breves y apresuradas líneas para tratar de poner fin al asunto. Toda la desesperación y mortal angustia de mi alma fueron vertidas en esas líneas y en las pocas cartas de ella qua aún tuve la suerte de leer al Presidente puse a mi vez las más tiernas, las más entrañables y apasionadas súplicas de amor que haya proferido mujer alguna; pero con tan poco éxito que aún a veces se me suspendía la lectura a mitad de la carta. Para colmo de desdicha las que ella me escribía eran más que todo de reproche para mí por demorar las contestaciones, y poseída por los celos, se atrevía a poner en duda que todavía estuviera preso, llegando aun a insinuar que tal vez nunca en mi vida había estado preso. La última vez en la qua ya ni siquiera se me hizo llegar de etiqueta a la Casa Presi-

dencial, sino que en la propia cárcel me fue dictada por un guardia una ruptura ya completamente definitiva, me hizo saber que ella, mi libertad y todo, había llegado a su fin. Las postreras y desgarradoras palabras para Selma Borjesson fueron escritas.

Se me había dejado aún en mi celda unas cuantas hojas de papel y una pluma, tal vez por si acaso se ofrecía alguna carta más, supongo yo. Si el Presidente no me ha mandado a matar, porque me queda agradecido o porque puede necesitar me después si alguna otra enamorada le escribe de Suecia, o sencillamente porque ya se olvidó de mí, yo no lo sé. Ignoro también si mi amada, Selma Borjesson, me ha seguido escribiendo y si ya ella tampoco se acuerda de mí (aun pienso en el absurdo terrible de que tal vez ni siquiera ha existido, sino que fue todo tramado por algún enemigo del Presidente, debido a una costumbre de pensar absurdos que aquí en la cárcel se me ha desarrollado).

Han transcurrido ya más de cuatro años desde entonces y ya otra vez perdí las esperanzas en la terminación del período del Presidente, porque éste nuevamente se ha reelegido. En vista de lo cual, decidí ocupar la pluma y las pocas hojas de papel ya no tienen objeto, en relatar mi historia. Escribo en sueco para que el Presidente no lo entienda si esto llega a sus manos. En el caso remoto de que algún compatriota mío acierte por casualidad a leer estas páginas, le ruego se acuerde de Erik Hjalmar Ossiannilsson, si aún no me he muerto.

### MARIO CAJINA-VEGA

Nació en la ciudad de Masaya en el año de 1929. Ha vivido en Nueva York, en Madrid y en Londres y se graduó de periodista en España, habiendo realizado también cursos en la Universidad de Oxford. Vive en Managua donde dirige la Editorial Nicaragüense. Después de una intensa vida política, se ha retirado definitivamente para dedicarse a sus escritos.

Su obra publicada incluye *El Hombre Feliz* (1953) que recoge sus primeros poemas; *Tribu* (1962) también un libro de poemas; *Lugares* (1963) estampas de la vida provinciana; y *Familia de Cuentos* (1969), colección *El espejo*, Editorial Sudamericana.

# El Museo-Provincia de Don Jerónimo Vergara

En el parque colonial agoblan viejamente los árboles con su alameda de tristeza. El kiosko, al centro, tuvo el estilo del Siglo: tracerías de hierro, cielorraso policromado, escayolas municipales. En la pila de agua, al lado, flota la pereza hipócrita de un caimán.

Un busto oficial vigila y desdeña con aristocracia de museo.

De vez en año, el viento descansa sobre el parque. Cuatro calles han cuadrado siempre la plaza: la Calle Real, antigua, ancha, larga; la del Cementerio; la del

Hospital que remata un frontis francés con mansardas; y la Calle del Comercio. (Bazares orientales. Arabes, chinos, turcos, judíos, Naipes. Dados).

El polvo, por todas partes, es una escuela de vencimientos, conjugando tiempos y ayer.

La ciudad, cabecera departamental, fué. Era... La Casa Cural bostezaba frente al Parque. Y el Club, en restauración, es un bostezo de pintura nueva frente al Parque.

... Año con año, ayer con ahora, un albañil, un carpintero, tres aprendices y el Maestro Constructor, repellan el caserón. Desde el Parque, bajo la copiosa genealogía de un laurel, los veo ir, venir, pasar.

En el principio fué el crepúsculo. El tiempo nació del polvo y todo lo habitó su luz mestiza: la piel, como utillería, de las gentes; la cal mate anticuándose en las paredes. Pinturas, papeles, cueros, ausentaron su sustancia; se vaciaron hacia un trasmundo anterior, dejando en las cosas, solas, su momia. Y el calor también volvió a su espectador. Polvo, clima, tiempo: figuras acordes y horas flotantes de un baile inmóvil. Oigo, he oído voces, las voces que yacen nombrando los mismos nombres, repitiendo seres, sobreviviendo a la ciudad.

—¿Me presta el periódico?

—Es de anteayer; el de ayer, que vino hasta hoy, lo tiene el vecino.

Vecindades. Vecindario. Vecinos.

—La hija de la Laurita, ¿cómo se parece a ella! Y amhas son el vivo retrato de la abuela.

Abolengos. El retrato y la abuela, la madre y la Laurita, se juntan y sus claroscuros surgen vivos en la pintura, muertos en las personas.

Hay siesta general, como por sosegada ordenanza de un Municipio del sueño, y toda la ciudad cruje en las amarras de las hamacas. Cantan las cuerdas, guitarras de áspero canturreo; sueñan con otras viejas siestas polvorientas; mecen, hamacándose, valvenes de futuro. Un futuro ya historiado en pátinas de ayer...

Ruido de construcciones en el Club. La sela de los espejos este año recibe otra hermosa viga de nispero para apuntalarla. Había perdido pie en una pared.

Van los aprendices bajando tejas de una carreta; se protegen primero, los hombros con un bramante; cargan después la teja, la acarrean dentro. Sudan. El polvo forma caminos sucios con tanto sudor.

Hay un hombre ahí donde el Club da la espalda a los solares vacíos. Estos solares se improvisaron como retretes municipales y ya producen antihigiene al aire libre. El albañil estaría medio cansado porque al ver el hombre se levantó, secándose siempre el sudor. Su gesto parece malicioso; ha comprendido que el hombre venía de hacer sus necesarias en los predios baldíos, por cuenta de la comuna.

—Habrá trabajo aquí?—

—¿Patrón, le damos una ayudadita? ¿Patroncito y si nos adelantara algo?—

—¿Patrón, nos hace la caridad de un socorro?— Lenguaje, actitudes, vivencias. Gramática del sindicato. Paro-Salario Vital. Capital-trabajo. Feudalismo-encomienda. Palabras tan largas que se trajeron toda la historia detrás...

—Con la huelga, nos botaron. Vine a parar has-

ta aquí... Unámonos hermano. Decle al Constructor ese que me dé enganche. Tenemos que juntarnos para sobrevivir y para triunfar. La Revolución somos nosotros.

Ante la dialéctica proletaria, el albañil de provincia está secándose un sudor artesano, colonial.

—Yo no sé, amigo; el que sabe es el Maestro; él dirige esto. Sudor, pañuelo, polvo y albañil son el mismo rostro del oficio. Mitades de acera; aserrín, cemento y basura. Enladrillado nuevo. El Maestro, que ha pesquisado con el rabo del ojo las distracciones de su operario, hace como que está viendo hacia arriba, a unas tejas casi celestiales. Uno de los aprendices, a caballo sobre las soleras, platica con el Constructor.

—Ahí donde están esas matitas nacidas junto a la limajoya, ahí deben filtrar las goteras. ¡Y no tirés tanto polvo, carajo! —Se sacude el polvo ajeno prefiriendo sobre la piel, en secular morbidez, el polvo antiguo.

—No, amigo, hoy estamos en la última semana— dice, sin bajar la cabeza y sin dejar un momento de conversar.

—¿Tiene trabajo? ¿Oyó, acaso, cuando el hombre dijo "tiene trabajo"?—

Por la puerta del Comando están entrando los presos que venían de trabajar en la finca del Comandante. Un socio del Club se ha parado frente a la obra; se sacude, él también, el polvo foráneo, cuidando, con naturel escrupulo, de no rasguñar su capa municipal de sarcófago.

—Va quedando bonito—

El club semeja un estreno cursi. Acarrean las macizas y enormes mesas de hillar. El verde botánico del paño yace, en pleno estío, bajo un sol pulverizado en quintales de cemento.

Por todas partes suenan martillos encajando puertas, clavando bisagras, remachando.

El cielo, solitario, bota una luz sin oxígeno, veteada en ceniza. La luz va vaciando el tiempo por dentro y ofrece su cáscara de rostros humanos.

Maestrazgo, sociedad, albañilería. Carambola de un péndulo irrisorio. El albañil encendió un cigarro. El hombre queda viendo las bocanadas de humo (hay que nacionalizar el tabaco— piensa, ha pensado, pensará siempre.)

El rostro encalado gozaba todo el cigarro.

—¿Me dá uno?—

Sé lo que contestarán los labios que ya se mueven, botando saliva y cal en un amasijo de albañilería.

—Este que me estoy fumando, aquí donde me ve, era el último que me quedaba— Para mayor sinceridad, el albañil ha tocado su bolsa vacía.

—Pero si gusta, coja la mitad— agrega, ofreciendo una colia amarga y húmeda.

El hombre convierte humedad y amargor en fortaleza y deleite.

—Dispense— la cortesía artesana del albañil, casi hermanada con el hombre, vuelve a la rutina— tengo que seguir con mi mezcla y el Maestro no quiere que platiemos en el trabajo—

Se arodilló, vaciando cemento en un cajón, luego, arena, luego, agua; empieza a revolver la mezcla, igual el caliche de su cara. El socio del Club está ido,

viendo hacer... Los presos del Comandante beberán agua a su hora, como los bueyes.

¿Cuántas casas, en total, habrá aquí cerca? Veinte, quizá; veinte casas del centro. He conocido, conocí, a las familias. Yo sé cuándo la sangre trepó por las ramas maternas o cuándo bajó a las raíces del padre. Una muchacha que canta bailando podría, hecha tisú, ser la misma crinolina antigua de su madrina.

Los abogados, aún sin ponerla sobre sus cabezas, usan la peluca de los Oidores en protocolo, legados, escrituras. Y el ademán maquinal de mecer la arenilla sobre los oficiosos pliegos, aparece, evocado, en el gesto cadencioso con que imprimen, al vaivén, su columpio secante sobre compraventas, hipotecas títulos supletorios...

El ebanista, el talabartero, el mecánico: una re-facción de muebles, un arte que muere, un taller próspero que avanza entre tuercas y aceites. Liberales y conservadores, sobre el pueblo. 300 años de apellidos y guerras civiles; el compadre y la comadre. Antes, ahijados del patriarca; hoy, en vías a diputados; mañana, o pasando mañana, ¡Presidentes!

Los conozco por la falta del sello: no tienen, sobre el pellejo, ese pergamino polvoriento que marcamos en nuestra piel, como una blanda y porosa tinta de muerte. Los techos, las calles, los árboles, recibieron su dibujo, calado sobre cristales de polvo, y lo gastaron en tefir de opaco la luz, vaciándola hacia una misma fosa. Conspiraciones, también. Casi furtivas, inofensivas. Cuando salen poco y esquivan el saludo; cuando exageran (¿pleitesía? ¿Tara de sarcasmos?) las relaciones con los tenientes; o cuando intentan fundar un periódico y comienza tras las puertas, la colecta de bonos, es —lo sé, lo adivinamos— que los cojinetes políticos están engrasándose con miedo y plata y ambiciones parlamentarias. Desengaño, desengaños rubricados al final por la desertión, temporaria, orgullosa, miserable, de dos o tres familiares hacia el Presupuesto General de la República.

No parece visible nuestra prisión, después de todo. No lo es. Invisibles hilos, límites podridos y sin embargo irremplazables e inacabables en su postiza eternidad, tejen y cercan, con la muralla mestiza de la luz y del polvo y de las herencias, nuestras costumbres. Somos sórdidos. con episodios domésticos y satisfacción hipocritona para disfrazar nuestras vestiduras, como si sobreviviéramos apenas en el guardarrropa.

En el principio era el polvo, crepúsculo de la piel.

Tenían alma, bajo la piel crepuscular de su polvo cabildero, si el "alma" puede conformarse a la Misa Mayor y a la práctica obligatoria de dos pecados: adulterio mental y murmuración verbal, más el complemento de ciertas virtudes democráticas, imprevisibles de catalogar: el fraude en las elecciones y la cárcel gratis.

¿Y el espíritu? Otra concesión más a este mundo:

celo campesino por la heredad, tres rutinarios tiempos de comida y una velada de póker o una tanda de cine.

Si el alma no la conocen y han condicionado el espíritu, ¿qué hay aquí? Están las vidas, sus vidas, remitidas no al soberbio satanismo sino a un infierno benigno, de localidades tradicionales.

¿El Buen Diabio? Apetitos de primacía. Semillas, bueyes e indios de Lunes a Viernes. Satisfacción mezzuina los Sábados, cuando, después de pagar la planilla de las fincas, se pierde un poco de más dinero al póker o se incrementan los tragos de aguardiente; asoleamiento y purificación posteriores en el atrio de la plaza, dominicales todos, dominicales.

Y, contrapunto o entretela, una boda, inocente casi y prematura siempre, del hijo recién bachiller con la novia que apenas concluía el internado; los primeros nietos vienen, con puntualidad obstétrica, a manipular la rueda incesante del tiempo como una costumbre. Costumbre. Las mismas costumbres: nietos, biznietos, tataranietos...

La luz, ceniza transparente, va historiando esta fronda de genealogías. Y baja, al pasar, púdicamente los visillos sobre alguna rama de homosexuales o sobre la dudosa paternidad similar a la del vecino o sobre la neurastenia de la pobre dislocada tía solterona. Y el módico, aceptable incesto, allá cuando se casan los primos o los sobrinos de varios primos, legalizándose la tara de consanguinidad. El medallón, la retratera; parecidos mortuorios... Como un espejo de humo, en las tertulias se biselan esos perfiles indefinidos. En el ranillete conversacional, ramas podridas, frutos insípidos, raíces que suben muñones y lodo a la superficie. Y el saludo o abrazo.

—Gracias—

Unas "gracias" secas, obreras. Parece que el hombre, de regreso al Club, escapó de caer y un viejo, con levita verde, le ayudaba prestamente a enderezarse.

—Para servirle— se inclina la levita

—¿Y no tendría un trabajito por ahí?—

"¿Y no tendría un trabajito?" ¿algún trabajito? por ahí?" Habla ya nuestra pequeña lengua, pedigüeña y servicial.

—Perdone, perdone, otro día, otro día— repite, se repite, el viejo, y se aleja, se va yéndose con el viento como un largo saco verde. Desaparece a paso de polvo Su Senilidad.

El hombre se arrima a la pared; el antiguo repello bota un parche de cal; no sabe si escupir la desgracia o seguir ahí entre las viejas paredes del pueblo, identificación de solares-retretes... Las horas se vuelven cortinajes. De los pliegues caen cansancio y desertiones. Polvo, temperatura y crepúsculo (el tiempo en acordes y cadencias, péndulos que no volvieron, que no volverán, que no vuelven) fueron los maestros de esta luz mestiza. Acercó mi vigilia a ella, escribiendo sus signos opacos, aquí, desde el centro del parque, donde mi busto perpétua su mármol.



# La voz

Seis años hace que no oigo su voz. Quisiera saber cómo sería hoy, si modularía aún aquel tierno enronquecimiento que la hacía enrojecer y si aún podría yo repetir, mitigando sus labios: "ella, cuya voz no se oye muy bien". Hace seis años que fuga el mundo mi inaplacable melancolía. He visto una mar azul, líquida y profunda dilatarse hasta el cingulo corredizo que forman horizontes y cielos juntos. He visto tierras tensas, ásperas, reseca en la absoluta abstracción de los desiertos; y he visto suaves paisajes estivales donde la vid canta su lozania, o, más al Norte, valles brufidos de manzanas. Y durante los inviernos he temido la soledad negra de los pinos, sus manchones violáceos al acercarse el recuerdo de ella conmigo. Sólo de cuando en cuando me asaltaba, con pérdida infidelidad, la cadencia con que ella solía pronunciar mi nombre. Hubo, entonces, días en los cuales quise llorar para así vaciar su silencio y también para adquirir una manera segura y sin violencias de evocarla. Llorar habría bastado. No he podido hacerlo.

Otro día, en medio de los pasajes y las fiestas, sentía una mirada fija como si la voz de ella se esculpiera en pupilas invisibles. Y mi corazón, igual que mi cabeza en otro tiempo, se llenó de ceniza.

Mar azul, líquido y profundo; llanurá en guerra; paisaje de molicia. Naves, naves; cielo, cielo; yerbas y tierra; la tierra entera. Me acerco al crepúsculo, desde mi sola casa, buscando la simiente de una voz perdida y sólo el viento vagabundo, el gran viento que no cesa sobre el planeta, se arracima en las riberas de las nubes, se ovilla en las lindes de los países y luego sopla, sopla, sopla sordamente repitiéndose él mismo en vaivén de viento que rueda y gira y corre y corre. Amargo está mi corazón, igual que la mandrágora.

Mi prima Esther la había conocido de niña. Luego —me dijo— pasaron un tiempo sin verse. Una tarde encontré su rostro de suave, bella pureza, sonreída apenas, en una de mis visitas a la tienda de Esther. Ignoro cuánto tiempo transcurrió entonces; yo viajaba siempre. Cuando Esther marchó al extranjero, como esposa que iba a ser de Mardoqueo, volví del camino lentamente, primeramente, con ella que había llegado a despedirla y, con toda seguridad, fué suya la voz que gritó algo a mi prima. Pero ya entonces no se oía muy bien.

Su voz, pues, se ha perdido en mí para siempre. Solo tengo la fiijeza de sus ojos cuando comenzaba a pronunciar algo, diciéndolo primero con la mirada.

Cierro hoy los ojos míos para ver si, en la baraúnda dolorosa y callada que surge dentro de mí, en mi corazón, en mis recuerdos, logro aprehender, aprisionar por un efímero segundo, la memoria de su voz.

En vano me condeno a ese sonido; soy un forzado loco que, en medio de haspas gigantes, va tocando las cuerdas todas con el solo objeto de oír gemir la garganta adorada.

Seis años hace que ella no resucita en mí y la contemplo yerta, árida, estelizada. Antes, en cambio sentía una especie de ardor agitarme como músculos las venas; mi ser mismo era libre en momentos tales y mi vida existía igualmente como una condición de escucharla a ella. Pero fué ella, Señor, quien no me escuchó Tu voz de salvación. No sé adónde me llevará al final mi penitencia de paisajes.

Nunca hablé mucho con ella, sin embargo. Me quedaba una forma de placer de esas escasas conversaciones y, dichosamente feliz, no comuniqué a nadie —ni aún a la prima Esther ni a Mardoqueo su esposo— el secreto. Su presencia resultaba para mí hasta espiritual, y este término prohibido, en un exilado como yo, por delicado que uno haya sido hacia sí mismo, tiene una significación bastante fuera de lo común y corriente. Evoco una tarde, entre silencio y silencio, que pareció situarnos detrás de todas las cosas, ya ambos hechos sonidos, ingraves del aire, esferoidales. Pero ¡ay! por años enteros, por meses, días, noches, he estado regresando, regresando del horizonte frente a la ciudad de la ceniza para conjurar su pétreo desnudez de sal.

No queda nada qué añadir. No me queda qué agregar nada sino que aquí se ha roto, como una moneda de oro y barro que cae hecha pedazos dispersando su preciosidad y su infamia, lo que hasta bace seis años me traía en pie. Aquí se yergue impávida una roca corporal; antaño fué mi esclava. Sé que ya ella no puede escuchar a nadie ni puede nadie entre quienes la escucharon volver a oírla de nuevo —excepto yo. Mejor dicho: ni yo mismo rompo su silencio frío.

Enrollo este manuscrito y lo deposito, sellado dentro de una jarra de arcilla, en una cueva cercana al Mar Muerto.

Hoy volverán por mí los ángeles que asolaron las fortalezas.

## FERNANDO GORDILLO

Nació en Managua en el año de 1941. Cursó estudios de Derecho en la Universidad Nacional y la Universidad Centroamericana. Fue dirigente estudiantil destacado y orador. Viajó por Europa y América del Sur en misiones universitarias. Murió en 1967 tras una larga enfermedad que lo condenó en plena juventud pero aún así dejó una valiosa obra que fue recogida por Repertorio Centroamericano (No. 11, agosto de 1968), que incluye poesía, cuento y ensayo.

Su único libro de cuentos: *Son Otros los que miran las Estrellas*, permanece inédito

# Ordenes

El aire atraviesa los barrotes provocando en los rostros recuerdos de seda y agua fresca, olor a sueño y a silencio barniza las primeras horas de la noche, apenas si el ruido de la cadena al abrir la puerta se dibuja en la oscuridad mientras los presos buscan en el sueño la libertad nuestra de cada día.

El tacto de las sombras oprime la quietud, agazapado el centinela trata de burlar el sueño acariciando la curvatura del casco con reminiscencias de carne, el preso comienza a quejarse.

Rumor gástrico, gorgoteo al principio, umbral de la queja y el grito. Los compañeros cercanos se inquietan y murmuran, de pronto, con urgencia de caída, la basca: borrascosa y primitiva, alertando la vigilia de la celda.

El sueño se escapa, restregándose los ojos los últimos en despertar tratan de averiguar. Del estertor al vómito, en temblorosas arcadas el hombre expulsa restos y no restos.

¡Está mal este hombre!

¡Téngale la cabeza!

¡Delen un trapo para que se limpie!

¡Calientele los pies!

¡Pónganle un trapo mojado en la cabeza! ¡Está mal, está mal!

Lúgubres espectadores oyen calmarse el rumor violento de la basca para dar paso a los ayes que parecen venir de la boca del estómago del hombre que lívido se convulsiona sobre la dura madera del camarote. Los ayes se convierten en aullidos de bestia herida que se extienden por todo el penal, interrumpiendo sueños y asustando insomnias.

Con las manos sobre el estómago, atravesando interminables ahogos para terminar en convulsos esteriores, ya de costado y la rueda de presos mirándolo temerosamente.

¡Agárrenlo cuidado se cae!

¡Le cayeron mal los frijoles!

¡Está bien fregado!

¡Avísele al teniente!

¡Pura billis es lo que echai!

¡¡Avísele al teniente!

El cabo de presos se aproxima al hombre, pregun-

ta, extiende la mano para tocarle la sudada frente y mete un pie en el charco de inmundicias que se extiende bajo el camarote. No puede evitar un gesto de asco y de disgusto, los presos opinan, el cabo de presos sale, de los labios del hombre se desliza una saliva espesa y espumosa.

¡Aquí está la botella de agua!

¡Qué pasó?

¡Qué dijo el hombre?

¡Que no lo molesten por babosadas!

¡COMO?

¡Eso me dijo el Sargento, que el teniente ha dado orden que no lo molesten por babosadas!

¡Pero si este hombre está bien mal!

¡Yo no sé eso me dijo el sargento! Si quieren más agua avisen.

El cabo se aleja, los minutos pasan, la botella de agua caliente es puesta sobre el tembloroso estómago. Silencioso el centinela ve salir la luna. ¡La hermosa luna de verano! Entre los presos salen a relucir viejas creencias, los minutos pasan, oscuras prácticas son realizadas y nada, los minutos pasan. No lo molesten por babosadas y el hombre se desgarrá las entrañas en un vómito imposible, los ahogos parecen eternos, los minutos pasan, temblorosos y palpitantes los quejidos atraviesan paredes y conciencias.

La compasión va llenando el penal, los minutos pasan, en la celda se comienzan a oír gritos que exigen la atención del enfermo, poco a poco los gritos se extienden por todas las celdas: viciosos ladrones rufianes vencedores borrachos inocentes violadores derrotados fango soberbios aberrados lodo asesinos costra tarados miasmas tuberculosos estafadores residuos detritus derrotados, hombre, a pesar de todo, hombre, en contra de todos, hombre en indignado y solidario grito humano.

¡SILENCIO! Entró gritando el teniente ¡SILENCIO JODIDOS! SILENCIO! Asustado el cabo de presos se acerca corriendo al teniente, el sargento a su lado sostiene nervioso una metralleta, los gritos cesan, los minutos pasan. El cabo te explica al teniente lo que sucede, éste pistola en mano se dirige a la celda del enfermo, mira al hombre, pregunta, aparta la vis-

ta del charco inmundo que se extiende bajo el camarote, guarda su pistola y sale regañando al sargento por ser tan imbécil al no distinguir un caso grave de una babosada. La hermosa luna de verano profundiza la noche.

Nadie duerme en la prisión, presos y apesadores esperan al teniente que habla por teléfono. Vuelven los quejidos que rompen y laceran, alaridos hondos que parecen elevarse y de pronto caen gimientes. Los minutos pasan, nuevamente colocan botellas llenas de agua caliente sobre el tembloroso estómago, todos esperan, el teniente habla por teléfono.

...Si señora, es urgente... No, no es baleado... Si señora está muy mal... Despiértelo señora... Ya sé, pero realmente urge... ¿Dónde lo puede encontrar?... ¿Qué número dijo?... Muchas gracias señora, perdone la hora... Si señora, temprano le mando los presos para que le hagan el trabajo... Bueno señora...

El viento impulsa ligeramente la bujía colgada de un largo alambre, todos esperan, el teniente marca un número en el teléfono, el ruido del disco al regresarse recorre lentamente el corredor hasta llegar al último hombre; rrr rrwww... rrr rrwwwiw... rrrrrwww.

¡Aló! ¡Aló!.. ¿Está el coronel?... Su esposa me dijo que allí estaba... ¿No sabe dónde se fue?

El dolor no espera, el hombre se mete los dedos a la boca tratando de provocar un vómito que nunca llega, para ayudarlo dos presos lo levantan del estómago, los minutos pasan por el muro blanqueado por la luna, llega la hora del cambio de guardia, se oye el ladrido de unos perros, hombres entran y hombre salen, nadie duerme, el teniente sigue en el teléfono, el dolor no espera.

¡Aló! ¿Está el coronel?... llámelo... Aquí, desde la prisión señor... Es por un caso de mucha importancia, señor... Es por un preso que está muy enfermo señor... El doctor anda en su finca... No señor, no es político.

Junto a la mesa tres hombres esperan impacientes, cartas y fichas esperan, el trago del coronel espera frente a su silla vacía, el coronel hace señas a los hombres y continúan hablando.

A la orden de quien está... Vaya a buscar al juez entonces... No, no me meta en enredos... Digo que no, vaya a buscar al juez... Lo que el juez diga... No, mañana me informa.

Comienza a sentirse el viento de la madrugada: frío y solitario. En las celdas los presos rendidos por el cansancio dormitan, se oye el ruido de un inodoro al descargarse, los minutos pasan, sudando helado por todos los poros de su cuerpo el enfermo se aprieta el estómago vacío. El teniente y dos rasos salen en jeep a buscar la orden del juez.

¡Sargento! ¡Líame a los bomberos para que manden la ambulancia!

Para ganar tiempo, ya regreso con la orden ¡Apúrese!

El jeep recorre calles desiertas, sombra y perros,

se detiene, los golpes en la puerta penetran la madrugada. Los minutos pasan, en la esquina con su ritmo cojo dobla una carreta, los golpes se oyen más fuertes martillando el silencio, en el interior se oyen ruidos, la luz se filtra por las rendijas. ¿Quién es?

Envuelto en una bata azul el juez escucha, al ver al teniente ha guardado su pistola, su esposa gorda y con rollos en el pelo se acerca cerrándose una bata rosada con flores. Los minutos pasan, el teniente habla, los minutos pasan. La sirena de la ambulancia va macheteando el aire, en la prisión el enfermo vomita nuevamente.

La llegada de la ambulancia anima a los presos, con la ropa del enfermo hacen un pequeño bulto, quieren levantarlo pero éste se convulsiona paroxísticamente y lo dejan. Un ruidito seco anuncia la apertura de las puertas de la ambulancia, en su camarote el preso se curva violentamente tratando de expulsar quien sabe qué miserias que ya no existen en su estómago.

¡Aligérense, es allá adentro!

¿Quién es?

Se puso fría la madrugada.

Es un preso, apúrese.

Hay que esperar al teniente.

¡Vamos, vamos, pase!

Se levanta el juez, lo sigue su esposa, el teniente espera, afuera el chofer ha apagado el motor y enciende un cigarrillo. El juez habla con su mujer, media hora o más tardó el teniente en convencerlo; la mujer no se muestra muy convencida, el ruido de la conversación se oye en las salas, los minutos siguen pasando. El juez abre una gaveta, saca los sellos, su mujer lo mira, él la mira, los minutos siguen pasando.

¡Siempre te dejas convencer! un enredo te puede traer este. ¿Qué sabes si realmente está grave? Si para algo a vos te echan la culpa, ya es de madrugada. ¿Qué cuesta esperar un poco? Si pasa algo vos vas a ser el pagano. ¡Quién aguanta a tus enemigos intrigando...! El Juez la mira, ella se calle.

Cantos de gallos comienzan a descender el día, sale el teniente con la orden del juez. ¡Qué noche! El jeep avanza y el cansancio le llega a los párpados. ¡Qué idas y venidas! Pero ya está, nadie va a decir que el teniente dejó morir un preso por gusto. Cierto, los presos gritaron, culpa del sargento, no poder distinguir una babosada de un caso grave. ¡Qué cansancio! De la catedral llegan las campanadas saltando techos, el jeep se detiene y el teniente se baja enseñando la orden.

El sargento se acerca, ya no se ve la hermosa luna de verano, el sargento se acerca más, los minutos pasan y siguen pasando, el sargento está frente al teniente.

—Bueno ¿No vino la ambulancia?

—Sí vino señor.

¿QUE? ¿SE LO LLEVARON SIN LA ORDEN DE SALIDA?

—No señor, los de la ambulancia se fueron porque tienen órdenes de no llevar muertos.

# Fiestas Patrias

Más de tres horas llevan el Sr. Ministro, traje plover oscuro y corbata crema; el Sr. Vice-Ministro, traje gris y corbata azul con rayas; el Sr. Director de Extensión Cultural, traje azul y corbata de seda celeste; el Sr. Director de Educación Media, traje de lino blanco y corbatín rojo de lazo; el Sr. Director de Educación Primaria, traje café y corbata verde, discutiendo los preparativos finales para la celebración de las fiestas patrias. Se encuentran cansados.

En el despacho iluminado, el ronroneo del aparato de aire acondicionado se escucha suavemente. La secretaria con el block de taquigrafía en la mano se dirige a mecanografiar el "Mensaje" que el Sr. Ministro dirigirá a la juventud de la República. Cinco pares de ojos siguen ávidos los movimientos anatómicos de la muchacha, dibujados por las rayas verticales verdes que cruzan su falda tallada blanca. El reloj marca las 7:45 p.m.

Apresurado (a las 8:30 p.m. tiene programada su quinta y última conferencia de la Semana de la Patria) el Sr. Ministro se despide manifestando su contrariedad porque ya no tiene tiempo para cenar. El Vice-Ministro, el Sr. Director de Extensión Cultural, el Sr. Director de Educación Media, el Sr. Director de Educación Primaria siguen su ejemplo, comentando entre sí, lo duro de sus obligaciones en estos días.

Advirtiendo a la secretaria que "en cuanto esté listo el Mensaje" lo llame telefónicamente para que él pueda darle el okay, el Sr. Ministro espera que el portero le abra la puerta. Antes de que pueda hacerlo, el Sr. Director de Educación Media, se acuerda de un detalle que se les ha pasado por alto y lo comunica a sus compañeros.

De inmediato se reconoce la oportunidad de la sugerencia y todos convienen que el Sr. Ministro, es el indicado para realizarla. Con impaciencia, éste mira su reloj, levanta la vista para confirmar en el de la pared su exactitud y ordenando a la secretaria que llame a la Dirección de Policía, se regresa.

La secretaria interrumpe su labor, empujándose ágilmente con la punta de los pies, hace retroceder su silla y se levanta. Cinco pares de ojos persiguen las variaciones que las rayas verdes sufren sobre el fondo blanco al ritmo de su paso.

Busca en una libreta el número deseado, cuando lo encuentra, comienza a marcar en el teléfono personal del Sr. Ministro que tiene salida directa. El Sr. Ministro, el Sr. Vice-Ministro, el Sr. Director de Extensión Cultural, el Sr. Director de Educación Media y el Sr. Director de Educación Primaria rodean el escritorio, atentos a la espera de la joven.

Esta, pregunta por el Sr. Director de Policía. No se encuentra en su despacho. Vuelve a preguntar "de parte del Sr. Ministro de Educación Pública", con quién se puede hablar "para un asunto oficial", espera un momento y pasa el aparato al Sr. Ministro informándole que va a hablar con el Oficial del Día.

El Sr. Ministro carraspea un poco para aclarar la voz y se compone el nudo de la corbata, toma el aparato y se comunica con el Oficial del Día. Le da cuenta de la sugerencia que propusiera el Sr. Director de Educación Media, solicitando la cooperación de la Dirección de Policía. El Oficial del Día ofrece satisfacer la solicitud que se le hace, informándole al Sr. Ministro, que los alistados y oficiales de esa dependencia, están para cumplir las órdenes del Gobierno y para contribuir en todo momento a engrandecer la gestión del Excelentísimo Señor Presidente de la República. Agradece el Sr. Ministro la atenta gentileza del Teniente y le ruega saludar al Señor Coronel, a quien espera tener el día de mañana en la Tribuna de Honor a su lado y al del Excelentísimo Señor Presidente de la República.

El Sr. Ministro entrega el teléfono a la secretaria para que lo coloque en su sitio y se encamina resueltamente hacia la puerta, que se abre por obra del portero, se detiene un momento antes de salir, para recomendar de nuevo a la secretaria, que lo llame en cuanto tenga listo el mensaje, y sale. Detrás de él, siguen el Sr. Vice-Ministro, el Sr. Director de Extensión Cultural, el Sr. Director de Educación Media y el Sr. Director de Educación Primaria, quien dirige una melancólica mirada a la secretaria, que se prepara a sentarse para continuar su trabajo, y queda sola en el despacho iluminado, donde se escucha como un suave ronroneo el ruido del aparato de aire acondicionado. El Oficial del Día pone el teléfono y al darse cuenta que está sonriendo como si el Sr. Ministro estuviera frente a él, se pone serio. Sale del despacho del Director y rápidamente recorre el largo corredor que lo separa de la Sala de Banderas, el estriero del Cabo de Guardia se encuentra desocupado, un agente vestido de civil, le da cuenta que el Cabo de Guardia está en los calabozos, jugando desmoche con unos presos.

El Cabo de Guardia después de saludar, escucha silencioso la reprimenda del Oficial. A las preguntas que le hace, toma una tabla de la pared, en la que se encuentran las órdenes del día, y le informa al oficial, que a las 23:10 sale la patrulla del Sgto. Lindo a efectuar la ronda por la Catedral. El Oficial del Día le indica al Cabo de Guardia que mande esa patrulla a cumplir con el pedido del Sr. Ministro y se retira. Cruza el largo corredor, entra al despacho del Director y se acomoda en el sofá a leer "Dos pistolas tiran más que una" de Marcial Lafuente Stefania. En la oficina del Director de Policía el aparato de aire acondicionado traquetea lamentablemente. Aprovechando que la orquesta de la Guardia Nacional interpreta "Caballería Ligera", el Sr. Ministro se inclina discretamente y comunica al señor Presidente la petición que hizo a la Dirección de Policía, el Presidente asiente con una ligera inclinación de la cabeza y continúa en su actitud de melómano atento a la interpretación musical.

A las 21:47 el Sr. Director de Policía llama a su despacho para informarse de la marcha de los asuntos y el Oficial del Día le habla del pedido del Señor Ministro. El Sr. Director confirma las medidas tomadas y recomienda el mayor celo en su cumplimiento, porque el Presidente va a llegar temprano mañana y seguramente el Ministro le contará de la petición hecha a la policía.

A las 23:18 sale el jeep de la Dirección de Policía, el Sargento Lindo, dos alistados y el chofer. Sube por la avenida, dobla a la derecha y al llegar a la otra avenida dobla nuevamente a la derecha y sigue recto por la avenida semidesierta hasta llegar a la plaza.

Alrededor de ésta las banderas ya están colocadas cada cinco metros y frente a la puerta principal del Palacio Nacional, se encuentran unos carpinteros dándole los últimos toques a la Tribuna de Honor. El jeep pasa frente a ellos, atraviesa la cuadra de la Catedral y dobla para detenerse en la parte trasera del templo. El Sargento se baja seguido de los alistados y con voz grosera comienza a ordenar a los mendigos que duermen en la acera que se vayan para otra parte. Se escuchan algunas protestas pero los policías comienzan a mover los cuerpos de los durmientes con sus pies y

poco a poco el grupo se va irguiendo, entre amenazas y empujones. El Sargento seguido por los rasos siguen caminando por la acera y llegan hasta las gradas de la Catedral donde otro grupo de menesterosos se refugia y comienzan a desalojarlos, como alguno trata de protestar en voz alta, el Sargento le ordena callarse porque puede despertar a Monseñor. Por fin cuando el reloj de la Iglesia señala las 11:47 p.m. alrededor de la Santa Catedral no queda ningún mendigo que pueda afean con su presencia los actos oficiales del día siguiente. Los que se han ido están ya entendidos de que si se aparecen el día de mañana irán a la cárcel inmediatamente.

El grupo de hombres y mujeres camina lentamente cargando sus tarros y sus cartones, y con paso lento recorren indiferentes las seis cuadras que los separan de la Estación del Ferrocarril. Se dirigen a los lugares más oscuros y apartados buscando refugio, despertando a los que ya se encuentran acomodados. Hay inconformidad y protesta por las molestias que llegan a causar, pero esa jodida independencia explica uno de los mendigos a su vecino mientras acomoda sus cartones para acostarse. ¡Esa jodida Independencia!

Managua, Septiembre 65.

## SERGIO RAMIREZ

Nació en Masatepe de Masaya en el año de 1942. Se graduó de abogado en la Universidad Nacional en 1964 y desde entonces reside en San José de Costa Rica, donde trabaja para el Consejo Superior Universitario Centroamericano. En 1960 fundó con Fernando Gordillo el grupo Ventana que publicó una revista del mismo nombre. Dirige actualmente *Repertorio Centroamericano* y colabora en diarios y revistas de México, Centroamérica y Sudamérica.

Ha publicado *Cuentos* (1963) que recoge los trabajos escritos durante su vida de estudiante; este año aparecerán *Tiempo de Fulgor* una novela; y *El Centerfielder* y otros cuentos.

# Bendito - Escondido

“Y la vida es misterio”

RUBEN DARIO

Reconoce la pulsera, señora?

—Claro que sí, por el dije.

Una bandada de palomas negras se desató de la copa del guarumo cuando les llegó la pedrada.

—Son de San Nicolás, Tito, se echa de ver por lo cenizo. Y de nuevo Gabriel recogió una laja fina y la montó en la tiradora. Pero ya todas las palomas habían volado.

—Ahora vámonos para la cueva al consejo secreto— y me tomó del brazo para subir el barranco. En

lo profundo de la quebrada corría un arroyo casi seco, que desaparecía a trechos en una especie de lodazal para vertirse más adelante en unas pozas de agua pura cubiertas de hojas de almendro rojas y amarillas que las ardillas apartaban con el hocico para beber. Yo escapé de resbalar pero él me sujetó.

—No tengas miedo, capitán. Qué nos sos capitán?

—Sí —dijo Tito con miedo— y si soy.

—Arriba pues—. Y seguimos subiendo.

—Qué queda por recuperar?

—Solo la plancha eléctrica— dijo el teniente revisando la hoja de denuncia— parece que fue vendida a un tope, pero ya estamos averiguando.

—Esa plancha era cara— dijo la señora.

—Valorada en ochenta y cinco córdobas— agregó el marido.

—Se ballará— aseguró el teniente —sigamos.

Gabriel se sentó sobre la piedra con la camisa abierta porque no tenía botones. Era alto y huesudo y los colochos abundantes le caían sobre la cara. Le decíamos boy pero no le gustaba.

—Jefe, qué vamos a hacer ahora— le preguntó Tito jadeando.

—De aquí a un rato bajamos de nuevo la quebrada y salimos al otro lado, en el guayabal. Cuando estemos allá voy a dar mis órdenes.

Los invisibles levantaron las espadas de palo. Yo me acerqué al jefe y le hablé calladito.

—Ya está obscureciendo, Gabriel.

—Vos sos una niña.

—Es que me pueden pegar en mi casa.

Lo que andás buscando es que te expulse de la patrulla del diablo— y se rió. Yo sabía que no me podía expulsar porque habíamos jurado fraternidad con sangre, como los bucaneros del caribe.

—Si son mentiras hom— me dijo —te podés ir, allí nos vemos más noche en luneta. Van a dar una de Tim Holt.

—Bueno— contestó Tito y salió corriendo.

—Una sogilla de oro con su cruz.

—Aquí está. Falta la cruz.

—Deben haberla vendido por aparte. Va a tener que hacerse otro interrogatorio.

—Esa cruz es herencia de mi tía Herminia, teniente.

El tesoro escondido estaba enterrado en el parque, veinte varas al sur del malinche. De la torre de la Iglesia se veía bien todo y era fácil hacer un plano. Yo llevé papel de oficio y el lápiz azul que saqué de la caja de lápices de colores.

—Ayer te fuiste con mi permiso pero no llegaste al cine, capitán.

—Es que no me dejaron.

—Vos no podés ser de la patrulla, sos hijo de dominio.

Estábamos acucillados en el campanario, observando el terreno. Oía a chinche y a murciélago y cuando íbamos subiendo las gradas teníamos que caminar agachados para no rozar los alambres eléctricos.

—Perdón, jefe— dijo Tito.

Gabriel era mayor que Tito, ya tenía bozo; en su mano derecha usaba un anillo de cobre con una calavera que yo le había regalado cuando me hice de la patrulla y ese anillo se lo había dejado empeñado a mi papá a guardia por un préstamo. Yo lo saqué del ropero.

—Bueno— consistió el jefe— pero con una condición.

Yo me puse de pie. Era como había que ponerse para recibir una orden.

—Diga, jefe.

—Vas a ir a traerme pan dulce a tu casa. Tengo hambre.

—Y bajé solo los escalones para ir a mi casa por el pan porque sabía que el jefe no había almorzado, yo sabía las veces que él y su papá comían porque en mi

casa había venta y yo le despachaba, así fue que nos hicimos amigos y fundamos la fraternidad eterna. Vivían frente a mi casa en una cuartería con su corredor a la calle y que antes había sido hotel de convalecencia; allí vivían —también un carpintero que fabricaba ataúdes de niño y una dulcera— que hacía palomas y corderitos de cajeta de leche. Un día llegó Gabriel con su papá al pueblo y alquilaron una de las piezas y del carretón que llevó sus trastos bajaron una mesa larga, una cama de palo y dos taburetes. Gabriel dormía con su papá que era sastre y músico, tocaba el helicón en las procesiones y en las misas y Gabriel le sostenía los papeles para que fuera leyendo mientras tocaba. Otras veces el jefe llevaba de esos papeles rayados y allí se dibujaban los planos de guerra.

—Hoy no vinieron— dijo Gabriel comiendo.

—Quiénes, jefe?— preguntó Tito.

Los miembros invisibles de la patrulla diabólica.

—Sí, tienen días que no vienen— respondí con tristeza.

—Estos miembros invisibles cada día son más cobardes. Vamos a tener que hacer una purga secreta.

—Ya solo vamos a ser dos, jefe.

Y nos quedamos en el campanario mientras obscurecía.

—Un relicario.

Es un guardapelos, teniente.

—Aquí está, intacto.

—Solo los cabellos no aparecen— dijo el marido.

—Lo que más me duele, eran de mi mamá.

—Esos sí que no van a poder encontrarse ya. Imagínese.

En un claro de la seiva izamos la bandera de la patrulla y la saludamos cuando llegó al tope del asta.

—Ahora vamos a jugar bendito escondido.

—Quién va a esconderse?

—Vos.

—No me busqués hasta que contés veintiuno, Tito, sin hacer marrulla.

Y el jefe desapareció en el bosque. Yo me quedé contando hasta veintiuno y cuando terminé, me quité las manos de los ojos y me di vuelta; estaba parado en un lecho de hojas de chagüite, húmedas y con olor a podrido; avancé unos pasos en dirección a la cueva pero no había nada, serían seguramente lagartijas. Grité llamando a Gabriel, pero nadie me respondía. Era como estar en el fondo de un pozo. Entonces me puse a llorar

—Un sombrero con su badama.

—Haber, ese es mío.

—Está muy viejo.

—Sí, pero todavía puede servir, haber.

—Aquí tiene.

—Con vos ya no se puede jugar.

—Es que me dejaste solo.

—No ves que estaba escondido?

—Mejor vamos al territorio de los enanos bandar.

—Sí, hay que proteger de los invasores el trono de la calavera— y corrimos tocando música con la boca. Las lágrimas de Tito ya se habían secado y ahora lo que tenía era vergüenza.

—Tito— le dijo el jefe cuando llegaron a la cascada que protege la entrada del trono.

—Qué desea mariscal?

—Creo que mejor vamos a disolver esta patrulla.

—Ya no querés ser el que nunca muere?— pregunté.

—No es eso, capitán. Es que me voy a ir de este pueblo.

—Por qué— le dije temblando.

—Me voy a rodar fortuna. Van a darme un empleo en los caballitos.

—Yo me voy con vos, Gabriel.

—No. Esta misión va a ser peligrosa. Vos tenés que quedarte aquí a vigilar la fortaleza. Hay que obedecer las órdenes.

—Sí, duende que camina— le respondí. Y al día siguiente cuando levantaron la rueda de los caballitos y se los llevaron a otra fiesta patronal Gabriel desapareció y ya nunca más volví a ir a la cueva de la calavera que quedó perdida en la maleza ni a encontrarme con los miembros de la patrulla invisible que merodeaban por la torre, buscando el plano que el jefe dejó escondido para siempre.

—Una pluma Parker 41.

—Mirá, le rompieron la bomba.

—Es solo por hacer el mal.

—Esto lo dejo, no sirve.

—Tiene que llevárselo todo; después va a firmar un recibo.

—Yo ya no podía seguir allí. Me andaban siguiendo la pista desde que me metí a la escuela de varones; no había nada de valor pero tuve que quebrar la puerta de la dirección y apenas encontré una alcancilla de los alumnos que tenía solo doce pesos. Y después en el beneficio de café, por nada me ven saliendo de la oficina. Así que no tuve más remedio que volar, figurate, sin ninguna experiencia y con mi papá allí; él no sabía nada de eso. Me dieron de ayudante de colector en la rueda de los caballitos y con ellos anduve de pueblo en pueblo. Primero nos fuimos a San Marcos y allí me estaba él esperando en el parque, la noche que comenzamos a armar.

—Habías quedado con él en verte?

—No. Se lo había prohibido. Como jefe y se rió.

—Y qué le dijiste?

—Mirá, yo tenía mis maneras de asustarlo. Nos saludamos con la señal de la patrulla. Ya que estás aquí, muy bien, capitán. Pero ahora te voy a llevar donde las mujeres malas, para que conozcás. Pensé que lo iba a agüever. Trajé con qué, me contestó. Y sacó de la bolsa un puño de billetes.

—Los cojistes?

—Vos querías saber la primera vez que caí preso? Fue allí. El papá de él mandó un exhorto y nos capturaron a los dos. Me acusaron de corruptor de mennres y delante de todo mundo, en la sala de bandera, el señor le metió una vergueada al hijo. Al día siguiente me soltaron.

—Y después?

—Seguimos en la gira, siempre andábamos en gira. La Concepción, Catarina, La Coaquista, Popoyuapa Santa Teresa, Niquinohomo. Para que mi papá no me hallara me cambié el nombre.

—Y cómo te pusiste?

—A saber, ya ni me acuerdo. Desde entonces solo me dicen Gacelita.

—Bueno. Pero ya en el oficio, cuándo fue que caiste primero?

—Fue en Nandaimé. Llegó la guardia a registrar a la rueda de los caballitos y encontraron todas las cosas que yo me había sacado de una pulpería, escondidas en una caja de música que cargábamos como adorno pero que no tocaba. Los capturaron a todos, los me jánicos, los colectores, el fichero. Tuve que confesar. Desde entonces ya no tuve oficio fijo y comencé a andar en lo que he andado. Magia Negra  
El otro preso se rió.

—Es cierto. Vos has sido un mago en esto. Se te inde el sombrero.

—Cuántas veces por todas?

—Siete con ésta.

—Es todo lo que está en la lista.

—Exceptuando la plancha y la cruz, está completo.

—Tuvieron suerte. La mayoría de las veces conseguimos recuperar.

—Me presta la lista? Quisiera revisarla con calma en mi casa.

—Cómo no. Tome esta copia.

—Yo se la devuelvo.

—No hay necesidad.

—Y esta vez, Gacelita, cómo fue que caiste?

—Por pendejo, ya vas a ver.

—Te amuinaste.

—Siempre entro a trabajar con la cara llena de ontil y sin camisa, así ni quien te distinga. Pero la mujer me tenía loco con unas chapas que quería. Entonces se me ocurrió regresar al pueblo ese donde habíamos vivido y al que no volví nunca, ni siquiera para el entierro de mi papá.

—Allá murió?

—Le dio un vahido tocando en la iglesia y se fue contra el atril. Pero no murió del golpe, fue del corazón. Sin precaución ni nada entré por la tapia trasera. Serían apenas las diez.

—No parecen cosas tuyas, Gacelita.

—Ya tenía traspuestas dos fundas llenas. A la tercera y con un ropero abierto me enfocaron con una lámpara de baterías. Era la dueña. Solo tuve tiempo de saltar y correr a la tapia, recogí los dos costales.

—Bueno, ya sabe que estamos para servirlo.

—Vinieron a Managua a la investigación y ella me reconoció en los archivos de retratos.

—Ojalá no vuelva a necesitar de ustedes, teniente, en un trance de estos.

—Es verdad, ojalá. Adiós señora.

—Tenés una chiva?

—Ni una, mano, volaron todas.

—Ahora cambiamos una por la chupeta.

—Ve, y él llegó con la esposa al careo?  
—Sí, llegó.  
—Y te recordaría?  
—No creo. Aquellos eran otros tiempos. Y uno así en la facha que anda. Y en lo que anda.

—Ya estás viejo, Gacelita. Antes ni el colazo se te veía.  
—Está brisando— le dijo la esposa —mejor cojamos un taxi.  
—Sí, en la esquina. Este motete pesa.

# El Asedio

Septimio se despertó a la hora del crepúsculo y se encontró con la luz rojiza de la tarde que se reflejaba en la luna del espejo del chifonier como una pedrería de brasas temblando en el fondo del vidrio y sintió sobre su vientre las páginas del figurín de modas pegadas a la piel a causa del sudor. Estaba desnudo debajo del quimono de chifón y sentía el sudor resbalar por su espalda. Se incorporó y tropezó con la sopera de china que había dejado en el piso después de comer. La hizo pedazos y la sopa helada le mojó los pies.

—Avelino— llamó primero como en secreto —Avelino— repitió después buscándolo en la obscuridad a la que ninguno de los dos terminaba de acostumbrarse; no se orientaban y quebraban los jarrones, tropezaban con las sillas y derribaban las estatuillas de yeso que a tientas reponían en las consolas cuando no se quebraban, o arrinconaban los pedazos junto a los zócalos para barrerlos de una vez con los proyectiles, guiándose solo por la lumbre de la lámpara en el altar del aposento o cuando ponían luz al farol del ángel.

—Avelino— siguió llamando, ya casi a punto de gemir. Obscurecía afuera velozmente y el tren de las seis pitaba en la lejanía.

O estaban por llegar, o rodeaban ya la casa, arrastrándose en el cafetal, cortando los hilos de alambre de los cercos, escondidos detrás de los troncos de los árboles, subidos a las ramas, destrozando en silencio el jardín.

—Vení abríme— oyó.

—Quién?— preguntó.

—Soy, yo, abríme ligero.

—Avelino, sos vos?

—Septimio se llegó a gatas a la puerta detrás de la que solo había un pequeño descanso de la escalera. Con mucho tiempo fue girando la manigeta, un huevo blanco humedecido por el sudor de su mano, cuando percibió al otro lado unas risas ahogadas.

—Quién es? dijo asustado.

—Yo, Avelino, abrí.

—Avelino, vos sos, ah?

—Sí corazón— le respondieron y las risas estallaron.

—Váyanse a la mierda— gritó con desconuelo, pero no supo hasta donde alcanzó su voz o si solo se había quedado en un sollozo.

Sin saber qué hacer llegó hasta la sala y se recostó en el piano de su madre, que era guarida de ratones. El asedio de la noche anterior los había dejado sin ánimo y muy doloridos del cuerpo sobre todo por sofocar el incendio en la cocina y cuando ya no pudieron sostener el huerto refugiarse hasta que vino el alba debajo de la cama de baldoquín para evitar la lluvia de piedras que caía por los huecos de las ventanas quebradas y al salir del escondite con los ojos enrojecidos por el desvelo se habían asomado aún temerosos por la puerta de cristales que daba al balcón y empezaron a barrer soñolientos los proyectiles dispersos en el entarimado, piedras y frutas verdes. A esa hora se desahacía la neblina y el aire de la madrugada movía las palmeras. La carrilera se veía desde el balcón y unos trabajadores con herramientas caminaban en la vía.

Estaba aún junto al piano cuando comenzaron a apalear las paredes con un ritmo insoportable y las primeras piedras cayeron sobre las tejas que al quebrarse golpeaban en pedazos contra el cielo raso, a desgajar las ramas de los árboles frutales, a desportillar los cercos. Andando siempre a rastras traspuso la puerta de la sala y entró al dormitorio encerrándose con llave.

—Que se joda Avelino— gimló —quién lo mandó a salir— y se encontró solo por primera vez a la hora de resistir y hasta entonces percibió el olor de orines envejecidos en el piso, de saliva, de zapatos viejos, cuando fue a refugiarse debajo de la cama. Desnudo como estaba sintió la rugosidad de las tablas en el pecho, las pequeñas estrías contra la piel adiposa y así boca abajo le molestaba la presión del medallón que usaba al cuello y en el que conservaba unos cabellos de su madre, lo único que había recibido a su muerte junto con la quinta. Avelino de la suya solo había heredado el ángel.

Ya se habían resignado a no contar más con el primer piso, en el que almacenaban el café maduro, los aperos de corral, los fierros de labranza. Fue cuando Avelino bajó descalzo las escaleras, para llegar al baño que quedaba en un cobertizo detrás de la cocina y encontró que la pileta estaba cundida de cadáveres de ratones que nadaban entre las magnolias y los azahares que ellos vaciaban todas las tardes en el agua para per-



fumarla, así que Avelino estuvo vomitando toda la mañana después de lanzar los ratones muertos al solar tomándolos con asco de la cola y no almorzó. Decidieron que ya nunca bajarían al baño, ni al excusado, prefiriendo hacer el cuerpo en las bacinillas con rosas en relieves que guardaban en las mesas de noche.

Volvieron a caer las piedras sobre el techo y ahora sí parecía una lluvia interminable y su pensamiento no se apartaba de Avelino a esas horas, se estarán vengando en vos, solo en la obscurana, Avelino cautivo. Y las piedras cayendo como en el día del juicio final.

El ángel que su madre había heredado a Avelino estaba en un rincón del aposento y era del tamaño de un hombre, fabricado de yeso pero con alas de pluma de garza. Le quitaban la túnica morada recamada con hilos de oro para limpiarla cada mes con kerosine y era el único tiempo en que el ángel permanecía desnudo. Cuando aún no eran víctimas del asedio, encendían al acostarse el farol del ángel y sin otra luz se metían a la cama con la ilusión de que, cerradas las puertas de la iglesia, el sacristán los había dejado adentro.

Ahora sentía que andaban caminando sobre el techo, eran pasos que se oían claramente en la limaolla y el yeso de las molduras del cielo raso se desmoronaba sobre los muebles de la sala. Y se protegió la cabeza, como si las piedras fueran a llegar a su escondite, acordándose también de su madre.

—Me duele aquí— le había dicho señalándose el pecho mientras daba de comer guineos a los chocoyos reales en las jaulas de madera y fue escurriéndose hasta el suelo donde quedó de lado junto al pilar, su pequeña boca morada como en el acto de besar al aire para saludar al público al momento de terminar sus números de canto de aires operáticos en las veladas, solo que pálida, sin el esmalte que se ponía en la cara para aparecer sonrosada a la luz de las candelitas y el mismo con que retocaba sus santos con lo que no podía sin embargo reír para recibir los aplausos, enfundada en su vestido de terciopelo verde tan pequeño como un pañuelo, su rosa de papel en el pecho y sus zapatillas de gamuza deformadas por el sol y la lluvia y había dejado la tijera con la que podaba los rosales para acercarse a ella y oír en la tarde dorada suspirar por última vez en el jardín de la quinta a una legua del poblado.

Y así se quedó solo en la propiedad con su jardín de araucarias y canteros de jalacates, el traspatio sombrío con cipreses como un cementerio, las jaulas viejas y un palomar lleno de comején en lo alto de un chillamate, los rosales y las trinitarias, la casa con barandas y sus dos pisos perdida en la neblina de las madrugadas, el cafetal sombreado de platanares, al frente el buerto de naranjas, limas, nísperos, limones dulces y guabas, hasta que llegó Avelino que venía de otro pueblo y también había perdido a su madre, lo acogió en su casa y vivieron juntos desde entonces, pasándola de lo que daba la venta de las flores y las frutas. A la semana

llegó por ferrocarril el ángel de Avelino y en un carrutón lo transportaron de la estación a la quinta.

—Regalémoslo a la iglesia— le había dicho cuando lo vio tan grande. Pero Avelino se resintió mucho porque era su único recuerdo y ya no insistió.

—Me van a botar la casa— gritó desde su refugio.

Entonces eran ya carreras sobre las tejas.

—Ideay, bájense de allí— volvió a gritar, pero ahora era peor, las tejas caían al patio en cascadas. Quieren entrar por el techo, pensó. Se van a descolgar al cielo raso y van a arrancar las tablillas. Tenían todo el barandal para subir, no era más que atar cuerdas a los postes y escalar. O tirarse de los árboles para caer dentro del corredor, la puerta de vidrio no tenía cerradura, solo un pasador que podían quitar metiendo la mano por los vidrios quebrados. Pero acaso no lo sabían.

El derrumbe de las tejas continuó pero más lento.

—Bájense muchachos— suplicó.

—No me gusta este asunto pero es mi deber— dijo el comandante.

—Han venido quejas de que ustedes andan en cuadros inmorales.

—Quién dice?— preguntó Septimio ofendido.

—Bueno, quien no importa, pero allí dicen que ustedes viven juntos, que no salen de la quinta, cosas que no son de hombres. Yo solo les advierto. Indecencias no permito yo en este pueblo, así que vayan con tiento.

—Capitán— dijo Septimio —esas serán calumnias, vea...

—No sé si serán o no serán, vaya yo a saber. Pero dénse a respetar, jodido, ya están viejos. Usted, Septimio, podría ser bien mi padre.

Cuando salieron del cabildo la gente se había congregado enfrente para verlos y hasta las afueras del pueblo los siguió una pandilla de muchachos, gritándoles y amenazándolos. Esa misma noche fue la primera de asedio.

No sabía qué horas eran; tenía la boca amarga y estaba sediento, rendido. Tampoco cuanto tiempo había permanecido en la misma posición pero sí que eran horas de horas. Al rato todo cesó y oyó las voces que se alejaban. Así son siempre, ya parece que se van, pero vuelven y Avelino, que le habrán hecho, tan débil que es, grande pero débil con su asma, no aguanta. Se entredurmió con el olor a berrinche en las narices y vigilado por todos los ángeles que habían en la casa, a los que comenzaron a amar desde que el de estatura natural y que pesaba un mundo había entrado con gran dificultad al dormitorio y a Dios gracias su madre los

tenía desde antes por todos lados; los pilares de la cama remataban en cabezas de querubines y en el gran espejo de la sala el tema de la moldura eran dos de ellos besándose en la boca y en las puertas de los roperos, en las paredes, pegaban calcomanías con ejércitos entre las nubes.

Los oyó volver y ya sabía qué estaba pasando; se orinaban en las vagonias, las correntadas inundaban el jardín y Avelino afuera en el sereno, inválido, pensaba en Avelino librado a las manos de los asaltantes orinándose en las maceteras, en los baldes de regar que tuvieran compasión Avelino no resistía nada orinándose por turnos, Avelino. Teñía las manos dormidas y llenas de saliva porque se consolaba del sufrimiento mordiéndoselas pero la voz de Avelino lo trajo del entresueño, en una hora muy lejana que no pudo precisar.

—Soy yo, Avelino, abríme— Le hablaba desde abajo y oía su voz casi perdida.

—Quién anda allí?— le preguntó

—Yo, abríme.

—No me estarán engañando?

—No, abríme para poder subir.

De nuevo Septimio caminó a gatas y llegó hasta la puerta de cristales, la empujó suavemente y vio que estaba amaneciendo.

—Avelino, qué te hiciste?

—Aquí abajo estoy, en el jardín, qué no me ves?

Septimio se puso de rodillas y se asomó por el barandal.

—Andá abríme.

—Ya se fueron?

—Sí, ya, ya van lejos.

Escasamente podía sostenerse en pie y atravesó la recámara, abrió la puerta y fue por toda la sala hasta la que cerraba la salida al final de la escalera. Abrió y ya Avelino estaba allí, como derribado y sangrándole la frente, nadándole en el cuerpo los grandes pantalones. Lo llevó a la mecedora y vio que tenía una herida sobre la ceja.

—Qué te saliste a hacer?

—Tenía hambre y fui a buscar que comer.

—Bárbaro, hasta el pueblo!

—Cuando regresaba los encontré en el camino. Desde allá me trajeron.

Lo había sentado con mucho cuidado y fue a buscar alcohol a las gavetas del chifonier, trajo una sábana que desgarró en tiras para hacer una venda y un aguamanil.

—No tenías nada que salir a hacer, Avelino,

—Tenía mucha hambre, no creí que me fuera a coger la tarde.

Septimio le limpió la cara bañada en sangre.

—Estás seguro que ya no vuelven?

—No, ya no. Se orinaron en las flores y se fueron. Hasta entonces me soltaron.

—Tenés una herida, no te movás. Hay veces que parece que se van, pero vuelven.

—No, hoy no porque ya está amaneciendo.

Quitó el aguamanil del pie de la mecedora y retiró el resto de la sábana que no iba a utilizar. Antes de vendarlo se puso los lentes para examinarle la herida.

—Te duele?

—Un rundo.

—Y qué es lo que te hicieron?— le preguntó mientras lo curaba.

—Pues nada, herirme.

Septimio se quedó callado. Avelino se desabrochó la camisa, buscando a tientas los botones y el vientre le desbordó sobre la pretina del pantalón.

—Me pegaron una pedrada— le dijo llorando. La lámpara hacía visibles sus dientes de oro.

—Te he dicho que nunca hay que salir, ya viste.

—Pero es que el hambre era horrible. Compré biscotelas y una lata de sardinas.

Cuando lo había vendado lo condujo por la sala y penetró con él al aposento para dejarlo en la cama. Avelino se llevó la mano a la frente mientras iba acostándose.

—Septimio.

—Qué?

—Me llevaron al monte, me arrastraron.

En la esquina el ángel estaba desnudo.

—Mañana hay que vestir al ángel, Avelino— dijo Septimio y se acostó.

—Sí, mañana.

Le dolía terriblemente la cabeza y hablaba con los ojos cerrados.

—Me dijeron: no hables si no querés morir.

—Y cómo son, Avelino?

—Sucios y crueles— respondió quedamente.

La neblina invadió el aposento y en la cama Septimio era casi calvo; sobre la cabeza de Avelino parecía que habían vertido ceniza.

## IVAN URIARTE

Nació en la ciudad de Jinotega en 1941; se graduó de abogado en la Universidad Centroamericana de Managua en 1968 y trabaja en el ejercicio de su profesión.

Ganó en 1962 el concurso *Ventana de poesía*, con *Poemas Atlánticos* que han sido publicados por la librería Cardenal (1968). Con el cuento aquí incluido ganó el segundo premio del concurso *Esso para escritores jóvenes* en 1966.

# Una Historia y dos Relatos

Tenía yo exactamente doce años. Mamá y yo vivíamos en una ciudad muy lejana, rodeada de cerros, hundida eternamente en espesa neblina. Por las tardes acostumbraba sentarme en la puerta, para mirar cómo todo era implacablemente cubierto por una grisácea luz que se derramaba suavemente sobre las cosas y los rostros de los hombres. No niego que esa era la luz de todas las tardes; la luz que al descender comienza a oscurecer lentamente las cosas, a envejecerlas, a sumirlas en un mundo en el que nada puede ser identificado. Pero aquella luz tenía un sentido completamente distinto. Influyó también la pequeña ciudad gris, y más llena de árboles que de cualquier otra cosa. Puede ser, no lo niego. Pero sólo a la orilla de esa puerta, iluminada y definida a esa luz (sólo retenida en el recuerdo), fui algo no solo comparable con la felicidad y la dicha misma.

Recuerdo acostumbraba sentarme en una pequeña piedra, colocada junto al quicio de la puerta. Era allí donde permanecía hasta que todos mis esfuerzos eran vanos para identificar todo sonido a palabra brotada de cualquier lado. Sólo así advertía que la luz había caído como siempre, violentamente, hasta no sólo oscurecerlo todo, sino hasta oscurecerse ella misma. Temeroso, entonces, me levantaba, cerraba la puerta y me quedaba allí, desconsolado, con la cabeza caída, como quien ha sido vencido tantas veces, que aún no sabe por qué ha sucedido lo que tenía forzosamente que acontecer.

Un día habíame sentado, como de costumbre, en la puerta. Era invierno y lloviznaba no muy fuertemente. Las gentes pasaban como siempre, apresuradas, envueltas en gruesos abrigos, y con el cuerpo casi sostenido por las paredes. Para mí la tarde transeurría tranquila, hundida en su luz moribunda y sombría, y aunque el viento golpeaba reciamente, todo continuaba igual a mis ojos esperanzados y abiertos.

Recuerdo que ví venir un hombre a lo lejos. No sé por qué me pareció algo extraordinario, pero abrí mis brazos y quedé así largo rato, esperándole. El hombre avanzaba veloz, como quien se siente feliz, y

corre inconscientemente lleno de gozo. Al llegar a una esquina el hombre se detuvo; miró a su alrededor (su único alrededor era yo), y no se movió más de allí.

Es verdad que temblaba de frío; hasta hacer chocar ruidosamente los dientes de mi boca; que mis cabellos y mis ropas, heladas, se me adherían hasta hacerme lacrimar inexplicablemente los ojos, es verdad también que ví un hombre, avanzar firmemente a lo lejos, llegar muy cerca de mí y después mirar extraño hacia todo. Es verdad que yo esperé; sencillamente esperé. Pero sólo de repente, advertí que siempre había esperado (y no desde luego a un hombre que una tarde de invierno veo, de repente, avanzar bajo la lluvia).

Recuerdo me levanté, miré sin tristeza abriendo inmensamente mis ojos y nunca más volví al quicio de la puerta a contemplar aquella luz difusa y muerta. (Y si volví, fué poseído y convencido de que eso ya nunca más sería una puerta).

Ahora comprendo que no, que fue eso; fue más bien una violenta fuerza que me arrancó y me alejó de allí hasta hacerme dar contra las paredes de mi cuarto.

Ahora comprendo qué pensamiento, qué fuerzas invadieron mi tensa y enraizada esperanza de vivir junto a una puerta, esperando una luz muerta, esperando resignadamente un destino, no verdaderamente implacable, sino torcido, salvaje y grotesco.

Y todo fué así: yo no esperaba, en mi puerta, la luz de una tarde moribunda; y estaba allí porque simplemente era el único lugar de entrada, aunque si alguien verdaderamente hubiese querido entrar a casa, le hubiera sobrado por donde hacerlo. No esperaba la luz, aunque me alejase de allí igual que ella. No le esperaba a él y él nunca llegó; llegó un hombre y puede que en actitud de espera haya quedado allí. No es que me haya cansado de esperar inútilmente, pues es posible que aún siguiese allí esperando, en esa abandonada ciudad, donde la luz seguiría muriendo como siempre junto a esa pequeña puerta. No. No era la

luz la que a diario me hacía ir tan devotamente a esa puerta. Algunas veces quizá era posible. Pero no. Era la devoción, la fé, la esperanza, alojadas en mí inútilmente, en espera también, fielmente, junto a la puerta.

Y el debió haber llegado, pero faltó a la cita, alguien equivocó el lugar en el tiempo y la espera en el amor de un niño. Y él debió haber llegado, pese a todo. Y como faltó, nunca más tuvo la oportunidad, y fué por eso que un día me levanté (no sin antes equivocarme), y nunca más volví allí. Yo hubiese seguido, pues aún con todo confiaba en él eternamente, aunque sin imaginar (ni siquiera por el instante fugaz de un sueño), su venida. ¡No podía concebir su figura recordada a la luz, ocupando un espacio abstracto, rotundamente negable!

Pero lo esperé, y es eso, sin lugar a dudas, el verdadero sentido (la implacable negación) que da firmeza a una esperanza, que un día se esfuma y desaparece para siempre con el soplar y entre el soplar del viento.

Comprendo. No era la luz, ni el frío, ni nada que fuese o pudiera ser llamado perceptible o terrestre. Era la irresistible fuerza de estar allí esperando algo que no era siquiera un acto, sino una espera, una simple espera de alguien que todas las tardas era participe de la negación, de la imposible venida del ser que otro viento recogió en otra parte y llevó consigo como vacío, hasta que determinados ojos no vieron ni sintieron, pero adivinaron y fijaron para siempre un declinar, insostenible y fuerte, absoluto, imperecedero...

Volviendo mi rostro, a través de los altos cristales de nuestra ventana, empañados, a ratos por el viento invernal, a ratos por los profundos suspiros de mi pecho, dije:

—Mamá, está de más negarlo, papá se ha marchado definitivamente.

—Quizá, dijo ella—, hace tanto (en realidad sólo hace el mismo tiempo que tú has gastado para, no propiamente comprender esto, ni siquiera verlo, sino más bien intuirlo y vagamente lamentarlo o si quieres pronunciarlo, así, como tú sueles tan repentinamente hacer notar la falta de tantas cosas) que no le veo, que no se si afirmarte si él en realidad estuvo alguna vez entre nosotros, o si más bien nosotros estuvimos próximos a él, sin, desde luego, llegar a acercarnos totalmente. Pero claro que tu afirmación me trae su recuerdo, no su figura, sino tan sólo su recuerdo, su lugar, cualquiera que sea, en este mundo.

Y aproximándose a la ventana, a través de la cual llegaba, no el lejano viento, ni el atroz golpetear de los árboles en lo alto, si no el aire frío, seco, detenido

casi espectralmente, agregó sin pegar un rostro a los cristales, sin intentar mirar lo que quizá pudiera acontecer siempre detrás de nuestra oscura, fría y empañada ventana.

—En realidad todo aconteció antes de niñez alguna. Es decir mucho antes que yo pudiese advertir que no es posible estar sola en el mundo, mucho antes que yo pudiese advertir que eso aconteciese sólo por un instante, un segundo o bien ningún tiempo, pero que al fin y al cabo aconteciese, tuviera temporalidad, ostensibilidad en el tiempo, y todo fuera a la vez desde luego innegable, como una cifra, que al fin y al cabo sólo es verdad, en sí, es decir en el papel, en su representación vacua, exacta y absurda del mundo, pero que siendo nada, su propia existencia te demuestra no tu equivocación, sino la posibilidad errada hasta de tus más seguras convicciones. Y todo aconteció, pues, antes que tú mismo, antes que yo misma pudiese no verdaderamente evitarlo, sino precipitarlo, abismarlo sobre lo que ineludiblemente tendría de una manera u otra, fuera de todo sentido conexo, lógico, real, una inmanente existencia, una fuerza terrena, exactamente lo que el mundo o Dios mismo ha señalado y prefigurado como el destino, como lo que te espera, aunque verdaderamente nunca llegue a realizarse o a manifestarse con brutalidad tal, que las cosas del mundo suelen tener para la vida de cada hombre, de cada individuo que se arrastra, que ve imposible su propia realización del mundo, pero sin lo que, todas las cosas carecerían de sentido, de afán humano, hasta de eso que tú ya conocerás algún día, y, que sin saberlo, rechazarás identificando como felicidad, como realización del proyecto jamás concebido ni pensado, pero realizado, realizado nada más como nada, como suele ser, tan solo de repente en este mundo.

Mamá detuvo sus labios por un instante (quizá menos de lo que en realidad mis ojos pudieron percibirlo, es decir, que aunque no fué ni siquiera un parpadeo, empañáronse sus ojos como cuando alguien de repente, sin querer, siente un ligero y acalorado quejarse en alguna parte de su ser, de su realidad y advierte que hay algo entre los ojos levemente oculto, pero que si en verdad fué algo, esto pasó, no por la región de la nada, sino de lo que por acontecer fuera del tiempo, ocupa el lugar exacto, el sitio que nunca antes fué ni olvidado ni remoderado) como si sólo fuese para tomar aliento, o bien hacer notar una breve e intangible pausa, en su incontrolable y profusa voz, para exclamar:

—¡Claro que tu afirmación me trae su recuerdo!

Yo estaba vuelto hacia ella, y a través de lo que jamás había sido para nosotros la resplandeciente luz de una ventana, no enmudecí siquiera, sólo repetí aquellas breves palabras que nunca alcanzaría a comprender plenamente.

*Todo  
Anfitrión  
en Centro América  
siente orgullo  
en servir*

## *Flor de Caña*

*porque  
es un licor  
versátil  
con el que  
pueden prepararse  
una gran variedad  
de bebidas  
deliciosas*



SEÑOR OFICINISTA  
LO QUE UD. NECESITA  
EN ESTE INSTANTE  
ES UNA TAZA INSTANTANEA DE CAFE



**CAFE PRESTO**  
EL CAFE QUE ESTIMULA Y  
VIGORIZA, TAN FACIL DE  
PREPARAR

# **Ahora Puede Ud. Irrigar Sus Campos Con Economía!**

**Desde Febrero de 1968,**

**ENALUF ha rebajado sus**

**Tarifas Para Irrigación en un 20%**

**Haga producir más su tierra usando**

**Energía Eléctrica Para Irrigación**

**EMPRESA NACIONAL DE LUZ Y FUERZA**

**ENALUF**

**TEL. 2-66-11**

AZUCAR  
**SAN ANTONIO**  
REFINADA

RINDE MAS  
PORQUE ENDULZA MAS



Fabricación de Nicaragua



LA REFINERIA NICARAGUENSE DEL AZUCAR, POR MEDIO DE UN PROCESO HIGIENICO Y MODERNO, DECOLORA LAS SOLUCIONES, REDUCE LA CENIZA QUE CONTIENE Y ELIMINANDO LA OPACIDAD DE SUS IMPUREZAS, HA LLEGADO A PRODUCIR EN NICARAGUA, EN ESCALA COMERCIAL, EL AZUCAR REFINADA SAN ANTONIO, UN AZUCAR TAN SUPERIOR COMO LA MAYOR DEL MUNDO, ORGULLO DE LA INDUSTRIA CENTROAMERICANA.

**NICARAGUA SUGAR ESTATES LTDA.**



# DATSUN

1300. 77 H P.

1600. 96 H P.

EL DATSUN 1300 y 1600 tienen:  
cuatro puertas \* llantas blancas \*  
copas de lujo \* doble bocina \* ra-  
dio \* lavador de parabrisas a cho-  
rro \* limpia parabrisas de dos ve-  
locidades \* tapón de gasolina con  
llave \* luces de retroceso \* doble  
faro delantero \* tapicería de Vini-  
lo \* circulación de aire forzada \*  
etc. Aire Acondicionado Con  
grandes facilidades de pago. So-  
lamente en DISTRIBUIDORA  
DATSUN, S. A., Km. 4½ Carretera  
Norte, contiguo a Embotelladora  
MILCA — Teléfono: 23251 24803  
y 24872.

DIDATSA ofrece también ve-  
hículos de carga de 1, 2 y 7 Ton.

# DATSUN

CORRE CON EL OLOR A GASOLINA

# Librería

COLUMNA



## Universal

Tel 22227 — Apdo. 653 — Managua.  
Calle 15 de Septiembre Nº 301

### Bibliográfica

Lewis Hale—Hombres y Naciones .....	C\$ 3.50
Paul D. Zooke—Desarrollo Económico y Comercial Internacional .....	C\$ 3.50
Carol Mooreland—Igual Justicia bajo la Ley .....	C\$ 3.50
Charles Frankel—En Defensa al Hombre Moderno .....	C\$ 3.50
Joseph A. Birne—Nuevos Horizontes del Trabajo Norteamericano .....	C\$ 3.50
Eveline M. Burns—Seguridad Social y Acción Pública .....	C\$ 7.50
Eirich Hoffer—El Fanático Sincero ....	C\$ 3.50

David Loth—Qué tan alto es Arriba? ..	C\$ 5.00
Max Nomad—Herejes Políticos de Platón a Mao .....	C\$ 5.00
John W. Garner—Evolución Constante: El Individuo y la Sociedad .....	C\$ 3.50
G. H. Adams—Cambios Sociales en América Latina .....	C\$ 7.50
Jack Barbash—Las Raíces del Obreroismo	C\$ 5.00
Lyndon B. Johnson—Nuestra Esperanza	C\$ 3.50
Kurt London—La Crisis Permanente ..	C\$ 5.00
Richard Neusdat—El Poder Presidencial: La Dirección de un Gobierno .....	C\$ 3.50
Adam B. Ulam—Nuevas Características del Totalitarismo Soviético .....	C\$ 3.50
J. Harvey Robinson—La Evolución de la Mente y el Pensamiento Humano ...	C\$ 3.50
Hatch & Costar—Actividades de Orienta- ción en la Escuela Primaria .....	C\$ 3.50

### BUSQUELOS TAMBIEN EN NUESTRAS SUCURSALES:

LEON Librería de Alicia Icaza y Actual,  
CHINANDEGA Librería Rosa Ma. Martínez R.  
ESTELI Librería Mercedes Argeñal,  
RIVAS Librería María Rodríguez,  
MATAGALPA Librería Soledad Cano,  
MANAGUA Supermercado "La Criolla" Nº 3

Librería Lempira Lanuza,  
Calle Candelaria

# LA VOZ DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

EN ESPAÑOL

BANDAS: 49, 31, 25, 19, 254 m

HORAS DE MANAGUA:

De 5:00 a.m. α 7:00 a.m. De 5:00 p.m. α 10:00 p.m

NOTICIAS - COMENTARIOS - DEPORTES - MUSICA

# CATERPILLAR

Caterpillar y Cat son Marcas Registradas de Caterpillar Tractor Co.



# D4



Cada mañana, cuando aún están alistando otras máquinas, el D-4 ya se haya en plena labor.

Esto se debe al haber eliminado el tedioso y desagradable trabajo de 30 minutos en la atención del filtro de aire que suele realizarse en los otros tractores. Con el filtro tipo seco del D-4, la tarea es sólo una de las muchas características que presenta el moderno tractor D-4.

Véalo donde su Distribuidor.



Tablero de instrumentos

Tipo moderno.



Asiento acolchonado con

caucho esponjoso

NICARAGUA MACHINERY COMPANY  
LEON TEL. 031 — 3114 — MANAGUA TEL. 24451 — CHINANDEGA 034 — 632

# ENTREVISTA DE R. C. P. C. CON «LIBRERÍA CARDENAL»

Fundada el 1ro. de diciembre de 1964, Librería Cardenal cumplirá dentro de unos días cinco años de ofrecer al público lector nicaragüense el servicio de libros más efectivo del país. Además de mantener las últimas novedades bibliográficas, especialmente literarias, ideológicas y post-conciliares, es la única que cuenta con aire acondicionado y realiza labor editorial.

Con motivo de su quinto aniversario, sometimos a don Marco Antonio Cardenal, Gerente General de la Librería, las siguientes preguntas:

—Qué planes tiene para el próximo año?

—Deseamos satisfacer plenamente la demanda que existe de libros escolares y universitarios. Y desde luego continuar con nuestra labor de siempre, apreciada por los lectores cultos de Nicaragua y de todos conocida.

—A qué se refiere en concreto?

—A la eficiencia que caracteriza a nuestro personal y a la calidad de los libros que ofrecemos. Contamos con un especialista en orientar e ilustrar al lector: don Alberto Gámez y con los libros más solicitados de nuestro tiempo.

—Puede enumerarnos algunos de ellos?

—Cien Años de Soledad del novelista Gabriel García Márquez y el Catecismo Católico Holandés que son, digámoslo así, los best-sellers, aquellos que más se han vendido. Entre otras obras, las publicadas por la Editorial Sudamericana de Buenos Aires (las de Cortázar, Vargas Llosa, etc) y la Editorial Diógenes de México también tienen mucha demanda.

—Tenemos entendido que hay dos autores nicaragüenses editados en esas dos editoriales.

—Si Mario Cajina Vega y Lisandro Chavez Altaro. Familia de Cuentos del primero ya lo tenemos a la venta desde hace un mes y de Trágame Tierra acabamos de recibir una buena cantidad porque se trata, según parece, de la mejor novela que ha aparecido hasta hoy en la literatura nicaragüense.

—Qué nos puede decir de su labor editorial?

—Iniciada con el poema Mayapán de Ernesto Cardenal a principios de 1968, terminó su primera etapa a mediados del 69 con una estupenda Antología Poética de Salomón de la Selva. Hasta el momento hemos publicado once títulos: además de citados, los siguientes: 7 Poemas Atlánticos de Iván Uriarte, Agua Arriba de Fernando Silva, Domus Aurea de Luis Rocha, Treinta Poemas de Alfonso Cortés, Lectura y Otros Poemas de Edwin Illescas, Poesía Post-conciliar de Nicaragua de varios autores, La Estrella Perdida de Jorge Eduardo Arellano, El Otro Rostro de Carlos Perezalonso y y Este que habla de Iván Uriarte. Luego continuaremos con una segunda etapa.

—Quiere decir que seguirá editando autores nicaragüenses?

—Claro. Tenemos planes amplios y vastos en el que entrará, si es posible, la publicación de ensayos y de prosa narrativa. Así desarrollaremos, como ninguna otra librería e institución, la cultura nicaragüense. Por el momento hemos ampliado en un 20% nuestro local para atender con mayor eficacia al lector, sobre todo en la época navideña, ya próxima.

—Finalmente, qué materias ocupan los primeros lugares en sus ventas?

—Psicología, Pedagogía, Economía, Administración y Ventas.

